



CRAIG

DAVIDSON

DE ÓXIDO

Y HUESO

Traducción de Zulema Couso

Lectulandia

Para los amantes del relato corto norteamericano, leer *De óxido y hueso*, el primer libro de cuentos del canadiense Craig Davidson, publicado en 2005, es como visitar casa conocida, refugiarse en el hueco cómodo de las historias bien contadas, con la dosis justa de densidad, con personajes trazados de manera suficiente para que tengan la corporeidad necesaria y una visión circundante de la realidad a medio camino entre el realismo y la sátira.

Con prosa quirúrgica, Craig Davidson conjura un mundo salvaje poblado por peleas de perros, adictos al sexo y jugadores descontrolados. «La mano de un boxeador tiene veintisiete huesos; una vez rotos, nunca acaban de curarse del todo, y la carrera del luchador desciende a límites que tienen poco que ver con el deporte y mucho que ver con la supervivencia: no hay árbitros, no hay reglas, no hay ni siquiera guantes».

Las historias de Davidson son pequeños monumentos al detalle. La hostilidad de su universo de ficción está templada por la humanidad con la que dota a sus personajes, y por una manera sutil y emocionante de observar sus motivaciones vitales. Comparte con Chuck Palahniuk la habilidad poco común de llamar nuestra atención, una y otra vez, sobre los temas más difíciles de comprender del alma humana.

Lectulandia

Craig Davidson

De óxido y hueso

Historias

ePub r1.0

leandro 16.10.13

Título original: *Rust and Bone*
Craig Davidson, 2005
Traducción: Zulema Erika Couso Ben-Mizzian
Retoque de portada: leandro

Editor digital: leandro
ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

A mamá y a papá

De óxido y hueso

La mano humana está compuesta por veintisiete huesos: semilunar, hueso grande y navicular, escafoides y piramidal, los pequeños pisiformes en forma de asta de la parte exterior de la muñeca. Aunque difieren en forma y densidad, todos se alinean y encajan perfectamente, atados bajo la piel por una malla de ligaduras. Todos los vertebrados comparten un conjunto de huesos similar y todos los huesos se forman a partir del mismo tejido: el ala de un pájaro, la aleta dorsal de una ballena, las almohadillas de una salamanesca, tu propia mano. Algunos primates tienen más, los gorilas tienen treinta y dos, cinco en cada pulgar. Los humanos, veintisiete.

Si te rompes un brazo o una pierna, el hueso, al soldarse, queda envuelto por una capa de calcio que lo fortalece más que antes. Si te rompes un hueso de la mano, nunca se curará correctamente. Si te fracturas el tarso, una pequeña fisura te acompañará siempre, en los rayos X se ve como una grieta en el granito. Si te fracturas un metacarpiano, se acabó: las esquirlas del hueso que no se incrustan en tejido blando las deshacen las enzimas y el polvo se filtra al flujo sanguíneo. Mira las manos de un boxeador: nudillos aplanados de tanto golpear el pesado saco, o la cara de algún otro boxeador, cara rajada en diagonales cruzadas, una cresta de X cicatrizadas.

Verás hombres llorar al romperse la mano en una pelea, mexicanos bien curtidos y luchadores fornidos procedentes de ciudades del cinturón del acero desplomados sobre el taburete en su rincón con lágrimas chorreándoles por la cara. No es tanto el dolor, aunque los indicadores de que este llegará están ahí: las manos hinchándose dentro de los guantes de catorce onzas y el crepitar eléctrico del hueso contra el hueso. Tal vez es el octavo asalto y ves cómo la ventaja que tenías se va reduciendo, aguantas a duras penas a base de golpes cortos hasta el décimo para escuchar el fallo. Lloran de frustración. Combatir consiste en minimizar las debilidades. ¿Baja resistencia? Carrera continua. ¿Juego de piernas torpe? Saltar con la cuerda. ¿Tripa floja? Mil abdominales al día. Pero los luchadores con manos débiles no pueden hacer nada al respecto, aparte de contratar a un esquinero que sepa algo sobre cómo vendar huesos quebradizos. Lo mismo ocurre con los luchadores con frentes

prominentes o con la piel débil, que no pueden evitar que se les rasgue al más mínimo golpe. Lloran porque es una debilidad y no hay nada que puedan hacer para solucionarlo, y eso los rebaja al segundo nivel, a un escalón por debajo del MGM Grand y el Foxwoods, de las chicas y los Bentleys.

Habitaciones del tamaño de una cámara de gas. Silla de madera, lavabo, pequeño espejo colgado en la pared de cemento pigmentado. Bombilla de cuarenta vatios colgando de un cable oscuro, fría luz amarilla que acaricia mi cráneo recién afeitado y se parte en tiras sobre el suelo. Telarañas colgando como paracaídas de seda en rincones más allá de la luz. Bolsa de lona encajada entre las piernas, llena de linimento de gaulteria y vaselina, coquilla, protector bucal con chicle de canela incrustado en las huellas de los dientes. Tengo las vendas de las manos extendidas sobre el regazo, las enrolló formando una espiga sucia alrededor del pulgar izquierdo, la muñeca, el monte carnosos de la palma. Hubo un tiempo en que tenía las manos fuertes, Teddy Hutch las llamaba «cascanueces». Ya se han roto tantas veces que los huesos son como fragmentos de porcelana en una bolsa de muselina. Solo te queda un golpe fuerte antes de que se rompan en pedazos.

Un hombre con la cara hinchada asoma la cabeza por la puerta. Se coloca un cigarro toscano torcido a un lado de la boca.

—¿Listo? —pregunta—. Será mejor para ti que esos bárbaros no se emborrachen más.

—¿Tienes una bolsa de agua caliente?

Doblo el cuello, me toco el pecho con la barbilla.

—No consigo soltarme.

—¿Dónde te crees que estás, en el Caesars Palace? Cuando estés listo, es al fondo del pasillo, sube las escaleras.

Nací como Eddie Brown Jr., el 19 de julio de 1966, en San Benito, una ciudad miserable a unos quince kilómetros al norte de la frontera de Texas con México. «Algún lugar entre ningún sitio y *adiós*», decía mi madre de su ciudad natal adoptiva. Mi padre, un agente de la policía fronteriza, patrullaba la extensión de la cerca desde McAllen hasta Brownsville y desde el cuerno hasta la isla del Padre, en la costa. En un día despejado de julio veías a los ilegales tostando sus delgados cuerpos al sol en los cabos, absorbiendo el calor como focas antes de embarcarse en la travesía nocturna hacia la orilla de Laguna Madre. Conoció a su futura esposa una noche fresca de septiembre cuando la balsa de ella (truncos desiguales de palo brasil atados con cordeles y un culo de botella de leche de plástico) topó con la proa de su embarcación de patrulla.

—Hacía frío, soplaban viento del Golfo —me contó una vez mi madre—. *Mío Dios*. La balsa parecía estar bien cuando salí, pero el cordel se rompe y la botella se llena de agua. Esas aguas están llenas de tiburones tigre rollizos como gallinas,

demasiados *entrangeros borricos* que zamparse. Me pareció formas. —Con el dedo índice describió la hoz de la aleta de un tiburón—. Pienso por qué dejé Ciudad Miguel, ¿tan terrible era? Pero quería la tierra de las oportunidades.

Un gesto irónico: hombros encogidos, ojos mirando al cielo.

—Casi lo consigo, ¿verdad, Ed?

Los ojos de mi padre se elevan por encima de una copia del *Daily Sentinel*.

—Unas horas más y la marea te habría arrastrado quién sabe adónde, querida.

Nunca revelaron los detalles de ese viaje en barco, así que nunca sabré si floreció el amor o si simplemente se cerró un trato. Me imagino a mi madre envuelta en una manta de emergencia, sentada junto a mi padre mientras él manejaba el acelerador manual de una vieja Evinrude, el brillo de la luna llena acariciando la suave curva de su mejilla. Quizás algo se despertó entonces. Pero también puedo imaginar una negociación silenciosa mientras esperaban con la barca anclada en el muelle del gobierno, con el pelo de soltera al viento chocando con los pilones y la luz amarillenta que se derramaba entre los barrotes de la celda de contención que había más allá. Ella era una belleza latina clásica: pelo negro y fina piel oscura, con una marca de nacimiento en la mejilla izquierda que parecía un pájaro volando a lo lejos. Muchos agentes fronterizos se casaban con mexicanas, no resultaba complicado aprobar el papeleo. Mi hermana nació ese año. Tres años más tarde, yo.

Termino de envolverme las manos y me levanto tambaleándome sobre las puntas de los dedos. Me subo la capucha de la sudadera y tiro del cordón. Semicírculo a la izquierda, finta baja y cruzado de derecha, brazo levantado en una L de noventa grados para generar la máxima fuerza. Todavía balanceándome ligeramente, rotación de cadera, tres duros golpes cortos girando el codo hacia afuera al final. A mucha gente no le gustan los boxeadores que lanzan golpes cortos, que martillean, pero un boxeador inteligente sabe que todo fluye a partir del golpe corto: mantiene al contrario a distancia y atenúa su ataque, además, siempre estás en posición de contragolpear. Y, oye, si el tío tiene una mandíbula de cristal o el cráneo fino, un golpe corto puede dejarlo en una situación complicada.

En una ocasión, mi padre me llevó en sus rondas nocturnas. Agosto, tan caluroso que hasta las víboras y las salamanquesas buscaban la sombra. Recorrimos el terreno seco en su Bronco patrulla, entre matas de pamplinas amarilleadas por el sol y arbustos de uva de América tan marchitos que sus frutos repiqueteaban como cuentas de plástico huecas. Se detuvo para enseñarme los agujeros abiertos en la cerca, con los eslabones de las cadenas forzados a palanca.

—Tijeras de hojalata metidas en una bolsa de plástico atada al tobillo. Se cruza el río Grande a nado, se sube sigilosamente por la orilla y se corta. —Se encogió de hombros, derrotado—. Pan comido.

El cielo se oscurecía cuando llegamos al muelle. Mientras caminábamos por el

arcén hacia el agua, pasamos junto a unos agaves tan enfermizos que ni siquiera los que destilaban alcohol ilegalmente se molestaban en cogerlos. Nuestras botas levantaban nubes de polvo de color oxidado. Las estrellas aparecían en el horizonte, hacia el este, proyectando haces de luz plateada sobre el agua.

Mi padre accionó el motor para empujar la barca hacia la bahía. Suspendido entre el día y la noche, el cielo se tiñó de un morado lustroso, brillante como la piel de una berenjena. El hedor grasiento de los gases de escape se mezcló con el olor de la creosota y la rosa cherokee. A un lado, las faldas pardas de las montañas del oeste de Texas se extendían en una ondulación de cimas bajo un grupo de nubes de borde violeta. Al otro, la Sierra Madre formaba una cadena aleteada, cuñas de luz color terracota abrasaban el terreno a través de los huecos entre montaña y montaña. Un incendio forestal ardía al norte, chimeneas de fuego oscilantes que mantenían la oscuridad a raya. Las estrellas se sostenían sobre sus reflejos en el delta del río Grande, una veta de agua totalmente en calma donde el río se fundía con el mar.

Mi padre lanzó una bengala al cielo. Mientras el cometa de luz roja se arqueaba, entrecerró los ojos y examinó la superficie del agua, iluminada por la estela que se extendía.

—No entienden lo peligroso que es —dijo—. Los tirones y las resacas. Enfrentarse a una fuerte corriente todo el camino.

Se sacó un puro Black Cat del bolsillo de la camisa y lo encendió con una cerilla de madera.

—No debería sentir ninguna responsabilidad, la verdad. No soy yo quien les hace dar el salto. Todo el mundo cree que el sol brilla más al otro lado de la calle.

Lanzo un par de golpes cortos más para adaptar mi corazón al ritmo adecuado para antes de la pelea. Empiezo a sudar, gotas claras e inodoras se me acumulan en la frente y cuelgan de los pelos cortos de mis muñecas. Giro el grifo del lavabo y me echo en la cara agua tan fría que quema. Una grieta lechosa parte el espejo en dos, sube desde la parte inferior izquierda de mi cuello hasta la mandíbula antes de torcerse de forma abrupta y surcar mis labios para continuar hacia arriba a través de la mejilla y la sien. Miro fijamente mi cara dividida en dos partes desiguales: frente marmolada con nudos de tejido cicatrizal subcutáneo y nariz rota por el centro, el ángulo del cartílago es obtuso. Débiles dedos de luz se arrastran alrededor de la base de mi cráneo y ensombrecen los pozos profundos de las cuencas de mis ojos.

Treinta y siete años. No soy tan viejo. Pero demasiado viejo para esto.

En mi decimocuarto cumpleaños, mi padre me llevó a Top Rank, un gimnasio de boxeo propiedad del ex peso wélter Exum Speight. No paraba de pelearme en el colegio, y supongo que pensó que el deporte me ayudaría a canalizar esa agresividad. Entramos por una puerta negra en un edificio de tejado plano de chapa; había un refrigerador de aire, pero, de algún modo, el ambiente era más denso que en la calle.

El gimnasio era tan espacioso como un salón de baile, con una iluminación tenue que proporcionaban lámparas de vapor colocadas en el techo. El cuadrilátero se erigía en el centro con una fila de sillas plegables delante. A la izquierda, entre dos ventanas polvorientas de cristales tintados, había un saco de boxeo colocado en una plataforma. El póster de una película antigua colgaba de una pared con manchas de humedad: *The Joe Louis Story*. «La grandeza de América estaba en sus PUÑOS», decía el eslogan. «¡La gran historia de la película está en su CORAZÓN!». Un hombre negro y achaparrado trabajaba frente a la pera a un ritmo pesado mientras una radio Philco reproducía *Boogie, Oogie, Oogie*, de A Taste of Honey.

Un hombre bajito y delgado de unos cuarenta años salió de la oficina. Vestía un *blazer* de cuadros con parches de polipiel en los codos y un sombrero marrón con apagadas manchas de sal en la cinta.

—¿Qué tal, amigos?

—¿Eres Speight?

—Exum está en Chicago con un boxeador —le dijo el hombre a mi padre—. Jack Cantrales. Me ocupo del lugar cuando él no está.

Jack me hizo saltar a la cuerda durante unos minutos y después hizo un presupuesto mensual para mi entrenamiento.

—Volveré en unas horas, Eddie —me dijo mi padre, y le estrechó la mano de nuevo.

Durante los siguientes dos años, pasé cada minuto de mi tiempo libre en Top Rank. Mientras Exum Speight se ocupaba de los pesos pesados, mi entrenamiento cayó en manos de Cantrales. Jack era un fanfarrón simpático, siempre bromeando y siempre regalando consejos, pero después me di cuenta de que era uno de esos pesados que rondan por los clubes de boxeo, un «culo de gimnasio». Los culos de gimnasio eran pugilistas acabados o fracasados (la trayectoria profesional de Cantrales estaba en 3-18-2, su única especialidad era consumir cantidades ingentes de cuero rojo) que rondaban como espectros alrededor de boxeadores prometedores. También se conocía a los culos de gimnasio por estrujar un centavo hasta hacerlo gritar, y Cantrales era digno de su estirpe: en una ocasión, deslizó el pie sobre una moneda que se le había caído a un niño, se encogió de hombros y le dijo al niño que se habría caído por la alcantarilla.

Era una moneda de diez centavos.

Hacia el final del instituto, Cantrales organizó mi primera pelea en Rosalita's, un garito fronterizo. De haberlo sabido, mis padres jamás lo habrían permitido, así que me escapé por la ventana de mi habitación después de que apagarán las luces y me reuní con Cantrales al final de la manzana. Conducía un Chevelle 454 SS, el coche tenía el genio de un gato escaldado.

—¿Estás suelto? —me preguntó mientras avanzaba a toda velocidad por la I-38

hacia Norias.

Abejones de mayo chocaban contra el parabrisas, sus exoesqueletos se destrozaban con un sonido de alta resistencia y un estallido de color amarillo claro.

—Sí —le dije, aunque no podía dejar de temblar—. Suelto.

—Muy bien.

No hacía mucho que Cantrales había cambiado su sombrero por otro de capitán, al estilo del que llevaba el capitán Merrill Stubing de *Vacaciones en el mar*. La luz del salpicadero se reflejaba en la visera negra de plástico, dándole a sus rasgos un aspecto maligno.

—Te vas a comer a ese *frito bandito*.

Rosalita's era un garito hecho con tablas cortadas del cañaveral. Acres de cañas se balanceaban al viento, los tallos secos chocaban con un sonido vacío, como un móvil de cañas de bambú.

Dentro reinaba la oscuridad y el ambiente estaba viciado. Hank Snow gruñía sobre el corazón mentiroso de alguna mujer desde un Wurlitzer deformado por el calor. En un rincón, un cuadrilátero inclinado, hecho con tablones y cuerdas rojas y azules colgando de los postes. Me agaché entre las cuerdas y arrastré los pies hasta un rincón, peleando contra el aire. Una galería de tipos sin escrúpulos, aficionados a los deportes sanguinarios, se giró sobre sus taburetes.

—Se te ve despierto, chico —dijo alguien.

Mi contrincante era un mexicano treintañero, delgado como un galgo. Zapatillas blancas, sin calcetines, una toalla blanca y limpia alrededor del cuello. Con el pelo pegado al cráneo en tiras negras. Parecía exhausto. Los luchadores mexicanos solían cruzar la frontera la noche de la pelea y aparecían en Rosalita's empapados tras la travesía a nado y llenos de cortes de la tela de la cerca, a veces incluso los perseguían perros salvajes que recorrían las tierras bajas.

Recibí una paliza de muerte. La pelea fue una agarrada a cuatro asaltos de tres minutos cada uno. Esos doce minutos se estiraron una eternidad, especialmente los últimos tres, con los ojos hinchados hasta convertirse en cabezas de alfiler y el estómago machacado por el ataque incesante del mexicano. El tipo sabía cosas sobre impulso y potencia que yo nunca había aprendido en las sesiones de entrenamiento, cómo orientar un gancho de forma que me rozara el abdomen y me dejara sin aliento, dejando a su paso tajos de piel quemada por el guante. Era como si conociera información secreta sobre la localización exacta de mis órganos, encontró el hígado y los riñones y perforó duras cruces en mis cortas costillas. Meé rojo durante días. Entre los asaltos, el camarero (que también trabajaba como *cutman*)^[1] se ocupaba de mi cara, que crecía rápidamente. Llevaba una visera de las que usan los repartidores de cartas en el *blackjack*, con manchas de vaselina en el ala verde de plástico. Se acercaba y cogía un buen pegote para engrasarme las mejillas.

—Le estás ganando —me mintió Jack—. Aguanta y muévete, Eddie.

En el asalto final, el mexicano parecía algo avergonzado. Esquivaba los golpes con agilidad, me lanzaba algún golpe corto suave a la cara o me agarraba bien cerca. Se levantó un coro de abucheos: los clientes del oscuro bar anticipaban un *K. O.* El único golpe dañino que asesté en toda la noche fue un gancho de derecha a la entrepierna del mexicano. No era mi intención, tenía los ojos tan hinchados que no veía dónde golpeaba. Se tomó la falta bastante bien, tiró de mí hasta que nuestras cabezas se tocaron y me susurró:

—Cuidado, golpe bajo, cuidado.

Después, me senté en la caja del Chevelle de Jack con una bolsa de hielo en el cuello. Escuchaba un sonido metálico en el oído y la luna proyectaba una luz vacilante. Me concentré en no vomitar. Cantrales me dio la recompensa por mi pelea: cinco dólares, tras deducir los gastos de su gestión y del transporte.

—Has estado tenso. Tienes que soltarte con unas cuantas bombas o no te ganarás el respeto. Te ha tirado de culo a la lona cinco o seis veces, pero te has levantado. Algo es algo, ¿no? El cabrón era duro —admitió Jack—. Es un luchador a muerte.

Asentí vagamente, sin prestarle demasiada atención, más preocupado por cómo le explicaría mi estado a mis viejos.

—Peleas, pierdes. Peleas, ganas. Peleas —sugirió Jack, que volvió adentro en busca de un quinto de Johnny Red para llevarse.

El mexicano salió de Rosalita's. Avanzó hacia el cañaveral, apartando los tallos afilados de su camino con las manos aún vendadas. Se veían rayos tras un grupo de nubes nocturnas que bañaban las montañas con una luz carmesí. El luchador avanzaba con cautela, no malgastaba ningún movimiento. Se detuvo ante un grupo de palmitos y levantó la vista hacia la luna de bronce para orientarse hacia la tierra antes de fundirse con los árboles. Pensé en sus próximas horas, mientras avanzaba hacia la frontera para escalar la cerca, donde quizás un barco esperaba amarrado entre las totoras. Lucharía contra las corrientes del río Grande que lo llevarían hacia la otra orilla y, tras otra caminata, llegaría a una casa de adobe en uno de los asentamientos marginales del borde. Me imaginé a su mujer y a sus hijos: la cara ovalada de su mujer y las finas y huesudas manos, rayos naranjas de la luz del amanecer inclinándose con ángulos bajos a través de una ventana abierta para acariciar los ojos dormidos de su hija. Es posible que la fantasía contrastara bruscamente con la lamentable realidad (quizás el hombre no tenía nada por lo que mereciera la pena luchar), quizá todo lo que le esperaba era una habitación sin luz, una botella de mezcal.

Al echar la vista atrás, no creo que ese fuera el caso. Al llegar a cierto nivel de experiencia, no luchas sin una razón. Has visto a demasiados boxeadores heridos, incluso muertos, como para enfrentarte a los combates como si fueran competiciones

de masturbaciones. El boxeo se convierte en un trabajo, subir al cuadrilátero es como fichar. Es una búsqueda pragmática, los contrarios son una ecuación que hay que resolver utilizando la física quimérica del alcance, la altura, el espacio, la potencia, el corazón. No volverías a pelear fuera del cuadrilátero, igual que un trabajador de una fábrica no trabajaría sin recibir un salario. Participé en mi primer combate por el único motivo de ver si era capaz, para probar lo que creía saber frente a una realidad desconocida. Perdí porque estaba verde, sí, pero también porque no había nada en juego: mi vida no sería bastante mejor ni peor de perder o ganar. El mexicano pasó bajo las cuerdas con el aire sumiso de un hombre que se sienta en su cubículo de la oficina. Cuando se dio cuenta de que sería una noche fácil para él, se reclinó en el taburete y se quitó los zapatos de una patada. No le dio al público lo que quería, no me hizo daño sin motivo. Su trabajo consistía en derrotar a su oponente, y lo hizo. Pero no estaría allí de no tener un motivo. Peleaba por el dinero y por la gente a la que quería.

Una familia le esperaba al otro lado del río. Ahora lo sé. Sé lo que significa luchar por un motivo.

Bombillas de cuarenta vatios colocadas tras pantallas de malla iluminan el pasillo. El cemento transpira, al igual que las oxidadas tuberías de cobre del techo. Riachuelos de agua marrón caen de las vigas. Aquel lugar es una fundición cerrada. Espirales de hierro perforado crujen bajo mis botas. El aire huele a moho y ozono. Sobre las capas de cemento, cables y tuberías, la agitada multitud provoca un rumor que golpea mis oídos.

Luchamos con las manos desnudas, o casi. Algunos nostálgicos lo ven como una vuelta a los días en los que estibadores de pechos amplios y fuertes se peleaban a bordo de barcas amarradas fuera del puerto de Nueva York. No es una vuelta, sino una recesión. Una pelea de perros. Sin árbitros. Sin cuentas hasta diez. El ganador es el hombre que queda en pie. Golpes en la nuca y golpes bajos, dedos en los ojos, cabezazos. Una vez vi un anzuelo rasgar la cara de un hombre, del labio a la oreja. Los luchadores mezclan las vendas de las manos con papel de lija, las empapan en aguarrás, se envuelven los nudillos con alambre de espino.

Yo peleo de forma justa. O lo intento.

Me gradué en el instituto la primavera de 1984. Obtuve notas excelentes en lengua y en idiomas y gané una beca para la universidad de Wiley. Ese agosto, me mudé al norte, a Marshall, y pasé tres años viviendo en el sótano de mi hermana Gail, estudiando y boxeando. El marido de Gail, Steve, era oficial de carpintero y albañil. Convirtió el sótano sin terminar en un apartamento: una habitación y una pequeña cocina, una zona de entrenamiento donde saltar a la comba y practicar el juego de pies. Me encerraba durante los exámenes parciales y los finales, pero el resto del tiempo lo pasaba leyendo en la sala familiar, lanzando tiros a la canasta del camino de

entrada o arrasando el frigorífico. Gail se tropezó alguna vez con mi equipo de entrenamiento o se topó con un par de vendajes en el reposabrazos de su sofá favorito y se enfadó, pero, por lo demás, nos llevábamos bien. Steve era camionero de larga distancia con ruta de San Antonio a Sioux Falls. El día de mi veintiún cumpleaños, compró una caja de Lone Star y nos sentamos en el porche de atrás hasta que las losas quedaron cubiertas de botellas vacías y nosotros le gritábamos a la luna.

Con Steve viajando y Gail con su trabajo de cajera en Marshall First Trust, las tareas de canguro recaían sobre mí. Mi sobrino Jacob tenía diez meses cuando me mudé con ellos. Un niño curioso de carácter dulce. Siempre gateaba hasta alejarse de mi vista, desaparecía tras alguna esquina o detrás de las cortinas, movía las rodillas tan rápido que estaba seguro de que la fricción quemaría la alfombra. Jugábamos a un juego en el que Jake me metía los dedos en la boca, yo enrollaba los labios sobre los dientes y le mordía despacio, gruñendo. Jake gritaba sílabas incoherentes (iip-ooo-ap, yii-yii, ua-ta-taa) y apartaba la mano. Aquello se prolongaba durante horas, hasta que sentía ligeras náuseas por el sabor de la mano de Jake, una mezcla de sudor, mocos y los residuos del rincón lleno de bacterias que hubiera investigado aquel día. Recuerdo la forma en que su mirada se fijaba en la mía, con los dedos a centímetros de mi boca, con los ojos brillantes, totalmente en llamas, por así decirlo.

—¡Mirad al enano, le van a dar crema!

—¡Sal corriendo a buscar a tu papá, paleta!

Los espectadores lanzan otros insultos, pero estos dos los entiendo claramente. Parece haber unos cien o más colocados alrededor de una barricada de caballetes robados de alguna obra, con discos halógenos naranjas y brillantes atornillados a los palos horizontales. Las luces intermitentes iluminan las caras de los espectadores con un amarillo fantasmal, como un grupo de locos sedientos de sangre agitando sus billetes. La luz de la luna se filtra por los agujeros oxidados del techo, rayos plateados que iluminan las vigas y las formas plumosas enganchadas en la celosía. Se escucha un sonido hipnótico por debajo de los gritos de la multitud, un fragor y un girar distantes, casi no audibles, el sonido de la maquinaria abandonada hace mucho tiempo que vibra con inquietud al recobrar vida.

Mi oponente es un chico con rastas, cinco centímetros más alto y con veinte kilos más que yo. Responde al nombre de Nicodemus. Con el pecho desnudo, sus brazos son enormes, monstruosos. Tatuajes tribales se entrecruzan sobre la musculatura acanalada de su estómago, florituras recargadas le rodean el ombligo prominente y le dan el aspecto de un ojo ciego.

—¿Quién es este, el limpiabotas? —le pregunta a su *cutman*—. Parece que es mi cumpleaños.

Nos encontramos en el centro del cuadrilátero, donde el organizador, que no deja de fumar, nos canta las apuestas: mil en metálico al ganador, quinientos al perdedor.

Nicodemus me lanza un golpe seco mientras el tipo está presentando las apuestas, un duro golpe a traición que rebota en la parte de arriba de la mejilla y rompe el hueso. Tras el golpe, caigo de rodillas. Un viento frío me recorre el cráneo, descargas eléctricas se deslizan por los huesos de brazos y piernas. Nicodemus se encoge de hombros y sonrío, como diciendo: «Tío, ya sabías lo que te iba a tocar antes de subirte». Empieza a balancearse. Supongo que la pelea había empezado sin mí. No es tan poco común.

Me gradué en el 87 y me mudé al norte, a Pensilvania. Tras haber entrenado y peleado sin parar durante toda la universidad, acumulé un récord de Golden Gloves de 13-1. Teddy Hutch, un entrenador olímpico de boxeo, vio uno de mis combates y me invitó a sus instalaciones de entrenamiento en Butler. La división de peso wélter estaba vacía, me dijo. Podía conseguir una plaza en el equipo de clasificación. El programa cubría las dietas y el alojamiento. Los posibles aspirantes trabajaban en una fábrica de cajas local.

Llegué a Butler a finales de septiembre. Los árboles y el agua, incluso el cielo, todo era diferente. El cielo de Texas no era totalmente azul, me di cuenta de que su color era más bien un tono lavanda difuso. El cielo de Pensilvania era de un azul penetrante y monótono, presionaba con un peso palpable. Las nubes hechas jirones a través de las cuales se podía ver el cielo que conocía desde mi niñez fueron reemplazadas por gruesas formaciones de cúmulos. Y el frío. Un boxeador hawaiano llamado David Tua y yo nos envolvíamos en sudaderas y chaquetas durante los días más suaves del otoño, para divertimento de los boxeadores de Minnesota y Dakota.

Los aspirantes se alojaban en un rancho. El terreno que se extendía detrás llegaba hasta un lago rodeado de cicutas y abetos que llegaban hasta una escarpa arbolada. Nos levantábamos a las cinco de la mañana cada día y desayunábamos en largas mesas antes de vestirnos para correr en un circuito de cinco kilómetros alrededor del lago. Después, montábamos en un autobús escolar en dirección a Olympia Paper, donde pasábamos las siguientes nueve horas alineados delante de cintas industriales, volviéndonos medio locos con el silbido neumático de las máquinas de doblar y estampar. Cuando sonaba el silbato del turno, nos llevaban al Cyclone, un gimnasio de boxeo del centro. Entrenábamos hasta las ocho antes de arrastrarnos al autobús, engullíamos la cena y nos dejábamos caer en la cama al apagar las luces.

Era una vida dura y muchos de los boxeadores no la aguantaron. Los aspirantes iban y venían con tanta frecuencia que Teddy pensó en instalar un torniquete. Pero el régimen daba resultados: gané cinco kilos de músculo en ocho meses y mi resistencia cardiovascular se elevó hasta el techo. Mi compañero de entrenamiento era un wélter de Dixieland llamado Jimmy Carmichael. Jimmy era un hacha con el cruzado de izquierda. Nos zurrábamos hasta dejarnos morados en el cuadrilátero, pero pasábamos los días libres juntos, íbamos a la sesión matinal del domingo y

engullíamos pedazos enormes de pastel de pacana en Marcy's, en Lagan Street.

Jake vino a visitarme ese marzo. Steve transportaba un cargamento a Rochester y trajo a Jake para que me viera. Steve le dejó a media mañana y quedamos en encontrarnos más tarde para cenar. Me sorprendió ver lo mucho que había crecido Jake. Tenía las mejillas coloradas, enmarcadas por la capucha peluda de un nuevo abrigo de invierno.

—¿Cómo estás, campeón? —le pregunté.

—Muy bien, cara de pie —respondió, repitiendo el saludo que le había enseñado.

Jake estaba inquieto tras el largo trayecto. Caminamos hasta el lago. Una niebla baja cubría el agua helada, débiles ondas se espesaban en el límite de los árboles. Nos cogimos de la mano. Los abetos parecían cubiertos de azúcar en polvo. La mano de Jake se soltó de la mía cuando echó a correr.

—Nunca he visto tanto blanco —dijo.

El lago era una plancha plana y opaca. Una bandada de cuervos se congregaba en un árbol destrozado por el peso de la nieve. Los chicos del norte patinaban allí los fines de semana, vi los surcos que las cuchillas dejaban en el hielo. Jake corrió, se cayó, se deslizó, se levantó, corrió más rápido.

—¡Oye! —le grité—. Más despacio, grandullón.

Me crié en una zona de Texas donde el único hielo era el de los cubitos. Solo había visto la nieve en películas de Navidad. ¿Qué sabía yo del hielo? Sabía que me sentía bien al notarlo en el cuello entre asaltos. Mi sobrino de cinco años corría sin hacer caso, con la capucha bajada sobre los hombros, el fino pelo rubio y la suave piel bronceada brillando bajo el sol. ¿Qué sabía él sobre el hielo? Quizá que se derrite rápido en una acera en verano. ¿Sabía eso? Ninguno de los dos sabía nada sobre el hielo. Pero yo debería haberlo sabido.

Nicodemus cruza rápido el cuadrilátero martilleando con los puños. Lanza una serie de puñetazos directos, tan despacio que bien podía haberlos telegrafiado la semana anterior. Los esquivo de rodillas y le clavo un gancho de izquierda en el culo, justo en el nervio ciático. Grita y recula, cojeando. Me esfuerzo por ponerme de pie y avanzo hasta el centro del cuadrilátero. De vez en cuando, alguien grita el nombre de Nicodemus y, detrás de las voces, se oye el zumbido distante de las máquinas.

Lanza una derecha curva que esquivo y me levanto con un cruzado corto al diafragma. Me empuja hasta un rincón. Finto, intento rodearle, pero me pisa un pie y me golpea con la derecha en la cabeza. Los labios se aplanan contra los dientes, la boca se llena del sabor del óxido y el hueso. El aire brilla, la luz hace filigranas al llover sobre mí como papel de aluminio resplandeciente en un desfile. Caigo con fuerza bajo un caballete y levanto la vista hacia el oscuro bosque de piernas.

Ya no puedo recordar de forma consciente el sonido del hielo al romperse. A veces, escucho otro sonido, el crujido de una lata al estrujarse, el chirrido de un viejo

clavo al salir de una tabla empapada, algo similar en el timbre, el tono, la resonancia, y me doy cuenta de que ese sonido vive en algún lugar dentro de mí. Recuerdo la falla que se abrió rápidamente para recibirle, una grieta plateada que partió el hielo como el chasquido de un látigo. Parecía avanzar lentamente, una fina y perezosa serpiente zigzagueando. Era como si pudiera gritar «¡Retrocede!» para que se desgarrara en otra dirección.

El agua salió disparada en finos chorros a presión de las grietas bajo los pies de Jake. Se tambaleó a un lado con los brazos extendidos para mantener el equilibrio. La capa de hielo se rompió por la mitad, las planchas se elevaron, una V de agua helada con Jake cayendo por el vértice.

Me reí. Quizá Jake cayó de forma estúpida, con los ojos y la boca abiertos de par en par y las manos sujetando el borde roto del hielo que se deshacía como azúcar al agarrarlo. Quizá no concebía el peligro: nos imaginé a los dos sentados frente al fuego en la casa enorme y segura, con una manta envolviéndole los hombros, una taza de chocolate y tentáculos de humo ascendiendo de sus pantalones mojados al secarse.

—¡Agárrate, grandullón! —exclamé—. ¡Mueve los brazos como un pájaro!

Mis botas patinaron sobre el hielo. Perdí el equilibrio, me caí. Jake levantaba espuma al moverse, la ropa se le hinchaba de agua. Todo parecía ir bien hasta que vi el miedo y la confusión, arrugas profundas y delgadas en una cara tan joven. Vi, con la claridad onírica que tiñe todos los recuerdos del accidente, moléculas de agua pegadas a sus mejillas y a su nariz. Me arrastré más cerca, con las manos extendidas para distribuir el peso. Jake salpicaba, pateaba y gritaba en un susurro aflautado, con la nariz y la boca apenas fuera del agua. El hielo crujía bajo mis manos. Fragmentos sueltos flotaban sobre el agua y los árboles de la orilla cercana estaban envueltos de capas heladas. Demasiado hielo.

Dejó de luchar de repente. Se quedó allí suspendido, con los ojos cerrados, con el agua entrándole por la boca. Solo la barbilla y las puntas de los dedos flotaban. Llegué al borde y estiré la mano. La plancha que me sujetaba se rompió y mi cabeza y mi pecho se deslizaron bajo la superficie. Agua fría y negra me presionó los ojos. Noté movimiento a través del agua turbia y cogí algo suave y delgado, tal vez la manga de una chaqueta, pero tenía las manos torpes por el frío y se me escapó. El lago me empujaba de un lado a otro, la corriente era más fuerte de lo que imaginaba. Formas fibrosas se dieron la vuelta en la oscuridad, formas como crías de foca jugando.

Al romper la superficie, esta me lanzó bufidos de agua que se llevaron los chorros de mocos. Me quedé mirando la revuelta oscuridad en busca de movimiento, unas piernas pataleando, dedos que intentaran agarrarse. Metí el brazo, di vueltas, aún albergaba esperanzas. Algunas hebras de plantas acuáticas se me enredaron en los

dedos entumecidos. Sin saber qué hacer, grité su nombre.

—¡Jake!

La palabra resonó inútilmente en la extensión plana.

Cuando mi voz murió, lo escuché: un golpe constante, que resonaba. No conseguía descifrar de dónde procedía. El hielo tembló. Una forma oscura presionaba contra la superficie caliza a unos metros a la izquierda, atrapada bajo la capa blanca. Me di la vuelta y golpeé el hielo.

Gateé hacia la forma, gateé a cuatro patas como un puto niño pequeño. El hielo estallaba en cráteres y chorros al descongelarse y congelarse de nuevo. Vi un perfil difuminado ahí abajo, una criatura de líneas y ángulos toscos. El hielo vibró; nieve recién caída saltó de la superficie y se recolocó. Extendí los dedos sobre la blancura lechosa y se me taponaron los oídos al congelarse el agua del lago. Escuchaba un zumbido desesperado.

Cerré la mano derecha en un puño y golpeé. El hielo se combó, se esquirió, pero aguantó. El dolor me recorrió el brazo hasta el hombro como un rayo candente. Levanté la mano de nuevo, mi mano principal, mi derecha demoledora, y machaqué el hielo. Se rompió y el puño se hundió en la oscuridad, agarró desesperado, no tocó nada. Una poderosa corriente arrastró a Jake y se lo llevó a un lado, más allá de mi alcance. Algo se me escurrió entre los dedos. ¿Un cordón?

Seguí la silueta bajo el hielo. El agua helada de mis brazos crepitaba como metal. Me castañeteaban los dientes al llamarlo por su nombre. Tal vez grité.

Vi su cara pasar bajo la superficie ondulante, bajo una zona de hielo totalmente transparente, como cristal. Labios y nariz de color celeste, el resto de un tono gris cremoso. Mejilla aplastada contra el hielo, la flotabilidad de la carne lo empujaba hacia arriba. Ojos muy azules, de un azul muy luminoso, con burbujas nacaradas de aire pegadas a las pestañas oscuras. Un destello blanco y sinuoso debajo, la curva sedosa de la tripa de una trucha.

Tenía la mano derecha totalmente destrozada, los nudillos desgarrados y la piel abierta hasta la muñeca, mucha sangre, algunos huesos. Golpeé con la mano izquierda. El hielo se resquebrajó en una telaraña que se extendía. El agua salió disparada entre las fisuras. Me destrocé la mano como una vajilla de porcelana. En aquel momento no sentía nada. Jake dejó de arañar, dejó de dar golpes. Mantenía los ojos abiertos pero se le quedaron en blanco bajo la fina red de grietas. Golpeé una vez más con la mano izquierda y rompí el hielo. Lo cogí de la capucha, pero el agujero era demasiado pequeño, así que arañé con la mano que tenía libre, rompí pedazos de hielo, arranqué los bordes cortándome la piel hasta el hueso.

Por fin conseguí ensanchar el agujero lo suficiente para sacarlo. Una tira oscura en la frente de Jake, el pelo pegado en espirales de hielo que se congelaban rápidamente. La nariz rota, yo se la rompí al golpear el hielo contra su cara. Lo cogí

en brazos y avancé dando traspiés colina arriba, hacia la casa.

—Por favor —recuerdo haber repetido sin parar en un susurro entrecortado—. Por favor.

Ernie Munger, un peso mosca que se recuperaba de una costilla rota, había pasado varios veranos como socorrista. Él intentó reanimarlo mientras el cocinero llamaba para pedir ayuda. Las gruesas manos de Munger bombeaban el agua salobre de los pulmones de Jake, bombeaban para devolverle la vida. Jake respiraba cuando llegaron los médicos. Le metieron un tubo de goma por la garganta. Después, me quedé junto a una ventana panorámica que daba al lago. El agujero, del tamaño de una moneda de diez centavos visto desde aquella distancia, se volvía a congelar con el frío de la noche; pequeñas manchas rojas representaban las huellas sangrientas de mis manos sobre el hielo. Los huesos rotos me latían, me rompí cuarenta y cinco de cincuenta y cuatro.

Me levanto a la fuerza del suelo y me apoyo en un caballete a la espera de que los dientes se coloquen en su sitio y de que mis engranajes arranquen de nuevo. Nicodemus se mueve en círculos por la izquierda, baila de un lado a otro, se abre paso entre las sombras azules como un líquido animado. Algún cabrón me da una patada en la columna.

—Levántate y pelea, penoso hijo de puta.

Me pongo de pie y me pregunto cuánto tiempo he estado en el suelo. ¿Ocho segundos? Sin árbitro, nadie lleva la cuenta. Un par de manos me cogen por los hombros, me empujan.

—Sal ahí, cobarde de mierda —dice la misma voz.

Golpeo hacia atrás con el codo, que impacta en algo carnoso y flexible. Un crujido sordo. Las manos me sueltan.

Nicodemus avanza y me golpea en la cara. Me coge del pelo y me dobla sobre el caballete sin dejar de golpearme con su mano principal. La piel sobre mis ojos se abre, carne blanda que se separa del tejido cicatrizal bien cosido. La sangre salpica en una fina neblina. Mis ojos solo ven rojo, parpadeo para aclararme la vista y avanzo soltando golpes cortos. El cráneo de Nicodemus tiene una forma extraña, como la torreta de un tanque, y desvía mis puñetazos. Coloca los puños juntos delante de su boca, con los brazos estirados en forma de embudo invertido que dirige hacia la punta de su barbilla: una apertura perfecta, pero aún no. Lanzo los brazos a ciegas y él me sujeta y tira de mí hacia su pecho. Me frota los ojos con las vendas de las manos y yo me estremezco de dolor por el escozor del aguarrás. Le lanzo un gancho a la cara que le da debajo del corazón.

Las paredes de la habitación del hospital estaban cubiertas de baldosas brillantes y las ventanas tenían tela metálica incrustada. Jake estaba tumbado en una cama elevada, sin camiseta, con el pecho lleno de parches adhesivos para el

electrocardiograma. Fuera, caía una espesa niebla creando un nimbo alrededor de la luna y las estrellas. Teddy se pasó por urgencias, echó un vistazo a mis manos y me dijo que nunca más volvería a boxear. Me dieron Dilaudid para el dolor, Haldol para la histeria. Mi mente estaba perpleja y desolada. Una máquina ayudaba a Jake a respirar. Su padre esperaba sentado junto a la cama, cogiéndole de la mano.

—¿Está...? ¿Se va a poner bien?

—Está vivo, Ed.

Steve nunca me había llamado así antes. Siempre Eddie.

—¿Se va a despertar pronto?

—Nadie lo sabe. Ha sufrido... daños. Órganos han dejado de funcionar. No lo sé con seguridad.

—Íbamos de la mano. Se separó de mí. Nunca lo había hecho antes. Fue muy raro. Íbamos de la mano y de repente ya no quería ir así. No se me ocurrió que... No vi ningún problema. Pensé que se estaba haciendo mayor, nada más. Le dejé ir, sin más.

Steve estiró las sábanas que cubrían las piernas de Jake.

—La hora de oro. Es un periodo de tiempo. Tres minutos, tres minutos y medio. La cantidad de tiempo que el cerebro puede sobrevivir sin oxígeno. Solo unos minutos. Pero el médico lo llamó la hora de oro. Es una estupidez.

—Lo siento mucho.

Steve no me miró. Sus manos alisaban las sábanas.

Acecho a Nicodemus, me mantengo a la izquierda, fuera de su alcance. Tiene los ojos inyectados en sangre, su mirada vacilante está fija en la oscuridad más allá de mí. Me lanzo hacia adelante, coloco el peso en el pie adelantado y giro bruscamente sobre la cadera, la mano izquierda se eleva hacia el punto de su barbilla.

De pequeño, un ranchero con un problema de una plaga de lagartos me pagaba diez centavos por cada uno que matara. Los metía en un saco y estrellaba la arpillera, que no paraba de retorcerse, contra una roca.

Cuando mi puño golpea a Nicodemus, suena muy parecido a como sonaban aquellos lagartos.

El golpe le empuja la mandíbula hacia el cuello y atraviesa un gran número de nervios. La mano se me rompe en pedazos con el impacto, los huesos vuelven a separarse por las viejas grietas. Los ojos de Nicodemus parpadean descontrolados mientras cae de espaldas. Cae desafiando la gravedad, con el cuerpo en un plano horizontal, los brazos a los lados, las palmas levantadas. Tiene una expresión extraña en la cara. No es exactamente una sonrisa, pero se parece mucho. Una expresión de paz.

Jake tiene ahora veinte años. Ha pasado quince en coma. De no ser por cierta vaguedad en sus rasgos, sería un joven guapo. Luce una fina barba que su madre le

afeita con una maquinilla eléctrica. Le he visitado en varias ocasiones a lo largo de los años. Me senté junto a su cama y le cogí de la mano, mucho más grande que la que cogía hacía tantos años. Sonrió al escuchar mi voz y se rio con una de nuestras bromas compartidas. Quizá fue un efecto de los nervios y los viejos recuerdos. Cada centavo que gano va para él. Gail y Steve lo aceptan porque lo necesitan, y porque saben que necesito dárselo.

Hay otras formas. Lo sé. ¿Crees que no lo sé?

Esta es la única forma que me parece correcta.

Nicodemus se levanta sobre una rodilla. Parece una criatura que acaba de salir de su cripta, la mandíbula rota le cuelga a un lado y tiene los ojos aún más inyectados en sangre. El dolor grita en mi mano rota y recuerdo vagamente una canción que mi madre solía cantarme cuando era muy pequeño, sentado en su regazo mientras me acunaba para que me durmiera, preciosas palabras extranjeras cantadas suavemente junto a mi pelo.

Camina por el cuadrilátero y yo, obedientemente, avanzo para encontrarme con él. Nos paramos frente a frente, oscilantes. Tengo los ojos tan hinchados que solo veo a través de una rendija, él se mueve envuelto en una matriz de suave luz ámbar.

Esto es lo que veo:

Un par de ojos jóvenes que se abren, color azul claro. Una mano que intenta salir del agua negra que la absorbe, un puño destrozado contra el hielo y un cuerpo que sale a rastras a la superficie. Un niño tumbado sobre el hielo a la luz del atardecer, gris como la ceniza, pulmones que se llenan de frío aire invernal, ojos orientados hacia un cielo en el que incluso las estrellas más débiles arden con intensidad tras una oscuridad que ha durado tanto. Veo a un hombre que cruza el lago desde el oeste, su cuerpo proyecta una fina sombra. Ofrece su mano, retorcida y reumática, una garra. La cara del niño, suave y sin arrugas, conservada bajo el hielo; la cara del hombre, un mapa de nudos y cicatrices y huesos mal soldados. Durante un largo momento, el niño no se mueve. Después, estira un brazo, coge la mano. El hombre la agarra con fuerza, el niño respira con dificultad ante la intensidad del agarre. Los veo caminando hacia la casa lejana. Cuadros de luz arden en algunas ventanas, un fuego chisporrotea, mantas, chocolate caliente. El hombre se inclina y susurra algo. El niño se ríe, una risa preciosa acompañada de un resoplido, gotas de agua le caen de la nariz. Caminan juntos. Ninguno dirige la marcha, ninguno sigue al otro. Lo veo suceder. Todavía mantengo la esperanza de que esa posibilidad se produzca.

Nos movemos en círculos bajo una luz que se oscurece, pies separados, puños cerrados, rodillas flexionadas. La multitud retrocede, igual que sus sonidos. El único sonido que se oye ahora es el palpito lejano, el latido del corazón de un gigante. Una niebla plateada y escalofriante cae a través de los agujeros del tejado y agradezco la sensación del frío sobre mi piel.

Nicodemus da un paso adelante sobre su pie principal y barre con la mano izquierda en una órbita descendente, gotas de sangre salen disparadas de su frente al romperse contra el puño. Avanzo con el pie derecho, entro en su ataque y aparto la cabeza de su puño, pero no lo bastante rápido, me tenso ante el contacto mientras mi mano derecha rompe su defensa pasando por el mínimo hueco que me ha dejado y que ahora se cierra, giro el hombro y le pongo todo lo que tengo, ataco al cabrón con todo y, durante una brillante décima de segundo en el centro de aquel cuadrilátero que se oscurece, nos encontramos.

El tirador

Deja que te diga que el tirador puro es una raza agonizante. Estamos hablando casi de extinción: piensa en el leopardo de las nieves, en el dragón de Komodo, en el manatí. Los mates prácticamente han acabado con el tirador puro; ahora, todo el mundo quiere besar el aro, romper el tablero en pedazos para aparecer en el vídeo de los momentos destacados de la noche. Hay chicos con piernas de canguro que saltan fuera del gimnasio, pero esos mismos chicos no pueden anotar un tiro en suspensión ni aunque les fuera la vida en ello. La culpa es de Dominique Wilkins, Michael Jordan, Dr. J. Aún hay algunos lanzadores que rondan por la liga, escuálidos tiradores blancos que las clavan desde más allá de la línea de tres puntos; muchos europeos tienen un toque hábil, han perfilado sus habilidades en algún lugar estancado acabado en —vaquia o —garia, donde no sintonizan la ESPN en el televisor. Una maldita pena, porque hay pocas cosas tan dulces en la vida como el sonido de una pelota de baloncesto al pasar por el aro: hablamos de caer limpia en el centro de la red, nada de aro, nada de tablero. El sonido sería una especie de fru, pero la verdad es que existe más allá de la descripción humana; si el cielo tiene una banda sonora, tío, es esa.

Mi hijo va a cambiar todo eso. Jason hará que ser un tirador vuelva a molar. Cuando se coma la NBA veréis a niños practicar tiros en parada en lugar de mates con molinillo. Me atribuyo el mérito de su tiro en suspensión suave como la seda: pies separados, rodillas dobladas, codos levantados a la altura de los ojos, acompañamiento suave con la muñeca. Entrenábamos durante horas en el aro del camino de entrada, hasta que la mecánica se le quedó grabada a nivel celular. Leí en el periódico que marcó treinta y siete contra el Laura Second High; esos números atraerán a ojeadores de los programas de la División I, verdad verdadera. Jason es un jugador de horario de mayor audiencia, un *PTPer*,^[2] como diría Dick Vitale, el viejo Dicky V con sus frases estafalarias y su jeta arrugada como un pepinillo escabechado. Mi chico puede... «¡clavarlas de dos en dos!».

El Mikado es el único bar abierto los sábados por la mañana. Los trabajadores del servicio mínimo de la TRW suelen bajar hasta aquí tras sonar el timbre del final del turno para liquidar la espuma de unas cuantas rubias. Aunque técnicamente ya no

trabajo allí, aún me gusta pasarme por el Mik para un reconstituyente de sábado por la mañana, quitarme las telarañas de encima y empezar el fin de semana con una nota alegre. Este sábado en particular son las doce del mediodía cuando me echan. Digo «echan», aunque en realidad solo hay una camarera, una bruja triste de cara redonda llamada Lola. Digo «echan», pero a decir verdad me he quedado sin blanca y a Lola no se la conoce por servir a cuenta. Cuando llegas a ese crítico punto muerto, es hora de ahuecar el ala.

El día es soleado y cálido en un patio rodeado por los edificios de oficinas del centro de St. Catharines; el contorno achaparrado y deforme de los edificios aspira a la mediocridad pero se queda muy corto. Una cálida brisa de junio empuja envoltorios grasientos de comida rápida y plumas de paloma sobre el cemento agrietado de un aparcamiento de pago vacío situado entre un estudio de tatuajes y una tienda de alfombras de rebaja. El sol se refleja en las ventanas de las oficinas con tanta intensidad que me veo obligado a entrecerrar los ojos. He de admitir que estoy borracho, engullí ocho cervezas en el Mik y ayer por la noche me pulí medio litro de ginebra viendo publisreportajes. No duermo desde hace días, pero sigo teniendo buen ánimo, aunque debo reconocer que me he asustado un poco ante lo que parecen destellos verdes, dorados y magenta que se proyectan desde las puntas de mis dedos extendidos.

A mi izquierda, un callejón con basura tirada desemboca en King Street. Percibo movimiento humano y el eco de una música de ritmo rápido y me encamino en esa dirección.

Dos manzanas de King Street están cortadas para albergar un torneo de baloncesto 3x3. Las pistas se extienden a lo largo de la calle con las líneas de tres puntos y la marca de los tiros libres dibujadas en el suelo con tiza. Altavoces gigantes despiden música rap: gruñidos guturales y gritos con algún disparo ocasional y el tintineo de las máquinas tragaperras al conseguir el premio. Los jugadores están sentados a lo largo de la acera vestidos con pantalones cortos que les llegan a las rodillas, camisetas de malla de tirantes y zapatillas de la era espacial. Observan la competición o esperan a que les hagan entrar. El *staccato* de la cháchara baloncestística se escucha por debajo de los demás sonidos: «¡Defensa! ¡Ponle la mano en la cara! Culpa mía, culpa mía. Ya lo tienes, tío, lo tienes pillado. Te la he dejado, si no no clavabas esa mierda. Todo el día, hijo, todo el maldito día. Más uno. ¡Más uno!».

Zigzaguo entre mochilas, botellas de agua y equipos hablando de sus estrategias y me detengo frente a un largo panel de corcho para ver los grupos del torneo. No hay nombres, solo equipos: Hoopsters, Basket-Maulers, Santa's Little Helpers, Dunks Inc., Highlight Reelers. Si Jason jugara, habría llamado a su viejo, ¿no? Fui a todos sus partidos en el instituto, ¿o no? Digo «fui», en pasado, debido al incidente que

tuvo lugar en un partido de pretemporada en Beamsville. Digo «incidente», pero supongo que podría llamarlo «pelea». Empezó cuando algunos beamsvillianos (y cuando digo «beamsvillianos» quiero decir, con más exactitud, «montañeses endogámicos») se ofendieron ante mi característica forma de animar. Supongo que se soltaron algunos puñetazos. Bueno, la verdad del asunto es que sí, se soltaron puñetazos, los primeros yo, después a mí. Deja que te diga que esos paletos tienen buenas manos, ¡también las zorras! Por suerte, cuando uno lleva una buena melopea no se entera de mucho. El entrenador Auerbach insistió educadamente en que redujera mi asistencia.

Deambulo por la acera echando un vistazo a los partidos. La mayoría son juegos sin tacto, estúpidos: chicos lanzando triples desequilibrados y sonoros tiros al aro, cuerpos chocando bajo los tableros para anotar canastas horribles. Es una terrible experiencia para mí: un pianista clásico viendo cómo un grupo de chimpancés aporrea pianos Steinway. Me paro a ver cómo un jugador de la vieja escuela, ataviado con gafas al estilo Abdul-Jabbar y calcetines subidos hasta las rodillas, clava hábiles ganchos por encima de un tío al que dobla la edad; el más joven aguanta el chaparrón que le sueltan sus compañeros por sus fallos en defensa.

La última pista reúne a una gran multitud. No consigo ver más que movimientos intermitentes entre los espectadores apretujados, pero, por lo poco que veo, es un partido serio. Un verdadero estudioso del juego se da cuenta enseguida: algo en esos movimientos seguros, en esa rapidez, una convicción que habita en cada gesto.

Me abro paso entre la multitud y ahí está mi hijo.

Está fuera de la línea de tres puntos. El largo pelo negro recogido con una goma azul, del tipo que los frutereros utilizan para unir los plátanos. Aparte de darle aspecto de marica, el pelo largo tiene la costumbre de meterse en los ojos del tirador. Pero el chico se niega a cortárselo; una vez lo perseguí por toda la casa con un par de tijeras, gritando: «¡Te juro por Dios que te corto ese pelo de maricón!». Iba ciego, se suelen hacer locuras cuando vas ciego. Se encerró en el baño. Le dije que se lo cortaría mientras dormía. Se pasó la noche en el suelo con las greñas de *hippie* desplegadas sobre las baldosas manchadas de orina.

Coge el balón al borde de la zona y lanza un pase picado a Al Cousy, un chico grande del equipo del instituto de Jason. Al es un gorila con manos de piedra que no va a llegar a ningún sitio en este deporte. En mi opinión, cuanto antes lo acepte, antes podrá intentar dedicarse a algo más apropiado: sería un gran fontanero con esas zarpas tan fuertes. Termine como termine, dentro de unos años Al podrá decir, encorvado sobre unas cervezas o un café aguado en alguna reunión del sindicato, que una vez jugó a baloncesto con Jason Mikan, sí, Jason Mikan.

Al pivota alrededor de su defensor, le bloquean y saca el balón fuera. Jason lo coge unos centímetros fuera de la línea de tres puntos, hace un amago para quitarse

de encima al defensor, da un paso atrás y lanza un tiro. El balón dibuja un arco bajo el brillante aire de junio, una parábola perfecta contra el fondo del cielo azul que cae justo en el centro de la red.

—¡Buena canasta! —grito—. ¡Bien hecho!

Jason mira en mi dirección, me ve, aparta la mirada y da una palmada para pedir el balón.

Al ver el lanzamiento, la perfección espontánea, pienso en todo el tiempo que pasamos practicando juntos. Cada día de buen tiempo lo pasábamos en el aro del camino de entrada lanzando hasta que el sol se escondía detrás del tejado alto de la casa. Jason no podía parar antes de anotar quince tiros libres seguidos; metía doce o trece fácilmente antes de que le entrara el canguelo. Incluso construí un par de muñecos defensores, formas apenas humanas de contrachapado recortadas con los brazos extendidos. Las destrocé por error. Llegué a casa tambaleándome en un estado poco sobrio y divisé dos siluetas amenazadoras en nuestro garaje, a oscuras. ¿Quién no les habría dado una paliza hasta convertirlas en astillas? Una noche, llegué a casa algo lubricado y arrastré a Jason fuera de la cama. Hacía frío, tuve que arrancar un carámbano de hielo de la red. Jason estaba en pijama, le lancé la bola. «Cada minuto que no entrenas es un minuto que otro chico sí lo hace. Tienes que trabajar, hijo, duro y cada día. Ahora, ¡encesta la maldita pelota!» Mi vecino, Hal Lanier, de piernas como un escarabajo y dientes saltones, salió a la puerta de su casa.

—Oye —dijo—. ¿Os importa dejarlo ya por esta noche?

—Esto no es asunto tuyo, amigo.

Hal se cerró la bata para taparse una tripa tan pálida como una caballa.

—Intentar dormir es asunto mío. Si sacas a tu hijo en puto pijama y te pones a gritar como un loco, es asunto mío.

—¿Me estás diciendo cómo educar a mi hijo?

—Te estoy diciendo que yo también tengo hijos que quieren dormir.

—Ven aquí y dímelo a la cara, gordo cabrón.

Tengo que admitir que me sorprendió que Hal aceptara mi oferta; cruzó el jardín cubierto de escarcha en calzoncillos hasta donde yo le esperaba con mi mono de trabajo cubierto de grasa y me golpeó en toda la cara. ¡Bien! Rodamos sobre el césped dándonos con los nudillos. «¡Lanza la maldita pelota! —le gritaba a Jason sin parar—. ¡Quince tiros libres y podrás irte a dormir como un tronco!»

El equipo de Jason va por delante 20-13 cuando él marca un tiro en suspensión desde el codo que supone la victoria. Los equipos se dan la mano y se dirigen a la banda, a recoger sus mochilas y botellas de agua. Corro hacia Jason, que habla con un tipo con un sujetapapeles. Por un momento, me quedo sin habla, aterrorizado ante lo que parece, y siento la necesidad de recalcarlo, parece, un cono de llamas fantasmales que bailan sobre la calva del hombre. ¡Uau!

—Hola —digo, algo tembloroso—. Gran partido, chico.

—Sí —responde Jason—. Gracias.

—¿Es tu padre?

Por suerte, el fuego sobre la calva del hombre del sujetapapeles se ha extinguido.

—Su hijo es un jugador tremendo.

—No hace falta que me lo digas.

Rodeo con una mano el cuello de Jason y le doy un apretón.

—Este niño va a redefinir el juego, ¿verdad?

Jason se suelta de mi mano y arruga la cara.

—¿Cuándo es el próximo partido?

—El partido por el campeonato será en unos cuarenta y cinco minutos.

—Muy bien —digo cuando el tío del sujetapapeles se marcha—. ¿Qué te parece si comemos algo antes del gran partido?

—No sé. Vamos a organizar todo, tareas defensivas, rotaciones, ese tipo de cosas.

Lanzo una mirada a los compañeros de equipo de Jason, al gran Al y al larguirucho Kevin Maravich.

—Chicos, no os importa que os lo robe un rato, ¿no?

Los dos se encogen de hombros de la forma escéptica y sombría que tienen los chicos de su edad, como si, en vez de preguntar si podía llevar a Jason a comer, hubiera sugerido inscribirlo en un seminario.

—¡Genial! Lo traeré de vuelta a tiempo para el partido, palabrita.

Nos dirigimos al Mikado y nos sentamos en el patio. El sol de la tarde cae sobre el tablero vetado de cristal de la mesa rompiéndose en molinillos llameantes y coronas en forma de abanico. La luz templada atraviesa la sombrilla del patio y acaricia las gotas de sudor que se acumulan sobre el labio de Jason.

El perro de Lola, un rottweiler feo encadenado a la valla de hierro del patio, gimotea al ver a su dueña salir fuera.

—¿Ya estás de vuelta?

La masa de Lola se cierne sobre mí y me tapa el sol, da golpecitos con un lápiz amarillo y mordido en el cuaderno para tomar nota.

—¿Qué vais a tomar?

—Una Bud y un chupito de *whisky*. Mi amigo tomará una Bud también.

—¿Tiene carné?

—Papá, tengo un partido.

—Por el amor de Dios, Lola, ¡tiene un partido!

De repente, me siento enfadado, furioso más bien, con Lola por permitir que mi hijo beba antes de un partido.

—Tráele una Coca-Cola y un sándwich tostado de queso, ¿tenéis sándwiches de

queso, no?

—Lo tendré en un momento.

—Bien. Perfecto. —Niego con la cabeza, indignado—. Tiene un partido, por el amor de Dios. El campeonato.

Lola se encoge de hombros y se aleja para traer el pedido.

—Oye, ¿tienes refresco de uva? —pregunto.

—No —responde Lola sin darse la vuelta—. Coca-Cola y ginger ale.

Le guiño un ojo a Jason.

—No perdía nada por preguntar. Sé cuánto te gusta tu refresco de uva.

Un chiste privado. Hace unos años, Jason y algunos amigos jugaban un partidillo cuando volví del turno de la mañana. Fui a la cocina en busca de algo con que mojar el gaznate y vi en la encimera una botella de refresco de uva que había comprado a principios de semana, totalmente vacía. No sé por qué, pero aquello me puso de muy mala leche, supongo que porque lo estuve pensando en la perforadora, un buen vaso de refresco de uva, morado y burbujeante. Suena ridículo, pero en aquel momento podía haber escupido sapos y culebras, así que salí como un loco blandiendo la botella vacía.

—¿Quién ha sido el capullo que se ha bebido mi refresco de uva?

El partido se detuvo, todos se quedaron quietos, mirándose las zapatillas.

—He sido yo, papá —dijo Jason después de un momento—. Tampoco quedaba mucho.

Me acerqué y le di un golpe en la cabeza con la botella. El plástico fino se combó con la forma de su cráneo.

—¿Te lo has bebido todo? ¿No podías haber dejado un puto vaso para tu viejo?

—No quedaba ni siquiera un vaso. —Jason se rascó la cabeza—. Solo había como un dedo, no cubría casi ni esos agujeros del culo de la botella. Y tampoco le quedaba gas ni...

Le golpeé de nuevo (¡clac!), y otra vez (¡clac!), y otra para asegurarme (¡clac!). Se hizo el silencio excepto por el sonido del gran Al Cousy driblando la pelota y el plástico contra la cabeza de mi hijo. Los ojos de Jason no se despegaron de los míos, aunque se le hincharon un poco por el borde, la piel de sus mejillas se le tiñó de rosa y se hinchó, como si una terrible presión se acumulara ahí.

—No es por el refresco —dije, dispuesto a enseñarle a mi hijo una valiosa lección sobre la vida—. Es el... concepto. Así que mueve el culo ahora mismo y ve a Avondale a comprarme una botella.

Jason sacó su bicicleta del garaje.

—Chicos, será mejor que os vayáis a casa.

—Sí, ¿por qué no os largáis? Jason tiene que hacer unos recados.

Se alejó calle abajo y giró la esquina. Me quedé allí plantado como un árbol hasta

que volvió, con la botella balanceándose dentro de una bolsa de plástico colgada del manillar. Para entonces, ya se me había pasado el enfado, así que solo le di una palmada suave en la cara y le hice clavar veinte triples. Si lo piensas, fue una tontería. ¿Refresco de uva? Por eso podemos reírnos ahora.

Lola sale con las bebidas. Engullo el chupito de *whisky*, me bebo media botella de Bud de un trago y me recuesto en la silla. Me siento un poco más calmado, más dentro de mí, respiro profundamente y sonrío.

—¿Por qué no me has contado nada de esto? Sabes lo mucho que me gusta verte jugar.

—Fue una cosa de última hora. —Jason masca un cubito de hielo—. El otro tío se puso enfermo. No quería, pero se habían quedado tirados.

—Bueno, no está mal. Los habrían fundido sin ti.

—No quería —enfatisa—. Estaban jodidos.

—Sí, el torneo está por debajo de tu nivel, eres demasiado bueno para estos estúpidos. Bueno, ¿alguna oferta del sur? Es esa época del año.

—Una, de Kentucky Wesleyan. —Se encoje de hombros—. Es una beca parcial o algo así.

—¿Kentucky Wesleyan? Pero... están en la División II.

Jason mira al otro lado del patio, a los cables de teléfono combados bajo el peso de los mirlos.

—Sí, División II. Quizá no me llame nadie, ¿y qué? Puedo hacer otras cosas.

—¿Otras cosas? ¿Cómo qué?

—No lo sé... Podría ser, no sé, nutricionista o algo.

—¿Nutricionista? ¿Con los carbohidratos y las proteínas? ¿La pirámide alimentaria y... Dios, el trigo? No seas idiota. Es solo el principio. Espera a que te llegue la mejor oferta. Y, oye, puede que hasta te incluyan nada más salir del instituto.

—¿Que me incluyan dónde?

—Que le incluyan dónde, dice, en el *draft*, tonto. En el *draft* de la NBA.

Jason niega con la cabeza y, durante un instante, siento que quiero estirar la mano y tirar de él. En vez de eso, me termino la cerveza y, cuando llega Lola con el sándwich, le pido otra.

—¿Cómo está tu madre?

—Bien. —Jason le da un mordisco al sándwich de queso—. Está bien.

—Tiene que ser raro —digo, esperanzado—. Los dos vagando por esa casa enorme y vieja tan solos.

—La verdad es que no.

La madre de Jason y yo estamos pasando por dificultades maritales. El meollo de la cuestión parece residir en el reconocimiento de que tal vez me casara con ella con la vista puesta en algunos de sus rasgos (sus dedos articulados, sus piernas

juguetonas, sus fuertes pantorrillas), que, unidos a mi constitución física, prepararon el terreno genético para engendrar un jugador de baloncesto espectacular. Sostiene que toda nuestra relación tiene un «doble fondo», que debería darme vergüenza querer crear un «Franken-hijo» sin preocuparme en absoluto por sus «sentimientos». Se niega a aceptar mis disculpas, a pesar de estar totalmente borracho y abatido en el momento de la confesión. Creo que esto no es solo mezquino por su parte, sino que roza el comportamiento no maternal, con nuestro hijo en un momento tan crucial de su desarrollo.

—¿Quién va a colgar las luces de Navidad este año, eh? —pregunto, a pesar de haber abandonado esa tarea doméstica en particular durante años—. Tú estarás en la universidad.

—Lo haré antes de marcharme si mamá me lo pide.

Lola llega con otra cerveza.

—Bueno, de todas formas, al final todo se arreglará. Tu madre y yo solo necesitamos estar un tiempo separados. Muchas parejas pasan por lo mismo. No te preocupes.

—No estoy preocupado.

Algo en el tono de su voz me saca de mis casillas, es el tono de alguien que acapara la verdad, de alguien que guarda un secreto, y ahora sí que le voy a saltar los dientes de la boca, pero mi mano se detiene ante la llegada de un bombón que entabla conversación con Jason. Bajita pero bien dotada, «más curvas que un circuito», como diría mi viejo amigo de la TRW, Ted Russell. Se apoya en la barandilla del patio vestida con una camiseta palabra de honor color lavanda y con brillantina en las mejillas.

—Hola, guapo —dice con voz entrecortada.

Mi hijo sonríe y se embarcan en una típica conversación de adolescentes: lo que blablablá dijo sobre blablablá, blablablá va a dar una fiesta esa noche, blablablá es un ángel, blablablá es un capullo pero tiene un Corvette. Mientras tanto, yo miro fijamente (digo «fijamente», aunque supongo que «lascivamente» sería más exacto) a la chica, me la imagino en unos años, frotando ese cuerpazo bailando en una barra o algo así. Al mirar con lascivia a una pava calientapollas, un hombre se ve obligado a admitir que a) su hijo es más o menos un adulto ya, o b) es un perverso lujurioso.

—Mira mi chico —digo, rebosante de orgullo ebrio—. Tan mayor y hablando con chicas.

—Por favor, papá —me dice Jason, nervioso, como si se dirigiera al tío borracho que va a estropear una boda.

La chica, que hasta ahora me ha tratado con la brusca indiferencia que se reserva a las plantas de interior, parece desconcertada y algo asqueada al descubrir que Jason es el fruto de mis entrañas: como descubrir que la Mona Lisa la pintó un mongolo.

—Tengo que ir a ver a un hombre por un tema de un caballo. —Me levanto y me tambaleo—. Se me ha olvidado pasar por el cajero. Déjale a tu padre algo de pasta, ¿quieres?

Jason suspira en un gesto que delata que llevaba esperando aquello todo el rato. Mete la mano en la mochila y deja un billete de veinte sobre la mesa.

—Buen chico. Sabía que tu madre no te enviaría con las manos vacías.

—Es mi dinero, papá. Me lo he ganado con mi trabajo.

—Claro que sí, chaval. —Le regalo un guiño—. Seguro que sí.

—¿Ese es tu padre? Que tío más raro —escucho decir a la chica al salir dando tumbos del patio.

Las paredes del baño están empapeladas con pósteres de conciertos pasados de fecha y viejos carteles de tabaco. El meado sube por la pared de yeso en manchas hipnóticas con forma de llama. Un abanico de vómito seco cubre la base de la tapa del inodoro, con trocitos secos y coloridos. Asqueroso, sí, pero no puedo decir con total seguridad que no sea yo el culpable, la secuencia de sucesos de esta mañana está un poco borrosa.

Mientras me alivio, mis ojos se fijan en un trocito de grafiti en el urinario: «A la venta: zapatos de bebé. Apenas usados». Debajo, está escrito: «¿Qué tal diez pavos?» y, debajo, un dibujo ordinario de un falo mustio con lo que parece ser una flor saliendo del capullo. Levanto la vista hacia la bombilla cubierta con las siluetas negras de insectos chamuscados que, por alguna razón, me recuerdan las sombras holográficas quemadas sobre los ladrillos en Hiroshima y Nagasaki. Allí de pie, entre meado, vómito y el espectáculo de marionetas inmóviles que proyecta la tenue luz de la bombilla cubierta de insectos, una triste desolación se apodera de mí, una sensación de temor psicológico. A través del marco de la ventana manchado, sombras fantasmales entran como flechas y se mueven en círculos, lenguas oscuras que lamen bajo el marco combado. El urinario se cierne sobre mí, como una prensa, como los pulmones de una gran bestia primordial. Una voz vibrante me invade la cabeza: «raro, raro, raro, raro, raro». Salgo tambaleándome del urinario y frente al espejo quebrado veo mis ojos perforados y colgando de tallos como babosas, y ahí, en la profundidad de las cuencas vacías de mis ojos, veo otro par de ojos, rojos, salvajes y rasgados longitudinalmente como los de un gato, que me miran sin pena ni remordimientos.

El episodio pasa y todo se anima un poco cuando vuelvo a salir. Jason y la chica se han ido. Lola se ha llevado las botellas y ha cobrado. Me meto el cambio en el bolsillo, no dejo propina. El rottweiler ladra enfadado. ¿Lo han entrenado para olfatear a los tacaños como a los perros de los aeropuertos?

—Cállate, Biscuits —le ordena la voz de Lola desde dentro.

Con algunos minutos libres antes del partido de Jason, entro en la licorería. Un vagabundo está sentado fuera de la puerta pidiendo cambio para el autobús. ¿Adónde tiene que ir el tío con tanta urgencia? No me pide nada. Camino por los pasillos acondicionados, paso por los coñacs, los brandis y los *whiskies* escoceses y llego a la nevera llena de Rieslings con tapón de rosca, cajas de *chardonnay* y cervezas. Me decido por una botella marrón, con un toro que resopla en la etiqueta: una cerveza valiente que se disfruta mejor en las ocasiones en que uno se siente hecho unos zorros. Le pago a la cajera con las monedas que mi hijo no se ha molestado en coger y me doy cuenta de que he tocado un nuevo fondo.

No es legal beber en público, así que revuelvo la papelera de la licorería. Un vaso vacío de Big Gulp, ¡bingo! Hay una avispa dentro, la gorda cabrona ha debido de bajar por la cañita para alcanzar las burbujas cristalizadas de Orange Crush pegadas a las paredes enceradas del interior. Se aleja zumbando cuando vierto el contenido de la botella marrón; coloco la tapa de nuevo y me dirijo a la acera contento con mi subterfugio. Chupo felizmente la cañita rosa fosforito y me paro a pensar qué otros labios habrán hecho lo mismo. Puede haber sido cualquiera, un vagabundo, joder, algún vagabundo costroso y lleno de enfermedades, con los labios agrietados y rebosantes de hongos, y ahora me pregunto si el 7-Eleven les vende refrescos a los vagabundos, si llevan a cabo un negocio dinámico con este tipo de clientes y, mientras llego a la razonable conclusión de que no, claramente no, no puedo evitar darme cuenta de que la sensación de bajeza de antes no era más que una plataforma, el trampolín a este profundo y casi subterráneo nuevo fondo.

Una gran multitud rodea la pista de la final. Me abro paso a empujones entre la gente con un aire de suficiencia ebria. Es mi hijo al que miran boquiabiertos, ¿no? Veo que el partido ya ha empezado. El equipo de Jason se enfrenta a un trío de negros cuyas voces delatan un acento del norte de Nueva York. «Lanza esa mierda, venga. No te atreves». De Buffalo, con su piel morena besada por el sol, su pelo trenzado y sus tonterías, creyendo que pueden darles un repaso a estos pálidos. Un imbécil con un megáfono, el locutor, imagino, no narra el partido sino que se limita a puntualizar cada jugada con algún latiguillo molesto: «¡To-ma!», o «Brrrrrrr», o «¡Pedazo de pincho!», o «Ra-ta-ta-ta-ta-ta-ta», o «¡Vaya piedra!».

El otro equipo va por delante 7-4 cuando Jason coge el balón fuera de la zona. Dribla hacia la izquierda y lanza un pase picado a Al Cousy en el poste bajo. Al rodea a su defensor, se levanta y lanza un tiro en suspensión que da en el aro.

—¡No se la pases a Manos de Piedra! —grito—. Joder, hijo, ¡usa la cabeza!

El base del otro equipo ejecuta un fino amago, un «rompetobillos» que pilla a Jason a contrapié. Kevin Maravich viene a apoyarle en defensa, pero el base le pasa el balón al jugador de Kevin, que lo clava a dos manos y se queda colgado del aro

como un gorila.

—¡Patapam! —grita el locutor.

Jason sigue pasándoles el balón a sus compañeros de equipo, tan inútiles como los pezones masculinos. A Kevin lo bloquean dos veces y el gran Al tira piedras suficientes como para construir un refugio a los vagabundos. Sus oponentes lanzan un chorro continuo de basura: «No traigas esa mierda aquí, esta es mi casa», «Espero que lloves un paraguas porque te está cayendo una buena», «Tío, estamos tan sobrados que nos salimos de la pista». El árbitro, un tipo calvo y viejo bastante hecho polvo, vestido con un traje de cebras raído, deja que los gringos se salgan con la suya: empujones, agarrones, codazos flagrantes. Le dedico lo mejor de mi repertorio.

—¡Oye, árbitro, si tuvieras un ojo más serías un cíclope!

—¡Oye, árbitro, ha llamado el coronel Rubio, dice que no pillas ni una!

—¡Oye, árbitro, si tuvieras un coeficiente intelectual un poco más bajo, alguien tendría que regarte!

Los espectadores bufan y se ríen, una mano fuerte me golpea entre los omóplatos.

—Muy bien, dale caña al tío.

Le doy un trago a mi bebida y, por un momento largo y vacío, no siento nada excepto un odio cruel y ardiente por el árbitro, por el equipo contrario, por los compañeros de equipo de Jason, por todo aquel que se interponga en su camino hacia el destino que le espera, por cualquiera que intente frenar el don que le sacará de esta insignificante ciudad, lejos de los palurdos imbéciles, de los don nadie que me rodean y que nunca llegarán a ningún sitio.

El marcador indica 13-4 y Jason aún no ha lanzado. Le pasa el balón a Al, que se lo vuelve a pasar, una bala candente que golpea a Jason en el pecho.

—¿Qué estás haciendo? Cógela, tío.

Jason finta a su defensor, dribla para quitárselo de encima y lanza. En cuanto el balón se separa de sus manos, sabes que va directo. Entra tan limpio que la red sobresale por encima del aro y se oye ese sonido, joder, casi sexual.

—¡Este chico ha tirado desde su casa! —rebuzna el locutor.

Jason le roba la cartera al base en la siguiente posesión, se queda solo más allá de la línea de tres, lanza. Fru. 13-9.

—¡Ha sacado la artillería, amigos!

El base supera a Jason, pero Kevin le pone una mano en la cara y el tiro se queda corto. Al pilla el rebote y se lo pasa a Jason. La rotación defensiva es lenta y tiene un tiro claro desde la línea de tres puntos, la clava. 13-12, y ahora el otro equipo está muerto.

—Venga, vaaamos —dice el base—. Defensa. Hay que machacar a estas zorras.

Pero es demasiado tarde. Jason ha entrado en algún tipo de zona. No importa en qué parte de la pista esté, o lo dura que sea la defensa, los deja secos. A una mano

desde el codo, dentro. Tiro de tres cayéndose hacia atrás con un defensor en la cara, dentro. Bomba muy arqueada, dentro. En mi cabeza, escucho a Marv Albert, la voz de los New York Knickerbockers y ladrón de ropa interior femenina: «Mikan coge la pelota al borde de la zona, se quita de encima a su hombre, despega los pies del suelo y... ¡Síiiii!». Lanzamiento desequilibrado, en el aire, de espaldas a la canasta, con dos defensas sobre él, dentro. Paso atrás, triple lanzado desde su casa, dentro. Le han dado la vuelta al marcador, 22-17. Las caras de los yanquis reflejan una total incredulidad.

—¡Señoras y señores, a este gato no se le escaparía ni una rata!

A lo largo de esta exhibición de lanzamientos, la expresión de Jason no cambia: una expresión vacía, ligeramente asqueada, como si hubiera olido algo rancio. No sigue el balón cuando sale de sus manos, como si no quisiera ver la caída inevitable en el aro. Si no supiera la verdad, casi creería que quiere fallar. Observo la multitud en busca de una cara conocida, tal vez el capullo de mi supervisor, el señor Riley. «¿Ves eso, gilipollas? ¡Es mi hijo! ¡Mis genes han creado eso! ¿Qué han creado tus genes, Riley? Sí, es verdad, unas cuantas manchas en las sábanas ¡y una asesora fiscal de mierda!»

El tiro decisivo es difícil e impresionante. Jason le pasa el balón a Al, le bloquean pero protege la pelota y se la devuelve a Jason. Tiene pegado al base del otro equipo, Jason recula driblando con la pelota. Quizá sea solo el efecto de la cerveza, pero en aquel momento parece moverse envuelto por un aura de luz beatífica: falsos soles brillantes y chispas relucientes le envuelven los brazos y las piernas. Va hacia la derecha, seguido de su defensor, que roza la pelota y casi se la roba. Llegan a la línea de fondo, los talones de Jason están casi fuera y lanza cayéndose sobre el público, decenas de brazos se preparan para recibirle en su caída.

—Tablero —le oigo decir con voz derrotada al caer.

La bola rebota en el tablero y atraviesa la red.

—¡Sobre la bocina! —grita el locutor—. ¡La ha clavado sobre la bocina!

La multitud se dispersa en grupos de dos y tres, en dirección a bares, parques y restaurantes. Un equipo de trabajo desmonta las redes y el equipo de sonido y lo mete todo en furgonetas para llevarlo al próximo lugar de competición.

—Gran partido, hijo.

No sé cómo, he derramado cerveza en los pantalones, parece que me he meado. Intento justificarlo por la emoción.

—Ajustado hasta el final. Mira, me has hecho sudar a mares.

Jason está sentado en la acera con sus compañeros de equipo.

—Sí, supongo que ha estado bastante bien.

—Habéis tenido suerte de contar con Jason para que no os machacaran el culo, ¿eh? —les digo a Kevin y a Al.

No me responden, se quitan las zapatillas y los calcetines y se ponen unas sandalias. Las gruesas uñas del gran Al están amarillas y astilladas y se le curvan sobre la carne como una armadura.

—¿Qué os parece si os invito a cenar? —ofrezco alegremente—. Un festín digno de los campeones.

—No te preocupes —responde Jason—. Los padres de Kev van a hacer una barbacoa. Tienen piscina.

—¿Una piscina? Muy clase media.

Me meto una mano en el bolsillo y me rasco la nuca con la otra.

—Kev, ¿dónde queda la casa de tus padres?

Kevin señala con el pulgar por encima del hombro, un gesto ambiguo que podía indicar la parte sur de la ciudad, el siguiente pueblo o Latinoamérica.

—¿Puedo apuntarme?

Jason está sentado con las piernas abiertas, con la cabeza colgando entre las rodillas.

—No lo sé. Es que solo han comprado comida para, ya sabes, nosotros tres.

—Bueno, no pensaba ir con las manos vacías. Puedo comprar algunas hamburguesas. O Cheetos.

—Es que no tenemos sitio en el coche. Al, yo, todo el equipo. Kevin tiene un Neon, es pequeño.

—Podemos apretarnos, ¿no? Como amigotes.

—No lo sé, quiero ir a correr un rato antes.

—Me encanta correr. Es bueno para el corazón.

—Papá, escucha —dice Jason, sin levantar la vista—. Kevin aún está en periodo de prueba con el carné de conducir. Así que no puede llevar en el coche a nadie que haya bebido. Si nos para la policía, le quitarán el carné.

—Vale, no hay problema.

Miro al cielo, al sol de la tarde. Cierro los ojos y la imagen fantasmagórica que se queda grabada en ellos se fija a fuego, una corona abrasadora con destellos intermitentes.

Los chicos recogen sus mochilas y las botellas de agua. Les estrecho la mano a Kev y a Al y abrazo a mi hijo. Su piel huele a otros cuerpos, al sudor de extraños. Me solía encantar el olor de sus manos después del entrenamiento, el aroma del sudor y el cuero combinados. Cuando le suelto, la piel alrededor de sus ojos está roja e hinchada y me hace pensar en aquella tarde lejana, en refresco de uva y en la sensación de una presión horrible.

—Gran partido —le digo—. Algún día les enseñarás lo que es bueno.

Se aleja calle abajo, con la mochila colgada del hombro. Sigo su caminar, como si lo mirara a través de un telescopio del revés. Su diminuta silueta se distorsiona a

través de un convexo invisible, gira la esquina, desaparece. Brillante y hostil, el sol está alto en el cielo de la tarde, la cerveza se ha terminado y aún queda la segunda mitad del día, aunque da la sensación de que debería ser más tarde, mucho más tarde, casi el anochecer, y me doy cuenta de que no tengo nada que hacer, ningún lugar al que ir, el día se alarga brillante e interminable sin un objetivo claro ni ningún cierre a la vista.

Es de noche en el complejo de casas de protección Kightwood Arms. La ventana de mi habitación da a una pista de baloncesto ruinoso, con el pavimento roto y combado, las redes podridas colgando de los aros. Por la mañana, temprano, lanzaré unos tiros bajo el cielo cada vez más claro, con una fina niebla cayendo sobre las farolas de vapor de sodio del patio que creará un nimbo brillante. Enseguida alguien abrirá una ventana en una de las unidades superiores: «¡Para ya con tanto botecito!». Ya no protesto tanto como antes, simplemente volveré a casa.

Son las once más o menos y la botella ya está casi vacía cuando suena el teléfono.

—Hola —dice Jason—. Soy yo.

—Me alegro de oírte.

—Sí, bueno, quería hablarte de una cosa.

Buenas noticias, imagino: Duke, Kentucky, UConn.

—Tu viejo es todo oídos.

—Bueno, es que he decidido no jugar a baloncesto.

—¿Quieres decir que te vas a tomar un año libre? —Intento mantener la calma—.

No creo que sea la mejor idea, chico. Querrás mantenerte en el ajo.

—No, me refiero a para siempre. No voy a jugar nunca más.

—¿Nunca más? No te entiendo.

El micrófono del teléfono está tapado. Se escucha la voz amortiguada de Jason, después la de su madre. Jason vuelve al teléfono.

—Estoy harto. Me he cansado del baloncesto. No quiero jugar más.

—Bueno. —Me controlo—. Eso es... Es una actitud infantil, hijo. No siempre me gusta mi trabajo, pero es mi trabajo, así que lo hago. Así funciona el mundo.

Suspiro.

—Hay otras cosas en esta vida, ¿sabes? Hay muchos trabajos ahí fuera.

—¿Sí? ¿Como cuál?

—No lo sé —me dice—. Estaba pensando en veterinario, tal vez.

—¿Veterinario?

—Sí. O algo así.

—Bueno, eso es... Qué te digo, estupendo. Los gatos enfermos y tal. Un gran objetivo.

—Solo quería que lo supieras.

—Sí, vale. Gracias. Por qué no lo piensas un poco, Jason, déjalo reposar. Quién sabe, igual cambias de idea.

—No lo creo. Bueno, adiós.

—Lo único que digo es...

Pero ya ha colgado. Cuelgo y me tumbo en el colchón, miro hacia fuera, al cielo plagado de estrellas.

Cuando Jason era un niño, le compré una hucha mecánica. Se colocaba una moneda en la mano de un jugador de baloncesto de metal, se accionaba una palanca que soltaba un resorte y el jugador depositaba la moneda a través de un aro de hierro. A Jason le encantaba. Lo sentaba en el suelo con un montón de centavos y pasaba horas de diversión absurda. De vez en cuando tenía que dejar lo que estuviera haciendo para abrir la parte de abajo y sacar todas las monedas para que Jason pudiera empezar de nuevo. El clac, cling del mecanismo se volvía molesto después de la primera media hora, se lo habría quitado si Jason no fuera tan pequeño y frágil y yo no estuviera tan decidido a desarrollar esa fascinación. Había otros juguetes, un armario lleno, pero él eligió el baloncesto. Desde el primer momento. Y, sí, yo lo animé. ¿Qué se supone que debe hacer un padre? Guiar a sus hijos hacia su inclinación natural, con delicadeza al principio, después, según se necesite. Si tu hijo ha nacido para eso, ¿qué otra opción te queda?

Lo único que digo es que no soy ningún monstruo, ¿vale? Como padre, solo quieres lo mejor para tu hijo. Ese es tu trabajo, el trabajo más grande de tu vida. Lo único que quieres es que tu hijo sea feliz, y que esté sano, y que vaya por el buen camino. Es todo lo que hice: lo mantuve por el buen camino. Soy un gran padre. Un buen padre, joder. Lo juro sobre una pila de biblias.

Así que mi chico quiere ser veterinario, ¿no? Es un camino duro, lleno de competencia, no es pan comido, en absoluto. ¿No conozco a un taxidermista en Welland? Claro, Adam nosequé, diseca gansos y truchas y, no sé, ¿lince? Debería darle un toque, ver si mi Jason puede pasarse a hablar con él y echar un vistazo. Si quieres ser médico, tienes que saber manejarte entre cadáveres, ¿no? Es el mismo principio. Adam es un cabrón de trato fácil. Seguro que no le importa.

Sí, eso es lo que haré. Terminaré esta botella, buscaré el número y le llamaré. Sin duda la noticia me ha sorprendido, pero nadie puede decir que Hank Mikan sea un hombre inflexible. Cuando la vida te da limones, hay que hacer limonada. Si la vida te da uvas rancias, haz vino dulce. Veterinario, ¿eh? Bueno, es noble. Muy noble. Y, oye, el dinero tampoco está tan mal.

Voy a acabarme este último trago y me pongo al teléfono. Queda un largo camino por delante.

Como dice el anuncio de zapatillas, ¿no? Solo hazlo.

Un mal servicio

A mitad de la presentación, le paso una nota a Mitch Edmonds, el más grande de todos los diseñadores gráficos: «¿Va todo bien?». Arruga la cara y me responde: «Si por «bien» te refieres a tan MAL que te para el corazón, entonces sí, todo va DE PERLAS». Dejando a un lado el uso diarreico de calificativos, sospecho que Edmonds tiene razón. De hecho, la presentación va de camino a un accidente como el del Hindenburg: siento el calor de las llamas de hidrógeno comprimido y los jirones carbonizados de la seda del zepelín abofeteándome la cara, escucho la voz entrecortada de Herbert Morrison gritando «¡Oh, la humanidad!» a un micrófono golpeado por el viento.

Supp-Easy-Quit es una ayuda para dejar de fumar en forma de supositorio. La ciencia es sensata: los grupos de arterias rectales, que se alimentan directamente de las ramas sacras e ilíacas, son los canales de reparto de nicotina perfectos. Aun así, los datos fríos insisten: la mayoría de los fumadores, la mayoría de los seres humanos, tienen una aversión a meterse objetos extraños por el ojete. Prefieren mascar Nicorette hasta que se les desencaje la mandíbula, adornar sus cuerpos de parches o, joder, incluso meterse llameantes cuñas de nicotina bajo las uñas. Esta predisposición innata hace que el producto sea difícil de vender.

Don Fawkes, director de la cuenta de Supp-Easy-Quit, apunta con un láser hacia las viñetas de un *storyboard*.

—Bien —dice—. Aquí tenemos a un fumador que intenta dejarlo. Está en un bar lleno de humo, lujoso, *jazzero*, con un aire clandestino, tomando unas copas, muriéndose de ganas de encender un matapulmones.

Don cree que el uso oportuno de una palabra moderna es clave para mantener el éxito del que disfruta.

—Así que nuestro hombre va al servicio y se mete en un urinario, la música *jazz* aumenta de volumen, sale del urinario sonriente. Fundido en negro y el logo del producto.

La representante de Supp-Easy-Quit, una Eva Braun con traje de chaqueta flanqueada por un par de imitaciones de científicos con bata, está sentada con los

brazos cruzados. El trío me parece esa clase de gente que dice «solo los hechos, señora»: su anuncio ideal sin duda implica imágenes clínicas de supositorios insertados en rectos, cámaras endoscópicas que capten la dispersión de las moléculas de nicotina por el flujo sanguíneo.

—Qué me decís, ¿os gusta? —pregunta Don Fawkes, *ignoramus extremus*—. ¿Os encanta?

El coloso sobresaliente en ineptitud de Fawkes no consigue causarme sorpresa o compasión por dos motivos: 1) el mes pasado, Don echó por tierra él solito la cuenta de pastillas *kosher* Juicy Jubes y enfureció a un grupo de empresarios hasídicos con las palabras de su inoportuno eslogan: «Juicy Jubes, son JU-deliciosos»; y 2) me falta un gran pedazo de carne en la pantorrilla izquierda, un pedazo que se corresponde con el tamaño del mordisco de un rottweiler llamado Biscuits. La herida está limpia y vendada, pero la pantorrilla es una zona complicada, llena de venas y tejido conjuntivo, y la sangre empapa las vendas y encharca el talón de mi mocasín Bruno Magli.

Me atacaron hace dos noches, en una pelea de perros en un foso excavado en la que el primer perro que busque una forma de salir de ahí pierde, organizada en una granja de aves de corral cerrada a las afueras de Cobourg. Dottie, un pit bull de tres años, la perra adorada de mi mujer Alison, quedó emparejada en una pelea con un presa canario llamado Chinaman. Dottie había ganado diez peleas con sus patas traseras musculosas y un mordisco capaz de hacer pedazos un bloque de cemento; Chinaman era rojizo, de un linaje legendario, con un pecho y unas mandíbulas capaces de desviar balas. Las apuestas se inclinaban a favor de Dottie por su experiencia y su don de mando en el foso.

Después de que Alison inspeccionara a Chinaman detenidamente (el criador era un paleta de orejas salidas famoso por empapar el pelaje de sus perros con veneno), llevaron a los perros a un corral de gallinas. El suelo estaba cubierto con los gusanos blancos de las cagadas de las aves, algunos con suaves plumas pegadas. Charcos de sangre de la pelea anterior cubrían el cemento.

Dottie empezó rápido, cerró el hocico sobre el pecho de Chinaman y le arrancó un trozo de carne del hombro derecho. Chinaman parecía listo para retirarse (es la primera herida grave la que diferencia a los jugadores de los perros de mala raza), pero cuando Dottie le atacó una pata delantera, él le enganchó la cabeza y le abrió con los caninos unos surcos profundos sobre el puente del hocico. La sangre manó por el pecho de Dottie y le salpicó los ojos. Alison dejó escapar un gemido.

—¡Dale duro, chico! ¡Ataca, ataca! —gritó el dueño de Chinaman.

El presa corrió e intentó arrinconar a Dottie contra la valla del corral. Dottie retrocedió unos pasos antes de cerrar la boca alrededor de la pata delantera de Chinaman y arrancarle una red de músculos y tejidos. Chinaman siguió presionando,

mordiéndolo la cabeza de Dottie. Los dientes rechinaron al rascar hueso. La multitud se amontonó alrededor del corral, golpeando la tela metálica de la valla, pateando con los pies. Olía a cerrado, a calor, a sudor animal.

Sonó la campana. Hombres con ganchos despuntados saltaron la valla, engancharon los pechos musculosos de los perros y los separaron. En un rincón, sujeté a Dottie mientras Alison trabajaba. Tras frotar lidocaína en polvo en las encías de la perra para aliviar el dolor, cauterizó químicamente las heridas de la cara con ácido férrico. Después, empapó un bastoncillo de algodón con cloruro de adrenalina y se lo pasó a Dottie por el borde de la nariz, de las orejas, del ano. Los ojos de la perra, antes vidriosos, se enfocaron.

Sonó la campana. Los dos perros tocaban la línea de tiza.

Dottie se mantuvo fiel a su reputación de destructora en el segundo asalto. Mordió con fuerza las patas traseras de Chinaman, atacó la herida del hombro. Chinaman dio todo lo que tenía, le rasgó la papada a Dottie, la hizo pedazos. Tras la marca de los ocho minutos, se escuchó un chasquido fibroso al romperse el hombro de Chinaman. El presa se quedó con tres patas. Dottie aprovechó su ventaja forzando a Chinaman a retroceder, le atacó la garganta en una imagen borrosa de dientes, mandíbulas en busca de algo que morder y tiras de saliva sangrienta mientras ambos perros buscaban el remate mortal.

Chinaman consiguió cerrar la boca alrededor del hocico de Dottie y le agarró toda la parte del paladar. El sonido quebradizo al astillarse no se parecía a nada que hubiera escuchado antes. La columna de Dottie se contrajo y con las patas le abrió el estómago a Chinaman.

Sonó la campana. Un adolescente con la cara llena de marcas de acné recogió la sangre y volvió a dibujar la línea de tiza.

La cara de Dottie estaba destrozada: ensangrentada y abierta, con trozos de hueso flotando sueltos bajo la piel. Chinaman le había arrancado la mitad de la nariz y la papada le colgaba como unas cortinas hechas jirones. Alison desbridó las heridas más graves con agua oxigenada y Betadine antes de administrar una mezcla de adrenalina y vaselina.

—¡Retirad a los perros! —gritó un hombre—. Ya es suficiente. ¡Ya basta!

La multitud le abucheó.

—Quizá debería retirarla —sugirió Alison.

¡Preferiría cortarme el pie para comérmelo!

—Mira al otro perro —dije, y señalé al presa con la cabeza. Escondía la cabeza en el pecho de su dueño como si quisiera entrar ahí dentro y morir—. Te apuesto un filete para cenar a que no toca la línea.

El dueño de Chinaman cogió al perro por el cuello y lo sacudió.

—¡No me falles, maldito perro de mierda! —gruñía—. No se te ocurra fallarme,

joder.

Antes de la campana, Alison le inyectó a Dottie 10 cc de epinefrina en la cadera. Sentí cómo se tranquilizaba el corazón palpitante de la perra. Chinaman se tambaleó desde su rincón, con la pierna delantera derecha flácida como un fideo cocido. El hocico del presa estaba totalmente blanco, cubierto de lidocaína.

En el tercer asalto todo terminó. Dottie fintó a la pata herida de Chinaman y, con un hábil movimiento, embistió con la cabeza contra su pata buena. Obligada a soportar todo el peso delantero, la pata izquierda se partió. El presa cayó con la cara al suelo, las patas delanteras extendidas a los lados y las traseras que se movían sin fuerzas. Dottie arañó los ojos de Chinaman. Poco después, los ganchos la apartaron.

Tras arreglar las apuestas, llevaba a Dottie al aparcamiento (la sangre empapaba su manta, que goteaba fuera del transportín) cuando escuché un ladrido ronco a mis espaldas. Me di la vuelta y vi a un enorme rottweiler que corría hacia mí. Llevaba un collar tachonado de cuero contra el que latían los músculos estriados de su cuello. Los eslabones de una gruesa cadena escupían grava entre sus patas.

Dejé a Dottie y le lancé una patada desequilibrada. El perro pasó por debajo de mi pierna y me mordió la pantorrilla.

Todo avanzó al ritmo narcótico de una fuga. Se me dobló la rodilla derecha y caí y el asfalto me arañó la culera de los Dockers de algodón. Me golpeé la cabeza contra el suelo y todo se tiñó de blanco por un momento. Entonces me desperté peleando, golpeando con los puños la cabeza del perro mientras su hocico oscuro y cuadrado se preocupaba por la herida. Dottie pegó la cara destrozada a la puerta del transportín, gruñendo, con burbujas sangrientas entre los ojos negros y el hueso orbital. El rottweiler sacudió la cabeza de un lado a otro, con los dientes bien hundidos en los tendones de mi pantorrilla, agitándose como haría un cocodrilo sobre el asfalto frío de noviembre.

Cinco dedos como salchichas cogieron la parte de debajo de la mandíbula del rottie, el pulgar y el índice presionando el eje donde se unen las dos partes de la mandíbula para obligarle a abrir la boca. La mujer que contenía al animal era una montaña de carne envuelta en lo que parecía una vela de barco plegada, con las pantorrillas gruesas como las de un paquidermo joven, cubiertas de telarañas de venas azulas. Un cigarrillo mentolado un tanto irónico le colgaba del labio inferior, desafiando todas las leyes de la gravedad conocidas.

—Biscuits, malo —regañó al perro con voz suave y entrecortada—. Qué maleducado. ¿Por qué quieres morder a este hombre tan simpático?

Alison llegó envuelta en un torbellino de chales e indignación. Me percaté de que metió los dedos en el transportín de Dottie antes de llegar a mi lado. Sangre arterial brillante manaba a borbotones de mi pantorrilla.

—Deja de retorcerte —me dijo mientras abría el agua oxigenada y el hilo de

sutura para tratarme la herida.

La mujer se alejó en dirección a su Cutlass Supreme. Abrió la puerta del conductor (el salpicadero abrasado por el sol estaba cubierto de Trolls de pelo de colores fosforitos y tampones de tinta del bingo sobresalían de la guantera abierta) y empujó al perro para que entrara. Un hombre con mal genio y los hombros encorvados esperaba sentado en el asiento del copiloto, vestido con pantalones militares de camuflaje y el tipo de camiseta sin mangas que tanto les gustan a los jardineros italianos mayores.

—¿Adónde vas? —le dije acercándome a ella—. No puedes dejar que tu perro me muerda y marcharte sin más.

Se pegó la barbilla al pecho, un gesto que inició un efecto dominó de barbillas secundarias.

—Biscuits tiene un poco de tiña, se pone de mal humor. —Su expresión sugería que yo no sabía mucho de perros si no me había dado cuenta de eso—. Todos mis pequeños tienen todos los papeles y están vacunados contra la rabia. No necesitas vacunarte, te lo prometo.

—¡Habría que acabar con ese perro!

—Voy a fingir que no te he escuchado, amigo.

Cerró la puerta de golpe y se alejó culeando a través de la fila de coches aparcados en diagonal. Biscuits lanzó su cuerpo contra la ventanilla trasera del Cutlass sin dejar de ladrar, colérico, escupiendo espuma blanca al cristal.

—¿Esa mujer acaba de...?

—Sí. —Alison me puso en la mano una pastilla de vitamina K para ayudar a que la sangre coagulara—. Vámonos.

—Pero no puede...

—¿Qué le decimos a la policía? —preguntó—. Estábamos en una pelea ilegal de perros y...

—¡Pero vivimos en una sociedad educada! —Perdí los papeles—. ¡Operamos según reglas civilizadas!

—Calla.

—Debería morderla. ¡Debería morder ese culo gigantesco!

—Calla.

De camino a casa, Alison se detuvo en mitad de la autopista. Dottie emitía unos silbidos graves en el asiento trasero, destrozaba la manta empapada en sangre y se abrían los puntos.

Forcejeamos para bajar el transportín al áspero terreno del apartadero. Bajo la mortecina luz blanca de una farola de sodio, rompí el transportín, ya que no había otra manera de sacarla. Alison sujetó la cabeza cuadrada de la perra con las manos y le masajé el cuello y el estómago, cualquier zona que no estuviera completamente

cubierta de sangre. El olor medicinal de la epinefrina manaba de los muchos cortes de Dottie.

—Dios. No puedo enterrar a otro perro, Jay.

Alison acarició la cabeza de Dottie, le recorrió el hocico con los dedos, trabajó la piel suave de entre las orejas. La perra levantó la vista con unos ojos tristes y agradecidos. Los grillos cantaban entre los largos juncos que bordeaban la cuneta.

Hacia el final, Alison inyectó lidocaína en la sien de Dottie, entre los dedos anular e índice de mi mano izquierda, que tapaban los ojos pesados de la perra. Los coches circulaban por la autopista y bañaban nuestros cuerpos con el brillo de los faros. Dottie vomitó sangre. Parpadeaba bajo mi mano.

—Debería haberla retirado.

Entonces la perra se echó a temblar. Las convulsiones le destrozaban los huesos, que se extendían hacia afuera.

—No lo habría permitido —le dije—. Dottie está metida en el juego.

—¿Os encanta? —repite Don Fawkes por enésima vez—. Decidme que os encanta.

Pero a los representantes de Supp-Easy-Quit claramente no les encanta, un hecho que incluso Helen Keller^[3] podía haber detectado, pero que Fawkes seguía ignorando felizmente. Eva Braun anota algo en su carpeta de imitación de piel con ademán agresivo y fulminante mientras sus sujetalibros, envueltos en las batas, observan a Fawkes como harían con una cepa bacteriana particularmente agresiva extendida sobre un portaobjetos.

Mitch Edmonds me pasa un monigote: un tío con cabeza de calabaza en la que arde una vela, como las calabazas de Halloween, un ojo el doble de grande que el otro, con dientes de calabaza y babeando, con líneas onduladas representando el hedor que desprende y moscas revoloteando; un bocadillo dice: «¡Te encanta! ¡De verdad, de verdad que te encanta!».

La clínica de fertilidad del doctor Clive Ketchum está situada en un edificio de oficinas de estilo neocolonial en el cruce de Steeles y Yonge. Subo con indecisión las escaleras que desembocan en un pasillo estrecho. Me tomé un Xanax con la comida, otro mientras venía en el taxi, no siento dolor.

La sala de espera de Ketchum se parece al decorado de una película de cine negro: una sala oscura, grande, cubierta con paneles de madera de roble, de techos altos, cenefas de cristal glaseado, un cenicero blanco bajo un cartel de no fumar. La recepcionista es joven, pequeña, rubia, con unas tetas prominentes y aspecto de haberse levantado aquella mañana sabiendo de antemano cada movimiento que realizaría a lo largo del día.

—Tengo cita a las cinco.

Consulta su agenda.

—¿Señor James Paris?

Le regalo un guiño y aguanto a duras penas el impulso de inclinarme.

Me lleva por un pasillo bien iluminado que da a una sala antiséptica. Señala una camilla de reconocimiento. Un enorme pliego de papel cruje bajo mis muslos. La pared de enfrente está adornada con una gran ilustración médica: «El escroto y su contenido». Todo está ahí: fascias espermáticas externa y superficial, la túnica vaginal, el epidídimo y los testículos, que, en la interpretación de este artista, parecen unos huevos de codorniz con pelo. Unas pinzas de las que solo se ve la punta pellizcan y apartan el tejido para dejar a la vista piel, membrana y nervios.

Entra el doctor Ketchum. Las dimensiones del hombre son las de un bolo: la mayoría de su peso se concentra en los cuartos traseros, y, aun así, su cuerpo sigue siendo insustancial, como si estuviera lleno de hojas de periódico.

Abre una carpeta, asiente y niega con la cabeza.

—¿Has hecho los ejercicios?

Realiza una serie de sentadillas con las piernas abiertas y los brazos hacia adelante, como un saltador de trampolín. Ketchum afirma que esta maniobra (el «agitador de las gónadas») fomentará la producción de esperma y, junto con otros ejercicios igual de desagradables (el «tubo ensanchador de la uretra», el «excitador escrotal»), conseguirá que dispare munición viva en poco tiempo.

—Los he hecho.

—Es extraño.

—¿Qué?

—Que tu recuento de espermatozoides no ha aumentado desde el comienzo de tus ejercicios. —Me mira—. Según mi experiencia, los hombres tienden a mimar sus testículos, normalmente como resultado de algún trauma en la niñez. Pero créeme cuando te digo que son unos órganos tremendamente fuertes. Te aconsejo que te esfuerces. Haz que esos testículos trabajen para ti. Haz que lo pasen mal, por así decirlo.

—Les he hecho pasarlo... mal.

—¿De verdad?

—Ha sido... como estar en un centro de entrenamiento militar.

El doctor Ketchum suelta una risita indiferente.

—Muy bien. Pero el problema sigue ahí, James. Tu saco escrotal está demasiado caliente. Tienes un horno ahí dentro.

No me dice nada nuevo. Hace cinco años, cuando nuestros intentos novatos y desenfadados de concebir terminaron en fracaso, lo achacamos al estrés laboral, a nuestro traslado reciente, a una total falta de dedicación a la tarea que teníamos entre

manos. Pero, al alargarse la situación, el dedo de la culpa señalaba en todas direcciones: los ciclos lunares, la dieta baja en proteínas de Alison, mi hábito de fumar un paquete al día, fuerzas extraterrestres malévolas. Alison fue a una clínica de fertilidad y, mediante un proceso no invasivo, superficial y casi mágico que nunca llegué a entender, le dieron el visto bueno a su útero. La confusión y la culpa me llevaron a visitar la consulta del doctor Ketchum, donde un proceso invasivo y tremendamente doloroso reveló que la temperatura de mi escroto equivalía a la de una olla a presión. El poco esperma vulcanizado capaz de soportar el calor se encontraba jadeante con los óvulos de mi mujer y se enfrentaba a ellos como personas destrozadas recién llegadas en patera que se lanzan contra los muros inexpugnables de una nación que les niega el asilo.

Ketchum me recetó pastillas y remedios naturales, me ordenó que me frotrara ungüentos de olores desagradables y que me bebiera té hediondos. Sugirió baños fríos o la aplicación de hielo sobre la zona afectada antes de las relaciones. Ninguno de aquellos métodos resultaba efectivo, así que Ketchum optó por una tabla de ejercicios agotadores y... otras tácticas.

—¿Has animado a tu mujer a que te estimule de forma anal? La manipulación delicada del esfínter fomenta los orgasmos más intensos y estimula que el semen...

—No, nosotros... No.

Ketchum lanza una risa fuerte que parece decir «no seas mojigato».

—Entonces, intentadlo desde ya. Es una actividad sexual natural y sana. No es nada extraño o impropio de un hombre.

Una imagen fugaz: Ketchum desnudo, su cuerpo vacío como una piñata retorciéndose de placer por los servicios anales de una mujer sin rostro y con los dedos como tentáculos.

—No estamos tan desesperados.

—Pero tu mujer seguro que se impacienta cada vez más.

—Alison se encuentra bien —miento.

El sexo se ha convertido en una triste pelea salpicada de rituales extraños y supersticiosos. Mientras espero en la cama con una bolsa de guisantes congelados derritiéndose en mis calzoncillos, Alison comprueba discretamente su temperatura con la vista puesta en los mágicos veintisiete grados, ideales para la concepción. Se ha disfrazado de criada francesa, de súcubo, de animadora («¡Ra, ra, ra, fecunda mis óvulos ya!»), de colegiala, de lechera; la tienda de disfraces hace un gran negocio gracias a mis defectos. En cuanto he hecho mi contribución, me aparta para poder subir las caderas y mover las piernas como si montara en bicicleta, retuerce el cuerpo en grotescas formas rúnicas para ayudar a que mi semilla «arraigue». Lo peor de todo es la cara de Alison cuando me corro: una expresión de inquietante y ansiosa inutilidad. «Esta vez no, tigre. Hoy no has dado el do de pecho.»

—Alison se encuentra bien —repito—. Tenemos otros intereses.

—Estupendo. Es importante que las parejas con estos problemas tengan otros objetivos. —Cierra la carpeta—. Sigue con esos ejercicios. —Algunas sentadillas demostrativas más—. Y no te olvides del ensanchamiento de la uretra... —Sus ojos bajan por mi pierna—. Dios santo, James, ¿qué te ha pasado en la pierna?

El padre de Alison tiene una granja lechera a las afueras de St. Catharines. Cuando ve que una vaca está enferma, le dibuja con espray un círculo naranja en la pierna trasera izquierda. Por la noche, cuando todas las demás tareas han terminado, la lleva hasta un arroyo detrás de la casa y le dispara en la cabeza. Una vez, cuando Alison y yo estábamos de visita en Navidad, le pidió que se ocupara de un ternero enfermo. Hacía frío y a su padre la artritis le daba guerra. Alison le preguntó si guardaba el arma en el mismo sitio.

Enfundados en abrigo y gorros, salimos hacia el establo. No sé muy bien por qué la acompañé, tal vez por curiosidad morbosa, o por la idea equivocada de que necesitaba apoyo moral. El establo era oscuro y sencillo, claustrofóbico con el hedor del ganado. Los animales resoplaban y cabeceaban, expulsaban columnas de vapor gris perla por los orificios nasales. Pasamos por su lado, guiados por los rayos de sol polvorientos que se filtraban a través de los listones. Un tumor como una esponja del tamaño de una pelota de béisbol estaba unido a la mandíbula del ternero por una tira de piel. Alison ahuyentó al pequeño de su escondite bajo la tripa de su madre. La vaca lo dejó marchar sin plantar cara, como si supiera que estaba enfermo y que aquello era necesario.

Lo llevó hasta el agua guiándolo con delicadeza con una vara que había arrancado de un olmo. Los ojos del ternero eran grandes, oscuros y tontos. El tumor grotesco le chocaba contra la garganta al andar. El temprano anochecer planeaba sobre los campos con zonas de un naranja ardiente entre los árboles. Un grupo de gorriones se había reunido sobre un tronco cubierto de nieve en medio del arroyo.

Alison amartilló el arma y apretó el gatillo con calma. El disparo sonó más fuerte de lo que esperaba, un áspero ladrido que se extendió por el claro terreno cubierto de nieve. El animal cayó en silencio. Se quedó medio de pie sobre las patas delanteras. La parte izquierda de su cara había... desaparecido. Quería gritar: «¡Cáete! ¡Déjate caer ya!», como haría un entrenador con un boxeador superado. Cayó de lado sobre el agua poco profunda. Volvimos adentro a tomar un ponche caliente.

Media hora después de mi cita con el médico, cruzo la puerta de nuestra casa. Desde la habitación de los niños, escucho el clamor quejumbroso de los cachorros de pit bull en busca de atención, atención que les niego cuidadosamente. Recorro un pasillo cubierto de fotografías de pit bulls campeones atados a estacas clavadas en zonas de césped marrón, con las bocas abiertas enseñando los dientes, peleando

contra las cadenas.

Alison está junto a la pila de la cocina quitando el agua de un colador lleno de calabacín cortado a dados. El teléfono inalámbrico está atrapado entre su hombro y su oreja.

—No, no —dice con el tono de una madre que le explica algo crucial a un niño particularmente lento—. Esa no es la progresión. De bulldog a pastor alemán a dóberman pinscher a rottweiler a pit bull. No hay evolución.

Le pongo las manos en la cadera y le doy la vuelta, mis dedos juguetean con su ombligo.

—No, no lo creo. No. Es una locura.

Se separa de mis manos y se pega el micrófono a los labios, como si esa intimidad forzada transmitiera la verdad de sus argumentos.

—El presa canario no es más que un matón hinchado. A ver, ¿un presa de sesenta kilos ganaría a un pit? Muy probablemente, sí. Pero igual que un peso pesado se comería a un peso mosca, no hay competición. Por eso hay distintas categorías... No... Vale, sí... Escucha, no pienso discutir. —Alison saca la lengua—. Vale, si eso es lo que piensas. Lo único que digo es que, con el mismo peso, nadie gana a un pit. Con el mismo peso, sí... Vale, bien... Estamos de acuerdo en que no lo estamos.

Coloca el teléfono en el cargador de un golpe y le dedica una pedorreta.

—¿Quién era?

—Nadie. Nada. ¿Qué tal el trabajo?

—Fawkes se ha cargado la cuenta de Supp-Easy-Quit.

—Es un producto difícil de vender.

Alison siempre disculpa a Fawkes. La llevé a la fiesta de Navidad de la oficina el año pasado y me los encontré a los dos en la sala de fotocopias, borrachos y riéndose, fotocopando partes no sexuales del cuerpo: codos, dedos, muñecas, frentes.

—¿Qué tal tu día?

—El doctor Scalise ha hecho de las suyas.

El doctor Phillip Scalise, cirujano cardiovascular en el North York General, tiene treinta y cinco años, la piel áspera y un hoyuelo en la barbilla al estilo del John Travolta de *Mira quién habla*. Alison es su enfermera quirúrgica favorita «de todos los tiempos».

—Durante el preoperatorio no ha parado de contar chistes malísimos, pero malos de verdad. No debería haberme reído, pero es que a veces es tan tonto...

Reconozco que aquello debería molestarme, pero, sin duda a causa del Xanax que me he tomado en el metro de camino a casa, me siento totalmente desconcertado.

—Es algo tonto —le concedo—. Voy a darles de comer a los perros.

El cielo tiene un color extraño: un rojo profundo pero apagado, el color de una granadina diluida. Alguien está trabajando en el patio unas casas más allá: el chop-

chop-chop en *staccato* del cortacésped se eleva sobre los pinos. El cobertizo de entrenamiento está situado en el rincón más a la izquierda, a la sombra del arce sin hojas. La base del arce tiene más de un metro de diámetro, las gruesas ramas bajas sobresalen casi paralelas al suelo. A menudo me he imaginado clavando listones en el tronco, una escalera hasta las ramas capaz de aguantar peso. Colocaría tablones y robustas paredes, un tejado de metal ondulado para los días de lluvia, un montaplatos hecho con un cubo y una cuerda, quizás incluso un *walkie-talkie* para permitir la comunicación durante esas primeras noches de independencia.

El cobertizo es una sólida construcción de antes de la guerra, con el suelo de tierra cubierto de una capa de Bardahl para que no se levante polvo. Bajo un par de guantes de nailon balístico que están colgados de un clavo en el marco de la puerta y sirvo pienso Science Diet en cuencos de acero.

Dentro de la tela metálica había tres luchadores, pero ahora que Dottie ya no está, nos queda solo un par. Rodney es un macho de cuatro años, más de veinte kilos de hueso, músculo y dientes, ganador de cinco peleas consecutivas, la última una carnicería de un solo asalto contra Grand Chief Negrino, una hembra de mastín napolitano muy sobrevalorada. Le coloco el cuenco delante y, mientras come, primero con suavidad pero cada vez más fuerte, le golpeo la cabeza hasta que le lanza un mordisco brutal a mi mano enguantada.

—Buen chico.

Matilda es la luchadora más agresiva que he criado jamás. Presiona la tela metálica con la nariz, olisqueando. Tiene el pelaje corto y pinto, con un dibujo de rayas grises sobre una base negro azabache. Le acaricio la cabeza suave y la mandíbula cuadrada, paso un dedo por las cicatrices en forma de media luna que quedan después de haberle amputado las orejas. Lame el guante con su larga lengua rosa.

La abofeteo con todas mis fuerzas.

No cede ante el golpe, pero de repente me enseña los dientes, tensa los músculos del pecho y los mofletes, las mandíbulas enganchan el guante en un mordisco capaz de romper huesos y tira tan fuerte que siento que se me va a desencajar el hombro.

—¡Maaaaat! ¡Arg!

Consigo lanzar el cuenco de acero dentro de su jaula. Matilda me suelta inmediatamente y se acerca al pienso. Me sorprende, como me pasa a menudo, la perfección natural de estos animales.

Los pit bulls no tienen miedo a nada. El suyo es un valor temerario, descabellado, que sugiere que la raza no tiene el menor conocimiento de lo que es el miedo. La belleza reside en esa valentía, así que la raza en sí es preciosa. Resulta hermoso ver a tu pit tocar la raya con la pata contra un perro que le dobla el tamaño y notar en su postura y en sus ojos la seguridad clara y resuelta en la victoria. Resulta hermoso

sujetar el cuerpo de un pit entre asaltos, asimilar sus horribles heridas (orejas arrancadas, ojos machacados, patas con fracturas múltiples, piel arrancada hasta el hueso) y no ver nada más que fría resistencia, entusiasmo. Estos perros creen de verdad que son invencibles. Creen que nunca morirán. Resulta hermoso ver a dos pits al final de una pelea dura, tirados en medio de la jaula, o pegados a la tela metálica, cubiertos de sangre, ciegos y agotados, lamiéndose el uno al otro con una dulzura sorprendente. El simple hecho de su existencia es hermoso: hay criaturas en este mundo a las que las fragilidades humanas del dolor, la debilidad y las dudas no les afectan.

Alison y yo hablamos de nuestra común fascinación. Últimamente, es el único tema que no acaba en pelea. A veces, me plantea la pregunta: «¿Deberíamos seguir con esto?». Yo lo veo como el boxeo: entrenas a tu luchador lo mejor que sabes, lo haces avanzar despacio, no lo enfrentas a un asesino.

—Además —le digo—, estos perros quieren pelear. No pueden decirlo, claro, pero se ve, lo veo. Es lo que hacen.

Asiente despacio.

—Igual que un perro pastor lleva un rebaño, ¿no? —dice con la boca casi tan pequeña que parece que apenas se lo cree.

—Exacto, cariño.

Vuelvo a la cocina. El dolor de mi pierna (Biscuits) combinado con el del hombro (Matilda) y agravado por las molestias de veinte minutos de ejercicios para ensanchar la uretra se han cargado la sensación del Xanax. Saco dos chuletones del congelador y los dejo en la encimera para que se descongelen. Después cojo botellas de ron y de Crème de Banane del armario, sirvo dos chupitos a ojo en un par de vasos anchos de *whisky* y los termino con crema.

Alison está en el cuarto de los niños. Las paredes están pintadas de amarillo chillón y el suelo de madera está cubierto con hojas del *The Globe and Mail*. Dos móviles: jugadores de béisbol de papel de aluminio lanzando pelotas, bailarinas de papel de aluminio haciendo piruetas sin fin. Una silla de plástico con una copia de *El arte de la guerra* de Sun Tzu con páginas marcadas de la que leo pasajes a los perros: «En tiempos de paz, prepárate para la guerra, en tiempos de guerra, prepárate para la paz...».

Mi mujer está en el suelo, rodeada de cachorros. La tocan de una forma torpe, de tanteo, se le suben a la cadera y a los pechos, le muerden el cuello de la camisa con sus pequeños dientes y sacuden la enorme cabeza. Me siento encima de periódicos meados y le ofrezco un vaso.

—¿Qué tal ha ido tu cita? —me pregunta.

—Me ha recomendado ejercicios diferentes.

Alison deja el vaso. Un cachorro lame la condensación.

—He hablado con alguien del trabajo sobre inseminación artificial —empieza—. Es una opción interesante. Se ojea un registro de donantes y se elige al candidato adecuado.

Me imagino una casa llena de John Travoltas en miniatura o, peor, de Don Fawkeses, corriendo por los pasillos, con los dedos pegajosos y el pelo grasiento, contando chistes estúpidos y malísimos y preguntándome si me encantan.

—No creo que sea necesario explorar esa opción.

—Tengo treinta y tres, Jay —insiste—. El embarazo después de los treinta y cinco es prácticamente un terreno prohibido.

Un cachorro olisquea la puntera de mi mocasín. Le doy una patada que lo manda al otro lado de la habitación.

—Estoy pensando en organizar una pelea para Matilda.

—¿Una pelea? ¿Ahora?

Dejo mi vaso vacío y cojo el de Alison.

—Mattie apenas tiene un año —dice—. No la has entrenado bien.

—Es el perro más fuerte que he visto nunca. Crucificaría a cualquiera.

—Ni siquiera hay un perro en el circuito con el mismo peso que ella para que la puedas emparejar.

—La emparejaría con uno más grande.

—¿Cuánto más grande? ¿Contra quién?

Me llevo su vaso a los labios. Nuestros ojos se encuentran por encima del borde de cristal.

—Ni hablar —dice al entenderlo todo—. El rottweiler que te mordió le dobla el peso.

—Matilda se merendaría a ese chucho. Se lo zamparía.

Alison acuna a un cachorro en brazos, masajea su piel suelta entre los dedos.

—Deja de mimarlos —le digo—. Los vas a volver inútiles.

El cachorro se mete el dedo en la boca, lo roe y lo babea.

—Matilda no está lista.

—Lo machacará.

—Pelea con Rodney.

—Matilda está lista.

Se pone de pie y se acerca a la ventana. Con la noche pegada al cristal, la oscuridad refleja su cara de rasgos rígidos. Alison no tiene el tipo de rasgos que se vuelven más atractivos con el enfado, los altos pómulos latinos o los labios gruesos que, cuando se ruborizan, despiertan cierta emoción en un hombre. Es mucho más guapa cuando está tranquila y complaciente.

—Matilda no te mordió. No es su culpa.

—¡No se trata de eso!

Me pongo de pie, inestable, con el pecho lleno de indignación justificada. Se me escurre el vaso de la mano y se hace pedazos contra el suelo. Los cachorros corren hacia el caos amarillo. Los aparto de una patada.

—¡Cuidado con los cristales rotos, trozos de mierda!

Alison coge hojas de periódico y seca el líquido. Se ha cambiado el uniforme del hospital por una camiseta recortada manchada de pintura y un par de vaqueros cortados, su ropa de estar por casa, consciente de que me parece *sexy* con ese desaliño. El pelo le cae en ondas en las que me gustaría hundir las manos y la cara. Su expresión parece bonita de nuevo, la cara de la mujer con la que me casé.

—Cariño, escucha.

Me paso la lengua por los labios e intento colocarme la corbata, pero me doy cuenta de que ya no la llevo.

—¿Sabes qué? Sí, esto... Oye, ¿en qué estaba pensando?

Estoy en la sala de juntas, trapicheando, curando egos heridos, suavizando las cosas.

—Matilda no está lista. Tienes toda la razón. —Véndelo, vamos, ¡véndelo!—. Esperaremos, ¿vale? Esperaremos.

Se le suavizan los rasgos en un gesto parecido a la confianza.

—Creo que es lo mejor.

—Claro, claro, es cierto.

Me arrodillo a su lado y recojo trozos de cristal. Eso despierta el recuerdo incómodo de una pelea de hace meses, una pelea sobre, ¿qué? Finanzas, alcohol, supuestas infidelidades. Sospechosos habituales. Mientras la pelea se desarrollaba hacia el clímax esperado, entré en el estudio, cogí una bola de cristal de encima de la chimenea (un regalo del empalagoso cabrón doctor Scalise, que se la regateó a un vendedor ambulante sin piernas en Malta) y la tiré al fuego, donde explotó acompañada de un tintineo.

—Es una buena decisión —dice.

—Claro.

—¿No crees?

—Sí, claro que lo creo.

En algún momento de esa noche, tras una sesión de sexo enérgica pero inútil, sueño. En el sueño, me levanto totalmente desnudo en medio de un auditorio cavernoso. Las gradas rebosan. No de gente, de pájaros. Pinzones y sabaneros, flamencos y pingüinos, gallinazos, tucanes, andarríos, pelícanos, incluso un dodo. Emiten sonidos inquietantes: el frufrú de las alas, garras escarbando, picos quitando garrapatas del plumaje en plena muda. El olor de los pájaros (polvo, mijo y mierda) me taponan la nariz. Me aclaro la garganta, inseguro de cómo enfrentarme a esta multitud aunque

convencido de que es lo que debo hacer. Ojos negros, pequeños y brillantes, miles de ellos, me miran.

—Estoy seguro de que os preguntaría por qué he convocado esta reunión...

Entonces se me cae el pene. No solo la polla, también los testículos, el escroto, los pelos púbicos. Todo el aparato. Mi equipo no cae del todo, sino que se mantiene flotando sobre el suelo en una serie de parábolas oscilantes, ligero como un pañuelo de papel, hasta que se posa suavemente sobre el cemento. Toco mis partes caídas con una mano temblorosa. La piel está granulada, como la cáscara de una naranja.

Todos los pájaros del auditorio echan a volar; el sonido de sus alas me inunda los oídos como un viento duro, de tormenta. Bajan en picado, la ráfaga del batir de sus alas me revuelve el peinado meticulosamente conseguido. Pegotes blancos de guano me caen sobre el pecho y la cara. Un ejército de pájaros desciende sobre mi pene. Grazno, un sonido de pájaro, y me abro paso entre la multitud emplumada para recuperarlo. Mil picos picotean, dos mil garras arañan, el aire está lleno de plumas.

—¡Es mío! —grito.

Un ganso amarillo con ojos de Xanax me bufa y me muerde los dedos. Un colibrí con la cara de Tipi Hedren se me mete por la nariz y revolotea detrás de mis ojos.

—¡No! —grito, lastimoso—. ¡Lo necesito!

Los pájaros echan a volar en masa y salen por un agujero del techo del auditorio, desaparecen en el vasto cielo de peltre. Aparte de las suaves plumas, el suelo queda desnudo.

Una mancha negra marca el cemento de camino a las puertas de carga de la planta de procesamiento. Hace años, después de que su perra dóberman recibiera un revolcón brutal por parte de un presa canario que parecía una bola de demolición, un dueño la empapó con keroseno y le prendió fuego. El dóberman, con una pata rota y la cara y la cadera despellejadas, corría en círculos descontrolados, mordiendo las llamas que le entraban por la boca y le encendían los pulmones. Cayó al suelo y se quedó ahí quieta como una piedra, carbonizándose sobre el cemento.

Paso por encima de la mancha y entro en el almacén. El transportín de Matilda cuelga de mi brazo izquierdo, con la perra durmiendo dentro. Alison me sigue, arrastrando un bolso cambiador lleno de narcóticos, agujas, hilo de sutura, gasas. Solo ha venido para cuidar de Mattie.

La mañana posterior a mi sueño de los pájaros, le conté a Alison de forma un tanto vaga que Matilda se enfrentaría a Biscuits en cuanto pudiera arreglar la pelea. Se me quedó mirando, con el cepillo de dientes colgando de la boca, los labios blancos cubiertos de pasta de dientes.

—Debería haberlo sabido —dijo, negando con la cabeza.

—¡Mattie se cargará a ese rotti!

Le pellizqué el pequeño michelín de la cintura. Me apartó la mano de un puñetazo y me llamó algo. ¿Cabrón? ¿Mamón? Tenía la boca llena de pasta de dientes.

Sin saber quién era el dueño, la gorda paleta (Lola Snape, me dijo el emparejador) aceptó enfrentar a Biscuits con Matilda. Avanzo entre una multitud de dueños de perros, mirones y asiduos a las peleas en dirección a la zona de pesaje. Un tipo lleva un sombrero ruso y un traje de sirsaca con relámpagos rojos y morados cosidos a mano en cada manga. Llama a un Pomerania del tamaño de un cacahuete, atado con un cordón de zapato y con una tira roja teñida desde la cabeza hasta la cola.

Lola y su marido esperan junto a la báscula. Me estudia durante más de veinte segundos antes de que sus ojos de bruja me reconozcan.

—¿Qué tal la pierna, amigo?

Pronuncia la «e» muy abierta.

El tipo del pesaje coloca el transportín de Matilda en la báscula. Tras restar los siete kilos de la caja, el peso oficial de Matilda es de veinticuatro.

Engancho una correa del collar de Matilda y la saco del transportín. Su cuerpo es un gráfico de la anatomía canina, cada grupo de tendones y de ligamentos se ve claramente bajo la fina funda de su piel. Tiene las patas encordadas con gruesas venas. Se sienta sobre las patas traseras y se rasca detrás de la oreja izquierda, no aparta nunca los ojos del pesado rottie.

Biscuits sube la báscula hasta los cuarenta kilos. Me alegro al ver que le cuelga la tripa y que tiene las patas huesudas, debilidades que no noté en nuestro primer encuentro. El lomo y los costados están cubiertos de cicatrices de mordiscos o, más probablemente, de golpes recibidos. Gruñe a Matilda con el labio superior arrugado, dejando ver unos caninos del tamaño y el color de los anacardos.

Apuntan sus pesos con tiza en un marcador, junto a sus récords. Biscuits tiene un sorprendente 11-1. Se fija el mínimo en un 3-1 contra Matilda por su peso, su inexperiencia y su turbio linaje. La línea familiar fomenta una gran cantidad de apuestas.

Mientras llevamos a nuestros perros al foso, Lola se me acerca.

—Lo tienes claro si crees que esa bocas va a poder con mi Biscuits. Le va a caer una bien gorda.

Días más tarde, vendado y tumbado en una cama de hospital, se me ocurrió una respuesta tardía de ingenio churchilliano: «Señora, usted es la más gorda que me ha caído jamás». Pero en aquel momento simplemente la mando a la mierda. Mira a su marido de pelo pajizo con la esperanza de que la defienda, pero el paleta de piernas de pájaro con botas de goma está absorto.

—Todo saldrá bien —le digo a Alison, asumiendo que ha visto los defectos de Biscuits.

—Sí, sí.

—Matilda lo destrozará.

—Sí, sí.

Metemos a los perros en el foso. Sujeto a Matilda por el pescuezo desde detrás de la tela metálica, el cuerpo le vibra como un cable de alta tensión. Un hombre enano con pelo falso toca la campana para el primer asalto.

El rottie sale con fuerza, creyendo que podrá acabar con Matilda fácilmente en el primer asalto, solo que Matilda no está ahí. Finta a la izquierda ante la carga frontal de Biscuits, pasa por debajo de su pata delantera y se engancha a la piel colgante de su abdomen. El perro grande da marcha atrás como un loco, aullando, lanzando bocados a Matilda.

—¡Dale a ese chuchó! ¡Muérdelo! ¡Suéltate, suéltate! —grita Lola.

El rottie retuerce el cuerpo a un lado y Matilda cae rodando por el suelo con un trozo de Biscuits en la boca. Un agujero tosco y sangriento se abre en la tripa del rottie, pero aún le queda mucho juego.

Los perros dan vueltas y la multitud se acerca más al foso, se inclina para ver mejor. Biscuits pasa el peso de la pata izquierda delantera a la derecha, de la derecha a la izquierda, como un boxeador. Matilda se mantiene inmóvil, con la boca abierta y las patas traseras temblorosas.

El rottie embiste de nuevo, agachado, con la cabeza baja. Un destello de dientes le arranca la oreja antes de chocar contra los cuartos traseros de Matilda y enviarla contra la tela metálica. Alison mete los dedos por la tela y cierra la mano. Biscuits tiene a Matilda atrapada contra la cerca, Matilda pivota, suelta patadas con las patas traseras apuntando a la herida de la tripa. Las mandíbulas se unen y dos o tres dientes rotos ruedan por el suelo. Con un nivel de astucia que jamás habría imaginado, Biscuits finge atacar el cuello de Matilda, da marcha atrás y le muerde en la parte derecha de la cadera. Matilda lanza un grito agudo.

—¡Muy bien, chico! ¡Dale!

Los dientes se hunden en profundidad en la carne de Matilda y Biscuits la arrastra lejos de la tela metálica. Sacude el cuerpo de Matilda de un lado a otro; ella intenta escarbar con las patas, pero es inútil. Alison aprieta la tela metálica con más fuerza cuando Biscuits sacude la cabeza, los tendones del cuello se marcan. La sangre cubre el pelaje manchado de Matilda.

Suena la campana. Unos hombres entran al foso con los ganchos romos para separar a los perros.

Rígida, Matilda trota hacia el rincón, con la pata derecha trasera bien pegada al pecho. Le pongo el bozal y le sujeto el cuerpo mientras Alison se pone manos a la obra.

—Tranquila, Mattie, pequeña —susurra Alison a la perra, que se retuerce.

Limpia la sangre y desbrida los cortes con una mezcla de agua oxigenada y

alcohol. Mira las capas de carne y pone una mueca de dolor.

—Hay venas cortadas.

—Haz lo que sabes hacer.

Después de cubrir los tejidos más internos con un coagulante, echa Granulex en las capas más superficiales. Luego extiende los labios de las heridas y los cauteriza con ácido férrico. Matilda chilla dentro del bozal. Miro al otro rincón, donde Lola echa unas gotitas de pegamento en la oreja de Biscuits antes de unir las dos partes. Los caninos superiores del rottie están rotos hasta la encía, pero tiene una erección enorme.

Alison aplica cloruro de adrenalina al 1:1000 en la nariz de Matilda para darle algo de energía a través de las membranas mucosas. Cuando le quito el bozal, me lanza un mordisco.

Ambos perros tocan la línea. Suena la campana.

Biscuits avanza como un gato, protegiéndose la tripa. Matilda dibuja círculos hacia la derecha, sus cuartos traseros ensangrentados parecen una mancha de Oporto. El rottie inclina la cabeza y ataca la garganta de Matilda. Con una velocidad cegadora, Matilda lo esquiva y contraataca mientras los dientes de Biscuits muerden el aire. Biscuits grita cuando los dientes de Matilda le abren una herida enorme en la parte derecha de la cara, la piel cae en un colgajo, desde el pómulo a la papada.

—¡Sí! —grito—. ¡Dale! ¡Dale!

Matilda presiona al rottie, que recula, que parpadea para limpiarse la sangre de los ojos; los espectadores de primera fila se cubren de la sangre que salta. Golpea el pecho de Biscuits con la cabeza. El rottie mira a su alrededor como un niño perdido.

—¡Cómetelo, Mattie!

Hacia el final del asalto, Biscuits mete la cabeza dentro de la guardia de Matilda y le muerde el pecho, levanta a la perra más pequeña y la estampa contra el suelo. La cabeza de Matilda golpea el cemento y el sonido de sus costillas al romperse es como el de una bota aplastando un caracol. Suena la campana.

Matilda se tambalea hacia la esquina. El costado izquierdo está abollado como el casco de un galeón golpeado por un cañón. De las orejas manan finos ríos de sangre.

—Tiene una hemorragia interna —dice Alison—. Las costillas rotas le están perforando...

—Haz lo que tengas que hacer.

—Retírala. Otro asalto la...

—Que hagas lo que tengas que hacer.

—Esto es una mierda. Tú eres una mierda.

Inyecta procaína en las costillas de Matilda antes de atender el resto de heridas. Siento a Matilda empujándome, ansiosa por atacar a Biscuits. Está sufriendo mucho y podría morir en breve. Lo único que quiere hacer es pelear. Recuerdo lo que me dijo

el criador al que le compré mi primer pit bull: «Estos perros están criados para un mal servicio. Están criados para luchar y vivir solo por y para la lucha. Es lo único que saben». Me pregunto sobre una vida con un propósito tan singular, una existencia tan utilitaria, no diferente de la de un martillo o una pala.

—Hinchazón intracraneal —dice Alison—. Le sale sangre de los ojos.

Unto adrenalina en las mandíbulas de Matilda, en la nariz, en los ojos cubiertos por una fina película de sangre que parpadean descontrolados. El cuerpo de la perra se tensa sin sentido.

Biscuits se coloca en la línea. Su cara, que Lola ha intentado sin éxito volver a recomponer, es un caos gomoso.

Suena la campana. Matilda ataca la pierna del rottie pero algo va mal, no ve bien, falla por un kilómetro y golpea con la mandíbula contra el cemento. Biscuits la esquiva, da un zarpazo a los ojos de Matilda y le arranca la frente. Matilda gira en círculos, como si estuviera borracha, intenta apuntar hacia él, sin éxito. Aúlla, pero no consigo distinguir si de dolor o de frustración.

—¡Machácala, chico! —grita Lola—. ¡Machaca a ese chucho!

—Retírala, Jay. Se está muriendo ahí dentro.

—Es una gran luchadora. No le pasará...

El rottie ataca el punto ciego de Matilda. Joder, toda ella es un gran punto ciego. Se monta sobre ella y le clava la enorme mandíbula en el cuello. Matilda se retuerce, gimotea, es incapaz de moverse. Se le suelta la vejiga en un chorro de orina teñida de rojo. Biscuits la clava contra el cemento y baja el cuerpo como si fuera a cagar, pero no está cagando, esa polla roja y dura como una piedra...

—¡Ese es mi chico! —grita Lola, furiosa—. ¡Dale duro a ese chucho de mierda!

«... y en las horas insomnes de las brujas te llega una pregunta fresca en su simplicidad: «¿Soy digno?». A la luz sana y cuerda del día, esas nociones se disipan fácilmente, pero con la luz naciente del amanecer filtrándose por la persiana, dividiendo tu cara en pasillos de día y oscuridad, la pregunta adquiere un peso amenazante. Lo que en esencia no es más que una pregunta biológica, adquiere una importancia moral, una cuestión de debilidad tan arraigada que ejerce su influencia a nivel celular. Y te preguntas si eres capaz. ¿Puedes enfrentarte al mundo con los puños levantados, avanzando, sin miedo? Todo gira en torno a esto. Avance. Retirada. Debilidad. Fuerza. Si eres capaz, eres digno. Si no, no. En algún momento, todos debemos responder a esto. En algún momento, todos debemos mantener la mirada. ¿Soy capaz? ¿Soy digno? Ella duerme a tu lado, la mujer a la que quieres, su respiración constante levanta las sábanas ligeramente, y tú piensas: «¿Lo soy? ¿Lo soy?». Y entonces...»

Me lanzo al foso, me rasgo las manos con la tela metálica enredada, tropiezo, caigo, me levanto, los puntos de la pantorrilla se abren de un tirón interno y el dolor

me da arcadas, pero me tiro sobre el rottie, le bloqueo por los hombros y caemos encima de Matilda, el público explota escandalizado, incrédulo, Matilda está debajo de mí, caliente, tensa, temblorosa, le susurro que «todo irá bien, bien, bien» y entonces el rottie se lanza sobre mí, me desgarran las piernas de goma, el cuello, intenta llegar a Matilda pero me giro hacia él para cubrir a mi perro que me lame los dedos, miro a Alison y a la forma en que me mira fijamente. Dios, no he visto esa mirada desde hace años, el tipo de mirada sobre la que un hombre puede empezar a construir, entonces llegan los ganchos romos y tiran de los perros, tiran de mí y algo explota dentro de mi cabeza, un despliegue de fuegos artificiales incendiarios, bum, bum, bum, explosiones de color y de luz giran alrededor de mi cabeza ante la cortina roja de mis ojos cerrados con fuerza mientras un pensamiento puro da vueltas en mi cráneo deshecho y volado: «así que esto es la paternidad».

El cohete

Una chica de la cuarta fila no para de mirarme. Delgada, pálida, con grandes ojos azules y una coleta que le llega hasta el culo, sacada por el agujero de una gorra de béisbol, está sentada a la sombra que proyecta una mujer con un sombrero de paja a punto de venirse abajo por el peso de la fruta de plástico. Sus ojos terriblemente azules se encuentran con los míos y después se deslizan sobre la superficie de la piscina del espectáculo. Se muestra tímida, pero he visto La Mirada mil veces.

Estoy sentado a horcajadas sobre el muro de cemento que separa la piscina de espera de la piscina del espectáculo. La luz del sol forma arcos sobre el tejado de metal en zigzag del anfiteatro, lanzas amarillas que atraviesan el aire de la tarde. Las gradas están abarrotadas de turistas quemados por el sol en pleno esplendor de sus vacaciones: camisetas palabra de honor, chanclas y pantalones Sansabelt, camisetas sin mangas y pantalones surferos. Veo a un hombre de pecho amarillento sin camiseta: la máxima inquebrantable indica que aquellos con el físico más repugnante son los más dispuestos a mostrarlo. Delfines hinchables azules, focas rojas, ballenas asesinas blancas y negras, todos se mueven entre la multitud. Una alegre música metálica suena a través de los altavoces incrustados. Gaviotas vuelan en espiral contra el cielo de un azul ininterrumpido.

El espectáculo empieza con los leones marinos. Sus húmedas aletas del tamaño de una plancha de surf chocan entre sí, sus gemidos rotos rebotan en la bóveda. Los adiestradores los dirigen a lo largo del número habitual: mantener en equilibrio pelotas de rayas sobre la punta de la nariz y pescar aros rojos con el cuello, hasta que la actuación termina con una persecución al más puro estilo de los Keystone Cops, con los animales avanzando con largos pasos por el escenario, perseguidos por los adiestradores, que agitan los puños cerrados. Todo tipo de boings, tarás y uauauas acompañan la persecución a través de los altavoces.

Estoy sentado refrescándome los pies en la piscina. Gotas de sudor me resbalan por el cuello y se cuelan bajo el traje de neopreno. A mi izquierda, una chica joven en silla de ruedas está sentada bajo el toldo agitado por el viento de la zona para discapacitados. Parece tener unos doce años, aunque la cifra podría ser de cinco más

o menos: su enfermedad hace que partes de su cuerpo se vean agotadas, mientras que otras permanecen extrañamente sin desarrollar. El padre de la chica está sentado a su lado, acariciándole el brazo. Bajo la mirada, deprimido sin motivo aparente, y veo a Niska nadando hacia arriba.

La cabeza de la orca alcanza la superficie, lacia y brillante como un misil. El sol describe los contornos de su morro negro, finas tracerías doradas como las venas de una hoja. Abre bien la boca y deja ver sus dientes despuntados por la edad y el desuso. Estiro un brazo y le doy palmaditas en la lengua, húmeda y áspera como la guarida de un cerdito, y le lanzo una caballa de un cubo de acero. Se sumerge por un momento antes de volver a salir a la superficie y echa un chorro por el orificio nasal.

—Venga ya, vieja glotona —le digo—. Nada más hasta el espectáculo.

Cuando terminan los leones marinos, sacan a Kona de la piscina de espera del otro extremo. Realiza unos cuantos saltos deslucidos y después da una vuelta a la piscina, dando latigazos con su cola atrofiada al ritmo de *Feelin' hot hot hot*, de Buster Poindexter and the Banshees. Niska da un golpe con el morro contra la puerta de metal que separa las piscinas. Tiene la costumbre de despertar el ardor de Kona, lo que, durante los espectáculos, provoca un montón de «Mamá, ¿qué es eso?», refiriéndose al grueso pene rosa de dos metros de Kona, que sale de su funda como el extraño truco hindú de la cuerda.

Cuando Kona está encerrado, utilizo una manivela para levantar la puerta y dejo que Niska entre a la piscina del espectáculo. Me lanzo al agua detrás de ella. El agua fría sabe a mar y a cloro. Parpadeo para alejar el picor de los ojos mientras Niska nada en círculos, su cuerpo es una deformación ondulante bajo el agua. Siento el desplazamiento del agua cuando se eleva, elegante y poderosa, y me desplaza hacia atrás. Aparece delante de mí, con las fauces abiertas. El aliento le huele a pescadería y tiene trozos de caballa colgando entre los dientes. Veo mi reflejo (el pelo rubio y rizado, el hoyuelo de la barbilla, las mejillas cubiertas por la barba de varios días), en el negro convexo de uno de sus ojos del tamaño de una pelota de golf.

Le doy una palmada en la lengua.

—Vamos a hacerlo, pequeña.

El Cohete es como el triple salto mortal del comportamiento de los mamíferos marinos. Anclas los pies sobre el morro de Niska y ella te lleva bajo el agua. Cerca del fondo de la piscina, arqueas la espalda y subes hacia la superficie. Entonces, con un empujón de la cola, Niska te lanza fuera del agua. Los seis metros los alcanzas siempre y, si Niska se siente juguetona, nueve metros no es una posibilidad descabellada. En lo alto de la subida, haces una carpa antes de empezar la caída de vuelta al agua. Es un subidón de adrenalina pura: como estar atado a la punta de un misil Stinger.

Seis metros por debajo del agua y el mundo exterior desaparece. Adiós al público,

a la música, a los pájaros, al sol y al cielo. El agua está tan fría que duele y la presión golpea mis oídos, los tendones gritan mientras Niska me impulsa hacia abajo. El fondo de la piscina se acerca a mí a toda velocidad: pintura azul desconchada, finas grietas dentadas, el disco brillante de una moneda que algún turista habrá animado a su hijo a lanzar a la piscina, «pide un deseo». Preparo el cuello, arqueo la espalda y entonces asciendo dentro del agua a toda velocidad, los pulmones me queman, una hélice nacarada de burbujas de agua sube en espiral hacia la superficie.

Niska abre la boca. Mi pierna izquierda se desliza dentro. La fila de dientes araña el muslo y rasga el traje de neopreno. Como un cohete hacia arriba, más rápido. Mi entrepierna choca contra la curva de su boca y algo hace crac. Meto una mano en la boca de Niska y reúno toda la fuerza que puedo, su mandíbula es la puerta de un ascensor atrancado que intento abrir. La ballena sufre arcadas por el pie encajado en su garganta, sus enormes músculos se contraen y se relajan. Burbujas girando, oídos que retumban, mente en pánico y pulmones sin oxígeno, una brillante llama de terror baila delante de mis ojos, pero el silencio líquido permanece allí, todo sigue distante y silenciado bajo un velo de agua salada. Una imagen inconexa me pasa por la cabeza: esa famosa foto en blanco y negro de un monje budista sentado en la posición del loto mientras las llamas lo consumen.

Una presión inmensa me rompe el fémur por debajo de la cadera. Una ola de dolor me arrasa la columna hasta el cuello y casi me arranca la cabeza. Abro la boca para gritar, pero solo entra agua, un sabor eléctrico a ozono me ahoga los senos nasales y, de repente, salgo a la superficie, lanzado hacia el cálido día de verano, con los brazos estirados hacia el cielo sin nubes, los gritos de las gaviotas, el ritmo sincopado de la salsa que suena y la chica minusválida sentada junto a su padre, con los ojos abiertos de par en par, sonriendo con una sonrisa extraña e indescifrable.

Caigo de nuevo al agua y chapoteo como un perro, doy patadas pero no me muevo. No tengo miedo; de hecho, nunca me he sentido más relajado en toda mi vida, pero mi cuerpo no quiere obedecer. Resulta estúpido, casi divertido. ¿Por qué grita todo el mundo? El agua se ha teñido de rojo, los otros adiestradores gritan mi nombre («¡Dios mío, Ben! ¡Por aquí! ¡Por aquí!») y yo intento nadar en su dirección aunque solo sea para que se callen, pero no puedo, mi cuerpo está bien jodido, así que acabo chapoteando hasta la pared. Intento sujetarme al cemento mojado, pero tengo las manos rebanadas, ensangrentadas, el meñique arrancado por el nudillo cuelga como una navaja medio abierta. Niska me da un golpe en el costado, como un codazo cariñoso, los gritos se intensifican hasta alcanzar un nivel ensordecedor y yo pienso: «Dios, ¿no os podéis callar?». Barras prismáticas de colores rayan mi visión cuando miro a las gradas, donde la chica que me estaba mirando antes se desploma y hunde la cabeza en el pecho de la mujer con el sombrero de frutas. Recuerdo el azul de sus ojos, como un pedazo de cielo, y deseo que me mire con ellos una vez más.

Una adiestradora guapa pero empalagosa a la que ignoro intencionadamente desde que me la tiré a finales del verano pasado me lanza un salvavidas. Engancho un brazo al dónut de plástico azul y tiran de mí hasta el borde de la piscina como una cuenta en un hilo. Unas manos me cogen por las axilas y me suben al escenario. El color ha desaparecido de todo, los rojos, azules, verdes y rosas radiantes del escenario se han mezclado en un gris neutro y entonces veo lo que queda de mi pierna, un caos de carne despedazada, tejido adiposo revestido de una capa amarilla de grasa, hueso astillado brillando bajo la viva luz del sol.

Niska pasa nadando por delante, despacio. Mi pierna cuelga de su mandíbula, flexionada ligeramente por la rodilla. En las gradas se disparan *flashes* y pienso: «Esto no es lo que han venido a ver», pero quizá sí. El traje de neopreno está rasgado hasta el esternón, despegado en colgajos que dejan ver la piel bronceada, los abdominales esculpidos, la entrepierna afeitada, mi polla dolorosamente erecta. Las venas circulan como sistemas fluviales bajo la piel elástica, su tamaño (diecisiete centímetros: la medí clavando bien la regla en la ingle para ganar unos centímetros) ha aumentado monstruosamente y se desangran.

Los labios de la adiestradora guapa se mueven, pero no producen ningún sonido.

—Estoy bien —le digo y sonrío—. Estooy bien. Estoy... bien.

Está llorando y niega con la cabeza. En el cielo, un sol enorme y pálido brilla sin dar calor. Ojalá todo el mundo se marchara y me dejara solo, ojalá estuviera en algún lugar oscuro, en silencio, fresco. Mis ojos se dirigen a un vacío entre la parte más alta de las gradas y el tejado del anfiteatro: el cielo tranquilo se extiende hasta el horizonte, precioso, todo alineado.

«Dios, haz algo, haz algo...»

«Enfermeros, moveos, moveos...»

«La pierna. Dónde está la puta pierna...»

«Deja de administrarle el expansor de plasma, tiene la sangre tan líquida como un refresco...»

Esas voces, incluso entre la niebla.

Cinco meses después, voy en un VW Beetle por la autopista Queen Elizabeth. La nieve se acumula a los lados de la autopista y el blanco helado del lago Ontario se extiende hacia el norte. Apenas distingo la esbelta punta de la torre CN que se eleva más allá del puerto de Toronto. Más allá de los guardarraíles, en la nevada línea de la costa, dos figuras abrigadas están sentadas alrededor de un agujero abierto en el hielo.

Voy sentado en el asiento del copiloto con la mejilla pegada al cristal de la ventana. Mi pierna derecha descansa sobre el marco acolchado de la puerta. Mi

pierna izquierda casi no existe, un muñón grosero cinco centímetros por debajo de la ingle. Los cirujanos hicieron un buen trabajo, dada la situación: puntos de alto calibre que dejaron un anillo de hoyuelos rosas, un nudo de piel arrugada en el extremo. Casi muero, o eso me han contado. Las arterias sacra y femoral se unen en la parte superior del muslo bombeando medio litro de sangre al minuto. Perdí casi cuatro litros antes de que los médicos me hicieran una transfusión. Desde las cataratas del Niágara me transportaron por aire hasta el Hotel Dieu de St. Catharines, donde un equipo de cirujanos me operó durante dos horas. Cirugía de campo de batalla: hace cien años, algún médico carnicero me habría metido una correa empapada en ron entre los dientes y habría cauterizado el muñón con alquitrán hirviendo. Gracias a los maravillosos medicamentos de hoy en día, no me acuerdo de una mierda.

Me desperté dos días después. Cada repisa de la habitación del hospital estaba cubierta de flores en jarrones de cristal glaseado, osos de peluche de felpa blanca, ramos de globos que bailaban con el aire acondicionado. Condolencias: familia y amigos y compañeros de trabajo, viejos conocidos del instituto, exnovias enternecidas por mi estado patético, un representante de la asociación de amputados de la guerra, curiosos morbosos. Un becario de verano me realizó una breve entrevista para el *Standard*.

—Cuénteme lo que ocurrió, con sus propias palabras.

—¿Con mis propias palabras? Una ballena me arrancó la pierna de un mordisco.

—Ya veo. —Garabatea en un cuaderno—. ¿Lo vio venir?

—¿Cómo?

—¿Notó alguna... hostilidad... entre los dos?

—Sí. Sentía envidia por la carrera de la ballena.

—¿De verdad?

—Me volví loco de celos, sí.

—¿Va a presentar una demanda?

—¿Contra la ballena?

—¿Es posible?

—Lárgate de aquí.

Defensores de los derechos de los animales organizaron una protesta en el césped principal del hospital. Cargaban pancartas con eslóganes: «LIBERAD A NISKA» y «CAUTIVERIO + MALOS TRATOS = ASESINATO». Llevaban un estéreo portátil que reproducía *Freedom calling* y una enorme ballena hinchable con grilletes alrededor de las aletas pectorales. Mi padre acabó a puñetazos con el cabecilla, un estudiante con rastas que hacía el doctorado en la universidad local. Rodaron por el césped soltándose puñetazos hasta que el encargado del recinto los separó. Papá le dio un buen golpe: aterrizó con el sonido de un hacha partiendo una sandía por la mitad y le rompió la nariz.

El coche es de mi madre. Esbelta y serena, con vaqueros, jersey grueso y el pelo plateado cortado a lo *garçon*, va sentada bien recta, con ambas manos en el volante. Radio sintonizada en la emisora Light 98,1, Kenny G toca una melodía llena de sentimiento con el saxo. Estiro la mano para cambiar de emisora. Me la aparta de un bofetón.

—Mi coche, mi música.

—Dios —digo—. Voy a entrar en coma.

—Sobrevivirás.

Mi madre es enfermera de cuidados paliativos. Pasa sus turnos en una unidad llena de cuerpos destrozados, sin esperanza, postrados en la cama, víctimas de enfermedades voraces y poco compasivas, niños con tumores inoperables del tamaño de huevos pegados al bulbo raquídeo, recién nacidos con horribles defectos genéticos. Como método básico de supervivencia, ha desarrollado un desapego profesional ante todas las idiosincrasias frágiles, grotescas o fatídicas que puedan afectar al cuerpo humano. «Tejido cicatrizal emocional», lo llama mi padre. Esa aspereza se filtra en la vida familiar. De niño, temía el más mínimo corte o abrasión: cogía los bastoncillos de algodón y el yodo para limpiarme y vendarme la herida sin compasión, me apartaba la mano de un bofetón mientras yo no dejaba de llorar. Cuando en una ocasión me quejé de un leve estreñimiento, insistió en ponerme un enema. Recuerdo inclinarme sobre el baño, con las manos bien sujetas a la fría porcelana, los pantalones bajados hasta los tobillos y el pene colgando entre las piernas temblorosas mientras me insertaba el tubo de plástico recubierto con vaselina, seguido de un chorro de agua caliente para reblandecer el tapón. La experiencia fue totalmente edípica.

—¿Qué te parece si corro campo a través, como Terry Fox?

—No llegarías ni al final de la manzana. Y no te compares con Terry Fox.

—¿Por qué no? Él perdió una pierna. Yo he perdido una pierna.

—Terry Fox tenía cáncer.

—¿Y qué? ¿Tienes que pasar por un cáncer para poder hacer algo noble?

—Es un comienzo.

—¿Y si dono todo el dinero que he recaudado para la erradicación de los mamíferos marinos? Llenaría los océanos de redes rastreas. Volcaría tanques petrolíferos. La Fundación de la Extinción. Cuando hayamos terminado con todas las ballenas, podemos empezar con los manatíes.

—Esa es una opinión horrible, Benjamin. Es... terrible.

La autopista vira bruscamente hacia el oeste y cruza un estrecho entrante que se divide en una red de riachuelos congelados. En el instituto, mis amigos y yo cogimos un camino lleno de baches que llevaba hasta la boca del entrante en busca de los salmones reales que nadaban corriente arriba para desovar. El cauce de los riachuelos

disminuía, y algunos se secaban dejando a miles de peces varados en charcas poco profundas. Nadaban en círculos inquietos y agitados, lanzándose a las orillas resbaladizas llenas de barro. Les poníamos anzuelos de tres puntas a nuestras cañas y los echábamos al agua. De un rápido tirón, enganchábamos una aleta o las branquias, una tripa, una cola. Había tantos salmones que no se requería ninguna destreza. Los tirábamos a la orilla y comprobábamos el sexo; apretábamos la tripa de las hembras para vaciarlas de huevos (globos naranjas en un líquido espeso y salobre) que depositábamos en un bote de helado vacío para venderlos a la tienda de cebos local.

En una ocasión, mi amigo Joe colgó una hembra grande de un poste. El pez había doblado su último anzuelo y Joe se lo achacaba al obstinado deseo de vivir del animal. Unos minutos después, el pez seguía corcoveando y retorciéndose. Joe cogió una piedra pulida por el agua y se la lanzó. La piedra dio en el blanco con un ruido fuerte y húmedo. Los demás cogimos piedras y las tiramos también. Le dimos al salmón en la cabeza, en la tripa y en las aletas, muchas fallaban y acababan entre los arbustos o rebotaban en el poste emitiendo un sonido hueco. Todos reíamos con la risa caballuna y deforme de los adolescentes. Las piedras golpearon la cabeza fea e inclinada del salmón, machacaron su mandíbula enganchada y rasgaron la piel luminosa para dejar a la vista el crudo contorno de su cráneo. Una piedra afilada le rajó la tripa y la presión de nuestro ataque sacó las entrañas rosas por la raja. El poste quedó cubierto de una capa de sangre, huevas estalladas y escamas incandescentes que parpadeaban bajo la pálida luz del sol de primavera. Nos aburrimos y volvimos a coger las cañas. Los peces seguían aleteando, no del todo vivos, no del todo muertos.

Pienso en esas cosas. Brutalidad fortuita, irreflexiva y profana.

La clínica del doctor Alexis Vitias está situada en el piso diecisiete del complejo médico Hunts-Abrams, en el centro de Toronto. Mamá saca mis muletas del maletero y me sigue mientras avanzo hacia los ascensores. Intenta alisar el dobladillo de mis vaqueros, con una pernera enrollada hacia arriba y sujeta con un imperdible al culo que no cuelga bien. Le aparto la mano de una bofetada.

—Joder, deja de tocarme. No está bien.

—¿Qué no está bien? ¿Estoy abusando de ti?

—Dios, ni que tuvieras el síndrome de Münchhausen o algo así.

—No seas tonto.

—Eres una de esas madres que se convence de que su hijo está enfermo para poder aferrarse a él. Empapan el cepillo de dientes en limpiador de tuberías. Rocían los copos de avena con arsénico. Todo tipo de comportamientos enfermizos.

No deja de tirarme de los pantalones mientras hablo.

—Te estoy ayudando para que tengas un aspecto presentable, Benjamin, no envenenando tu desayuno. De todas formas, tú no comerías copos de avena, son

buenos para la salud.

—Síndrome de Münchhausen. Caso crónico. Un cachorro enfermo.

—No me importa si maduras o no.

—Claro que sí. Aún conservas mi prepucio en un bote con formaldehído.

—No es verdad —miente.

De niño, rebuscando cambio en los cajones, lo encontré escondido detrás de los calcetines: un tubo arrugado y gris flotando en un bote lleno de fluido color amarillo meado. Parecía un anillo de calamar. Años más tarde, papá me dijo que intimidó al médico para que se lo diera.

—Te imaginas todo tipo de cosas.

—Una mierda me imagino. Tienes mi prepucio en un bote. Un trozo de la anatomía de tu hijo adulto en un bote de potitos Gerber...

—Cálmate, te estás poniendo nervioso...

—Un potito Gerber de guisantes y zanahoria, tía rara. ¿Quieres dejar de tocarme, por el amor de Dios?

—Muy bien, señor Manos Fuera —dice, y entonces, de un taimado tirón, cuando se abren las puertas del ascensor, alisa el dobladillo.

La decoración de la sala de espera se ajusta a un concepto de diseño sacado de un decorado de película porno de alto nivel: alfombras gruesas y blancas, sofás blancos de piel cubiertos por una piel de leopardo sintética, mesitas auxiliares con patas de cristal llenas de revistas satinadas. La recepcionista de Vitias está sentada tras una mesa en forma de media luna.

—He venido para una prueba.

Le dedico una mirada que en privado califico de «mojabragas».

—Este caballo necesita una nueva herradura.

La compasión hace acto de presencia en la cara de la recepcionista; tal vez intenta imaginarme antes de perder la pierna y de los veinte kilos de más, fruto de los cuatro meses postrado en la cama, el primero por orden del médico, los otros tres por decisión propia. Este viaje supone la primera vez que me he aventurado a salir de casa de mis padres desde lo que mi madre denomina El Percance.

Consulta su agenda y frunce el ceño.

—Llega pronto.

Me da la sensación de que he dado un paso en falso, pequeño pero vergonzoso.

—Siéntense. Iré a buscar al doctor.

El cuerpo del doctor Vitias sugiere imágenes de una boca de incendios móvil: de músculos gruesos y densos, lo único que destaca en su marco invariable son unos hombros ligeramente más anchos. Los ojos del color del anticongelante se mueven con rapidez sobre la barba descuidada de un dios toro macedonio. Algo en las palpitaciones de sus dedos afilados indica una vitalidad apenas contenida, una

potencia que lucha constantemente por mantener controlada.

—¡Hola!

Su exquisita mano derecha envuelve la mía y, mientras la izquierda me sujeta el codo, la mueve arriba y abajo como si mi brazo fuera la palanca de bombeo de un pozo.

—Estás aquí por una pierna, ¿verdad?

Admito su descarado comentario sobre lo obvio.

—Vale, vale. Deja que te enseñe lo que tengo.

Nos lleva a través de una puerta de cristal esmerilado. Siento que me han metido en una sala de tortura medieval, aunque en una versión higiénica y bien iluminada. La sala está ocupada por tres bancos de laboratorio cubiertos de todo tipo de equipamiento: tornillos de cromo, servomotores brillantes y herramientas de acero cuya función no consigo descifrar, un perno de piel artificial ensartado con una clavija de madera y espirales de látex mantecoso que rebosan del cubo de basura colocado debajo. Dos cubos Rubbermaid: el primero contiene dedos articulados de la mano y del pie, el segundo está lleno de uñas de los dedos del pie y de la mano pintadas de colores chillones. Una pierna sin terminar está doblada sobre el banco más cercano, una serie de pistones y bisagras y tubos de metal, sin piel, como un cibernético. Brazos y piernas artificiales cuelgan del techo como ollas y sartenes en la cocina de un chef.

—Supongo que has tenido tiempo de echarle un vistazo a nuestro folleto. —Se sube a un taburete y se gira para mirarme—. ¿Algo que te haya llamado la atención?

Atormentado por mi madre, había elegido la pierna endoesquelética Champion P5 con acopladores de titanio, revestimiento de gelatina balística y tobillo de resorte dinámico. Vitas asiente ante mi elección como un sumiller ante la elección de un vino añejo para la cena.

—Excelente, muy bien. —Rebusca en un cajón y saca una clavija cónica de aleación—. Este es el enganche hembra de la P5. Se coloca en el fémur y, cuando todo esté curado, podrás encajar y desencajar la prótesis con total facilidad.

—Encajar, pam, pam, desencajar, pam, pam, encajar, desencajar... El encaje.

No les hace gracia la broma.

—Presta atención —me dice mi madre—. Esto es importante.

—Pensándolo mejor, ¿no tienes nada de madera?

—¿De madera? —pregunta Vitas.

—Ya sabes, un palo de madera, de roble, o de fresno. Una pata de palo, como un pirata.

Vitas enrolla los labios hacia adentro y asiente, como si estuviera un tanto avergonzado. Es una variante de la expresión que me ha dedicado el desfile infinito de amigos, parientes y admiradores, un sentimiento ligeramente distanciado que,

traducido en palabras, imitaría la sensiblería estúpida de las tarjetas de pésame: «Con la más profunda compasión y pena por tu pérdida».

—¿Pata de palo? —comenta Vitias—. Claro, podemos hacerlo. Con algunas correas de cuero atadas a la pierna, ¿no? Muy de historia de aventuras.

—No seas infantil, Ben —me dice mi madre. Después, al doctor Vitias—: Solo está diciendo tonterías.

—No tengo pierna, mamá. Es... una mierda. Una mierda de ballena. ¿Por qué fingir lo contrario?

—¿No quieres parecer normal? —Está totalmente desconcertada—. ¿No quieres... encajar?

Una ola de resentimiento crece en mi interior, tan absorbente que, por un instante, el perfil de mi mundo, cada ángulo y cada parámetro, se graba en azules y verdes fríos. Agarro el cubo más cercano, ciego de ira, y lo tiro del banco. Las uñas se esparcen sobre las baldosas pulidas con un martilleo similar al sonido de las cucarachas.

—Para. —Mi madre me coge del brazo—. Te estás poniendo en ridículo.

—Que te jodan.

Nunca le he hablado así. Jamás. Me suelta y después se tapa la cara con ambas manos. Lanza un gemido de un dolor tan resonante, fuerte y animal que me asusta.

—¿Mamá?

Se mece suavemente. De nuevo, el gemido animal se escucha desde detrás de sus manos, horrible en su falta de recato.

—Mamá, lo siento. Mamá, por favor.

El doctor Vitias recoge las uñas con sus dedos largos y delicados y las mete con cuidado en el cubo.

Últimamente veo mucho porno.

Lo descargo de internet para ahorrarme la vergüenza de la compra cara a cara. En el instituto, daba vueltas con el coche de mi padre en busca de un vendedor ambulante de obscenidades poco conocido. Una tienda coreana acaparó la mayor parte de mis compras gracias a su cuidada selección de guarradas y a un propietario que evitaba todo contacto visual. Conducía de vuelta a casa enloquecido por la lujuria, con una erección presionando contra los pantalones, para masturbarme en mi habitación o, si mis padres estaban en casa, en el baño cerrado con pestillo. A veces intentaba alcanzar el clímax sin masturbarme: la palma abierta sobre la entrepierna, la piel de la polla estirada hasta el dolor, con la mente fija en correrme. Aquello requería una gran concentración que mi madre interrumpía al golpear la puerta para preguntarme si me había ahogado. En una ocasión, sintiéndome atrevido y bajo de fondos, me compré un paquete de cuatro historias cerrado al vacío por 6,99 dólares.

Instalado segura y cómodamente en el baño, arranqué el plástico y retrocedí horrorizado: *Abuelas que la chupan, 50 y mañosa, Viejas chochas*, un libro andrajoso llamado *La granjera azotada*. Me la machaqué mirando un dibujo al carboncillo ligeramente erótico de la cubierta. El episodio fue anémico y desalentador.

Ahora, gracias a la World Wide Web, un maravilloso despliegue de imágenes porno te espera tras un breve tecleo. Es impresionante todo lo que puedes encontrar ahí fuera: tetas enormes, pollas enormes, culos enormes; asiáticas, negras y latinas; violaciones colectivas de lolitas; bestialidad en corrales; meadas y cagadas; *fisting* y azotes; *trampling* y peleas de mujeres; sitios dedicados a corsés y cinturones de castidad, a animales de peluche («Para aquellos que quieren de verdad a los animales de peluche de una forma PERSONAL»), a hombres que disfrutaban al golpearles en los testículos («¡Oye, tú, friki de cuello alto! ¡Sométete a Mistress Adrianna y ella machacará tus endebles y debiluchas pelotas!»), a aparatos dentales, a robots. En *Balloon Buddies* salen mujeres desnudas sentadas a horcajadas sobre globos gigantes con forma de salchichas; *AquaGirl.com* tiene chicas sonrientes vestidas con equipos de buceo, campanas de buzo, batisferas; *She-Wolves of the SS* muestra fotos de mujeres vestidas con insignias nazis golpeando con fustas a suplicantes enmascarados; *Santa's Little Helpers* es perfecta para aquellos a quienes les ponen los enanos de zapatos puntiagudos y calcetines a rayas satisfaciendo a mujeres de porte amazónico.

En un rincón del sótano inacabado de mis padres, conectado con un cable empalmado, navego durante horas. El monitor de pantalla plana refleja un brillo amarillento sobre mi cara: laxo y cetrino, con michelines temblorosos que sobresalen por encima de la goma de mis bóxers rodeando mi abdomen. Hay un sofá desplegable junto a la mesa del ordenador, con un viejo saco de dormir estirado encima, que reposa durante las horas diurnas. Me la pelo cinco o seis veces al día. La fricción agrieta la piel, la hace sangrar; si te la envuelves con un calcetín, resulta soportable.

Mi página favorita es *Xtreme Valkyries*, donde mujeres extremadamente musculosas manejan a papanatas. Hay una foto que siempre me pone: una enorme osa, con unos músculos imposibles, levantando a un hombre flacucho y desnudo por encima de su cabeza. El tipo sonríe con las pelotas estrujadas en la mano enorme de la osa, pero le encanta.

Totalmente indefenso, castrado.

Las palabras UnLIMBited Potential garabateadas en una cartulina rosa pegada a la puerta del Port Dalhousie Lion's Club; una flecha indica hacia abajo.^[4] Principios de junio, efímeras recién nacidas zumban y vuelan en círculos alrededor de la bombilla que hay sobre la puerta. Dejo mi moto en la grava del aparcamiento y me aseguro de

que mi pierna ortopédica está cómodamente ajustada. El tobillo dinámico chirría. Se supone que debo lubricarlo con gel de silicona cada dos semanas, pero no lo hago. Cielo despejado, la Osa Mayor inclinada sobre Main Street.

Me detengo en la puerta. Al final del corto tramo de escaleras, voces y risas desmedidas por encima del ritmo irregular de una conocida canción *country*. Pienso en marcharme, pero mi psicóloga me ha aconsejado que venga. También me extiende recetas de Effexor y Elavil, dos medicamentos fantásticos que, después de la primera dosis, supe que nunca podría dejar.

Bien. UnLIMBited Potential.

El Lion's Club es un local con el techo bajo y el suelo de parqué combado. Un semicírculo de sillas plegables rodea un atril de contrachapado barato. Una mesa plegable sostiene cuencos de patatas fritas, un plato de macarrones, una cafetera de metal llena de café. Por todas partes se escucha el murmullo de las sillas de ruedas eléctricas y el zumbido de los servomotores, el chirrido de las bisagras sin engrasar, el clonc de piernas falsas chocando contra mesas y sillas. Miro completamente horrorizado a las criaturas sin dedos, sin manos, sin brazos, sin piernas, que se arrastran por allí. Los que no se resignan a la silla de ruedas llevan miembros ortopédicos sujetos a las partes truncadas de su anatomía y doblados en ángulos perpetuos. Otros muestran sus muñones con una especie de estoicismo oprimido, orgullo estridente o cansada indiferencia. Algunos tienen los ojos hundidos y rodeados de manchas, como una fruta tropical que se estropea y cae. La mayoría me parecen desesperadamente privados de su sexualidad; con algunas excepciones destacables, no consigo distinguir a hombres de mujeres. Esta revelación me provoca un temor vago.

Me siento junto a un hombre fornido de mediana edad y con una áspera barba de fin de semana. Viste unos pantalones de trabajo de cambray azul oscuro y un jersey grueso, a pesar del buen tiempo. El jersey muestra un árbol de Navidad de colores verde y blanco desteñidos y está en la etapa final de la descomposición: estoy bastante seguro de que, si lo observara más de cerca, su estructura molecular básica se vería a simple vista. El hombre me mira cuando me siento, asiente. Es totalmente posible que le dé tanta pena como me da él a mí, quizá porque yo he elegido vestir una camiseta que en algún momento me favoreció pero que ahora parece la funda negra y brillante de una salchicha estirada sobre la masa planetaria de mi tripa. Especialmente repulsivo resulta el cinturón mantecoso que se proyecta entre el bajo de la camiseta y la goma del pantalón de chándal.

—¿Primera vez?

Una prótesis de color amarillo limón sobresale de la manga derecha del jersey del hombre. Parece que lleva un guante de fregar, solo que las puntas de los dedos están fundidas. Sujeta una taza de café apretada entre las piernas, la mueve con la mano

izquierda. La leche flota en la superficie en círculos claros y la espuma se pega a los laterales de la taza.

—Primera vez —contesto—. ¿De qué va todo esto?

—Pues un montón de formalidades estúpidas. Alguien se pondrá detrás del atril y cacareará un rato, todos fingiremos estar interesados, esa persona llorará, nosotros aplaudiremos, nos tomaremos un café y a casa. Dios, la mayoría solo venimos porque el loquero nos obliga.

—Yo también.

—¿Sí? —El tipo se anima—. ¿Qué te dan a ti?

—Elavil y Effexor.

—Las buenas. Un tipo con suerte.

—¿Tú?

—Puto Prozac. Para eso me podrían dar vitaminas Flintstones.

Nos presentamos. Él es Gil, un camionero de largo recorrido de Stoney Creek. Divorciado dos veces, hijos en las costas Este y Oeste. Me cuenta que, entre la pensión y el dinero para sus hijos, apenas le quedan cuatro duros.

—Y encima el otro día un cabrón me robó la prótesis. He tenido que usar la vieja. —Levanta el brazo ortopédico, que parece bastante desgastado—. Tenía uno nuevo, con dedos articulados, piel flexible de silicona, incluso pequeños pelos postizos. Supongo que me retrasé en los pagos, porque un cobrador se coló por la ventana de mi habitación y se lo llevó de la mesita de noche. ¿Te lo imaginas? ¿Recobrar un brazo amputado? No se puede caer más bajo, tío. Bueno, ¿cómo pasó? —me pregunta señalando mi pierna con la cabeza.

Supongo que comentar esas cosas es un protocolo estándar, igual que los miembros de Alcohólicos Anónimos intercambian historias de borracheras épicas.

—¿Fuiste tú? —me pregunta Gil cuando se lo cuento—. Lo leí en el periódico. Publicaron una foto. Tío, fue... horrible.

La foto, tomada por un fotógrafo oportunista, decoró las páginas del *Toronto Star*, del *Standard*, del *Globe and Mail* y de algunos periódicos sindicados. Una foto a media distancia, borrosa, da una sensación de gran actividad, de histeria. Estoy tumbado sobre la plataforma, el sol se refleja en la superficie de la piscina del espectáculo. Aunque partes de mi cuerpo quedan tapadas por los adiestradores, el muñón se ve perfectamente. En la esquina superior izquierda, la sombra de Niska se curva bajo el agua.

Recorté cada copia del artículo que pude encontrar y las pegué en la pared de mi habitación. Mientras estaba en la consulta del médico, mi madre las arrancó.

—A mí me pasó más o menos lo mismo. —Gil levanta su mano derretida y amarilla—. Tiburón, a treinta metros de la playa Indian Rocks, en Clearwater, Florida. Supero el límite donde el agua permanece tranquila, chapoteando. Algo me

roza las piernas, grueso y áspero, parece que me ha pasado por debajo una lijadora eléctrica. Veo un destello marrón a unos metros de profundidad y sé que estoy en *mucho* lío. Tiburón tigre, seguramente. Cabrones viciosos. Me arrancó la carne del codo para abajo. Me «enguantó», como dicen técnicamente.

Una chica joven se sienta a su lado. Rubia y sorprendentemente guapa, pechos firmes y bien formados que presionan contra una blusa de lino blanca. Parece tener unos veinte años, aunque podría ser más joven. La sombra de la cicatriz de un labio leporino se deja ver cuando sonrío. No parece tener brazos.

—Gil —dice—. ¿No me presentas a tu amigo?

—¿Amigo? —pregunta Gil—. Lo acabo de conocer.

—Heidi Giroux —dice ella.

—Ben Jones. Encantado de conocerte.

Heidi sonrío de nuevo y me recuerda a una chica a la que traté fatal. «Cabrón asqueroso», fueron sus últimas palabras para mí. Rompimos por teléfono, con dos mil kilómetros de separación; el insulto no me marcó, no me dolió. De hecho, me gustó cómo sonaba, la forma en que tropezó en su lengua. «Cabrón asqueroso».

Un completo destrozo de ser humano se arrastra hasta el atril. Parece estar compuesto totalmente por pedazos de plástico, látex, madera y posiblemente masilla de carpintero. Un mecanismo parecido a unas pinzas compone su mano izquierda. Su pierna derecha es una pata de palo acabada en punta. No estoy seguro de si este estado es el resultado de un único accidente catastrófico o de una serie de desgracias menores. ¿Un terrible percance agrícola? ¿Una broma de fraternidad que acabó de la peor forma posible? La imaginación se desboca. Habla entre tragos y jadeos, fragmentos de frases salen de sus labios con una cadencia metronómica, hipnótica.

—En ocasiones... pensé... por qué no... acabar... con todo. Pero con el amor... y el apoyo... de mi mujer... mis hijos... la gracia... de Dios... sigo adelante. ¿Qué más... se puede... hacer?

El hombre llora. Aplaudimos. Nos mezclamos. Nos dispersamos.

Después, Heidi y yo estamos sentados en la puerta del Chevy Sierra de Gil mientras él busca papel de liar en la guantera. Hacia el sur, al final de una suave pendiente, las olas nocturnas lamen la orilla del estanque Martindale, golpeando los cascotes de los botes amarrados. Bajo la luz interior del coche, veo que Heidi no perdió los brazos completamente: un par de muñones se proyectan de sus hombros ligeramente caídos. Huele a perfume de vainilla, la marca preferida de las chicas de instituto.

Gil se materializa con un porro de proporciones hercúleas. Enciende la punta y lo coloca entre los labios de Heidi. Ella da una calada totalmente impropia de una dama y expulsa el humo azulado por la nariz.

—Himalaya Gold —dice Gil—. Se la compro a un tipo en Texarkana y la paso

por la frontera en una caja de clementinas. Los perros no la huelen.

Gil coge el porro de la boca de Heidi, le da una calada y lo pasa. Material potente: una burbuja brillante y metálica crece dentro de mi cabeza, densa y de colores llamativos. Los coches pasan por Main Street, el rugido de los motores aumenta y disminuye. Desde el Old Port Dalhousie llegan los gritos intermitentes de adolescentes que arañan el asfalto con sus coches trucados. Un mosquito zumba alrededor del cuello de Heidi. Lo mato de un manotazo.

—Aquí tengo otro —me dice señalando con los ojos sus tetas, donde otro mosquito descansa en la cómoda curva de sus pechos.

Qué coño. Mato a ese cabrón también.

—¿Alguna vez lo pensáis? —Gil se balancea de un lado a otro—. ¿En el karma?

—Gil —dice Heidi—. Por favor.

—No, en serio. No estoy diciendo que me mereciera esto, ¿quién se merece que le arranquen el brazo? Pero igual sí. Si te paras a pensarlo un momento te das cuenta de que sí, claro que te lo mereces, posiblemente. Algún gesto cruel o egoísta, hacer algo equivocado cuando lo correcto era demasiado difícil o no encajaba con tus propósitos, hacerle daño a alguien porque sí, porque te hacía sentir poderoso. La gran rueda del karma, tío. Todo vuelve a nosotros.

—Yo lo llamo gilipollez, Gil. Una gran gilipollez.

Gil se encoje de hombros, indiferente ante mi escepticismo.

—Cuando te pasa algo horrible, ¿lo achacas a la mala suerte, a la mala alineación estelar, al lugar equivocado en el momento equivocado? Yo no. Como ser humano, tienes que creer que hay un motivo. Engañé a mis mujeres, no estuve siempre ahí para mis hijos. Un tiburón tigre me arrancó el brazo a treinta metros de la arena blanca de las playas de Indian Rocks. Un poco duro, sí, pero todo busca el equilibrio. Ojo por ojo. ¿Me lo merecía? Puede que sí.

—No puedes hablar en serio.

—¿Por qué no? En cierto modo, es un consuelo. Arreglas tus cuentas y empiezas de nuevo, desde cero.

—Es ridículo. ¿Qué pasa con la gente que sufre tremendamente sin motivo? ¿Qué pasa con...? —Señalo a Heidi con un dedo—. ¿Ella?

—No sabes lo que me merezco —responde ella—. No me conoces de nada.

—Vale, vale, entonces... ¿Qué pasa con los niños que mueren de hambre? ¿Qué pasa con los niños que nacen con la columna encorvada o con algún retraso? Explícame eso.

—No digo que sea una teoría fácil de defender. Es solo lo que creo.

—Sí, bueno, es lo más estúpido que he oído nunca.

Gil se lleva el brazo artificial a los labios. El porro brilla entre los dedos amarillos, abrasando el plástico.

—Hace unos años, la policía de Toronto mató a un elefante, Tyke. Un elefante de un circo ambulante. Se escapó después de una actuación. La policía lo rodeó con sus coches patrulla y abrió fuego. No le había hecho daño a nadie, pero supongo que podría haberlo hecho. Necesitaron doscientas balas para abatirlo. Le dispararon en la trompa y en la tripa, en las orejas y en la cara, intentaban darle en el cerebro, pero el cráneo es tan grueso que las balas se aplanaban. Recuerdo la sangre sobre la piel gris, tanta sangre. Cayó sobre las patas delanteras, con la cabeza bajada como si se rindiera. La policía recargó y continuó disparando.

—¿Y?

Una rabia intensa crece en mí, compensada ligeramente por el efecto tranquilizador de la hierba.

—¿Qué coño tiene eso que ver?

—¿De quién es la culpa? —pregunta Gil—. ¿De la policía? Ellos hacían su trabajo. ¿De Tyke? Un animal asustado y maltratado. Lo que digo es que, cuando vi tu foto en el periódico, pensé en aquel elefante muerto a tiros en la calle. Karma, tío. Universal y eterno.

—¿De qué estás hablando? Yo no tuve nada que ver con eso. No sabes nada de mí.

—No sé nada de nada, tío. Son todo especulaciones. Tengo que irme.

Se sube a la camioneta y le da a la llave en el contacto. Las notas finales de *Werewolves of London*, de Warren Zevon, suenan en la radio de la camioneta. Baja la ventana y nos dice adiós con su mano ortopédica mientras se aleja.

—Que te follen.

Las luces traseras se iluminan, la camioneta reduce la velocidad. Cierro mis manos y aprieto los puños, solo las relajo cuando Gil pisa el acelerador y se incorpora a la carretera.

—Menudo gilipollas.

—Se pone así cuando está colocado —dice Heidi.

—¿Sois buenos amigos?

—Fumamos después de las reuniones. Supongo que somos amigos.

—Da igual, me voy.

—¿Me llevas?

—He venido en moto y estoy bastante colocado. Puede que nos mate a los dos.

—¿A quién le importa?

—La profundidad de tu nihilismo me choca.

Heidi vive en las afueras de Welland, un pueblo cerca de las pistas de carreras de Merritville. Cuando era pequeño, mi padre me llevó a las pistas para ver todo tipo de vehículos extraños hacerse pedazos corriendo alrededor de un óvalo de tierra: *buggies*

de Baja, *funnycars* de óxido nítrico, *derbies* de desguace. Recuerdo el fresco aire de otoño espesado por el polvo, a mi padre comprando una cerveza y un Orange Crush para mí. Conduzco despacio por carreteras secundarias y tomo las curvas con cuidado. Heidi está apoyada en el respaldo, con sus piernas fuertes rodeando mi cintura. Mosquitos y polillas se estrellan contra el casco. El calor del cuerpo de Heidi, su aliento sobre los pelos de mi nuca.

La casa se encuentra en el fondo de un valle arbolado. Camionetas sobre el asfalto oscuro. Olores: humo de leña y savia de pino. Traviosos sonidos en los árboles: mapaches, quizás algún pavo.

Heidi se desliza del asiento.

—¿Te quedas un momento?

Me lleva hasta un columpio de mimbre en el porche. Un halógeno con sensor de movimiento se enciende y me doy cuenta, bajo la fuerte y repentina luz, de lo preciosa (y joven) que es. Mi pierna ortopédica choca con una de las barras del porche.

—Chissss. Vas a despertar a mis padres —me dice.

Nos sentamos en el columpio. El cuerpo de Heidi está pegado al mío. No sé nada sobre esta chica: su edad, su talla de sombrero, si es una persona honrada, si alguna vez ha sido feliz o si está enamorada. Ha sido así muchas otras veces, anónimas y sin sentido, pero lo que una vez parecía ideal ahora me llena de una profunda melancolía.

—¿Cómo pasó lo de tus brazos?

—Trágico accidente de animadoras. ¿De verdad quieres saberlo?

—Supongo que no, no.

—Claro que no.

Entonces Heidi me besa. Es hábil, muy entendida, me sorprende. Atrae mi lengua a su boca como si su intención fuera bebérsela. Los muñones de sus brazos se clavan en mi pecho.

Y mientras estamos sentados envueltos en un medio abrazo en el porche, tengo una visión de una intensidad tan clara e inquebrantable que me deja sin aliento: los dos sentados en ese mismo porche dentro de varios años, rodeados de niños. Niños sin brazos, sin piernas, niños sin terminar tambaleándose con sus piernas ortopédicas, gateando sobre sus muñones y colgándose del porche con sus brillantes manos-gancho, sonriendo y balbuceando y dando bandazos. Tengo a un niño sentado sobre mis rodillas y le doy saltitos, me doy cuenta (es terrible, insoportable) de que la puta criatura tiene una cabeza ortopédica: látex blanco lechoso recubre listones de acero, pelo brillante con el lustre falso de las muñecas, canicas como ojos errantes incrustadas en las cuencas de la cara falsa, servomotores chirriantes se burlan en las comisuras de su boca dibujando una amplia sonrisa y, en esa oscuridad, los engranajes encajan, los piñones giran y ruedan. Aunque me doy cuenta de que tal

escenario es imposible, la aparto.

—¿Qué te pasa?

—Nada. Tengo que irme.

—¿Tienes novia? No pasa nada, no me importa. No te vayas, no pasa nada.

Ahora tiemblo, intento aguantarme de pie.

—¿Qué pasa, Ben? ¿He hecho algo mal?

—No. Sí. Tú... no tienes brazos.

—¡Serás cabrón!

Se aleja de mí como si fuera el portador de alguna enfermedad ecuatorial mortal.

—¡No eres mejor que yo!

—Ya lo sé.

Piso fuerte los escalones al bajar, me doy asco, ella también, toda aquella escena patética.

—Ya lo sé.

«Cabrón asqueroso».

Me alejo atronando con la moto como si la casa estuviera en llamas. Entierro la aguja, el cuentakilómetros en zona roja, ciento setenta por el carril de adelantamiento. El cielo es una cúpula negra, lisa, fría y sin estrellas. Entro en la autopista Queen Elizabeth, acelero hasta el paso elevado del Niágara. Me llega un tufo a neumático quemado y pienso que será de algún carguero o de alguna gabarra que navega por el canal Welland hasta que veo llamas y me doy cuenta de que tengo la pierna ardiendo. He colocado la prótesis demasiado cerca del tubo de escape y ahora el látex arde alegremente, una falda grasienta de fuego me cubre las caderas. Reduzco la velocidad y doy palmadas a las llamas, me imagino mi cuerpo con el cuello roto estrellado contra uno de los pilares de cemento del puente, con la ropa quemada y la piel derretida por el calor.

La imagen no resulta del todo desagradable. En realidad, me parece incluso divertida de una forma semitrágica.

Me meto la mano por los pantalones y abro el enganche. La pierna se suelta y rebota sobre el asfalto iluminado por las farolas situadas por encima del muro de contención. Cae noventa metros y se extingue como una cerilla encendida en el agua oscura.

Me ha dado por joder a la gente en chats de grupos de apoyo.

Me registro con un nombre falso para mantener mi anonimato. En línea, no eres más que un alias en la pantalla, una enfermedad, una adicción, una debilidad enfermiza, un conjunto de valores reducidos. Es increíble lo que hay ahí fuera. Lo más increíble es la cantidad exasperante de apoyo que ofrece la gente. Me he unido a

grupos de albinismo («CASPER82: ¿Sabéis qué es lo que más echo de menos, chicos? El sol. El cálido y brillante sol»); narcolepsia («SR. zzz: Así que le digo a Jim, le digo, le digo a Jimsdfjhfgjhdgggggg»); lactancia («PEZONESAGRIETADOS: ostras, los pezones me duelen un montón 😞 me sentiría mucho mejor si otra mujer me los acariciara, a poder ser, despacio, en círculos concéntricos 😊»); jugadores compulsivos («HACHACARTAS: os apuesto a que puedo superar mi adicción mucho más rápido que cualquiera de vosotros, imbéciles. Se aceptan apuestas 5-1»); jubilación («CASARODANTE: A veces, tumbados en la cama por la noche, ¿no sentís que la vida está vacía y no tiene ningún sentido sin un trabajo?»); demencia («NAPOLEON55: ¿Quién de vosotros, cabrones escurridizos, me ha robado las zapatillas?»); síndrome de la guerra del Golfo («VOCESENMICABEZA: mirad a la cara de vuestro mejor amigo y lo único que veréis será un mazacote»); síndrome de fatiga crónica («MODORRA: olvidémonos de este síndrome absurdo y vamos a echarnos la siesta»); resfriado y gripe («SOPAPOLLOMAMÁ: sois el grupo de mariquitas más enclenque que he conocido. ¡Es un puto resfriado, por el amor de Dios!»). Salpico mis posts de emoticonos, caras sonrientes, o con el ceño fruncido, o que guiñan un ojo. Emoticonos que son un atajo para expresar pena, conmiseración, amor, esperanza, redención.

Últimamente, merodeo por *Amigos de Bill W.*, un grupo de alcohólicos en recuperación. Esta noche soy GANASCONSTANTES.

TOTALMENTESOBRIO: ¡Bienvenido a bordo, ganas!

BETH54: Bienvenido, ganas. ¿Cuánto tiempo hace que eres amigo de Bill?

GANASCONSTANTES: Gracias, Totalmente y Beth 😊 Bill y yo nos conocemos desde hace tres semanas.

TOTALMENTESOBRIO: Bill es un buen hombre. Me ha cambiado la vida.

BETH54: A mí también. Te cambiará la vida, ganas.

GANASCONSTANTES: Eso espero. Se me hace bastante duro. 😞

TOTALMENTESOBRIO: Tienes que ser fuerte. Tienes que vivir fuerte.

GANASCONSTANTES: A veces, aquí solo, a oscuras, me pongo a pensar en lo buena que está la cerveza. Una cerveza muy fría bajando por mi garganta, tan dorada y burbujeante. Tío, eso sería perfecto.

BETH54: Saca esos pensamientos de tu cabeza. Mantente fuerte en tus creencias.

GANASCONSTANTES: Espumosa. Así es como mi colega Franky las llama. Oye tío, me dice, vamos al bar a soplarnos un par de espumosas. Qué estará haciendo Franky ahora...

TOTALMENTESOBRIO: Estás mejor sin él. Es un incitador.

GANASCONSTANTES: Solíamos hacer carreras de canoas. ¿Os acordáis? Pones cinco vasos de cerveza en fila, de los pequeños, echas un cacahuete en el último. El primero que se bebe los cinco vasos y se traga el cacahuete, gana. Me encantaba ganar. Me hacía sentir que lograba algo.

BETH54: Nos acordamos de las carreras de canoas, ganas. Cambia de tema, ¿vale?

GANASCONSTANTES: Y *whisky* también. Dios, me encanta el *whisky*. Esa sensación tan agradable deslizándose en la lengua, en todos los rincones de mi boca. Ese sabor delicioso, como a nuez, madurado en barrica...

TOTALMENTESOBRIO: ¿Qué eres, un publicista de Bushmills? ¡Jajaja!

GANASCONSTANTES: Tío, sé que lo llaman el alcohol del diablo, pero siempre me ha parecido angelical. Hace que las cosas sean más... supongo que soportables es la palabra adecuada. El mundo brilla un poco más, es más fácil, ¿sabéis?

BETH54: Suspiro. Buena suerte, ganas. [BETH54 ha abandonado el chat]

GANASCONSTANTES: Santa madre de Dios. Mi mujer, esa vieja estúpida, colecciona el licor de los aviones. Esas pequeñas botellas. Estoy viendo su colección alineada en una estantería encima del ordenador. Dios, están todas ahí: Johnnie Walker Red, Absolut, Crown Royal, más. Decenas de pequeños soldados puestos en fila. Señor, estoy sudando y temblando. Solo una...

TOTALMENTESOBRIO: ¡No lo hagas, tío! ¡No merece la pena!

GANASCONSTANTES: Acabo de romper el precinto de una botella de Captain Morgan. Madre mía, ese olor... estoy en el cielo. Sabe taaan bien... Sabe incluso mejor después de no haber bebido durante tanto tiempo. ¡Es como ser virgen otra vez! Oye, totalmente, ¿por qué no me acompañas? 😊 Seguro que hay algo de alcohol por ahí por tu casa. Igual en la cisterna. ¿Tal vez debajo del fregadero?

TOTALMENTESOBRIO: Buena suerte, ganas. Rezaré por ti.

GANASCONSTANTES: ¡Reza por ti, aguafiestas! ¡Tómame una copa y ánimate!
[GANASCONSTANTES ha sido expulsado del chat]

Estoy sentado en una mesa en un rincón de Concorde, un club de *striptease* cerca de Clifton Hill. Solía venir aquí con mis amigos del instituto, todos con carnés falsos. Nos sentábamos en la fila de los pervertidos, riéndonos y abucheando, sintiéndonos superiores con nuestra juventud y el futuro abierto ante nosotros, con nuestro potencial para hacer grandes cosas.

En el escenario elevado de parqué, una chica en *topless* da vueltas sin mucho interés alrededor de una barra de metal. Una mujer de algo más de cuarenta años está de pie bajo el brillo rojo de una máquina expendedora de Hot Nuts, desnuda excepto por los zapatos rosa de tacón. Come cacahuets a la barbacoa de un vaso de plástico, los coge con unas uñas de unos cinco centímetros. Es la imagen más extraña y repugnante que he visto nunca.

Bebo tequila Sauza; vasos de chupito vacíos sobre la mesa, cenicero lleno de rodajas de limón retorcidas. La oscuridad y el humo favorecen a las *strippers*, cuyas caras están hechas para la iluminación tenue. En sus años más jóvenes, muchas de ellas trabajaban la barra en el Mints o en el Private Eyes, pero, empujadas por el poder de la carne fresca, han trasladado sus anatomías fofas y sus caras cansadas aquí, una última parada antes de hacer la calle.

Una chica nueva sale de detrás de la cortina brillante y la recibe un aplauso poco entusiasta. Los focos color rojo sangre disimulan las marcas de agujas en los brazos, pero no consiguen esconder la costura de la cicatriz de la cesárea que se curva desde el ombligo hasta la línea del bikini.

Un tipo sentado delante silba de forma brusca, como si llamara la atención de un perro.

Una mujer se desliza en la mesa. En la etapa final de su carrera, luce finas líneas de perfilador donde deberían estar las cejas, y la nariz rota no se le curó bien. Un *sarong* le envuelve la cintura, lo que podría ser un gesto simbólico de modestia o una manera de esconder algún defecto horrible.

—¿Has venido solo, cielo?

—Eso parece.

—¿Quieres compañía?

Mi respuesta no me compromete y ella se desliza más cerca de mí. Lleva la marca de perfume preferida por las *strippers*; me pregunto si todas comparten el mismo frasco.

—Te chupo la polla por cincuenta dólares.

Lanza una carcajada histérica, como si le hubiera contado un chiste verde e indiscreto.

—Ni siquiera sé cómo te llamas.

—Sharday. ¿Qué me dices, cariño?

—Deja que me tome otra copa.

—¿Me invitas a una?

Adecuadamente reforzado por el alcohol, nos escapamos por la puerta de atrás. Una noche de otoño despejada y el cielo cubierto de estrellas, lejanas e innumerables. Sharday me lleva por el aparcamiento hasta una fila de habitaciones de motel. Su habitación es pequeña pero está limpia y huele a producto para moquetas. Hay fotos

enmarcadas de dos niños sobre la mesita; las pone boca abajo antes de dirigirme a la cama. Billetes que cambian de mano. Me desabrocha los pantalones y me los baja.

—¿Qué es eso?

—Una pierna ortopédica.

Creía que se había dado cuenta de la pierna ortopédica en el club. Por un momento creo que se va a echar atrás, como si una amputación fuera contagiosa y no quisiera arriesgarse.

—¿Qué pasó?

—Herida de guerra. Tormenta del desierto. Un cabrón marrón me la cortó con una espada. Con una de esas espadas onduladas.

—¿Un *kirpan*?

—Sí... Una de ésas.

Sharday me pone un condón con el desinterés clínico de una enfermera de urgencias. Trabaja con un aire enérgico y formal y tararea una canción que me resulta familiar pero a la que no consigo poner nombre.

—¿Qué tal? —pregunta—. ¿Está bien?

—Está... bien.

—¿Quieres alguna otra cosa? Dime.

Le digo que coloque los brazos detrás de la espalda para que, desde mi perspectiva, parezca...

—¿Como si no tuviera brazos?

—Sí —respondo—. Así.

Hace lo que le pido, pero no puedo mirarla. Me tumbo sobre la cama y miro al techo cubierto por una constelación de manchas de humedad. Una parece un cochinillo, otra una especie de pájaro tropical. Miro la cabeza en movimiento de Sharday, las raíces oscuras que crecen del cuero cabelludo. Un muelle sobresale del colchón raído y se me clava en la espalda. Se filtra la música de la habitación contigua a través de la pared. *Let my love open the door*, de Pete Townsend. A esta canción le sigue otra, y después *The things I do for money*, de Northern Pikes.

—Lo siento mucho, cielo. Bailo en un minuto.

Me quita el condón y me la vuelve a meter dentro del calzoncillo. No me ofrece ningún reembolso. Me coloco la pierna. Sharday me guía a la calle.

—¿Estarás bien, cariño?

—Gracias por intentarlo.

Me da un beso rápido en la mejilla y se marcha por el aparcamiento, el clicclic de los tacones rebota en las paredes cubiertas de grafitis. Llego a la calle. Coches llenos de adolescentes pasan por Ferry con la intención de dar la vuelta y volver por Hill. Un estante de tela metálica colocado junto a la puerta del Concorde está lleno de folletos de las atracciones locales: castillo de Frankenstein, torre Skylon, Museo de

cera de Hollywood, Puesto de limonada encantado del Coronel Tilliwacker. En la parte superior derecha, folleto satinado, orca saltando bajo el eje de un arcoíris brillante. «Todos adoran el Marineworld», escrito en grandes letras con forma de burbuja.

Un taxi me deja ante la puerta principal cuando la mañana empieza a sangrar sobre el cielo cada vez más claro. Las taquillas están cerradas hasta que empiece la temporada. Me dirijo a la entrada de los adiestradores dando patadas a los montones de hojas crujientes. Mi llave aún funciona. En la zona de preparación, de una tira magnetizada cuelgan cuchillos sobre un bloque de arenques congelados que se derriten dentro de un cubo de metal. El olor a cloro y vísceras de pescado; el gruñido de los leones marinos encerrados. Salgo a la plataforma por otra puerta.

Las luces de seguridad están encendidas a lo largo del perímetro del anfiteatro y proyectan una película plateada sobre el agua. Cruzo la plataforma, paso junto a los accesorios, silenciosos bajo su envoltorio de sombras. Una rueda de palas gira con un chorrito constante de agua. Pájaros posados en el puente que abarca las piscinas del espectáculo y de espera. Me quito la camiseta, los zapatos, los calcetines y los pantalones. Me desengancho la pierna. El viento de finales de septiembre abofetea lo que queda de mi cuerpo. Se me pone la piel de gallina.

Capturaron a la orca con una red en la costa de Siberia. La separaron de su manada, la engancharon a un cabrestante de cincuenta toneladas y la metieron en un carguero ruso. Se pasó tres semanas acunada en una hamaca, mojada con agua salada a manguerazos. Una grúa la levantó hacia el cielo iluminado por la luna y la llevó a un nuevo mundo: 2 x 1,5 x 1, cristal y cemento. Fui yo quien la alimentó. Quien la entrenó. Quien la mantuvo con vida. Llegué a creer que me pertenecía, del mismo modo que un terreno o un coche pertenecen a una persona. Me olvidé de que cada vez que entraba en el agua yo le pertenecía a ella, y el momento en que lo recordé fue el momento en el que dejó de importar.

Bajo despacio por el borde de la piscina, dejo la pierna colgando en el agua. Niska nada en la zona más apartada, la aleta dorsal corta el agua, que parece cristal. Lanza aire por el orificio nasal, una espuma brillante iluminada por las luces totalmente blancas. Cojo agua con la mano y me la llevo a la boca, saboreo el escozor salado. La piscina oscura e insondable, cayendo hasta el infinito. De pequeño, sufría una pesadilla recurrente en la que el suelo de mi habitación se volvía líquido, la cama flotaba en la superficie tranquila. Al mirar fuera del colchón, veía formas que daban vueltas y subían por el agua oscura, primordiales horrores lovecraftianos con escamas y dientes romos. No sé hasta dónde se extendía aquella oscuridad: ¿a través del núcleo de la Tierra, hasta el espacio, hasta los confines del universo conocido? La distancia desde los pies de mi cama hasta la puerta abierta sería de un metro y medio,

podía recorrerla de un salto. Pero ¿si resbalaba?

Salto del muro de cemento y me meto en la piscina. Con una pierna y sobrepeso, avanzo desgarbado a través de un agua tan fría que me deja sin aliento. Niska gira la cabeza con un movimiento lánguido. Su cuerpo dibuja un medio círculo lento, la luz de las estrellas ondea sobre el contorno de su cresta dorsal. Floto en el agua, tumbado, el frío me presiona el pecho. Veo mi reflejo en el oscuro espejo de la piscina. No hay miedo ni indecisión en mis ojos, me siento agradecido por eso. Nada que se pueda hacer al respecto ahora. Solo queda la aceptación, y la esperanza de que en esos finos momentos que separan lo que es de lo que podría ser tal vez resida el entendimiento.

Una vez pasé la noche con una chica que conocí en un bar del centro. No recuerdo su nombre, su olor, el color de sus ojos. Vivía en un edificio antiguo que daba a St. Paul Street, de espaldas a Twelve Mile Creek. La habitación daba a un valle, con el arroyo discurriendo por detrás. Me despertó de madrugada el sonido de unas voces. Me incorporé y me acerqué a la ventana. Tres figuras estaban allí, en la penumbra. A lo largo de la línea de árboles, donde estaba demasiado oscuro para adivinar las edades de las caras, movimientos bruscos y sesgados. Las dos siluetas más grandes tenían acorralada a la más pequeña. La tiraron al suelo, una mujer, se distinguía por el tono de su voz. Uno de ellos cayó encima de ella mientras el otro se apartaba a un lado, sin dejar de girar la cabeza de un lado a otro. La luz del sol de antes del amanecer se coló por la ventana y reveló una capa de polvo en las persianas. Fui a la cocina y rebusqué por los cajones hasta que encontré un cuchillo de carnicero. Cuando volví, los dos del suelo se movían con ritmo. El otro dijo algo («dale», o algo así) y se rio. No llegaba a comprender lo que veía. Apreté el cuchillo tan fuerte que se me quedó la marca en la mano durante horas. Lo escondí debajo del somier y me metí en la cama, rodeé con mi cuerpo el de la chica sin nombre, que no se movió.

«Quizá le guste así —pensé—. Quizás están todos de acuerdo.» Pasó el tiempo a oscuras, interrumpido únicamente por un gemido que se oía lejano. No era asunto mío. «Gritaría si necesitara ayuda.» Los pájaros cotorreaban en los árboles y, por debajo, el sonido incesante del agua. «Alguien más se dará cuenta. Alguien más se meterá.»

¿Y qué pasa con todo eso? Las brutalidades y la falta de sinceridad, la crueldad y el egoísmo, las ofensas reales e imaginadas, los actos de no acción, el miedo, los remordimientos, la culpa. No desaparecen, eso sí lo sé. Gil tenía razón: una acción de compensación ocurre cada minuto de cada día, una cuenta silenciosa; cada acto carga con su propio peso discreto, con su propio poder de transformación.

¿Llegamos a saber en algún momento dónde estamos? Ahora mismo, en este segundo, ¿hacia qué lado se inclina la balanza?

Salda tu deuda. Empieza de cero.

La orca sale a la superficie con la boca abierta ligeramente, la luz se refleja en las puntas de sus dientes. Jadeas, la adrenalina te sustenta. Pasas la mano por el cono suave de su morro. Gorjea desde las profundidades de su garganta, inclina la cabeza para exponer la comisura de la boca. Miras fijamente ese ojo negro enorme, buscas algún indicio de reconocimiento.

—Estoy cansado, chica. —Le das una palmadita en la lengua—. Así que vamos a hacerlo.

Reconoce tu señal, Niska se mueve hacia el agua abierta. Describe un recorrido cada vez más rápido alrededor de la piscina, pasa por delante del pabellón de minusválidos, donde, hace un millón de años, una muchacha con una sonrisa inescrutable te vio volar por el cielo azul de verano. La aleta dorsal de Niska se sumerge. Te dejas llevar por la corriente, por su poder y sus posibilidades. Una sensación de encaje, todo en equilibrio. La luna es un ojo que no parpadea y, más allá, un millón de estrellas alrededor de las cuales giran mundos desconocidos.

El agua sube debajo de ti en un empujón emocionante. Pequeñas burbujas ascienden a la superficie y revientan como un refresco con gas. Te escuchas decir «lo siento mucho», aunque a quién se lo dices o por qué motivo nunca llegarás a saberlo con seguridad.

Por caminos insomnes

A Graham le encantaba cómo se movía su mujer. Cuando paseaban, solía quedarse un paso por detrás para observarla. Sus caderas... Más que eso. Piernas, brazos, el ligero movimiento de su cabeza. La forma en que todo se coordinaba, en que encajaba. Le encantaba bailar con el largo pelo negro recogido en lo alto de la cabeza. Llevaba un colgante de feldespatos con un cordón de cuero que brillaba en su suave cuello cuando reflejaba la luz de una bola de espejos. Al verla así, siempre se acordaba de un fragmento de una canción: «Mi chica no camina, se despliega». Las fotos que Graham guardaba en un cajón le daban una idea (ligera, ingravida), pero no hacían justicia a cómo se movía.

Ya no se movía así. Sus extremidades se sacudían de forma imprevisible o no se movían en absoluto. El cuerpo le temblaba en un escalofrío permanente. Bradicinesia, así lo llamaron los médicos, provocada por una falta de dopamina en el cerebro. Perdió todo sentido del equilibrio. Cuando se caía, lo hacía sin inmutarse, como cae una cómoda al empujarla por el balcón del segundo piso. Pastillas con nombres como Sinemet, Comtan, Requip. A veces no se las tomaba. Al principio, como un acto de resistencia; se sentaba en una silla de la cocina de cara a la pared, con los dedos blancos en torno al reposabrazos, los dientes apretados y los músculos tensos a lo largo de la mandíbula. Ahora se había convertido en un acto de exploración: quería comprobar lo fuerte que era su enfermedad, sentir su poder, su impotencia contra ella.

—Es como quedarte ciego poco a poco —me dijo una vez—. Es mejor nacer así, ¿no crees?

Cuando las cosas se ponían realmente mal, Graham la sujetaba. Sus muñecas escapaban al suave agarre de sus dedos, le golpeaba el pecho con los puños con un sonido hueco. Su cuerpo contenía una fuerza absurda, como si luchara cuerpo a cuerpo con un fardo de palos poseídos, como las escobas de El aprendiz de brujo. Solo su mirada fija, los ojos azules oscurecidos de añil por las pastillas, expresaba entendimiento. Metía una pierna entre las de ella y presionaba sobre la cadera con el muslo. En aquellos momentos recordaba los días en los que ella lo visitaba en su apartamento de soltero (la televisión encima de una caja de plástico, estanterías sobre

bloques de cemento) y se enrollaban en su futón hundido, con su pierna entre las de ella y la fricción del vaquero contra el vaquero, con los ojos medio cerrados y su voz que le susurraba: «Sí, así. Sigue así». Miraba su cuerpo, su cuerpo de ahora, sus miembros agitados y el traqueteo esquelético de sus dientes, pero siempre conservaba los ojos, la mirada tranquila color añil.

—Voy a salir, Nell.

Estaba sentada en una butaca reclinable junto a la televisión que emitía un viejo episodio de *The Beachcombers*. Un libro descansaba abierto sobre su regazo. Intentaba pasar página. Graham la pasó por ella.

—¿No estás viendo la tele?

—Y-y-ya lo he-e-e vi-i-i vi-i-isto —dijo Nell—. Relic roba los tr-r-r-roncos de Nick en e-e-es-te.

—Relic siempre está robándole los troncos a Nick. ¿Quieres que la apague?

—Da i-i-gual. Así e-e-es-cu-u-cho algo.

Una capa de sudor en la cara le daba un brillo a su piel como la escarcha bajo la luz de la luna. Siempre sudaba, por las pastillas sobre todo, y porque su cuerpo nunca descansaba. Seguía estando preciosa. Eso nunca lo perdió. Cuando Graham la vio por primera vez, las palabras «belleza nórdica» le vinieron a la cabeza con esos ojos azules y los pómulos altos. Se imaginó su cara enmarcada en una capucha de pelo blanco con una cadena de montañas nevadas detrás.

Graham colocó el «ovni» (un disco del tamaño de un plato conectado a una línea de teléfono enchufada en la pared) en el cojín junto a la butaca. Lo compró en una tienda de suministros médicos. Cuando se pulsaba, marcaba automáticamente el 911 para que enviaran una ambulancia. No disponían de ahorros suficientes para contratar a una enfermera privada mientras él trabajaba. De ahí el ovni.

Graham le dio un beso a su mujer. La calidez de sus labios, ese ligero temblor. Miró la hora: las 23:00. La noche se pegaba a la ventana del salón; más allá, algunas estrellas, muy débiles, preciosas.

—Te veo por la mañana.

—Te-e-e-en c-cuida-da-do.

El aire fresco y puro de la noche de finales de octubre dejó un ligero sabor a invierno en la boca de Graham. La nieve caía a través del brillo de una farola cercana, los copos le tocaban el pelo y se derretían formando pequeños arroyos que le discurrían cuello abajo. Abrió la puerta de un camión grúa Freightliner con las palabras «Repo Depot» pegadas en azul sobre el guardabarros, metió la llave en el contacto y salió a la calle.

Trabajaba de noche. Era más seguro. Como norma general, la gente no reaccionaba favorablemente a que se llevaran sus posesiones, solía mostrar su peor cara. Graham trabajaba mientras la ciudad dormía. El noventa y cinco por ciento del

tiempo, evitaba los enfrentamientos.

El cinco por ciento restante... Esos eran momentos interesantes.

Le habían dado bofetadas, puñetazos, patadas, puñaladas, golpes en la cabeza con un bastón de endrino. Tenía una bala del calibre 22 alojada detrás de la rótula izquierda, una del calibre 40 en la clavícula y el culo y los muslos llenos de cicatrices granuladas. Le habían mordido, sobre todo perros, aunque una vez fue un moroso cabreado. A finales de los setenta, se llevó un tractor que dejaron por la noche en un campo en barbecho. Al primer rugido del motor diésel Cummins, las luces de la casa se encendieron. Momentos después, la puerta se abrió de golpe y toda la familia echó a correr hacia él como los jinetes del Apocalipsis. Un hombre, una mujer, dos niños vestidos con pijamas de franela. Llevaban palas, azadones y horcas, la mujer cargaba una guadaña de segar que no hubiera desentonado en las manos esqueléticas de la Parca. Mientras le daba al embrague como un loco, Graham tuvo una vaga idea de cómo debió sentirse el monstruo de Frankenstein perseguido por los habitantes enloquecidos del pueblo. El hombre le lanzó la horca. Una púa atravesó el talón de la bota de Graham y le cortó algunos músculos y nervios. Cojeaba muy ligeramente, pero se notaba. No estaba mal tras veinticinco años al servicio de los robos relámpago. Muchos hombres encargados de recuperar artículos no pagados habían sufrido cosas peores.

Condujo a través de la zona industrial de las afueras, más allá de refinerías de petróleo rodeadas de vallas con alambre de espino e iluminadas por una constelación de bombillas halógenas. Se fundió con la autopista Transcanadiense rodeando la parte norte de la ciudad. Campos llanos cubiertos de escarcha, vallas, graneros, las ondulaciones y los perfiles oscuros de las colinas distantes. Alguna criatura salvaje (un coyote, posiblemente, o quizás un glotón) se escabulló en el campo helado. El motor diésel de 8,8 litros del Freightliner transmitía una vibración constante a la cabina. Johnny Cash cantaba su Folsom prison blues. El ganado dormía en los pastos con columnas de humo elevándose desde sus narices. Una luna baja de otoño proyectaba su brillo anaranjado sobre los robles y los abedules.

Cualquier emoción relacionada con su profesión se había esfumado hacía tiempo. Todo era diferente a cuando era joven. Por aquel entonces, se lo sabía al dedillo: cinco segundos para deslizar una antena entre la ventana del lado del conductor y la goma, otros cinco para abrir el seguro; treinta segundos para llegar al contacto (llevaba botas de motero con talón de acero, un hábil golpe y el ensamblaje saltaba), otros diez para meter un destornillador Phillips por el tubo del contacto. En menos de un minuto, cualquier coche de la ciudad era suyo.

La cuenta total de sus recuperaciones a lo largo de los años era impresionante. Lamborghini Countache del 82, negro medianoche, precio de venta: un cuarto de millón. Chevy Vintage del 57, color caramelo de manzana rojo con faros delanteros

en forma de rombo, silenciador con fibra de vidrio y alerones traseros. Hacía muchos años, cuando eran novios, Graham voló con Nell a Cape Cod para recuperar una casa flotante. Navegaron en ella desde Bridgeport hasta Nueva York, donde Graham la devolvió al concesionario. No solo vehículos: colecciones de monedas y cuberterías de plata, figuras Royal Doulton, un mosquete japonés del siglo XIX. Trepó por una cañería oxidada para coger una veleta antigua en forma de bacalao, le hizo un puente a una Harley Softail del 77 en el aparcamiento de un bar de motoristas, se coló por una ventana medio abierta para reclamar una urna funeraria.

Durante unos años horribles, recuperó equipo médico: sillas de ruedas eléctricas, máquinas de diálisis y tensiómetros. Incluso birló el brazo ortopédico de algún pobre hombre. Nell no paraba de entrar y salir del hospital en aquella época. El diagnóstico inicial fue parásitos en el cerebro; se estaban comiendo la capa que recubre el cerebro y esta se alejaba del interior de su cráneo, provocando ataques. Graham sufría unas pesadillas terribles: se encontraba dentro de la cabeza de Nell, encogido hasta reducirse a un tamaño microscópico en la superficie de un cerebro que millones de parásitos, criaturas de ocho patas parecidas a una garrapata con bocas como agujas, se habían comido hasta dejarlo del tamaño del cerebro de un chimpancé, y Graham no podía hacer nada para detenerlos. Aunque aquel era mejor que el sueño en el que él era un parásito que se daba un festín con el cerebro gelatinoso de su mujer. Su seguro médico no cubría las pruebas, así que Graham se vio obligado a entrar en aquella macabra variante de su trabajo para conseguir unos dólares extra. En cuanto le diagnosticaron bradicinesia a Nell, renunció a ella.

La casa era un bungalow ruinoso con tejado excéntrico, un lateral parcialmente cubierto con matas de caléndulas y un patio delantero lleno de hojas no recogidas. El arbolado callejón sin salida estaba situado en un barrio tranquilo, en la parte norte de la ciudad. En los patios contiguos, se distinguían los contornos de bicis y monopatines bajo una capa de nieve.

Graham avanzó marcha atrás por el estrecho camino de entrada y apagó el motor. Volvió a comprobar las reclamaciones, apagó la luz interior, cogió la caja de herramientas y salió de la cabina.

El camión era un Dodge Ram con doble rueda trasera, motor V10, estribos y barra antivuelco de cromo. Graham pescó unas llaves en su bolsillo (por aquel entonces no se necesitaban antenas o perchas, pues los concesionarios guardaban los moldes de las llaves de los coches que vendían) y abrió la puerta del conductor. El volante tenía puesto un cepo rojo Club. Graham rebuscó en la caja de herramientas una lata de freón. Roció el ensamblaje con el espray, deleitándose con el sonido del agua al congelarse rápidamente. El metal congelado se rompió en pedazos con un

golpe del martillo. Después de comprobar el número del bastidor en el salpicadero, Graham encendió el motor. Se escuchó un breve rugido de Takes a lot to rock you, de Dwight Yoakam, antes de que encontrara el mando del volumen y, con la marcha en punto muerto, dirigió la camioneta camino abajo hasta que las ruedas traseras se engancharon en la grúa.

Casi había asegurado las cadenas en el eje trasero cuando un hombre apareció en la puerta principal. La luz del porche estaba apagada y se movía despacio, se materializó a través de la red de sombras que proyectaba un arce sin hojas.

—¿Adónde vas? —preguntó—. Me estás... robando la camioneta.

Graham se inclinó sobre su caja de herramientas y cogió la segunda lata que siempre llevaba consigo: gas lacrimógeno. A veces eran los más tranquilos los que causaban más dolor. Observó al hombre: bajito y delgado, con el tipo de barriga hinchada que Graham asociaba a etíopes que morían de hambre, vestía unos pantalones de camuflaje y una camiseta con el color impreciso de un hígado hervido. Todo su cuerpo se inclinaba con torpeza hacia un lado: el hombro derecho le caía y el izquierdo estaba levantado casi hasta la altura de la oreja, el extraño plano recordaba a un balancín.

—No estoy robando nada, estoy seguro de que ya lo sabe, señor... —Miró rápidamente los papeles de la reclamación—. Henreid. Deje que haga mi trabajo lo más discretamente posible, intentemos no despertar a los vecinos, ¿de acuerdo?

Henreid se quedó quieto sobre el césped descuidado, con una expresión hosca en la cara. Graham no dejaba de sorprenderse ante la reacción de la gente, como si él fuera un miembro de alguna agencia misteriosa cuyo nefasto modus operandi era traer desgracias a la gente trabajadora que cumplía la ley y que temía a Dios. Sin duda, Henreid sabía que aquel día llegaría, a menos que hubiera ignorado las cartas amenazadoras y las llamadas. Seguro que se lo esperaba desde hacía algún tiempo, pero, fiel a la naturaleza de ese tipo de personas, esperó, con las expectativas injustificadas de un preso del corredor de la muerte, recibir un indulto divino en la forma de un error bancario a su favor, una ganancia inesperada como legado de alguna tía muerta o que algún camarero torpe derramara café sobre el registro de sus pagos, absolviéndole de toda deuda y toda responsabilidad.

—Solo me he retrasado un mes o así. ¿No puedes dejarlo pasar? Lo arreglaré.

—Eso no me corresponde a mí. Lo siento.

Henreid desapareció en el interior de la casa. Graham se metió debajo del chasis de la camioneta, pasó la cadena por el eje y la enganchó al tirador. Mientras subía el torno levantando la estructura de dos toneladas del Dodge, Henreid apareció con una niña.

—Dile hola a este hombre tan simpático, Charity.

La niña vestía un camisón morado desaliñado, la tripa protuberante hinchaba la

tela. Se frotaba los ojos somnolientos. Miró a Graham y sonrió, quizá porque era el instinto natural de un niño, quizá porque su padre la había enseñado. Sus dientes presentaban unas condiciones lamentables, desiguales y prominentes, superponiéndose entre sí como las tablillas de un tejado. Era el tipo de niña desconsolada a la que uno solo puede augurarle un futuro adverso (comiendo en un rincón del patio del colegio, sin una cita para el baile de fin de curso), una niña destinada a una vida de experiencias amargas. Lo inevitable de ese futuro la envolvía en un aura de melancolía difusa.

—Se va a llevar la camioneta de papá —continuó Henreid—. Ahora papá no podrá llevarte al cole, ni a la heladería.

—La ciudad tiene un buen sistema de autobuses escolares, cielo —le dijo Graham a Charity—. Y es mejor ir a la heladería andando. Hay que hacer ejercicio.

Los ojos de la niña reflejaban cierto pánico, seguramente porque su padre la había despertado en mitad de la noche para hablar con un desconocido de compleción fuerte. Rodeó la cintura de su padre con los brazos y hundió la cabeza en su tripa.

—Lo sé, cariño, lo sé —dijo Henreid—. Quizá si se lo pides a este hombre, si se lo pides muuuuuy amablemente, dejará que papá se quede la camioneta.

—No puedo hacerlo, Charity. —Graham miraba fijamente a Henreid—. Pero puedes preguntarle a tu papá por qué conduce una camioneta tan cara en vez de gastarse unos dólares en ponerte aparato en esa boquita.

—Oye, no le hables así. ¡No tienes derecho!

Graham levantó las manos, como un prisionero que se rinde.

—Tú mandas. Reúne el dinero de los recibos pendientes, la camioneta te esperará en el concesionario.

Se subió a la cabina de la grúa. El motor lanzó un fuerte rugido, el tic, tic, tic del diesel rompió el oscuro silencio. Graham salió a la calle. Henreid y su hija eran pequeñas manchas taciturnas que se encogían en el espejo retrovisor.

La nieve amainó y dejó las calles cubiertas de una brillante capa. Graham conducía por barrios tranquilos, entre casas de la posguerra de estilo normando rodeadas de setos espinosos, intercaladas con estructuras de tejados modernos que sobresalían como, en palabras de Nell, aceitunas de cóctel en un batido de helado. En las primeras horas de la mañana, las calles parecían lejanas e irreales, un paisaje imaginario pensado por alguien con una imaginación limitada. La única señal de vida humana se dejaba ver a través de las ventanas de los restaurantes y las cafeterías abiertas las veinticuatro horas, una dura ristra de solitarios e insomnes ojos hundidos, mujeres y hombres que no podían aguantar más pero que aún no se habían dado cuenta.

La primera vez que Graham vio temblar a su mujer, estaban cenando en un

restaurante italiano. Mientras esperaban a que llegara la comida, Graham escuchó un discreto tintineo: la mano de su mujer temblaba sobre la cubertería, cuchillo, tenedor y cuchara colocados perfectamente sobre el mantel blanco.

—Cariño, estás temblando.

Nell se miró la mano y colocó la palma sobre la mesa.

—Hay mucha corriente aquí dentro.

Así era. Minutos más tarde, le tembló la mano de nuevo. Nell se la metió entre las piernas y presionó con los muslos. Cuando llegó la comida, no podía sujetar el tenedor. Desesperada, lo agarró con el puño cerrado, como haría un niño. Lo dejó caer con un gran estruendo y se pasó una mano por el pelo, una mano que temblaba con fuerza.

—Tonta, tonta, tonta —decía en voz baja mientras se reía.

—¿Estás bien?

—Sí, sí. Es solo... estrés. Vamos como locos en el trabajo. Hace mucho frío aquí.

Graham posó una mano en el brazo de Nell. Todo su cuerpo vibraba ligeramente, un fuerte temblor que se originaba en lo más profundo de ella. La casa en la que creció Graham se encontraba muy cerca de una terminal ferroviaria. Como precaución, su padre le enseñó a colocar la mano sobre las vías antes de cruzar: si la vía temblaba, significaba que se acercaba un tren. Así se sintió al poner la mano en el brazo de Nell: una sección de vía temblando antes de que apareciera la locomotora.

—Deberíamos volver a casa.

—Estoy bien.

Sonrió y bajó la mirada, como si se sintiera avergonzada. En ese momento, Graham supo que sufría aquello desde hacía algún tiempo (¿un par de días, una semana, un mes?) sin decírselo. Dura, orgullosa, temeraria.

—Termina la cena, Graham. Se te está enfriando.

El concesionario Dodge parecía suspendido en medio de una nube de luz halógena. La sala de exposición y venta estaba engalanada con banderas triangulares de plástico que aleteaban ligeramente con la brisa nocturna. Dos precios escritos en los parabrisas de coches y camiones, el más alto tachado, como si el vendedor, en un ataque de afabilidad desprevenida y probablemente ruinosa, hubiera elegido ofrecerles a sus clientes una ganga excepcional.

Graham abrió la puerta del aparcamiento de coches confiscados y metió el Freightliner. Aparcó la camioneta de Henreid entre un Ford Bronco y un Jeep Cherokee. Dejó las llaves en la caja. Su siguiente trabajo le esperaba en el otro extremo de la ciudad. Una caravana. Se sirvió una taza de café endulzado con NutraSweet de una cafetera de metal y se dirigió hacia el sur.

Después de que a Nell le diagnosticaran bradicinesia, su relación cambió. Se desarrolló una distancia entre ellos que se expresaba en pequeños gestos. No se

tocaban tanto, cuando antes siempre se daban algún apretón en el hombro, una palmada en el trasero, se cogían de la mano. Graham sabía que aquello sucedía porque Nell no quería que la sintiera temblar. Tras una discusión particularmente fea, Graham aceptó el acuerdo de mala gana. Pasaban horas juntos, en silencio, mientras que antes charlaban sobre las trivialidades diarias, de nuevo a instancias de Nell, pues se avergonzaba de su tartamudeo cada vez más pronunciado.

Una capa de inutilidad planeaba sobre su matrimonio. Todo aquello que les había parecido tan inminente, como la seguridad financiera, los niños, la vejez, ya no lo era. Se sentían como si el futuro se hubiera tergiversado, falsificado. Pensaban en todo lo que no habían hecho, siempre creyeron que tendrían tiempo más tarde. Todos los clichés instructivos que habían guiado su vida —«el trabajo duro da resultado», «a la gente buena le pasan cosas buenas», «algún día seremos ricos»— perdían todo su sentido ante aquella enfermedad absurda y devoradora.

Graham rezaba. Al no haber crecido en un hogar religioso y no conocer los caminos de la devoción, componía sus propias oraciones como cartas comerciales que no eran más que tratos encubiertos al estilo del pacto de Fausto: «Querido Dios, en tu sabiduría infinita, conoces el camino de la salvación de mi mujer, quítame diez, no, quince, no, veinte años de vida, o tráeme la lepra, o que me caiga un rayo. Por favor, considera mi oferta, creo que estarás de acuerdo en que es justa, amén».

La casa era una construcción de dos pisos sin mucho sentido: parteluces enrejados en ventanas redondas, un césped meticulosamente diseñado, con los arbustos envueltos en lona y atados. La parte de atrás daba a un estanque artificial, uno de los varios que había en la ciudad. Al acercarse, Graham vio agua a través de los huecos del follaje, la luz de la luna brillaba en la superficie. Un hilo de luz escapaba por debajo de la puerta del garaje. De vez en cuando, unos pies en movimiento lo ensombrecían.

La caravana, un último modelo de Chinook Summit, estaba aparcada al final de un camino de entrada de ladrillos entrelazados, paralelo al garaje. Cuando compraron la caravana, sin duda los dueños habían imaginado viajes laberínticos por el campo, noches de calor sofocante aparcados a la orilla de lagos bajo la luna llena, como aparecía en el folleto de venta. Sin duda, el trabajo, la familia y otras obligaciones convirtieron sus fantasías de libertad en eso, fantasías, dejando la caravana resignada a su papel actual de depósito de polvo, telarañas y hojas de arce caídas. Graham recuperaba muchos artículos de lujo procedentes de la compra compulsiva: motos de agua, lanchas, catamaranes, equipos Nautilus. Parecía como si los dueños pensaran que, al no utilizar sus juguetes de forma activa, se podían ahorrar la responsabilidad de pagarlos.

La puerta de la caravana estaba entreabierta. Graham se paseó por el estrecho espacio y se sorprendió al encontrar indicios de estar habitada: la encimera alumbrada

con pequeñas luces superiores estaba llena de bolsas vacías de patatas fritas y latas de cerveza aplastadas, la mesa de la cocina y las sillas individuales sostenían jaulas de hámsteres, un acuario de cien litros reposaba en el suelo, junto a una jaula para aves llena de plumas marrones. Predominaba el olor a virutas de cedro y, por debajo de él, el hedor a amoníaco del meado de los roedores.

Graham se deslizó detrás del volante y colocó la palanca de cambios en punto muerto. La caravana se deslizó sobre la ligera pendiente del camino de entrada. Graham pisaba el freno con cautela. Calzó cuñas de madera debajo de las ruedas y se deslizó bajo el parachoques de la caravana. Forzó la vista para ver las articulaciones de piezas y los ejes y limpió las gotas de líquido refrigerante del radiador para que no le cayeran en la cara.

Había enganchado las cadenas a los ejes cuando la puerta del garaje inició su chirriante ascenso. Un cuadrado de luz granulada le bañó las piernas. Más allá de las ruedas delanteras vio un par de espinillas que se acercaban.

—Joder —dijo una voz—. Has venido a llevarte tu libra de carne.

Graham arrastró su culo de debajo del vehículo, con los puños cerrados. Miró al tipo y se relajó; alto y esbelto, vestido con un chándal verde irlandés con una imagen muy pixelada impresa en el pecho de la sudadera. La impresión general era de ligereza, de levedad, el hombre parecía hecho de polímeros de peso pluma de la era espacial. Sus rasgos demacrados formaban una expresión que a Graham le recordó la de los científicos de bata de laboratorio de las películas de los años cincuenta de Movietone.

—Mi última posesión secuestrada en mitad de la noche. —El tipo levantó las manos en un gesto de impotencia—. Ya está, ¡el fin de James Paris! El fin, te lo digo.

Graham se preguntaba qué tenía el embargo de propiedades que daba pie a soliloquios tan melodramáticos que avergonzarían incluso a un gacetillero despreciable.

—Relájese, señor Paris. No es para tanto.

—Eso lo dirás tú, que no es para tanto.

El hombre olía como si se hubiera pasado la noche marinado en whisky irlandés Bushmills.

—Te llevas enganchado a tu grúa todo lo que me queda en esta vida.

De cerca, Paris parecía más viejo de lo que había pensado Graham en un principio; tenía la piel arrugada y ajada alrededor de los ojos y la boca, brillante encima de los pómulos. No le quedaba claro si ello se debía realmente a la edad o a un estado demacrado temporal provocado por sucesos recientes. Graham vio que en la foto de la sudadera de Paris aparecían dos pit bulls. Los nombres Rodney y Matilda se leían debajo en mayúsculas.

—Señor Paris...

—James, llámame James.

—Graham. Te has retrasado en los pagos, James.

—Lo sé, Graham. ¿Cuánto? ¿Un mes? ¿Dos?

—No lo sé con seguridad.

—¿Cómo has sabido dónde encontrarme? Ni siquiera es mi casa.

—Tenemos nuestros métodos.

—Alison ha debido de llamar al concesionario. No se quedará satisfecha hasta que acabe debajo de un puente comiendo comida para perros. Esa mujer quiere verme en la ruina.

Paris pronunció «ruina» de una forma un tanto extraña.

Graham supuso que hablaba de su exmujer. Había trabajado como administrador del reparto de bienes en unos cuantos divorcios enquistados, asegurándose de que ambas partes recibieran lo que el acuerdo estipulaba. Al estudiar sus propias y modestas posesiones, a menudo se preguntaba qué parte de ellas le debía a la avaricia y el rencor de hombres y mujeres que una vez se comprometieron hasta que la muerte los separara.

—¿Te importa darme un minuto para recoger mis cosas? —preguntó Paris—. Tengo algunas cosas en la caravana y... ¡Pequeño mocoso!

Una forma pequeña y abultada se tambaleaba por el camino de entrada, directa hacia las moreras cubiertas de lona. Paris fue tras la criatura dando traspiés, con las zapatillas de andar por casa resbalando sobre las losas mojadas. Cayó encima de la criatura con torpeza y se levantó, con un fardo peludo pegado al pecho.

—Te juro que no puedo despistarme ni un segundo —comentó—. Con los demás no pasa nada, pero este, este es demasiado curioso.

Paris sostenía un conejillo de Indias. Marrón, con una raya blanca que le recorría el centro de la cara ligeramente bovina y los ojos de un negro brillante colocados a cada lado del cráneo. Descansaba tranquilo en las manos de Paris, con las patitas apoyadas en un dedo, emitiendo ligeros sonidos y parpadeando.

—Mi frustración no tiene fin.

Paris acariciaba al animal con el pulgar y el índice, peinándolo con una cresta.

—Pero sigue siendo un buen chico. ¿Quieres entrar? —Señaló con la cabeza el garaje—. Solo un minuto. No pasa nada.

Graham sonrió, pesaba unos treinta kilos más que Paris. Miró el garaje y vio cámaras de vídeo colocadas en trípodes, paraguas inclinados en postes, un micrófono colocado en un palo alargador colgado de una viga.

Graham siguió a Paris hasta el garaje. Había montado un decorado en miniatura en el suelo: tiras de césped intercaladas con briznas de alfalfa y fragmentos nudosos de madera. Casas diminutas repartidas por la superficie: una con forma de bota con tejado de paja y una ventana cortada en el talón; la otra, una casita de campo blanca

con el tejado combado y un molino de agua. Una pila de palomitas estaba colocada debajo de una lupa armada sobre un palo clavado en el césped. El recinto estaba rodeado por una tela metálica.

Un surtido variado de aves, anfibios y roedores vagaban por el cercado. La cabeza puntiaguda y blanca de un ratón sobresalía de la ventana de la casita. Una rana que descansaba sobre una piedra de granito extendía y contraía la vejiga elástica de la garganta. Un pato dormía en un rincón, con el pico enterrado bajo las plumas del cuello. Una tortuga pintada estaba parada frente a la casa con forma de bota, la cabeza estirada sobre el caparazón con su largo cuello arrugado.

Paris dejó al conejillo de Indias sobre la hierba. El animal pasó corriendo por encima de la tortuga y se metió en la bota.

—¿Dónde está mi estrella? —dijo Paris buscando en el recinto—. ¿Dónde está Sammy?

Una nariz rosa que se retorció apareció por debajo de la pila de palomitas, seguida de una cara redonda y peluda. El hámster, marrón y blanco, con las puntas de las orejas negras, agarró una palomita entre las patas y se puso a masticar con la forma rápida y llena de gula de esas criaturas.

—Qué te parece.

Paris se colocó detrás de una cámara e inclinó la lente.

—Llevo todo el día pidiéndole que haga eso.

Dejó la cámara grabando y se acercó al banco de trabajo, donde le esperaba una botella de Bushmills medio vacía. Sirvió una cantidad respetable en una taza blanca. Rebuscó en el banco, encontró otra taza y, después de limpiarla con la sudadera, la llenó.

—Es como dirigir una manada de gatos. —Le pasó la taza—. Terminé quemando dos horas de cinta para conseguir la imagen que quiero. Tengo que trabajar toda la noche, ya que la mayoría de estos pequeños son nocturnos.

El ratón se escurrió fuera de la ventana de la casita, olfateó su camino hasta un montón de alfalfa y entró en la bota. Un chillido angustiado. La cabeza del conejillo de Indias apareció en lo alto de la bota empujando el tejado cónico. Parecía que llevaba un sombrero de culi, como los que usan los trabajadores vietnamitas del arroz.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—¿Me tomas el pelo? —Paris parecía molesto de verdad—. ¡Es Riverside Tales!

—El programa de televisión —comentó Graham, confuso—. El... ¿el programa para niños?

—Claro, el programa para niños. Bueno, no exactamente. Hubo algunas, digamos, dificultades legales. —Paris dibujó un arco despectivo con la taza—. Me vi obligado a cambiar el tema. Pasó de ser una continuación de la serie a un esfuerzo

autónomo que capture el espíritu de la vieja producción.

—¿Una imitación?

—Homenaje, Graham, homenaje. Ves, ahí está Sammy Hámster —dijo al señalar—. Y BP, el conejillo de Indias, Marian Ratona, la Vieja Rana Erudita, Tortuga, ¡están todos!

Graham se acordó del programa que trataba de un grupo de animales que vivían a la orilla de un río. En cada episodio ocurría algún problema, una inundación, una ventisca, alguno de los inventos disparatados del conejillo de Indias fracasaba, y los habitantes de la ribera del río lo solucionaban. Aunque él no tenía hijos, era el tipo de programa dulce e instructivo que Graham animaría a los niños a ver.

—¿Eres el creador?

Paris negó con la cabeza.

—Nop. Hace unas semanas, era tarde y seguía despierto viendo la tele. A las tres o las cuatro de la mañana, no había nada más que publrreportajes y señales de ajuste. De repente me encontré con un programa infantil, Riverside Tales. Son las cuatro de la mañana y pienso: «¿Qué niño estará viendo esto?». El caso es que me pareció algo que podía hacer yo también. Fui a la tienda de animales y compré los personajes. Ni gremio de actores, ni sindicatos, ni agentes, ni ninguno de esos líos.

Había dos platos en un rincón del recinto. Uno tenía pipas de girasol y granos de cebada, el otro estaba vacío. Paris vertió unas gotas de licor en el plato vacío.

—Un regalo ocasional —le aseguró a Graham—. Les ayuda a controlar los nervios de actuar. El caso es que el programa terminó hace años. Esto... —Señaló con un barrido alcoholizado del brazo—. Esto son las nuevas y mejoradas Riverside Tales.

—¿Eres productor cinematográfico?

—No, directivo publicitario. Bueno, era, debería decir. ¿Has visto el anuncio de Blastberry Crunch?

—¿El de los cereales del desayuno? ¿En el que salen las bayas gigantes que hablan?

—El coronel Mora, sí, y la patrulla de las bayas. Esa campaña es mía. Escribí la canción que se oye por encima de La cabalgata de las valquirias. —Se puso a cantar con voz de barítono—: Coronel Mora, coronel Mora, coronel MORA, ¡nutritivo y valiente!

—Entonces, ¿por qué haces todo esto?

—Porque me despidieron, por eso. Estoy totalmente arruinado. Vivo en una caravana, por eso. Mi exmujer es una vampiresa chupasangre, por eso. —Paris retorció la cara—. Dios, ya ni siquiera vivo en una caravana.

—¿Qué pasa con la casa? ¿Por qué no la vendes?

—Ya te lo he dicho, no vivo aquí. Se la estoy cuidando a unos amigos. Se lo di

todo a Alison: la casa, el coche, los perros. Si fuera legal que esa bruja me sacara todo el aire de los pulmones, créeme que lo haría.

—Imagino entonces que pretendes conseguir alguna subvención.

Paris asintió.

—He alquilado el equipo de grabación, me he pulido los ahorros que me quedaban en el decorado y en los bichos. Estamos hablando de la última batalla de Custer.

—No recuerdo que hubiera un pato —comentó Graham al señalar con la cabeza al ánade dormido.

—Eso fue idea mía. Dillson el Pato. Es un refuerzo cómico. —Paris negó con la cabeza—. No funciona.

El hámster se acercó al plato y lamió el alcohol. Se estremeció por completo, como un perro sacudiendo el agua.

—Ese es el espíritu, Sammy —dijo Paris—. Oye, ¿te importaría hacerme un pequeño favor antes de llevarte mi caravana y, bueno, mis últimos restos de dignidad?

—Dime.

—Salgo en la última escena. En este episodio, BP construye una máquina de palomitas. —Paris señala la lupa atada a un palo—. La máquina causó algunos problemas, pero ya los han resuelto. Ahora, el desenlace. El bien triunfa, vence al mal...

—¿Mal? Son palomitas...

—¿Qué? Ya sé que son palomitas. Es una metáfora.

Paris habló despacio, como si se dirigiera al paciente de una lobotomía frontal.

—Las palomitas representan el mal, metafóricamente hablando.

—Ah.

—La música aumenta, la armonía abunda, los animales de la ribera se dan la mano en nombre del amor y la amistad. —Paris reprime un eructo—. Toda esa mierda. Fundido en negro.

—¿Qué puedo hacer?

—Pues tengo que conseguir a todos estos pequeños en una toma. Tienen que montar un buen jolgorio. —Dio una palmada con energía—. ¡Vale! ¿Puedes manejar la cámara mientras yo motivo a los talentos?

—Sí, creo que puedo hacerlo.

Paris reunió a los animales alrededor de las palomitas con un par de espátulas de plástico. La mayoría parecían resignados a sus papeles: Vieja Rana Erudita se abrió camino entre el montón blanco hasta que solo se veían las protuberancias verdes y negras de sus ojos. Dillson el Pato graznó malhumorado y volvió a dormirse. Tortuga escondió la cabeza en el caparazón y se negó a mostrarse, ni por amor ni por dinero. Sammy, ya ligeramente borracho, se puso tontorrón con Marian Ratona, que

rechazaba sus avances con frialdad, así que lo mordió.

—Tenemos un pequeño...

—Sí, ya lo veo.

Paris quitó algunos granos oscuros de las palomitas.

—Malditas fábricas de zurullos.

Abrió un tarro de mantequilla de cacahuete, mojó un dedo y se lo ofreció a los roedores.

—¿Así es como consigues que parezca que hablan?

—Exacto. Les encanta. Se les pega en el paladar, se vuelven locos.

Marian, BP y Sammy se sentaron a relamerse. Parecía de verdad que estuvieran manteniendo una conversación animada, aunque distraída.

—Y corten —dijo Paris.

Había pasado casi una hora y llenado dos cintas. La botella de Bushmills estaba vacía.

—Ahora solo queda editarla y quitar las escenas muertas.

Graham miró por la ventana. La enorme luna permanecía suspendida sobre el lago.

—Tengo que irme.

No quería marcharse. El alcohol le proporcionaba una sensación relajada, suavizaba cada ángulo, le infundía una sensación penetrante de buena voluntad hacia todas las criaturas, grandes o pequeñas.

—Sí, los dos tenemos cosas que hacer. Supongo que será mejor que vaya al vertedero a recoger cosas para construir una chabola.

Paris sacó una caja de cartón de debajo del banco de trabajo y colocó a los animales dentro.

—¿Qué estás haciendo?

—Te vas a llevar mi casa, ¿recuerdas? También es su casa.

—Pero... no puedes abandonarlos.

A Graham le horrorizó la idea de que Paris dejara la caja en la acera para que la recogiera el camión de la basura.

—Son tu responsabilidad.

—Tranquilo —dijo Paris—. Ven conmigo.

El patio trasero descendía en pendiente hasta una pequeña franja de arena a lo largo de la orilla del lago. El cielo mantenía una palidez amoratada, el comienzo del amanecer. La nieve se amontonaba en la orilla. Las olas lamían la unión del agua con la tierra.

Paris caminó hasta el agua. Los animales estaban congregados dentro de la caja, acicalándose, rascando el cartón. Paris colocó la caja sobre la arena, se quitó los

zapatos, los calcetines, se remangó el pantalón. Cogió el pato adormilado debajo del brazo y avanzó lago adentro.

—Qué fría —bufó entre dientes.

Avanzó hasta que el agua le alcanzó las rodillas y dejó al pato.

—Eres libre. Reúnete con tus hermanos ánades.

El pato nadó hacia Paris.

—¡No! Vete. Eres libre, ¿no lo entiendes? ¡Libre!

Paris caminó con dificultad hasta la orilla, dejó al pato nadando en círculos sin sentido. Sacó a Tortuga y a Vieja Rana de la caja.

—Chicos, es hora de que seáis hombres.

Graham se sentó en una roca cerca del agua. No dijo nada, no era asunto suyo. Paris dejó a los animales en la arena áspera. La rana saltó al agua, una mancha borrosa y oscura perdida entre las ondulantes plantas acuáticas. La tortuga metió una pata en el agua en un gesto vacilante. Satisfecha, nadó lago adentro. La oscura curva convexa de su caparazón marcaba un sendero estrecho en el agua, con la luz de las estrellas reflejada en la cúpula.

Paris se tumbó sobre la arena. Expulsaba bocanadas de aire blancas y vaporosas. Graham removió la arena con el pie dibujando un ocho.

—Estarán bien, ¿verdad?

—No lo sé —dijo Graham—. Se acerca el invierno.

Una serie de chillidos agudos se escucharon en la caja cuando el carácter inmaculado de Marian Ratona se vio amenazado por el grosero Sammy Hámster. El caparazón de Tortuga describió un arco perezoso a través del agua al volver hacia la orilla.

—Abre el pecho de la gente. A eso se dedica.

—¿Quién?

—El tío que se acuesta con mi mujer. Ella es enfermera, él es cardiocirujano. Se parece a John Travolta, no al Travolta de Fiebre del sábado noche, sino al Travolta de Mira quién habla. Es deprimente. —Paris respiró profundamente y dejó escapar el aire despacio—. A veces pienso en ir al hospital, a la sala de operaciones, y darle un puñetazo. Justo en su cara morena. Estoy seguro de que lleva cadenas de oro debajo de la bata del quirófano, un montón. Pienso que, no sé, igual arregle algo, ¿sabes? O consiga alguna respuesta. Pero después pienso, oye, esto es lo que ella quiere. Es más feliz ahora. Eso lo sé.

—Quizá deberías alegrarte por ella, entonces.

—Es solo que... creía que yo también sería feliz. Quería ser libre, no tener trabas. Era todo en lo que podía pensar. Empezar de cero.

—Claro —dijo Graham—. Te entiendo.

Mientras dormía por el día, el sueño más recurrente de Graham consistía en

recuperar un coche, pero, en vez de devolverlo al concesionario, seguía conduciendo. El coche es un Corvette Stingray del 63, descapotable, azul cobalto. Sentado detrás del volante, siente cómo su personalidad se transforma en la del mismo coche: gruñón y agresivo, el perro más escandaloso y malo del barrio. Todos los defectos que se perciben de él, la falta de inteligencia real, la sensación de que podía haberle ido mejor, se evaporan como el agua que gotea sobre un motor ardiendo. La ciudad de su sueño es una que no ha visto nunca: conduce por callejones polvorientos flanqueados por cobertizos de adobe en los que niños morenos y delgados persiguen a gallinas flacas a través de patios, más allá de imponentes torres de cachemir con los picos en forma de cebolla, de canales de agua verde llenos de lustrosas góndolas.

Llega a una casa que, a pesar de su arquitectura desconocida, reconoce por instinto como la suya. Se abre la puerta principal, Nell sale a la clara luz del sol de media tarde. Descalza, con un vestido corto de verano. Se mueve vacilante, temblorosa, con los brazos estirados en busca de un equilibrio escurridizo. Entonces, ocurre algo mágico: unas grietas muy delgadas se abren a lo largo de brazos y piernas, finas y retorcidas como grietas de granito. La cara se le rompe en pedazos, los trozos rotos (el arco superior de la mejilla, el plano de la frente) se desconchan, la piel se arruga como papel quemado. Su expresión no cambia, aunque sus ojos se aclaran hasta alcanzar un tono brillante de azul. Graham piensa en una muñeca rusa, en una crisálida que da vida a una extraña criatura nueva-vieja, preciosa. Da ligeros saltitos avanzando por el camino, oh, su forma de moverse. Su belleza es tan implacable que casi existe en abstracto. Y aunque en los rincones del corazón y la mente que nunca llegan a dormir de verdad sabe que aquello es solo un sueño, sigue manteniendo una fe inquebrantable en la posibilidad de que ocurra.

En otras ocasiones, conduciendo por las calles de noche, su mente inquieta se concentra y se desconcentra, entra en un sueño diferente. Recupera otro coche. Este nunca adquiere forma concreta: cuatro ruedas, anodino e indefinido. Un coche de escapada. Conduce por la ciudad como si la conociera: casas de ladrillos rojos y complejos de apartamentos de color beige con cuadrados de luz brillando en algunas ventanas, parques a oscuras, reductos de fealdad y desesperanza vigilados por montañas lejanas cubiertas de nieve. Aparca frente a la casa que su mujer y él han compartido durante veinticinco años, espera en la acera durante un segundo largo y vacío. Ve la silueta temblorosa de Nell en la ventana delantera. Vuelve a poner el coche en marcha y se aleja, dobla la esquina del final de la manzana, los ojos rojos de las luces de freno se oscurecen, desaparecen. No sabe adónde va, no acepta del todo su propia lógica onírica. La visión se disipa, a menudo la borra de golpe con un grito audible y, al despertar, lo único que queda es un odio frío y decidido hacia sí mismo.

—Nadie se ocupa realmente de nadie —dijo Paris—. Solo te ocupas de alguien lo mejor que puedes y solo se ocupan de ti tanto como tú permitas. Al principio, bueno,

está la emoción, la incertidumbre, ¿no? El... miedo.

Paris se giró hacia Graham y le sonrió. Su forma de sonreír entristecía a Graham.

—¿No crees que estaría bien que todo fuera como en Riverside? Lo he estado pensando mucho. Todo el mundo trabaja codo con codo. Todo el mundo se lleva bien. Hay amor, sin duda, pero no del tipo que rompe a las personas, que estropea las cosas. Amor adolescente. Nadie sale herido. Todo el mundo... Son todos amigos. Creo que estaría bien. Sería una buena vida. —Se rio con el ladrido de un perro pequeño—. Soy un estúpido.

Tortuga nadó hasta la orilla. Se quedó al borde del agua, mirando con sus ojos viejos y reflexivos la caja de donde la habían sacado.

—Criatura estúpida.

Paris se acercó al agua y cogió a la tortuga, la volvió a meter en la caja. Parecía satisfecha de haber vuelto, su existencia la delimitaban esas cuatro paredes marrones.

—¿Dónde está la rana?

—Creo que la hemos perdido.

—Estará bien. Es un animal de recursos.

Paris entró al agua, donde Dillson nadaba en círculos serpenteantes.

—Trae aquí tu culo emplumado.

En el último momento, el pato alzó el vuelo con un chapoteo de agua y un débil aleteo, una silueta rolliza que huía frente a la cara de la luna, hacia los primeros rayos de luz del este. Paris permaneció en el agua que le llegaba a las rodillas, negando con la cabeza. Más alto, un avión dejaba su estela vaporosa en la cúpula cada vez más clara del cielo.

—Quizás es así como tiene que pasar. —Paris no añadió nada más.

—Quizás. Escucha, no voy a llevarme tu caravana.

—¿En serio?

—Vine y no estabas. Esta será mi historia.

—Tío, muchas gracias.

—Es temporal. La agencia enviará a alguien más.

—Solo necesito una semana para montar el episodio.

—No creo que haya problema. Pero no te puedes quedar aquí.

—Claro. Soy un gandul inútil.

El estado casi criminal de Paris pareció darle energías.

—Soy un fugitivo. Bonnie y Clyde.

Salió del agua.

—De verdad que odio tener que hacer esto cuando ya has superado tu cuota de buenas acciones para esta semana, pero tengo que pedirte un último favor.

Los rayos de sol de antes del amanecer se filtraban por el horizonte acariciando la

carrocería de los coches aparcados, las ventanas de los edificios de oficinas. La luna seguía visible como un círculo pálido sobre las montañas. La ciudad permanecía suspendida entre la oscuridad y el día. Los paseadores de perros madrugadores y los repartidores de periódicos se afanaban en sus asuntos con un aire de obligación reticente.

Graham conducía a través de las calles silenciosas de los barrios de las afueras, un camino serpenteante de vuelta a casa. Le encantaba aquel momento del día, todo limpio y fresco, lleno de posibilidades. Llevaba una caja de cartón a su lado. Hámster, ratón, conejillo de Indias y tortuga dormían tranquilamente en su interior. Los cuatro se tocaban para aprovechar el calor de los demás, sus cuerpos se expandían y contraían al respirar. Dos jaulas y un acuario encajados en el hueco de los pies, junto a un saco de virutas de cedro y otro de granos de cebada. Aparcó en su camino de entrada, cogió la caja y entró en casa.

La televisión estaba encendida, sin sonido, emitiendo otro capítulo de *The Beachcombers*. Nick le gritaba a Relic, seguramente por robar troncos. Nell estaba tumbada en la butaca reclinable. Incluso durmiendo, su cuerpo temblaba de forma irregular.

Graham apagó la televisión. Un grupo de gorriones se había reunido en la mesa de picnic del patio trasero, con sus cuerpos marrones escalonados en fila como soldados confederados. Pensó en la primera vez que había visto a Nell, en el baile del instituto. Una chica delgada y preciosa, de pie bajo la luz fragmentada de una bola de espejos. Bailaba sola, balanceando las caderas y chasqueando los dedos al ritmo. Se quedó pasmado cuando ella le preguntó si quería bailar. Él pensó que tal vez fuera una broma para divertir a sus amigos, no le importó su deseo de estar junto a ella. Se acordó de sus ojos bajo el calor palúdico y la oscuridad del gimnasio del instituto, de un azul brillante, con las pupilas dilatadas y oscuras. Los gorriones alzaron el vuelo en conjunto, una ráfaga de cuerpos oscuros que desapareció por encima del tejado.

—¿C-c-cariño?

Nell estaba despierta, se frotó los ojos.

—Soy yo. No quería despertarte.

—¿Qu-qué ti-ti-tie-nes ahí?

Graham apoyó la caja sobre el reposabrazos.

—Unos amigos que he conocido esta noche.

Colocó el conejillo de Indias en el regazo de Nell. El animal se acurrucó en una de las arrugas de su sudadera, emitiendo ruiditos de satisfacción.

—Te-te-tenía un c-c-cone-j-jillo de Indi-i-as de pe-pequeña.

Graham colocó el resto de animales sobre diferentes partes de su mujer. Rondaron por la topografía postrada de su cuerpo: las palmas de las manos, el interior del brazo, la curva del cuello.

—Co-co-cosquillas —dijo—. ¿D-d-donde los va-vamos a po-poner?

—Les encontraremos un sitio.

En la suave media luz del estudio, los animales anidaron en su mujer. Marian Ratona metió el hocico entre los suaves rizos del pelo de Nell. Tortuga buscó el valle de entre sus pechos, hizo una pausa como si esperara a que le concedieran permiso, y se acomodó. Nell acarició la cabeza de BP, el conejillo de Indias parecía feliz al recibir atención.

La mano apenas le temblaba. No le temblaba en absoluto.

Debajo de ellos, un chillido angustiado. Graham rebuscó por el cuerpo de su mujer: ningún hámster. Debía haber resbalado entre el asiento y la espalda, hacia el fondo de la butaca.

—Quédate todo lo quieta que puedas —le dijo a Nell, y se arrodilló hasta las patas, levantó la capa de pana para dejar a la vista el interior del sillón. El hámster estaba atrapado en una V de barras de metal que formaban el mecanismo de palanca del sillón. Cada barra estaba unida a un gran muelle que se estremecía con cada movimiento del cuerpo de Nell. El hámster se había quedado colgado, impotente, con las patitas cortas moviéndose en el aire y los ojos bien abiertos en un gesto casi cómico.

—Por favor —dijo Graham al estirar una mano hacia la criatura temblorosa—. Por favor, Nell, quédate muy quieta.

Fricción

Me llamo Sam. Soy adicto al sexo.

Bienvenido, Sam.

Gracias a todos. Cuándo me di cuenta de que tenía un problema, ese es el tema, ¿no? Supongo que fue cuando era adolescente, con quince años, o tal vez dieciséis. Estaba en una tienda de ultramarinos, en la ciudad en la que crecí, en el único lugar donde podía comprar chicle de regaliz Black Bart. ¿Os acordáis de ese chicle? Entró una mujer a comprar tabaco. No era extraordinaria de una forma tangible. Recuerdo su codo. La, mmm, la parte interior, el pliegue del codo, para ser más exacto. Cuando estiró el brazo por encima del mostrador para pagar vi esos pelos suaves, una vena azul; quise tocar ese lugar, olerlo, saborearlo. Es una locura pero sentí que quería encogerme, atomizarme como esos científicos de *Un viaje alucinante*, ver las cosas a nivel celular. Quería saberlo todo, pero no de ella, sabéis, no me importaba su historia, sus objetivos, sus miedos, nada de eso. Solo quería intimar con esa parte irreflexiva de ella. Esa fue la primera vez que me sentí así, todo mi mundo se derrumbaba por un único gesto o estímulo. Del mismo modo que Hank Aaron debió de sentirse al mover el bate por primera vez, o Ray Charles al acariciar las teclas. Así que ese es el objetivo de mi vida, ¿no? Machacar *home runs*. Escribir música magnífica. Obsesionarme con el codo de una mujer. Vaya. Para unos la paja, para otros el grano. Pero nos las apañamos, ¿no?

Tengo a la chica inclinada sobre un escritorio de superficie de cristal, con el culo elevado, mis manos en sus caderas, empujo con diligencia. Se llama Caitlin, no, Kitten. El cristal se empaña bajo las axilas de Kitten y los *piercings* de sus pezones emiten un sonido como de cortar vidrio al chocar con el cristal. Se la está chupando a Wayne y de vez en cuando se detiene para animarme a que me la folle, a que me la folle con fuerza, que la llene, más fuerte, más rápido, que la haga correrse, etc. Siento la luz *klieg* caliente contra mi piel y a un cámara entre mis piernas abiertas en busca de un plano de introducción. Añado un poco de agitación y Kitten gime como

consecuencia de esta maniobra tan prosaica. Wayne se inclina hacia adelante, tiene marcas en los muslos por la presión contra la mesa. Un águila con las alas desplegadas en la parte baja de la espalda de Kitten, una rosa roja agarrada a cada talón.

—Dámelo —me dice—. Dáselo a tu pequeña zorra.

—¡Corten! —ruge el director—. Toma veinte, equipo.

Descanso para un cambio de decorado. El cámara coloca una cinta nueva en su cámara de mano, el técnico de sonido ajusta los niveles, un asistente limpia la mesa con un trapo y limpiacristales. Con la cadera envuelta en una toalla, examino los escasos manjares de la mesa del *catering*: una bolsa de naranjas, una caja de Triscuits y plátanos pardos. Escojo una naranja y me siento en el sofá.

Estoy pelando la naranja y metiendo las cáscaras entre los cojines cuando una chica se sienta a mi lado. Se me acerca desde atrás, descalza, se acomoda con sigilo como si su intención fuera pillarme desprevenido. De altura moderada, un metro setenta tal vez, piernas largas, cintura estrecha, pechos firmes. Totalmente desnuda. Me suelta la toalla y me envuelve con su mano.

—Gracias —le digo mientras parto la naranja.

—Solo hago mi trabajo. ¿Quieres un poco de aceite o algo?

—Estoy bien. Tienes un punto delicado. No como la última estimuladora, parecía que arrancara las malas hierbas.

—Hay quien cree que tengo manos curativas.

En los ojos de la chica flotan unas motas doradas, como las que encuentras en una botella de Goldschläger; mira al otro lado del decorado, a los rincones oscuros llenos de accesorios polvorientos y percheros. El tipo del micrófono jirafa está sentado sobre una caja de leche del revés, observando. La chica se ríe ligeramente, aunque no sé por qué.

La naranja está seca, asquerosa, como si un vampiro chupa pulpas hubiera pasado por allí antes.

—¿Quieres?

—Tengo las manos ocupadas.

—Me llamo Samuel. Sam Chancey. ¿Y tú eres...?

—¿De verdad necesitas saberlo, Samuel Chancey? ¿Ayudaría con esto?

—No —respondo—. Bueno, tal vez. ¿Quién sabe? Solo quería saberlo.

—Y a mí me gustaría follarme a Douglas Fairbanks. Pero no va a pasar.

—Bueno, vale. ¿Eres nueva en la ciudad?

—¿A qué viene toda esta charla? Esa fase nos queda muy lejos, ya me he metido en tus pantalones.

Resopla por la nariz, como un toro enfadado.

—¿Qué eres, uno de esos sensibleros *new age*? Seguro que tienes cristales

curativos en la mesita de noche.

—No sé ni lo que hay ahí. Cortauñas y espray nasal, supongo.

Le saco una carcajada y le pregunto de dónde es. Me coge la mano y se la coloca entre las piernas.

—Haz algo útil.

Está mojada, empapada, la froto con cuidado primero, después más rápido. Arruga la cara y emite un sonido como si ahogara un estornudo, alcanza dos orgasmos en rápida sucesión.

—Vale —dice, más a sí misma que a mí—. Vale, vale, vaaaleee.

Respira de forma entrecortada, tiene el cuello rojo y el clítoris del tamaño de las semillas de una granada. Me apoya la barbilla en el hombro y abre la boca antes de alcanzar el orgasmo una vez más; cuando se aparta, las marcas de las huellas de sus dientes dibujan una media luna en mi piel.

—Gracias. —Un ligero estremecimiento—. Ha estado bastante bien.

—No eres muy difícil de complacer.

—Soy hipersensible. Hay pastillas, pero no me las tomo.

—¿Pastillas para qué?

—Ya sabes, para amortiguar la sensación. Da igual, no me gustan. Es como si me envolvieran todo el cuerpo con algodón o algo así.

—¿Quién quiere eso?

—¿Verdad?

Coloca un muslo encima del mío y enrolla el pie en mi pantorrilla para abrirme más las piernas.

—Seguro que a la larga mejora las cosas, pero somos quienes somos.

—Ya lo creo. —Mi mejor sonrisa—. Con todos nuestros defectos.

Wayne Harvey, un veterano de pelo plateado, se sienta en el sofá. A las mujeres les encanta el comportamiento de galán de mi coprotagonista, trata a las jóvenes aspirantes como si aún fueran doncellas inmaculadas. Más allá de sus piernas curvas y una ligera papada, es bastante apuesto, el Jimmy Stewart del porno duro. La estimuladora lo trabaja con la otra mano.

—Te agradezco el esfuerzo, *milady* —dice Wayne—. Pero me temo que tus amables servicios no producirán ningún efecto.

—¿Por qué? ¿Qué pasa?

—El pene de Wayne está roto —la informo.

Wayne me dedica una mirada cortante.

—Cierto, Samuel. Aunque explicado de forma burda.

Ocurrió hace unos años. Wayne rodaba una escena en solitario con una pequeña rubia acróbata que se sacudía y corcoveaba, totalmente desbocada. Wayne sudaba a chorros y aguantaba como si le fuera la vida en ello. Se monta sobre él y Wayne

empuja hacia arriba para encontrarse con ella, la chica se muerde el labio inferior y le pide más, se corren a la vez de manera torpe y algo se rompe.

Sorprendente pero cierto, te puedes romper la polla. Es una funda fibrosa, la túnica albugínea, que rodea los conductos y los vasos sanguíneos; en erección, la funda se estira al máximo y se endurece bajo la piel. Un trauma grave puede romper la túnica, se necesita la misma fuerza que para romper la nariz, por ejemplo. El término médico es fractura peniana, aunque los médicos familiarizados con la lesión utilizan el eufemismo «mecha rota».

Yo estaba fuera del decorado y escuché un sonido horrible. Lo más parecido que encuentro sería el sonido de un muslo al arrancarlo de un pavo asado. Entonces la chica se pone a gritar y Wayne no para de dar saltos, también gritando. La polla le cuelga doblada en un horrible ángulo y la piel tensa la mantiene en ese estado, no hay manera de liberar la presión. La punta es una berenjena oscura, un hematoma aterrador, una burbuja oscura del tamaño de una uva que se hincha a lo largo de la fractura. Ahí está el pobre Wayne mirándose el miembro mutilado, negro como una morcilla, apretándose la base como si eso ayudara. No voy a mentir, daba un asco de cojones.

Por suerte, esta historia tiene un final feliz. Incapaz de conseguir una erección digna de la pantalla, Wayne se sometió a una operación para implantarse una prótesis inflable en el pene. El urólogo realizó una incisión en la base del pene de Wayne y le introdujo una vejiga hinchable por el mástil, después otra incisión en el saco escrotal para colocar una bomba del tamaño de una pila triple A. Un agujero en el hueso de la cadera para anclar la prótesis, los diversos tubos y cables se colocaron detrás de la pared abdominal. El aparato funciona a las mil maravillas. Wayne bombea y lo mete, después lo deshinchaba y se relaja hasta que llega el momento de volverla a hinchar para entrar en acción. El hombre de los seis millones de dólares del porno.

—¿Estás seguro? —le pregunta la estimuladora—. No me importa, de verdad.

—Bueno, si no te molesta. —Wayne sonrío—. Pero, por favor, tómate mi no erección como una expresión de mis limitaciones físicas, no como una crítica a tus habilidades.

Los dos se enzarzan en una serie de réplicas agudas, del tipo que mejor se le dan a Wayne: temas sin sentido y desenfadados que van desde películas actuales hasta juegos de palabras pasando por artículos que ha leído sobre algún tema humanitario como salvar al águila filipina, liberar a los cabreros de Timor Oriental, la marcha por la paz mundial de los niños de la talidomida, etc. La chica incluso se ríe con los horribles chistes malos de Wayne: «¿Entera? / No, solo la puntita. / No, tonta, la leche. / Ah. En la cara». Hago que la chica se corra y no me presta ningún tipo de atención, menuda ingrata. Me toca las narices.

Antes de la escena final, sufrimos lo que, siendo bastante compasivos, podríamos

llamar un «fallo técnico». Más exactamente, la prótesis de Wayne... bueno, estalla. El tío está bombeando, se le levanta a buen ritmo y, entonces, su cara deja paso a una expresión de terror y se pone a revolverse sus partes sin dejar de gritar: «¡Dios mío!». Se agarra las pelotas y yo me pregunto si está buscando la bomba que le colocaron ahí dentro o el botón de apagado porque la polla tiene un aspecto monstruoso, roja, hinchada. Wayne se mira abajo con una expresión de horror espantoso y entonces, pop, no demasiado fuerte, similar al sonido de una pistola al disparar debajo de arena húmeda. Y su polla, joder, se expande y Wayne está en el suelo gritando como un condenado, se escucha un sonido como cuando hinchas un globo y lo sueltas, solo que el sonido procede de la punta de su pene.

—¡Hombre abatido! —grita el director—. Joder. ¡Hombre abatido!

Wayne rueda por el suelo con los ojos en blanco y la boca abierta, pero no emite ningún sonido. Dos minutos antes, estás soltando chistes cortos y malos y contando con todo lujo de detalles la situación de los cabreros de Timor Oriental y ahora tienes el pene arqueado como un anzuelo y chorreando sangre. Un mundo gracioso, el nuestro.

La estimuladora se arrodilla a su lado.

—¡Llamad a una ambulancia!

Le quito el teléfono a Kitten, que está charlando con alguien mientras sucede todo esto, y marco el 911.

—Dios, tío. ¿Estás bien?

La forma en que Wayne me mira fijamente, uuuf, si las miradas mataran. Me he encontrado presente en sus dos catástrofes peniles. ¿Estará pensando que de algún modo soy yo el responsable? ¿Que tengo un vudú? ¿Un pene de cera en miniatura lleno de alfileres?

Cuando llega la ambulancia, los médicos parecen perplejos. Después, tras un rápido examen del decorado y los allí presentes, pillan la idea. Ponen bolsas de hielo en la entrepierna de Wayne y lo atan a la camilla.

—Mira el lado bueno —dice el cámara—. Puedes interponer una buena demanda.

La estimuladora insiste en acompañar a Wayne a urgencias. Me ofrezco a unirme a ellos, pero los médicos no lo permiten. Mientras la ambulancia se aleja, ella mira con melancolía por la ventana trasera. ¿A quién mira si no es a mí?

Me llamo Sam. Soy adicto al sexo.

Bienvenido, Sam.

Gracias a todos. Bueno, qué he perdido, esa es la pregunta de esta noche, ¿no? Supongo que podría decir que todo. Trabajo, familia, seguridad. La vida normal. Tampoco creo que os sorprenda. El apoyo de esos sistemas requiere algún tipo de... apariencia. Apariencia de normalidad, ¿verdad? Repitamos el mantra: familia feliz,

familia feliz, familia feliz. Pero el secreto hacía más daño que la verdad. Se lo dije a mis amigos, a mi jefe, a mis compañeros de trabajo. Revelación total, hechos claros, sin rodeos. Cuatrocientas parejas sexuales durante los últimos cinco años, sin nombre, sin recuerdos. ¿Qué otra cosa puedes hacer? Suplicar el perdón. Humillarte. Me rebajaron de categoría pero conservé mi trabajo. Mi mujer y yo fuimos a terapia. En mi interior sabía que no duraría. La persona que intentaba ser desesperadamente, el marido, el hombre de familia, no era más que un fraude. Soy incapaz de realizar ese cambio. No es que sea débil o no tenga carácter, el proceso de transformación requiere que te conviertas en una persona totalmente diferente. No digo que cambiar sea imposible o que tú o tú o tú no podáis empezar de cero, os deseo de verdad que lo consigáis. Es solo que esa persona no soy yo, y no pienso pedir perdón. Ahora mismo, se trata de aprender cómo arreglármelas, cómo labrarme mi camino lo mejor que pueda sin herir a nadie. Por eso hago películas porno: sin compromiso, sin mentiras, sin culpas, nadie sufre. El amor y la responsabilidad no entran en la ecuación. Como los carteles que se ven en los parques nacionales: «Llévate solo fotos. Deja solo las huellas de tus pies».

Cuando terminamos de filmar, se hacía de noche. La línea del atardecer perfila el horizonte interrumpida por los altos edificios del centro, edificios en los que una vez me esforcé con pena, en los que trapicheé, edificios en los que ahora tengo prohibida la entrada. Brillantes agujas arden en las laderas de las colinas más allá de la ciudad, torres de perforación que emiten un gas ácido, llamas crispadas por un viento del sur. Una luna pálida y creciente está sentada como un barco de juguete en el hueco entre dos montañas oscuras. Al otro lado de la calle, un aparcamiento vacío reúne carros de la compra vacíos, ruedas viejas y depósitos de agua desechados que se oxidan entre las ortigas, un coche abandonado con bolsas de basura tapando las ventanas rotas. Un enorme pájaro carroñero con una cabeza enorme y áspera descansa sobre el techo destrozado del coche, un águila ratonera, aunque por lo que sé esas criaturas no son endémicas de esta parte del planeta.

Cojo un destornillador de la guantera, quito las matrículas del Buick Century de Wayne y se las pongo a mi Chevy Cavalier. Un acto ruin, pero la poli dejará tranquilo a Wayne, imagino que estará fuera de juego durante una semana. Coartada irrefutable. Me acomodo en el asiento del conductor, me quito los pantalones, coloco una capa de pañuelos de papel entre las piernas estiradas. Acelero el motor y salgo del aparcamiento.

Lo entendí todo gracias a un viejo *western* en blanco y negro, que normalmente no aguanto. Había un vaquero y su caballo, un palomino. El vaquero adoraba a su montura, le daba manzanas y terrones de azúcar, le quitaba los abrojos que se le enganchaban en las crines con un cepillo de cerdas. Hacia el final, van en una

caravana a través de la Sierra Madre cuando el caballo se queda rezagado por un casco roto. El vaquero coloca la pistola en el ojo del caballo y aprieta el gatillo. «¿Por qué has hecho eso?», pregunta el dueño de la caravana. «Pensaba que querías a tu caballo». El vaquero escupe. «No, señor, pero sí me gustan los caballos», dice. «Es decir, aprecio la naturaleza de los caballos, trabajadores, fiables, dóciles, pero son todos así. Siempre se puede encontrar otro caballo».

Ahora, se entiende el aprecio hacia la naturaleza de las mujeres, ¿verdad? Son bellas y flexibles, dispuestas a adaptarse al hombre que sepa cómo acariciarlas. Pero eso es pensando en el todo, puede que no sientas nada individualmente. *La relación de un adicto al sexo es con el sexo, no con la gente*. Para los adictos, resulta crucial descomponer el objeto de deseo en sus elementos básicos: tetas, culos, labios, caderas, pollas, coños. El proceso de deshumanización es un imperativo moral.

Aprecio sinceramente la naturaleza femenina.

Recorro las calles bajo la luz grisácea del anochecer, paso frente a casas adosadas decrepitas y tiendas con escaparates enrejados, personas sin techo y perros flacos por el invierno acurrucados en la boca de callejones sin salida, una iglesia con las ventanas y la puerta tapadas, envuelta en la sombra que proyectan los altos arcos, bajo las farolas que iluminan con su brillo azul nocturno, sobre un puente giratorio que se extiende sobre el canal destrozado. Gigantescas grúas de construcción permanecen quietas como obeliscos contra el cielo acolchado. Es difícil cambiar de marcha con los pantalones arrugados alrededor de los tobillos.

Examino las aceras, pero no encuentro ninguna candidata adecuada: una mujer con un carrito, menos ser humano, más aglomeración de ponchos sucios empujando un carrito de la compra con una rueda rota; una chica que parece una boca de incendios y seguramente es lesbiana avanza rápidamente con un chow-chow atado a una pesada cadena. Poco ganado. Llamo a mi colega Danny Dewson, somos padrinos el uno del otro en Adictos Sexuales Anónimos.

—Hola. Soy yo.

—Eres tú —dice Danny—. ¿Cómo va la lucha?

—Si tengo que serte sincero...

—La sinceridad es la mejor política, Samuel.

—Ahí va, estoy dando vueltas, buscando.

Silencio por su parte.

—¿Has pasado el punto de no retorno? ¿Estás desnudo y listo para darle?

—Cocido, recocado y listo para darle —le digo.

—Joder, tío. —Danny chasquea la lengua—. Joder, joder, tío. ¿Dónde estás?

—En la esquina de Bonita y Empress. Entre el *peepshow* y el sitio de los finales felices.

—Vale, cerca de ese bar con la sala al fondo. —Danny tamborilea con los dedos

en la pared junto al teléfono—. Escucha, creo que deberías dejarte llevar esta vez, ¿vale? Te puedes permitir recaer de vez en cuando mientras no te quedes enganchado otra vez.

Eso es exactamente lo que necesito escuchar.

—Todo el mundo engaña de vez en cuando, ¿verdad? Quiero decir que no es el fin del mundo.

—No lo es —dice Danny—. Claro que no.

—Y, oye, tampoco es que esté cometiendo un pecado mortal ni nada parecido.

—Bueno, no estoy muy metido en ese rollo, Samuel.

—Pero crees que no pasa nada. ¿Solo esta vez?

—Por esta vez, te doy luz verde.

—Bendito seas, Danny. Qué gran corazón.

—Mantente fuerte, hermano.

En cuanto cuelgo aparece caminando por la acera, en el momento exacto. Se materializa de la nada como una aparición, como un ángel vaporoso, etéreo, no del todo real. Viste unos vaqueros ajustados rotos por la rodilla y una especie de abrigo con borde de piel. Está demasiado lejos para distinguir bien los rasgos exactos, pero eso no es del todo importante.

Me paro a su lado y bajo la ventanilla.

—Perdona. ¿Perdona?

Me mira y se agacha en la acera. A esta distancia implacable, su cara no pasa el examen, los dientes se le han ido a la mierda y tiene una especie de brote con forma extraña, un carbúnculo debería decir, que le crece a un lado de la nariz.

—¿Estás buscando algo?

—Bueno, verás, estoy un poco perdido.

Resulta complicado mantener el cuerpo quieto, me estoy masturbando como un loco.

—¿Sabes por dónde se va... a la autopista?

Se inclina hacia adelante y apoya las muñecas en la ventanilla.

—¿Es eso lo que buscas de verdad, vaquero?

Tiene las pestañas cuajadas con grumos de rímel y el borde de piel huele a roedor ahogado. Joder, no me lo está poniendo fácil.

—Déjate de polleces.

—Bueno, supongo que podremos apañar algo. Si pudieras... acercarte un poco más...

Mete la cabeza por la ventana; su cara está a centímetros de la mía, como si aquella intimidad forzada pudiera cerrar el trato; tras un gemido dejo de lado el autocontrol y salpico la columna del volante al tiempo que una sensación de paz absoluta se apodera de mí, un bienestar estático experimentado solo por los monjes

budistas y quizá por los niños pequeños, una paz iluminadora. Me acosan todos estos sentimientos conmovedores hacia la mujer, sueños de una buena vida y un futuro sano, felicidad y amor, pero es un mini *satori* fugaz y enseguida se apodera de mí la sensación de inutilidad conocida por pocos, ocasionada por lo inconcebible de dichos sueños para esta mujer e incluso para mí, o para cualquiera, en realidad; miro a través del parabrisas al cielo nocturno plagado de estrellas, los mundos imaginables acomodados entre esos oscuros espacios en crecimiento entre la luz albergan formas de vida alienígena que poseen una nobleza y una decencia que yo jamás llegaré a entender, y esa sensación de desolación incalculable se extiende dentro de mí, de mí, que permanezco tan trivial, insignificante, frágil, mínimo.

Entre los adictos, el acto de liberación a menudo provoca sensaciones de euforia extática seguida de periodos de profundos remordimientos, paranoia y depresión.

—Bueno —asume la mujer en un tono pragmático—, veo que no eres poli. —Entrecierra los ojos hasta que estos no son más que dos cortes felinos—. Debería cobrarte por eso.

—Gracias.

Meto primera, saco un billete arrugado de veinte del bolsillo de los pantalones, lo tiro a la calle y me alejo.

—Lo siento.

—Cuando quieras...

Existen millones de receptores nerviosos en el cuerpo humano. Al menos el setenta por ciento se concentran en las zonas erógenas. Te enfrentas a eso. Cada minuto de cada día. Es una batalla cuesta arriba.

Me llamo Sam. Soy adicto al sexo.

Bienvenido, Sam.

Lisa, mi mujer, mi exmujer, y una hija de seis años. Conocí a Lisa en el este, fuimos a la misma universidad. Tenía un aire particular, parecía que te podía tragar y escupirte en forma de burbujas si te acercabas demasiado. Confundí el efecto que producía en mí con amor. Podía haber tenido a cualquiera. Me eligió a mí. No la quiero, pero sí me importa. Si no tuviera dinero, la ayudaría. Si se estuviera muriendo, le daría mi sangre, un riñón, lo que fuera. Su fallo fue creer que tenía el poder de cambiarme. Mi hija, Ellie... La quiero profundamente. La miro y me doy cuenta de que aún soy capaz de eso. Cuando pienso en ella en mis ratos libres, siempre es haciendo alguna tarea rutinaria, lavándose los dientes, atándose los cordones. Tonterías, cosas del día a día. Nunca me permito que pase una semana sin verla, sin llamarla, sin que sepa cuánto me preocupo por ella. Antes deseaba que el amor que sentía por Ellie de algún modo pudiera estirarse, abarcar a más gente. Pero no puede ser, y no pasa nada. Antes creía que mi corazón estaba agotado, pero ahora

me doy cuenta de que no es más grande ni más pequeño que el de cualquiera, mi corazón es simplemente diferente.

La casa es un dúplex desmañado con el tejado combado, ventanas con parteluces y un camino de entrada para un solo vehículo. Antes vivíamos en una casa grande en la parte antigua y acomodada de la ciudad, en la época de los Trabajos Estables, los Ascensos Habituales y las Cuentas Bancarias Saneadas, también de las Fiestas de Trabajo Semanales, de las Noches Hasta Tarde y del Secreto Oscuro y Sucio.

Llamo y Lisa me abre la puerta en bata, con el pelo mojado de la ducha. En el salón a oscuras, la televisión proyecta luces intermitentes en las paredes.

—Hola. Estaba pensando que igual podía ver a Ellie un rato.

—¿Qué estás haciendo aquí?

Mi exmujer cruza los brazos sobre los pechos.

—Te toca cuidar de Ellie cada dos fines de semana, ya lo sabes.

—Sí, bueno, ya, pero esperaba que igual un rato...

—Apesta, Sam.

—¿Sí? —Me resulta realmente molesto no haberme dado cuenta—. Dios, ¿puedo asearme?

Lisa arruga los labios. Pienso en lo peor que le hice durante nuestro matrimonio. Probablemente la vez en que volví de un fin de semana de putas, le contagié la gonorrea y después le eché en cara con pocas ganas que ella me la había pegado a mí. Sí, esa es la peor.

—No te lo pediría, pero de verdad que tengo muchas ganas de verla. En media hora me habré largado.

Se aparta.

—Vale, un rato. Pero arréglate un poco.

En el baño, me froto una mancha dura de los pantalones y los seco con el secador de Lisa. Me desabrocho la bragueta y meto el secador en los pantalones hasta que el calor resulta insoportable y lo apago. En el armario de los medicamentos encuentro un frasco de perfume y me rocío una buena cantidad.

Mi hija está sentada en el sofá viendo un programa para niños. En la sala de luz tenue parece una criatura etérea, un holograma oscilante de sí misma.

—Hola, pequeña.

Cuando me sonrío veo que ha perdido un diente de leche, el canino superior izquierdo.

—¿Qué estás haciendo aquí, papá?

—Me pareció una buena idea.

Me siento a su lado y los cojines se comprimen de forma que el cuerpo de Ellie se inclina sobre el pliegue de mi codo.

—¿Qué estás viendo?

—Los animales hablan. —Su cuerpo se encoge sobre el mío—. Viven en un río. El conejillo de Indias es divertido.

En la pantalla del televisor, un grupo de criaturas trabajadoras, hámster, ratón, tortuga, pato, retozan sobre un montón de palomitas. La voz del conejillo de Indias me recuerda a Jimmy Cagney: «¡Zuziaaa draaaataaa! ¡Matazzztee a mi hedmanoooo!».

—Hueles a chica —me dice Ellie y, por un momento, me invade un temor oscuro y devorador hasta que me doy cuenta de que se refiere al perfume.

—Me he echado un poco del líquido ese perfumado de mamá. ¿No te gusta?

Se encoge de hombros.

—No está mal.

Le rodeo los hombros con el brazo y la estrujo. Siento el movimiento de su pecho e intento igualar mi respiración con la suya, nuestros pulmones se expanden y se contraen en perfecto sincronismo hasta que temo hiperventilar. Vemos la tele en silencio, me basta con estar cerca de ella, bebiendo de su calor y de su tranquilidad como un camello bebe agua después de un largo trayecto a través del desierto.

Lisa entra con una bandeja con leche y galletas rellenas de higo. Cuando me pasa un vaso, nuestros dedos se rozan y ella aparta la mano como si se hubiera quemado. Ellie se termina una galleta y coge otra.

—Ya está —dice Lisa—. Si comes demasiado azúcar antes de dormir, tienes pesadillas.

—Me gustan las pesadillas —le discute mi hija.

El programa llega a una conclusión emocionante y los habitantes de la ribera dan una fiesta. El hámster pasa volando en una lancha en miniatura con los diminutos ojos negros y brillantes abiertos de par en par, absolutamente aterrado. Sentado con la cabeza de mi hija apoyada en mi brazo, viendo a los roedores saltar y brincar, no paro de pensar en genitales femeninos, una escarpada pared de vaginas, como una especie de precipicio, coños peludos, coños afeitados, coños rubios, morenos y pelirrojos, y yo me encuentro en la base de esta estructura imponente completamente desnudo, con unas gafas de esquí tintadas de azul, y empiezo a escalar, me agarro a los labios, busco asideros seguros en los más sueltos, encajo los dedos de los pies y de las manos en rajas húmedas, deseando tener a mano crampones y talco. Ellie se mueve junto a mí y yo intento desesperadamente pensar en otra cosa, caléndulas, caballitos de mar, tiiovivos, pero nada funciona, estoy atascado en el acantilado de coños, escalando su lograda superficie como un alpinista intrépido enfrentándose al peligroso ascenso de la cara norte del K2.

¿Qué tipo de persona alberga tales pensamientos? De verdad, ¿qué tipo?

Los adictos a menudo se sienten acosados por un amargo odio hacia ellos

mismos en respuesta a sus fantasías eróticas, sobre las que no ejercen ningún control.

—Bueno —digo—. Ya es hora de irme.

—Quédate —me dice Ellie—. Ahora viene *VeggieTales*.

Pepinos gigantes que hablan. Sí, justo lo que me recomendó el médico.

—Mejor que no, cielo. Tengo que ir a mi reunión. Te veo el fin de semana, ¿vale?

Le doy un fuerte abrazo. Migas de galleta encima del labio, aliento con olor a leche. Lisa me sigue hasta la puerta.

—Eres bueno con ella, Sam. Eso te lo reconozco.

—Qué puedo decir. Supongo que la quiero.

Sonríe de una forma que me entristece. Quizás intuye algo, porque me pregunta.

—¿En qué estás pensando?

En un acantilado de vaginas.

—Ah, en nada.

—Venga ya.

—Bueno, vale... Estaba leyendo un libro el otro día. Había un personaje que... Bueno, que se follaba sandías. Por la noche, se metía en el huerto de su vecino y hacía un agujero en una sandía con una navaja. El follasandías nocturno. Supongo que pensé que no estaría tan mal tirarte una sandía. Las puedes cultivar en el patio trasero o, no sé, tener unas cuantas siempre cerca. Cuando sientes el impulso te puedes encerrar en algún sitio y zanjar el asunto. Lo que digo es que sería posible llevar una vida normal. —Risa crispada—. Follarse una sandía. Joder, Lisa, ojalá eso me funcionara.

—¿Es algo que te recomiendan en tu grupo? —me pregunta—. ¿Este tipo de... sinceridad?

—Más o menos. No estoy seguro.

—Bueno —dice con frialdad—. Buenas noches. Te llevaré a Ellie el sábado por la mañana.

Son las nueve menos cuarto, tengo quince minutos para llegar a la reunión. Mientras cruzo el jardín delantero me vibra el teléfono en el bolsillo. Lo tengo en vibración por el escalofrío placentero que me envía a las pelotas. Tengo fama de meterme el móvil en los calzoncillos y llamarme desde cabinas.

—Soy yo —dice Danny Dewson.

—Eres tú. ¿Cómo va la lucha?

—Pues, Samuel, te voy a ser sincero...

—Siempre es bueno ser sincero.

—Exacto. Ahí va. Me muero de ganas de meter el... rabo... en este... agujero.

—¿Dónde estás?

—En el *peepshow* de Sanford. Entre la casa del porno y el club de *striptease*.

—Vale, un poco más arriba del sitio con la llamada secreta. —Abro el coche, me siento tras el volante—. Creo que por esta vez no pasa nada. Es un paso atrás, sí, pero pequeño.

—Es verdad. No soy ningún demonio por querer hacer algo así, ¿no?

—No eres ningún demonio, Danny, claro que no.

—Y, oye, puede que ni siquiera haya una chica al otro lado, ¿verdad que no?

—Claro —le digo—. Quién sabe qué hay al otro lado.

—Entonces, ¿te parece bien? ¿Solo por esta vez?

—Te doy vía libre.

—Genial, Samuel. Genial.

—Sé fuerte, hermano.

Me llamo Sam. Soy adicto al sexo.

Bienvenido, Sam.

Nada extraordinario. Mi padre era contratista autónomo. Mi madre era profesora. Imagino que su vida sexual era normal, quizás un poco monótona. Mi padre no me habría pegado si me hubiera pillado masturbándome. Mi madre no me dio el pecho hasta que cumplí los quince. Espero no parecer un gilipollas, pero creo que el razonamiento lógico en busca de un motivo para el Secreto Oscuro y Sucio es una pollez. No sé por qué soy como soy, pero sí que no se reduce a un suceso particular ni a una cicatriz emocional profunda. No es culpa de nadie. Algunas personas son diferentes, nada más. El problema que yo veo se plantea cuando nos oponemos a nuestra naturaleza, cuando intentamos ser otra persona. La mentalidad de mártir me pone enfermo, la nobleza del sufrimiento, sufrir es amar, toda esa mierda. En algún momento se ha puesto de moda ser quienes no somos, apretujarnos en cuchitriles, pasar nuestras vidas en una pena absoluta para disimular quiénes somos. Oye, si tu naturaleza es egoísta, generosa, honrada, abierta, desvergonzada, directa, decente o lo que sea, estupendo, genial, bravo por ti. No somos todos iguales. Eso no significa que seamos degenerados.

Compulsivos Sexuales Anónimos se reúnen los martes en la sala de reuniones de la biblioteca Louis Riel. Frecuento varios grupos: Adictos al Amor y al Sexo Anónimos (miércoles en el salón parroquial de St. Peter), Adictos al Sexo Anónimos (viernes por la tarde en el club Vive y Deja Vivir), Renacimiento de la Adicción Sexual (domingos en la Primera Iglesia Metodista Unida). De vez en cuando, veo una cara conocida en la calle o en un restaurante y me doy cuenta de que pertenezco a una cábala secreta, a una clase inferior errante y adicta que vive en esta ciudad y en otras muchas.

Saludo con la cabeza a la bibliotecaria, le miro las piernas y avanzo a través de estantes de periódicos y carruseles de libros de bolsillo y periódicos enganchados a tacos de madera hasta la sala de reuniones. La sala está decorada para Acción de Gracias: calabazas y mazorcas, bandejas con pavos de papel y colas de pañuelos desechables. La mesa está llena de lápices de colores y libros infantiles del programa Amigos Lectores: *Excavando dinosaurios*, *Donde viven los monstruos*, *Sadako y las mil grullas de papel*. Los sospechosos habituales: Baney Jones y Owen y Bette. Me siento junto a la cuarta persona, me sorprende y me entusiasma que esté aquí.

—Hola —le digo—. ¿Cómo está Wayne? ¿Se pondrá bien?

—Sí, se pondrá bien —me responde la estimuladora en un susurro—. El chico de la ambulancia le puso una inyección de morfina para que no le doliera demasiado. Volveré a verlo mañana a ver cómo está.

—Buenas noticias. ¿Puedo ir contigo?

Niega con la cabeza.

—Creo que no. Wayne no es tu mayor fan.

—¿Por qué? ¿Qué le he hecho?

Arquea una ceja.

—¿Estás insinuando que quería que se le rompiera la polla a Wayne? ¿Que de alguna forma le manipulé el pene para que explotara?

—Señor Chancey.

El consejero de la sesión tendrá unos veinticinco años, recién salido de la universidad, con voz aguda y entrecortada, como si tuviera un silbato alojado en la garganta.

—Por favor, deja la conversación para el descanso. Bette, por favor, continúa.

Bette O'Neal es una mujer grande. Creo que el eufemismo es rubenesca. Es una adicta doble: ninfómana que come en exceso.

—Pues, bueno, estoy en el partido de baloncesto del instituto de mi hijo, ¿no? Tiene diecisiete años, está en el último curso. Es... es el base o algo así. Están jugando, el partido está igualado, todo el rato sobre los cinco puntos. Estoy en las gradas, que están llenas pero no demasiado, no como en un partido de *playoff* o así.

Bette le da un trago a la botella de litro de Pepsi que ha traído.

—Hay un tío en el otro equipo, bueno, debería decir chico, pero ¿quién sabe? ¿Cuál es la edad legal hoy en día?

—Dieciocho. —El consejero se llama Joey—. La edad legal es dieciocho años.

—Ah, vale. Quizá legalmente es un niño, pero gran parte depende de la madurez y... bueno, y de la educación, ¿no? No es que le hiciera nada, bueno, físicamente hablando, no. Da igual, el chico, hombre, lo que sea, es alto, larguirucho y ágil, supongo, aunque eso suele utilizarse para describir a una chica o a un gato, pero el chico era ágil de verdad. Estoy ahí sentada en las gradas, totalmente consumida, no

puedo quitarle los ojos de encima, cómo corre de un lado para otro de la pista. El gimnasio huele como cuando hay chicas o chicos, o gente, cualquier tipo de gente, reunida y con un contacto cercano. A sudor, bueno, es un olor más profundo que el sudor. ¿Sabéis a qué me refiero? —Algunas personas asienten—. Así que estoy mirando a ese chico y me toco. Llevaba un abrigo por el frío y me lo puse encima de las piernas. Es raro, pero no me imaginaba follando, sus manos en mis tetas, mi boca en su polla, nada de eso, solo verlo correr y saltar era suficiente. Lo que más me ponía era su juventud. Era joven, estaba limpio y seguramente no tiene ninguna enfermedad. Aunque no me lo estaba follando, me parecía un plus de todas formas. Tuve cinco orgasmos muy rápido, como una traca de petardos que explotan. —Trago de Pepsi—. Esa ha sido mi semana.

—Gracias por compartirlo, Bette.

Joey hizo una mueca cada vez que Bette pronunciaba las palabras follar, polla o tetas.

—Aunque resulta encomiable que no sigieras tus impulsos, tienes que admitir que tu comportamiento no es aceptable socialmente.

—Va, déjala en paz —dice Baney Jones, un exhibicionista en serie de sesenta y tres años.

—No le estoy haciendo nada, señor Jones —dice Joey—. Intentamos crear un ambiente de apoyo y sinceridad. Eso implica la valoración crítica de...

—¡Tu madre tiene las rodillas peladas! —Baney golpea la mesa con su mano llena de manchas—. Le estás dando caña aquí, leyéndole la ley de orden público.

—No pasa nada —comenta Bette—. Ya soy mayorcita, cielo. Puedo aguantarlo.

Baney se tira del sombrero de cuadros escoceses para ajustárselo bien y le lanza una mirada fulminante a Joey por debajo del ala. Joey decide avanzar.

—Owen, ¿quieres compartir algo con nosotros esta noche?

Veinteañero con greñas de color rojo arenoso. El caso trágico de Owen Traylor: trabajaba con un equipo de construcción en verano, durante las vacaciones de la universidad, le golpearon, bueno, creo que la palabra adecuada es empalaron, con una barra, le partieron la parte izquierda de la cabeza detrás del ojo y con la presión se le salió una porción del cerebro por la herida. Por suerte, en el hospital había un neurocirujano que consiguió arreglarle el cráneo en una agotadora operación de diez horas. Es afortunado, pero debe de tener el coco hecho papilla o algún cable cruzado, porque no para de descargarse, no para. Hablamos de quince, veinte veces al día. Cuando va en el autobús o está comprando embutido en el supermercado, ¡pam! Explota como el Vesubio. El pobre hijo de puta lleva pañales de adulto, pero las convulsiones constantes le han dejado unos abdominales de acero. Owen no es un adicto, sino más bien una anomalía neurológica pero asiste de forma regular, y si esto le ayuda, chachi.

—Tuve una cita el otro día —dice—. Con Sandy, la chica de mi clase de sociología.

—Nos enseñaste una foto, ¿verdad? —le pregunto—. Con el pelo negro y los ojos verdes.

—Ay, es verdad —dice Baney—. Buenas tetas, creo recordar. Bien puestas.

—Eso —continúa Owen—. Ella es muy inteligente y tiene mucho talento. ¿Os he dicho que pintó mi retrato? No sé, es genial. Tiene una risa fantástica y yo no soy un chico divertido, no me sale natural, pero siempre intento decir algo que la haga reír.

Joey da golpecitos con el bolígrafo sobre un cuaderno.

—¿Sandy sabe lo de tu problema físico?

—No ha salido el tema.

Owen se mueve incómodo en su silla negra estilo cafetería.

—Hace un mes o así que salimos. La otra noche las cosas se pusieron... íntimas.

Todos se inclinan hacia delante de forma perceptible.

—Por fin vamos al meollo —dice Baney.

—Señor Jones —le advierte Joey—. Por favor.

—Estamos en su casa viendo la tele en el sofá. Una cosa llevó a la otra y...

—¿Cómo llevó una cosa a la otra? —pregunta Bette—. No resumas, Owen. No nos dejes con la frase en el aire para saltarte las partes interesantes.

—Esto es un grupo de recuperación sexual —dice Joey—, no un foro del *Penthouse*.

—Bueno —dice Owen—. Nos besamos y después, mmm, hicimos otras cosas. Pero cuando estábamos, ya sabéis, me di cuenta de que no podía... Era imposible... No pude hacer lo que hago veinte veces al día.

—¿Estás diciendo que tuviste dificultades para alcanzar el orgasmo? —pregunta Joey.

—El tío al que se le va en ascensores y en el cine y en la iglesia, por el amor de Dios, ese mismo tío no consigue cumplir cuando toca. —Owen niega con la cabeza—. ¿Qué os parece la ironía?

—¿Y qué? —pregunta Bette—. ¿Ella se corrió?

—Eso creo.

—¿Y qué problema hay?

—Creía... —dice Owen, confundido—. Creía que para una mujer es importante satisfacer a su hombre. Como una confirmación de sus habilidades, o algo así.

La estimuladora resopla.

—Eso no me importa mientras yo me lleve lo mío.

Owen parece aliviado.

—Entonces, ¿creéis que no pasa nada?

—¿Se lo comiste bien? —le pregunto.

Owen asiente y se sonroja.

—Entonces, es tuya de por vida, tío.

Joey da unas palmadas y chasquea la lengua.

—¡Sigamos! Tenemos un nuevo miembro con nosotros hoy. Por favor, preséntate y cuéntanos un poco.

La estimuladora habla.

—Hola a todo el mundo. Me llamo Beatrice. Soy una adicta al sexo.

—Bienvenida, Beatrice —decimos todos a la vez.

—Acabo de trasladarme a la ciudad. Crecí en el este, pero he vivido por todas partes. Tengo síndrome de distrofia simpática refleja. Básicamente, soy hipersensible al tacto.

Como para demostrarlo, recorre con un dedo la parte superior de la mesa y la pata de frío acero.

—Lo siento todo a un nivel sensorial aguzado. Cuando estoy con un hombre no busco amor ni sexo, busco fricción. Los hombres son solo... El término médico es vehículos. Sistemas de reparto de fricción.

—Ya veo —dice Joey—. ¿Qué esperas conseguir aquí?

—Espero echar un polvo.

—Me gustan tus cojones —dice Baney.

—Beatrice —dice Joey de forma brusca—. Ese no es el objetivo en ab-so-lu-to.

—Espera un momento, escúchame.

Extiende las manos, como un policía dirigiendo el tráfico.

—Aquí todos somos adictos, ¿no? Y la naturaleza de la adicción, de todas las adicciones, es hacer daño. A ti mismo, a los demás. ¿No es verdad? —Beatrice pasa la punta de sus dedos por el tejido de los pantalones—. Nuestra adicción es diferente. Los alcohólicos no tienen romances con las botellas ni le piden perdón después de bebérsela, los drogadictos no se preocupan por preñar a sus agujas. Nuestra adicción es intensamente personal, así que tenemos que ser responsables. Tenemos que encontrar esa línea delgada entre nuestras necesidades y la existencia de los demás. —Los dedos de Beatrice se mueven por la parte de debajo de la mesa, cubierta de chicles pegados—. Una víbora puede acostarse con otra víbora, las víboras conocen su naturaleza. El problema llega cuando la víbora se acuesta con un corderito.

—¿Así es como te ves? ¿Como una víbora? —pregunta Joey—. ¿Y también a los demás?

Beatrice se encoge de hombros.

—He estado en muchos grupos como este. Hay algo que nunca cambia: la gente no admite sus defectos. Siempre la niñez difícil, la mujer fría, el estrés de la oficina, la misma mierda y los mismos lloriqueos. Nadie se levanta y dice: «Escuchad, las cosas horribles que hago son fruto de un defecto de mi carácter humano básico,

arraigado profundamente en mí e inseparable de quien soy». No he oído eso ni una sola vez. Así que, sí, soy una víbora. Infancia segura, padres afectuosos, da igual. No quiero hacerle daño a nadie, pero nuestros impulsos pueden con nosotros a veces, ¿verdad? Por eso estoy aquí, busco a alguien como yo. Es la única manera responsable de actuar.

Owen y yo nos sentamos fuera de la biblioteca a fumar. El viento sopla a través del patio, la basura corre y se acumula a lo largo de las paredes de cemento. Dos botellas vacías de vodka envueltas en una bolsa de plástico blanca están encaramadas sobre un cubo de basura rebosante. Beatrice sale con su chaqueta de cuero.

—¿Te puedo gorronear uno de esos? —me pregunta.

—No lo sé. ¿Las víboras comparten el tabaco? En su hábitat natural, quiero decir.

Ahí fuera, bajo la luz amarilla del patio, me vuelve a sorprender lo guapa que es: Helena de Troya, una belleza del tipo arrasa-la-ciudad-abrasa-sus-murallas, del tipo que deja una estela de hombres destrozados, cáscaras de hombres devorados, vacíos, abandonados, a los que solo les queda observar los caminos que tomaron en los breves momentos en los que se sintieron capaces de reivindicar esa belleza.

—Estás muy buena, Beatrice.

Le paso el paquete.

—Para ser un reptil, quiero decir. Que lo sepas.

—Qué encanto.

—Acabas de llegar a la ciudad, ¿no? ¿Desde dónde?

—Varios sitios.

—¿Por qué aquí?

—Estaba cansada de los mismos sitios, de las mismas caras.

Tararea la melodía inicial de una canción que, aunque me resulta familiar, no consigo ubicar.

—Me muevo hacia adelante.

—Has encontrado trabajo muy rápido.

—Sí, bueno, trabajé para un director en el oeste. Hizo una llamada.

—Haces un buen trabajo.

Los dedos pálidos y largos de Beatrice acarician el cigarro.

—Tampoco es muy difícil. No es física cuántica. ¿Cuánto tiempo llevas en el negocio?

—Algunos años. Empecé después de divorciarme.

—¿Te gusta?

—¿Qué puede no gustarte? —Prosigo—: Es más seguro. Todo el mundo sabe lo que hay. Todo está muy claro.

Me clava la mirada, aunque no consigo descifrar con qué intención.

—¿Eso crees?

—Sí, eso creo. Claro que lo creo. —Me encojo de hombros—. Más o menos. Es mi filosofía barata.

Baney y Bette vuelven de una cafetería de esa misma calle. Nos quedamos en el patio helado, hombro con hombro contra el viento. Las puertas se abren y se cierran, madres e hijos, estudiantes universitarios, mujeres mayores con bolsas llenas de romances de bolsillo que entran y salen de la luz acogedora de la biblioteca. Me pregunto si alguno de ellos se para a pensar en nosotros, allí apiñados. ¿Qué pensarían? La mano de Beatrice se mueve contra el costado de Owen, un gesto felino ante el que Owen sonrío ligeramente, aparta la mirada. Cuando ella se ríe, la pluma de su aliento de canela pasa delante de mi cara.

Bette se estremece.

—Tengo que alejarme de este frío. Gorda con la sangre nada espesa. Soy todo un enigma.

—No me vendría mal un enema —dice Baney.

Los otros entran. Beatrice apaga la colilla bajo el tacón de su bota.

—¿Estabas casado?

—Durante seis años. Buen trabajo, casa enorme.

—¿Hijos?

—Una niña.

—¿Las quieres?

—No sé si alguna vez quise a mi mujer. Pensé que sí durante un tiempo. Quiero a mi hija a muerte. Ojalá hubiera más espacio en mi corazón.

—Así que has hecho daño a gente.

—Mucho. ¿Tú no?

Asiente.

—Les dices desde el principio quién eres y qué buscas, pero, aun así, todo el mundo cree que te va a cambiar. No voy a cambiar. Sin duda a veces es triste, pero la tristeza es constante cuando intentas ser alguien que no eres. Esto es...

—El menor de dos males.

—Sí. —Sonrisa—. Eso.

Al final de la calle, dos mujeres sin rostro se gritan la una a la otra en un dialecto desconocido hasta que el rugido de un camión cisterna ahoga sus voces. A través de un agujero en la valla de seguridad del patio, de una abertura entre casas medio derrumbadas, la luna brilla sobre la superficie destrozada del canal.

—¿En qué piensas? —me pregunta Beatrice.

—No lo sé. —Me encojo de hombros, abatido de repente—. En follar.

—¿En follar con quién?

—Contigo. Con Bette. Con la bibliotecaria. Con quien sea. El «quién» no es

importante, ese es el problema.

—¿Quieres volver adentro?

—Soy fácil.

Me coge de la manga de la chaqueta.

—Vamos.

Me llamo Sam. Soy adicto al sexo.

Bienvenido, Sam.

¿Que si creo que el amor existe? Claro, por supuesto. Sin duda, como concepto abstracto: amor inmaculado, amor divino, lo que sea. Lo ves todos los días. Una pareja pasa a tu lado por la calle y tienes la sensación de que, tío, esos dos sí que se quieren. Lo que yo siento por Ellie es amor, ¿no? No lo sé. Es posible, todo es posible. Pero me he jurado ser totalmente sincero sobre quién y qué soy. ¿Cuántas mujeres cuerdas querrían tener algo conmigo? Aun así, soy optimista. Los entendimientos y las intensidades serían diferentes, pero siempre existe la posibilidad. Puede que no sea amor según la definición de otra persona, pero si funciona... ¿No? Así que, sí, creo que es posible.

Totalmente.

Las calles brillan con la escarcha. Sigo con los ojos las líneas intermitentes de la línea que divide el oscuro asfalto. Carreteras desoladas, desprovistas de vida humana. Una luna en forma de hoz se abre paso a través de un banco de nubes desgastadas para embellecer las tiendas y oficinas con su manto desteñido. Beatrice va en el asiento del copiloto toqueteando la radio. De vez en cuando dice: «Gira a la izquierda» o «Gira a la derecha después de la tienda de donuts». Me guía a través de la red de la ciudad hacia un destino desconocido. Una valla publicitaria iluminada se eleva sobre el astillero, la cara morena y bien peinada de algún modelo local que debería conocer nos mira con benevolencia y yo me siento un tanto avergonzado, como te sientes cuando te topas con una persona que sabe tu nombre y tú no consigues recordar el suyo, avergonzado por ser incapaz de recordar qué compartisteis, por insignificante que fuera. Beatrice gira el sintonizador y los altavoces cobran vida: una retahíla de sílabas incoherentes dan paso a un grito o berrido, grave, afligido y continuo, la señal es débil, llena de ruido, y me imagino una transmisión fantasmagórica, del espacio exterior, algún cosmonauta condenado gritando por el intercomunicador, con el casco como una pecera lleno de grietas y el silbido de la presión a través de las grietas taladrando sus oídos, la voz de un hombre muerto atravesando el vacío del espacio como un mensaje en una botella que llega a las orillas lejanas del dial AM.

—Qué raro —dice Beatrice.

—Sí, espeluznante.

—Métete por el callejón de la izquierda. Casi estamos.

El edificio es una construcción deteriorada de cinco plantas en el distrito industrial. Las huellas de un incendio se elevan, lenguas negras contra la mampostería agujereada, cicatrices de un fuego lejano. La firma intermitente de una luz estroboscópica brilla en los marcos de las ventanas más altas. Un aparcamiento contiguo lleno de coches poco habituales: BMW y Mercedes aparcados junto a camionetas y Dodges comidos por el óxido.

—¿Qué es este sitio? Parece que deberían cerrarlo.

—Seguramente lo hagan —comenta Beatrice—. Este es un asunto de una noche, digamos.

La sigo hasta una puerta pintada de verde entre un par de contenedores. Llama y responde un hombre negro con las dimensiones de la armería de Fort Morgan. Beatrice susurra algo, aparentemente la palabra secreta, porque el hombre se aparta y deja el espacio justo para que entre. El hombre devuelve su gigantesco volumen a su lugar inicial cuando Beatrice le informa de que voy con ella. Tras un suspiro hastiado, se aparta de nuevo.

—¿Qué pasa aquí?

Sigo a Beatrice por una escalera estrecha. Las paredes están llenas de grafitis, a través de agujeros en la pared se ven cables corroídos y el aislante rosa empapado.

—¿Me llevas a mi perdición? ¿A grabar una peli *snuff*? ¿Traficantes de órganos en el mercado negro?

—Es una exhibición itinerante. —Se detiene y me mira—. Diferentes ciudades, diferentes participantes. Lo he hecho algunas veces. —Guiño—. Me sorprende que no lo conozcas.

Al final de la escalera, una chica con un *piercing* en el ombligo está debajo de un cartel que dice «Guardarropa». Me quito la chaqueta y se la paso. Da un golpecito con una uña pintada de rosa fucsia en el cartel y me doy cuenta de que en realidad pone «Guarda ROPA». Beatrice y yo nos desnudamos y le damos las camisetas y los pantalones a la chica. Me da un recibo que no sé dónde meterme. Beatrice se mete el suyo debajo de la lengua. La imito.

La chica se coloca delante de una puerta corredera de metal. Pintado con espray en letras rosas que hacen juego con sus uñas se lee la palabra «GOMORRA».

—Blablablá —dice Beatrice saltando ligeramente sobre un pie y otro—. Vamos al lío.

Lo primero que te golpea es el calor, una calidez que te envuelve el cuerpo. Lo segundo es el olor: dulce y amargo a la vez, el olor de cuerpos en contacto cercano. Como dijo Bette, olor a sudor, pero más profundo. Cuando mis ojos se acostumbran, veo que estamos en un almacén. Vigas de acero cubren el techo abovedado, pequeñas

criaturas, ratones o pájaros, se escabullen sobre las barras oxidadas. Luces estroboscópicas colocadas sobre trípodes telescópicos proyectan círculos giratorios en las paredes y el suelo. Un DJ pincha música *trance* en un par de platos portátiles.

—Bienvenido al nido de víboras —dicen los labios de Beatrice pegados a mi oreja—. ¿O es un foso?

Me lleva hasta el montón de cuerpos desnudos. Treinta o cuarenta personas desparramadas sobre un grueso terciopelo. Brazos y codos, pantorrillas y rodillas; ocasionalmente se levanta una cabeza, una persona que respira profundamente como si hubiera estado atrapada bajo el agua. Nadie habla, no se oyen voces excepto el gemido esporádico o el suspiro de un escalofrío. Beatrice ha desaparecido, su cuerpo se ha entrelazado con muchos otros, se ha fusionado, no se distingue.

Me adentro despacio, como un nadador se mete en el mar helado. Una mano me alcanza, me coge por la pantorrilla, tira de mí; me dejo ir de buena gana. Cuerpos se pegan al mío, extremidades peludas y suaves; pechos me presionan la cara, un brazo perfumado me rodea la cabeza y me anima; la mano de alguien, fría y áspera como un talón, me coge la pierna y me regala un pellizco salvaje; mis labios en muslos y culos, en coños y en bocas, en la parte interior de codos, en corvas; una polla empalmada pasa por debajo de mi garganta, por mis labios, desaparece. Un extraño sin rostro con una lengua hábil, mujer u hombre, no lo sé, me hace una felación con una bravuconería tan gratuita que me deja al borde de las lágrimas. Hombres y mujeres se congregan en grupos bien vestidos en las sombras del almacén, observadores silenciosos. Un hombre se eleva sobre el numeroso grupo de gente y emite un grito agudo y sin sentido, como una criatura de la selva, y bajo los rayos de luz de luna que entran por las ventanas parece no tener piel y yo pienso en mi hija en mitad de un campo en verano, la cara sonriente de Ellie bañada por el sol de julio. En paz y en serenidad, pienso. En la polla destrozada de Wayne, pienso. En coños, tetas y culos, pienso. En que admito la existencia de un poder superior, pienso. En piel, pienso. Piel, piel, piel, piel...

En algún momento me pongo de pie. Beatrice está frente a mí, manos en las rodillas, cabeza inclinada a un lado, evaluándome con una ligera sonrisa. Emite un brillo sobrenatural, como si por sus venas corriera fósforo. Su belleza es aplastante, me siento minúsculo. Cuerpos bullen a nuestros pies pero en este momento no existe nada más. Se aparta un mechón de pelo de los ojos y es ridículo pero me imagino la casa de campo con una valla de madera blanca, las palabras «SAMUEL + BEATRICE» rodeadas por un corazón grabado en la madera de un roble, todas esas insoportables fantasías infantiles. Sin duda he repasado este guion las veces suficientes para saber cómo termina, pero antes de la culpa y las recriminaciones existe un estado de gracia, ahora mismo, un breve lapso de posibilidades infinitas y esperanza.

—¿Crees que siempre tiene que ser así?

—La víbora muerde —responde Beatrice—. No puede evitarlo.

Estira una mano hacia mí pero me aparto. No puedo soportar tocarla. Mi cuerpo es eléctrico; lenguas de electricidad azul me lamen y salen de las puntas de mis dedos. Te marcharás de este mundo con remordimientos, eso está claro. Y, vale, me he quemado antes, ¿acaso no nos hemos quemado todos? Lo que digo es que siempre existe esa posibilidad, ¿no? Muy remota, vale, un millón contra uno. Pero ahí está.

Quizás. Es todo lo lejos que voy a llegar. Solo quizá.

La vida de la carne

A falta de dos meses para mi veintiocho cumpleaños, le di una paliza mortal a Johnny «el Chico» Starkley en Tupelo, Misisipi. Un directo de derecha en el plexo solar que le envié contra las cuerdas, jadeando. Le lancé un par de ganchos de derecha e izquierda a la cabeza, justo por debajo de la oreja, donde se unen las mandíbulas. Puñetazos brutales directos desde la cadera, sutiles como un accidente de tren. El Chico, un apodo adecuado por su suave piel de sándalo y los ojos verde claro, tan ligero sobre sus pies que parecía flotar sobre la lona, estiró el brazo izquierdo, tembloroso, con el guante rojo meneándose como una boya en el océano revuelto. El protector del Chico se quedó pegado a los dientes, el interior de sus labios cubierto de una capa de espuma blanca, con el brazo izquierdo estirado como diciendo: «Por favor, ya he tenido bastante», pero su cuerpo era demasiado terco, demasiado disciplinado para quebrar la voluntad de su mente. Le golpeé hasta que los ojos se le volvieron vidriosos, como los de un animal moribundo, hasta que el brazo cayó, hasta que el árbitro hizo una señal para que sonara la campana.

La muerte de Starkley me golpeó con fuerza, pero en aquel momento no me declaré culpable. La pelea estaba autorizada. Reglas del marqués de Queensberry, ¡no había hecho nada malo!

Empecé a lubricarme con *bourbon* Ten High y cerveza Schlitz. Pasé de entrenar cinco horas al día en el gimnasio Top Rank a cerrar el Cyclone, el bar de al lado. Perdí una alarmante cantidad de peso, la piel se volvió verdosa y amarillenta, el alcohol destruía las mitocondrias de mis tripas. Durante unos meses, no conocí la sobriedad: *packs* de seis para desayunar y una petaca de mezcal en la mesita, me lavaba los dientes con licor de albaricoque. Veía a Starkley atrapado en las cuerdas, con el protector colgando, los ojos llenos de sangre. Y en esa visión persistente sabía que estaba muriendo, sabía que lo estaba matando, pero no me detuve. La peor parte era ver a Starkley rejuvenecer con cada golpe, treinta, veinticinco, dieciocho, hasta que al final mis puños golpeaban a un niño, a un crío de piernas flacas y pecho hinchado colgado entre las cuerdas rojas y azules.

Mi representante, Moe Kundler, intentó salvarme. Al volver dando tumbos del

Cyclone, me encontraba programas de Alcohólicos Anónimos pegados en mi puerta o folletos de los doce pasos en mi buzón. Finalmente, Moe se pasó a verme y me encontró como una cuba en el suelo de la cocina, con fragmentos de una botella rota clavados en las palmas de las manos, los pantalones llenos de meado y mierda. Llenó una olla de agua y me la tiró encima. Me desperté balbuceando, con los puños cerrados, dispuesto a golpear. Me dio una buena bofetada.

—Lávate un poco. Voy a hacer una llamada.

Imposible desintoxicarme o pasar con éxito por el loquero, vería a Starkley en esas manchas de tinta de Rorschach. Reuní el dinero que tenía escondido y me di el piro. Elegí Tailandia por sus tendencias sexuales desinhibidas y su política firme de no extraditar. Llegué a Bangkok hace veinticinco años y nunca me he marchado.

Ayer Moe me envió un telegrama diciendo que me mandaría un hueso duro de roer. El tiempo y la distancia ajustaron nuestros viejos problemas. El chico llega en el vuelo de las 9:40 de Air Canada procedente de Vancouver. Veintitantos, pantalones de surf anchos y una camisa hawaiana estridente, ojos ocultos tras unas oscuras gafas de sol envolventes. Ancho de espalda y pecho, de cuello corto y grueso, cintura estrecha y caderas pequeñas. Mandíbula colgante y nariz rota hacia la derecha. Al ver su frente angulosa, a cualquier *cutman* le daría un ataque: gruesas capas de tejido cicatrizal bordean las curvas de cada ceja y sé que si lo golpean con los nudillos las aristas de los huesos desgarrarán esas cicatrices.

—¿Roberto Curry?

—Bienvenido a Bangkok.

Se seca el sudor que le empapa la frente.

—¿Hace tanto calor en todo el país?

—Más —respondo—. El aeropuerto tiene aire acondicionado.

El aeropuerto Don Muang se asienta sobre un promontorio, la ciudad oscura se extiende a sus pies. Al oeste, la tira serpenteante de la calle Ko Sanh contorneada por crudos neones. Al suroeste, Patpong, una brillante estrella de mar con los brazos iluminados extendiéndose a partir del centro. La humedad es intensa, como respirar a través de lana hervida.

El taxi sigue su ruta por la calle Thanbri, bordeando el río Chao Phraya. Aguas cubiertas de aceite salpicadas de barcas y carboneros en ruinas, comunas flotantes con tejados de juncos. Gira hacia la calle Ko Sanh. Casi cada edificio se ha convertido en una casa de huéspedes, cada rincón tiene una cabina telefónica de larga distancia con aire acondicionado, las cafeterías ponen *Hora punta 2* y *Sueños rotos* en vídeo. Aceras llenas de puestos que trafican con petacas de peltre y elefantes de teca, Reeboks de imitación, DVD ilegales. Una fila de mujeres tailandesas vestidas con *sarongs* de colores estridentes caminan por un lateral de la carretera cargando fardos diversos sobre la cabeza: leña, guayabas en grandes boles de porcelana, sacos de

nueces de cola, ramas de plátano, peces volcán, grillos fritos en cuencos de lata abollados. Sus maridos caminan delante de ellas cargando nada.

El chico se mete las gafas de sol en el bolsillo al salir del taxi. Sus párpados son una red de cicatrices. Es de los que sangran.

La sangre destruye a algunos luchadores. Desde las muertes de Johnny Owen y el coreano Duk Koo Kim, ambos cegados por la sangre de sus párpados rasgados, árbitros y médicos paranoicos dan al traste con muchos combates ante la primera gota de sangre. Algunos luchadores tienen cuerpos fuertes pero piel delicada, respiras delante de ellos demasiado fuerte y se les abre la piel. No hay nada que hacer al respecto, no más de lo que un tipo con mandíbula de cristal puede hacer para evitar que se le rompa. Pero si el líquido rojo sigue manando (un corte sobre el ojo, profundo y ancho, con venas cortadas y el corazón de tu luchador latirá de forma infernal), olvídate, la pelea ha terminado aunque tu chico no tenga heridas graves. Pero los combates de *muay thai*^[5] rara vez se detienen por la sangre y los entrenadores tienen permitidos ciertos métodos (cloruro de adrenalina extrafuerte, ácido férrico) para controlar los cortes más brutales. Por supuesto, todo el ácido férrico del mundo no ayudará con las retinas desprendidas ni con los metacarpianos machacados, pero es lo que hay.

Nos sentamos en un puesto de *curry* con una zona de comedor abierta a la calle. *Curry* verde para mí, rojo para el chico, más dos vasos de zumo de guayaba recién exprimido. El chico cambia el zumo por una cerveza.

—Bueno —digo—, ¿cuál es tu trayectoria?

—Veintidós y tres. Dos derrotas por suspensión.

—¿Sangre?

—Sangre.

—¿Perdiste la otra con un KO?

—KO técnico en mi tercera pelea. Llegamos a la cuenta contra un tirillas sin clasificar.

—¿Chuleaste?

—Un poco, tal vez.

—Ya me lo imagino.

El chico se saca una pata de pollo de la boca, pone cara de asco y escupe en la acera.

—¿Has visto *muay thai* alguna vez?

—Claro —responde—. Un montón de tíos flacuchos dándose leches.

Pienso en contarle la pelea que vi la semana pasada, en la que el perdedor se marchó sangrando por las orejas. Pienso en contarle cómo los luchadores de *muay thai* endurecen sus espinillas golpeando botellas llenas de arena (cada golpe acompañado de un sonido a madera, tac, tac, tac) hasta que la piel se vuelve tan dura

como el cuero.

—¿Cuál es tu peso? —le pregunto al final.

—Empecé como peso medio, subí a pesado ligero.

—¿Problemas de visión con esas cicatrices?

—Visión perfecta.

—¿Cuál es tu condición física? No te molestes en engañarme, me enteraré.

El chico se sube una manga y saca músculo, hinchando la vena braquial.

—Menos del diez por ciento de grasa corporal. Estoy centrado, desnudo, listo para repartir.

—Estás sudando como un cabrón.

—Es la comida.

—Es el calor. Te acostumbrarás. El campo de entrenamiento está a las afueras de Chiang Rai, a dos horas al sur. Trabajarás la resistencia por los senderos de la selva. Perderás más de cuatro kilos de tanto sudar la primera semana, tu cardio se pondrá por las nubes.

El chico termina la cerveza y pide otra con un gesto.

—¿Quieres una, entrenador?

—No bebo.

El chico asiente, como si hubiera anticipado esa debilidad mía. Una mujer local se detiene junto a nuestra mesa. Tres cuartos de cuerpo son piernas, tetas decentes pero cara afilada, lleva una minifalda que deja a la vista las medialunas de su trasero. Falda de seda roja y pañuelo, pendientes de aro dorados, labios pintados de blanco translúcido.

—Hola, chicos. —Al chico—: ¿Cómo llamas?

—Soy Tony, cariño.

Le pone una mano en el hombro al chico.

—Eres chico guapo y *fuete*.

—Ten cuidado con esta.

La mujer me mira con mala cara.

—Tú calla.

Mueve el culo y lo coloca sobre la entrepierna del chico.

—¿Tú gusta yo, Tony?

—Claro —responde el chico—. Yo gusta tú mucho.

El chico le masajea los muslos.

—Alegro.

Cojo el brocado ondulante del pañuelo y tiro de él.

—La nuez lo dice todo. Los transexuales de alto nivel se la rebajan con cirugía para que casi no se note. Pero esta, bueno, no es de alto nivel.

La transexual ofendida coge su pañuelo.

—Eres hombre horrible —me dice.

El chico se la quita de encima y se golpea los pantalones con las manos como si estuvieran en llamas. La expresión de su cara parece indicar que se ha comido un puñado de cagadas de rata pensando que eran pasas.

—Oh, joder.

—Le echaría la culpa a las cervezas, pero solo te has tomado dos. Debes tener cuidado con las que llevan pañuelo.

—¿Por qué no me lo has dicho antes que la dejara sentarse sobre mi polla?

—No parecías interesado en escuchar.

—Eres un encanto, entrenador.

Un Isuzu descubierto nos deja en el campo de entrenamiento poco después de las cinco de la mañana. Es una mañana despejada, del tipo que, como dicen, te hace desear levantarte pronto más a menudo. Un camino de tierra lleno de surcos se adentra entre los árboles junto a un riachuelo de aguas rápidas. El camino lleva hasta un amplio claro polvoriento bordeado de palmeras altas y salpicado de cabañas de bambú y chapa. En el otro extremo hay una casa grande. A través de las puertas abiertas se escucha el sonido de hombres entrenando.

—Guarda tu equipo —digo señalando una de las cabañas— y prepárate para salir a correr.

El chico vuelve con unos pantalones grises de correr, zapatillas y una sudadera con capucha. Cojo una bicicleta oxidada apoyada contra la casa grande.

—Vamos.

El chico empieza el trote con las piernas rígidas, pero a medida que calienta las zancadas se estiran y se suavizan. El sendero es demasiado estrecho para que los dos vayamos uno al lado del otro, así que le sigo con la bicicleta. En seguida una mancha de sudor como la cola de una mofeta oscurece la espalda de la sudadera mientras avanzamos hacia el este, hacia el sol que se eleva.

—Dame la sudadera.

El chico se la quita y la deja en la cesta de la bicicleta. Al superar la marca de los tres kilómetros, jadea y los brazos le cuelgan de los hombros. Cuando el camino por fin da la vuelta hacia el campo, se tumba sobre la tierra, jadeando más aún.

—Tienes una preparación de mierda, chico, pero al menos le echas ganas. Podemos trabajar con eso.

—Puto país. No se puede respirar.

—Te acostumbrarás. Cuando vuelvas a casa, te parecerá que se te han ensanchado los pulmones. Ponte el equipo de entrenamiento, te espero en el gimnasio.

—Puto país.

Entra en la casa grande con unos *shorts*, los zapatos del cuadrilátero y una toalla

alrededor del cuello. La cara tatuada de un perro, azul y sonriente, le cubre un hombro. En el otro, un diablillo o un demonio blande una horca bajo las palabras *Li'l Devil*.

La casa grande está equipada igual que cualquier gimnasio de boxeo norteamericano. En el cuadrilátero, Khru Sucharit, el legendario entrenador de *muay thai*, entrena a Bua, un luchador en ascenso. Bua tiene dieciocho años y lleva peleando desde que era un crío. Su cuerpo está perfectamente marcado, cada músculo definido y visible bajo la piel dura y morena. Lanza patadas circulares de manual a los guantes ceñidos alrededor de las manos de Sucharit, transfiriendo su peso para desplazar al viejo entrenador un paso atrás con cada golpe.

—¿Sabes lo que veo? —El chico señala a Bua—. Piel y hueso y brazos y piernas.

—Entonces estás mirando, no viendo.

—Ya me avisarás cuando sea el momento de quitarte la piedra de la mano, *sensei*.

Empezamos con la pera. La velocidad de sus manos es bastante decente y el chico tiene fuerza: la bolsa de cuero golpea con fuerza el agarradero de hierro. Empieza a hacer muecas, a golpear la pera con ritmo, taca-taca-taca, levanta una rodilla, después la otra, dos pistones en perfecta cadencia.

—Soy el campeón, el más grande, el rey —balbucea.

—Revienta la pera.

El chico se acerca con actitud a un saco pesado de color marrón que cuelga de una viga y da el primer golpe. Clava media docena de puñetazos al saco haciendo sonar la cadena de la que cuelga. Balancea la cadera esquivando los golpes, empujando el saco con el hombro, lanzando ganchos y golpes cortos de derecha, recuperando el ritmo antes de clavar cuatro ganchos de izquierda seguidos de una derecha por encima del hombro.

El chico fuerza un bostezo.

—¿Está bien, jefe?

—Servirá.

Después de media hora saltando a la cuerda y boxeando al aire, le digo que pare. Preparo una tetera de té *oolong* y lo vierto en tazas con limón. Nos sentamos en la plataforma del cuadrilátero y vemos a Bua hacer diferentes combinaciones de juegos de pies delante de un espejo de cuerpo entero.

—Moe solo me manda a tipos duros, problemáticos —comento—. ¿Cuál es tu historia?

El chico se seca la cara con la toalla.

—¿Moe cree que soy duro y problemático?

—No estarías aquí si no fuera así.

—Bueno —dice el chico—. Puede que piense que no entreno todo lo duro que debería.

—¿Por qué piensa eso?

—Ni idea. Gano peleas.

—La gente cree que las peleas se ganan en el cuadrilátero —le digo—. Pero ¿sabes dónde se ganan las peleas de verdad? Aquí. En el gimnasio y en la calle.

—Ya lo sé, ya lo sé.

El chico ya ha escuchado esa historia antes.

—Moe dice que peleas como un vikingo. Dice que peleas con la polla en vez de con la cabeza.

—Ya te lo ha contado él todo, ¿por qué me preguntas?

Señalo a Bua con la cabeza.

—Ese chico ha ganado unas cien peleas. Empezó cuando tenía trece años, pelea veinte veces al año. No es el favorito del público, es demasiado listo para eso. No sale para montar un espectáculo. Sale para hacer su trabajo y absorber el menor castigo posible.

Los pies de Bua parpadean sobre la superficie vulcanizada, el cuerpo gira a la izquierda, finta, se agacha, vuelve a la derecha. El chirrido de sus zapatillas sobre la goma y su respiración siguen el mismo ritmo. El chico es tan rápido que podría luchar bajo una tormenta y permanecer totalmente seco.

—No sé dónde lo encontró Sucharit —digo—. Probablemente en la calle. No lucha por la gloria. Lucha por un sueldo. El muchacho entrena duro y lucha por el dinero porque sabe, incluso a su edad, que se lo pueden quitar todo.

El chico da un trago al té, se seca el cuello.

—Yo no lucho por el dinero exactamente.

—¿Por qué?

—Ira.

—¿Hacia quién?

—No lo sé. Hacia todo el mundo. Bueno, no siempre, pero a veces... Se acumula. Una necesidad de hacer daño, aunque signifique que voy a sufrir yo también. Y, según lo veo yo, no pasa nada, porque todo el que sube al cuadrilátero sabe lo que hay en juego. Lo aceptas, aceptas el riesgo, puede que se te coman. No, no es el dinero. Luchar es como una terapia.

Los luchadores como él son los más difíciles de entrenar. Por un lado, ha conseguido inhibir su instinto natural de supervivencia: entiende que sufrirá, que sangrará, y no huye. Sofocar el instinto de supervivencia, continuar luchando después de que te hayan derribado, limpiarte la sangre de los ojos y volver tambaleándote a la lucha es una habilidad que muchos luchadores nunca dominan. Por otro lado, su ira es peligrosa; es inútil, por no decir estúpido, subir al cuadrilátero con demasiada furia. Los luchadores de éxito aprenden a ver a su adversario como algo sin rostro cuyo peso más o menos es igual que el propio, algo vertical que debe ser puesto en

horizontal. Pero los luchadores de éxito respetan a sus adversarios, respetan su poder, su resistencia, su deseo de ganar. La falta de respeto te convierte en un luchador chulesco parpadeando bajo las luces del cuadrilátero mientras el árbitro cuenta.

Bua completa sus ejercicios y él y Sucharit caminan hacia el cuadrilátero. El cuerpo del muchacho está empapado en sudor limpio y sano. Sonríe. Los dientes frontales de abajo han desaparecido.

—Tu luchador parece bueno —le digo a Sucharit.

Sucharit frunce el ceño, los entrenadores nunca admiten la valía de sus luchadores, especialmente en su presencia.

—Es lento —dice Sucharit—, como si comiera plomo. —Le da una palmada al muchacho en el estómago—. ¿Eh? ¿Has comido plomo o qué?

—Creo que es lento —dice el chico.

—¿Cuándo es su próxima pelea?

—Dos semanas —me dice Sucharit—. Bangkok.

—Dile que he dicho que sus puñetazos son flojos —dice el chico—. Tiene brazos de niña.

—Te entiende perfectamente —le digo—. Deja de decir gilipolleces.

—Dile que tengo dos amigos que quiero presentarle —continúa el chico, sonriendo. Levanta primero el puño derecho—: Anticiclón. —Levanta el izquierdo—: Y borrasca.

Sucharit rodea el hombro de Bua con el brazo y se lo lleva de allí.

—Buena suerte entrenando.

—¿Por qué le has dicho eso? —le pregunto cuando se han ido—. ¿Hay algo en el aire?

—El aire está bien.

El malentendido más extendido sobre la muerte de Johnny «el Chico» Starkley es que lo maté a propósito y con malicia porque cuestionó mi sexualidad, me llamó maricón en el pesaje. Pero no tuvo nada que ver con venganza, me entrenaron para luchar hasta que mi adversario cayera o la campana sonara o el árbitro nos detuviera. La campana no sonó y Ruby Goldstein no nos paró y Starkley se negaba a caer, así que hice lo que me habían enseñado. No quería matarlo. Mi única intención era derrotar completamente a Starkley, dejarlo tirado sobre la lona. Quería que estuviera muerto para mí, muerto como amenaza. Nietzsche escribió que cada hombre se revela en la lucha. Bueno, aquella noche en Tupelo, en un cuadrilátero con olor a sudor, saliva y adrenalina, me revelé.

Mi popularidad aumentó como la espuma después de esa noche. Todo el mundo quería entrevistar al «asesino autorizado». Pero, para entonces, toda la lucha me había abandonado. Me miraba fijamente en cada espejo que se cruzaba en mi camino; me

había roto la nariz tantas veces que ya no se la podía llamar nariz, el párpado derecho colgaba a media asta debido a los daños en los nervios, las mejillas tenían tantas cicatrices que parecían un mapa. Entendía que aquello podía haberle pasado a Starkley en un bar o en un callejón sin cobrar nada por ello. Es solo que, de haber ocurrido así, no me pesaría ahora en la conciencia. Empecé a empinar bien el codo, frecuentaba el Cyclone con los tipos acabados y los asiduos a las peleas, cargándome todo lo que había construido.

En mi segunda semana en Bangkok me dejé llevar hasta el estadio Royal Jubilee Palace atraído por el murmullo del público y la música frenética de la ocarina para ver mi primer combate de *muay thai*. Me quedé hipnotizado por los rituales previos a la pelea, por los cuerpos esbeltos y bronceados, por la emoción de la lucha cuerpo a cuerpo. La pureza de todo aquello. Supe entonces que nunca escaparía. Marvin Hagler habló por todos nosotros cuando dijo: «Si me abrieran la cabeza, encontrarían un gran guante de boxeo. Es todo lo que soy. Lo vivo». No se puede dejar atrás esta vida. No resulta muy convincente, lo sé, pero es la verdad. Si me lo inculcaron o si siempre he albergado esa inclinación, ya no importa.

Esta mañana observo al chico boxear al aire bañado por la ardiente y polvorienta luz del sol que se filtra entre los listones del tejado de la casa grande. El chico es un matón, en las sesiones de entrenamiento me recuerda a un Foreman clásico, empujando a su pareja antes de empezar a lanzar golpes cortos, después un gancho al cuerpo, para acabar con un golpe nivelado de abajo arriba en la zona del KO. Pega tan fuerte que los ojos del otro boxeador se nublan a pesar del casco y los enormes guantes.

El problema es que no puede dejar la pelea en el cuadrilátero. Es el tipo de macho alfa que entraría en un bar y le partiría los dientes al portero para demostrar que es el cabrón más duro del lugar. Tiene un corazón fuerte, lanza al *sparring* unos golpes tan duros que podrían lisiar a un oso, se come cada kilómetro de camino como si se muriera de hambre, ha hecho una muesca en el saco pesado. Pero hay demasiado animal en él.

El chico comparte el cuadrilátero con Bua, boxeando al aire. Sucharit está dentro con su muchacho, señala arriba, abajo, al lado. Bua sigue el dedo de Sucharit con un puñetazo, una patada o un barrido. El chico trabaja en el rincón opuesto, con los zapatos del cuadrilátero, pantalones rojos y muñequeras, lanza combinaciones complicadas, golpe corto doble, finta, gancho, gancho, directo de derecha, salto atrás, corto, corto, gancho al mentón, resopla con cada golpe.

—Oye, Bubu.

Le ha dado por llamarle Bubu, o Buabua. A veces se acerca despacio por detrás y le grita «¡Bu!».

—¿Quieres echar unos asaltos?

—Tómate un descanso —le digo desde abajo—. No tienes que ser un gilipollas todos los días.

El chico baila por la lona acribillando, sin tocarla, la espalda de Bua con golpes cortos, a escasos centímetros de distancia.

—Venga, Bubu, enséñame lo que tienes.

—Déjalo ya —le digo.

—¿Qué pasa?

Bailando sobre la almohadilla de los pies, paso triple, pasitos, corto, corto, corto.

—¿Bubu tiene miedo? ¿Buabua es una nenaza?

Bua no responde, los ojos no se apartan nunca del dedo en movimiento de Sucharit. Me deslizo entre las cuerdas y aparto al chico de un empujón.

Me echa a un lado y presiona a Bua entre los omóplatos.

—Vamos. Vamos a hacerlo, pequeño.

Le cojo de los pantalones, pero es un peso pesado ligero de verdad y yo nunca pasé de wélter, no puedo apartarlo.

—Sigue así y te mando en el próximo barco a casa.

Bua se da la vuelta para encarar al chico. Nada en sus ojos refleja ira, sigue sonriendo con esa sonrisa mellada, pero los brazos le cuelgan, sueltos y preparados, los músculos de los muslos le palpitan.

Sucharit se coloca entre los luchadores.

—Quieres pelear mi muchacho, ¿no? —le dice al chico.

—¿Cómo te has dado cuenta?

—Pelea contigo, sí, sí, pero aquí no.

—¿Por qué no?

—¿Quién ve? ¿Quién paga?

—Aquí no se trata de quién tiene la polla más grande —le digo—. El muchacho no va a pelear si no hay dinero.

—Vale.

El chico lanza golpes cortos que se detienen a centímetros de los ojos inmóviles de Bua.

—Ganaré pasta y le patearé el culo.

—¿Cuándo quieres que lo hagamos? —le pregunto a Sucharit.

—Semana siguiente. Bangkok.

—Nos vamos a dar bien, ¡porque no nos llevamos bien!

El chico levanta los brazos y baila en el centro del cuadrilátero como si fuera Muhammad Ali.

Un boxeador profesional es un bicho raro. Dura unos diez años en el negocio más duro del mundo, un negocio dirigido por una estricta jerarquía: ganadores y

perdedores. No es un empapelador, un abogado, un contable. No se pone los zapatos, coge el maletín y monta en el autobús, el mismo machaque diario durante treinta, cuarenta años. Lo da todo ahora, o nunca.

Moe Kundler me lo dijo. Moe también fue boxeador, peso semipesado, nunca ganó un cinturón ni una gran cantidad de dinero; tenía un gancho de derecha abrumador, pero un mentón débil que lo llevó a tres siestas consecutivas sobre la lona y lo eliminó como competidor. El cuadrilátero convierte a los luchadores en bichos raros, envejeciéndolos de forma prematura. La extensión del cuadrilátero distorsiona el espacio-tiempo.

La zona de preparación del Royal Jubilee Palace está situada en las tripas del edificio. El chico y yo estamos en una habitación del tamaño de una caja de zapatos, de techo bajo con tuberías resonando por encima de nuestras cabezas. Seis o siete huesos de pollo en un rincón, el suelo cubierto de desconchones de yeso y cucarachas muertas. Por encima, el débil murmullo de la multitud animando.

Llamé a Moe y le pregunté si el chico podía enfrentarse a Bua.

—La única manera de que progrese es que reciba una buena paliza. Solo así aprenderá —le dije.

Moe se mostró receloso al enterarse de que era un combate con disciplinas mezcladas, *muay thai* contra boxeo.

—¿Afectará a su trayectoria?

Le dije que no, ya que la pelea no estaba autorizada.

—¿El otro tío sabe dar patadas? —preguntó Moe.

Le dije que sí, y cabezazos, y codazos.

—¿El chico saldrá muy malherido? —preguntó.

—Es posible. Es lo que necesita —respondí.

—Entonces, adelante —me dijo Moe.

El chico está sentado sobre el borde de la mesa de preparación. Le envuelvo las manos. Enrollo gasa adhesiva alrededor de sus muñecas para proteger los ocho huesos carpianos, a lo largo de las almohadillas de las manos, de los pulgares, de los dedos hasta el segundo nudillo. El envoltorio debe ser ajustado pero no demasiado, un luchador con las manos azules se romperá los huesos y ni siquiera se dará cuenta.

—Flexiona los dedos —le digo. El chico cierra la mano en un puño—. Vale. Ahora los guantes.

Le ayudo a ponerse los guantes de diez onzas en vez de los de dieciséis autorizados por la Asociación Mundial de Boxeo y se los engancho a las muñecas. El chico baja de la mesa, da saltos, gira los hombros para soltarlos. Entonces aparece el sudor y boxea al aire, levanta los guantes, gira la cabeza a la derecha, a la izquierda, lanza fuertes golpes cortos desde la posición de defensa.

—Mantén la postura y retrocede —le digo—. De lo contrario te dará patadas en

los muslos hasta dejártelos como carne picada.

El chico está vestido al estilo Tyson: pantalones negros, zapatillas de combate negras, sin calcetines ni bata, solo una toalla de felpa negra con un agujero en el centro para meter la cabeza.

—Recuerda los codos —le digo—. En el *muay thai* es legal. Los cabezazos, también.

Como cualquier luchador profesional, el chico ha aprendido a lanzar codazos y cabezazos. Solo que esta vez no tiene que preocuparse por que lo descalifiquen.

—Por los miles que están aquí y los millones que nos ven en todo el mundo —entona mientras golpea los guantes—. ¡Listos para ruuugiiiiir!

Bajo las ardientes luces del cuadrilátero, al chico se le ve pálido, su piel brilla en contraste con sus adornos negros. Bua lleva pantalones verdes con bordes dorados, zapatillas amarillas y la tradicional cinta de cáñamo trenzada del *muay thai*. Aunque el chico pesa casi diez kilos más que él, los brazos y las piernas de Bua son largos, delgados, y las manos, enormes (martillos de carpintero, las llamaría Moe). A juzgar por cómo se miran, parece probable que uno de los dos salga del cuadrilátero en camilla.

El Royal Jubilee Palace (apodado «el Pail») es un estadio con tres pisos de gradas. Los niveles, en vez de extenderse hacia afuera, están amontonados uno encima del otro, a los luchadores les da la impresión de pelear en el fondo de un cubo. Barreras de tela metálica de tres metros cubren cada nivel para desanimar a los espectadores que quieran lanzar botellas de cerveza Singha y otra basura al cuadrilátero. El lugar está lleno de voces que gritan, como un bosque lleno de monos.

Mojo al chico, engraso sus mejillas y su frente, saco el protector del cubo de hielo y se lo coloco en la boca. Sucharit masajea los hombros de Bua y le susurra al oído. El árbitro, un tailandés diminuto y con poco pelo, vestido con un modelito de cebra manchado de sudor, llama a los luchadores y les hace que choquen los guantes. El cuarteto de ocarina posa los labios en el instrumento de tripa ancha. Suena la campana.

El chico arremete a toda prisa, con los guantes delante de la boca, los codos fuera, la cabeza agachada, mirando a Bua por debajo de las cejas. Bua se aleja de su rincón dibujando un círculo hacia la izquierda, de pie sobre los dedos, las manos abajo, dando vueltas a las muñecas. Se encuentran cerca de las cuerdas, Bua lanza dos rápidos golpes cortos.

El chico recibe el primero en la frente. El segundo lo esquiva y le pasa por encima del hombro izquierdo, da un paso adelante con el pie derecho y sube la mano izquierda dibujando un arco cerrado. El gancho al mentón golpea a Bua en la garganta. Las piernas le flaquean ligeramente. El chico se agacha, flexiona las rodillas, lanza otro golpe desde abajo. Bua le coge y tira de él para poner los dos

cuerpos al mismo nivel. Los guantes del chico están en la parte superior del pecho de Bua, pero no puede empujarlo. Los sube hasta su cara y le frota las mejillas y los ojos contra las cuerdas. Quiere que el árbitro los separe.

—¡No hay parones! —le grito por encima del ruido del público—. ¡Pelea! ¡Pelea!

Bua clava la rodilla izquierda en el costado del chico, debajo del riñón. El chico lanza un gruñido. Bua le da otro rodillazo con todo el peso de su cuerpo. El público se levanta con un rápido rugido. De pronto, el chico empuja la cara de Bua, consigue cierta separación y mete el codo en el hueco para estrellarlo contra el mentón de Bua, que se tambalea hasta el centro del cuadrilátero.

El chico avanza con la posición cambiada a la zurda. Lanza un golpe corto, dos, otra vez, preparando el golpe de derecha a la cabeza. Bua sigue atontado, se mueve hacia la izquierda con el pie izquierdo y lanza un seco gancho de izquierda. El chico se agacha y, tras recibir el puñetazo por encima de la oreja, lanza su propio contraataque de derecha a las costillas, pasa el peso al pie izquierdo y ataca con la otra mano en el mismo punto.

Bua lanza una patada corta al muslo del chico, el sonido de la carne contra la carne suena como un latigazo. El chico se tambalea, pero Bua pierde el equilibrio, demasiado peso en la pierna derecha, así que el chico consigue recuperarse para arremeter desde abajo y lanzar un potente cruzado de derecha.

Bua cae. Cae de culo y se golpea la cabeza contra la lona.

El público se queda paralizado. Los músicos de ocarina, cuya música se ha vuelto frenética, se detienen. Bua se pone de rodillas con los guantes pegados a la lona. Sacude la cabeza con violencia, se despeja la mente.

—...tes, cuato...

Se coge de las cuerdas y se levanta. Sigue sacudiendo la cabeza. El chico está de pie en un rincón neutral, mira al público con una mueca.

—Todo ha terminado, menos el llanto —dice.

Pero no es verdad. Si supiera algo en absoluto, sabría eso.

—...sei, siete...

El chico sabe pegar. Ese golpe cruzado habría derrumbado a la mayoría de luchadores de su categoría. Pero Bua se levanta cuando el árbitro llega a ocho. Tiene la cara roja, con quemaduras del guante.

El chico carga fuera del rincón neutral con un puñetazo directo de derecha, con la intención de arrancarle la cabeza a Bua. Este se agacha y lanza una izquierda dura al estómago. El chico se dobla por la cintura y gruñe de dolor. Bua pivota hacia afuera y cierra los dos brazos como un torno alrededor de la cabeza de su oponente, empuja hacia adelante, levanta primero la rodilla izquierda, después la derecha, se las clava en la tripa.

El chico es duro. Pero Bua vive duro. El chico lucha para recordar que respira.

Bua piensa en resistir, en sobrevivir. No han crecido igual: uno nunca ha pasado hambre, nunca ha visto a un hombre morir o luchar por su vida. Todo eso importa en el cuadrilátero.

Bua retrocede y, mientras el chico se recompone, le ataca la pierna derecha con tres patadas circulares. El chico jadea. Se le dobla la rodilla. Bua finta otra patada circular y, cuando el chico baja su mano defensiva, coloca los dos pies y salta, con el brazo derecho doblado como una pistola, y le golpea la cara con el puño abriéndole una raja profunda sobre la ceja.

Sin saber qué hacer, el chico abraza a Bua y le sujeta los brazos. Le mana sangre por un lado de la cara y ha escupido el protector. Chocan frente contra frente y, como por arte de magia, se le abre la otra ceja. El chico chorrea sangre por todas partes.

Se separan. El chico debe ver negro con tanta sangre, se frota los dos ojos para aclararse la vista. Solo ve el contorno de Bua, brazos y piernas oscuros. Retrocede, mira a su alrededor, no ve nada. Ahora avanza, pero inseguro, sin fuerza ni convicción en sus movimientos. Todo pasa muy rápido.

Bua planta el pie izquierdo sobre la lona y pivota hacia adelante sobre el talón. Estira el brazo derecho como un látigo al girar y formar un arco para lanzar un puñetazo circular hacia atrás de manual que aterriza en la sien izquierda del chico, que cae con los ojos cerrados. Se desploma sobre la lona con la boca abierta, escucho el ruido de sus dientes al cerrarse de golpe. El árbitro se arrodilla, cuenta, el cuerpo del chico yace ahí, retorciéndose, intentando levantarse, sin querer perder el conocimiento.

—...nueve... *die*...

Tras un minuto treinta y seis segundos del primer asalto, el árbitro hace sonar la campana.

Bua se dirige a su rincón y se sienta en el taburete. Sucharit le quita el protector y le da de beber, le coloca en la frente una plancha de metal helada para evitar la inflamación. El público corea su nombre, pero él no responde. Su cara no refleja ninguna emoción. Parece muy viejo.

Ayudado por dos acomodadores, bajo al chico a la sala de entrenamiento. Abro unas sales aromáticas y se las paso por debajo de la nariz. Cinco segundos después recupera el conocimiento y se sienta sobre la mesa. Se me queda mirando con los ojos azules nublados, la cara empapada en sudor y manchada de sangre seca. Vierto agua oxigenada sobre las heridas, junto la piel abierta y aplico puntos adhesivos, le obligo a tragarse unas cuantas pastillas de vitamina K.

—Empezaste como si salieras de una casa en llamas —le digo—. Lo aturdiste, pero fuiste a por demasiado, demasiado pronto.

Corto la cinta adhesiva y le quito los guantes. El chico se mira las manos, las piernas, las manos otra vez, el techo. Como si no tuviera ni idea de dónde está, como

si no se creyera dónde está. Silencio en la sala, solo la respiración del chico. No enfoca la vista, levanta la mano izquierda delante de los ojos, temblorosa.

—Te recuperarás de esto —le digo—. Quizá sea lo mejor para ti.

El chico me clava la mirada. Salvaje. Fría. Baja la mano y la posa sobre la pierna. El dedo índice señala al suelo. Miro al punto que señala su dedo, pienso que debería llamar al médico porque no hay nada ahí, el suelo está...

No veo el gancho al mentón que me golpea directo en el punto de noqueo. Me fallan las piernas y todo se tiñe de negro.

Recupero el conocimiento un tiempo después. El chico ha desaparecido. También mi cartera y el equipo de entrenamiento. No sé cuánto tiempo he estado inconsciente, porque también me falta el reloj. Tengo el labio superior partido hasta el tabique y la mandíbula no me funciona bien. No sé qué hacer. Mucha sangre. Me levanto y salgo a la calle.

La ciudad me resulta extraña de una forma que jamás he sentido. Pequeños perros con las orejas arrancadas se pelean por trozos de cartílago lanzados detrás de un puesto de *curry*. Una persona pasa frente a mí y soy incapaz de determinar su sexo; él o ella huele a cacao y a hierba limón y a algo más, lleva un pequeño paquete de colores. Me apoyo en la pared del Royal Jubilee Palace bajo un grafiti garabateado, un grito de guerra o un eslogan revolucionario. La parte delantera de mi camisa está empapada de sangre y tengo algo roto en el lado izquierdo de la cara. Desde la ventana abierta de un bloque de pisos cercano escucho las últimas notas de *Let it be*, de los Beatles. Un niño descalzo mira fijamente al viejo *farang* que tiembla a pesar del calor.

La noche en que Starkley murió, un escritor de gran prestigio escribió sobre él: «Mientras recibía los dieciocho puñetazos, algo nos ocurrió a cuantos participábamos psíquicamente del suceso. Parte de su muerte nos alcanzó. Se sentía flotar en el aire. Seguía de pie entre las cuerdas, atrapado como en otras ocasiones, y dibujó una media sonrisa de pena, como si dijera: “no sabía que iba a morir ya”. Y entonces, con la cabeza hacia atrás pero aún erguida, llegó su muerte y flotó a su alrededor». No ocurrió nada de eso, aunque de algún modo deseé que así fuera. Starkley tenía la boca suelta, el protector le colgaba medio fuera, pegado con saliva a los dientes superiores del lado izquierdo, con los ojos en blanco. No sentí su muerte flotar a mi alrededor. Murió doce horas después en el Cedars-Sinai de una hemorragia cerebral. Me dijeron que permaneció lúcido, hablador, hasta que, tras quejarse de un ligero dolor de cabeza, se tumbó y no volvió a levantarse. Fue un accidente. Cosas que pasan.

Pero esos últimos puñetazos... Sabía que algo muy malo estaba pasando. Era totalmente consciente. Ahora lo veo con total claridad. Su brazo izquierdo estirado, temblando. *Por favor*. Mi brazo girando lentamente en el hombro, la presión de su

cara contra mis guantes, la onda expansiva recorriendo los huesos de mis dedos, mi muñeca y mi brazo. Lo noto aún hoy. Me sentí bien. Joder, me da asco reconocerlo, pero es así. Bien. ¿De dónde salió ese impulso? Starkley no hizo nada malo. Era un luchador justo. Un profesional.

—Esos ganchos hacia arriba que le soltaste hacia el final... —me dijo Moe después, en la sala de entrenamiento—. El chico no podía protegerse.

—Lo sé —le dije.

—Creo que has podido matarlo —me susurró.

—Eso creo.

Que Starkley permaneciera de pie me dio toda la autorización que necesitaba. ¿Por qué no caía? Parecía muy extraño. ¿Por qué me dio esa oportunidad? Nunca la quise.

A mi izquierda, la boca de un callejón estrecho se abre entre el estadio y un edificio quemado. Los ladrillos de la pared están chamuscados y hay palabras garabateadas en la negrura. Bajo la luz tenue del callejón, un círculo de hombres se reúne alrededor del fuego de un bidón pasándose una botella de Mekong. Se ríen, me pregunto de qué. Uno estira la mano sobre las llamas para tocar la cara sonriente de otro.

Manual del aprendiz de mago moderno

Farsa #17: *La mosca reanimada*. Una ilusión popular entre los saltimbanquis callejeros. Tras fingir ver una mosca muerta en la acera, el «mago» apostará con un viandante que puede traerla de vuelta de entre los muertos. El farsante ingenioso se coloca la mosca en la palma de la mano y comienza su «actuación», murmura hechizos incoherentes, pone los ojos en blanco, sacude los brazos de forma frenética y realiza otros juegos de manos y abracadabras descarados. Un minuto después, la mosca se mueve y se aleja volando. El engaño: se coloca la mosca en un congelador donde el frío la atonta hasta que alcanza un estado de animación suspendida. El pobre diablo, todo un manitas, la coloca en la acera y espera a que aparezca algún palurdo. El calor de la palma de la mano eleva la temperatura interna de la mosca y le devuelve la vida por arte de magia... O eso parece.

HERBERT T. MALLORY SR.

Extractos de: *Brujos, charlatanes y milagrosos: al descubierto*

[1]

ST CATHARINES, ONTARIO, 5 DE JUNIO DE 1979

La septuagésima tercera celebración anual de la Primavera Salubre de los Caballeros de Pythias estaba en pleno apogeo. Mesas de banquete cubiertas de charcos cuajados de salsa y de botellas de cerveza mancilladas con huellas grasientas se arrinconaron a un lado de la Casa #57, se alinearon sillas en filas descuidadas frente a una tarima. Los miembros de la hermandad se arremolinaban en círculos sin sentido, serpenteantes, chocaban unos contra otros, se daban la mano, intercambiaban trivialidades sobre niños, trabajos, la niebla tan poco típica de la estación.

Norman Greene, recién elegido Gran Canciller de la sección de Judea, subió a la tarima, vacilante. Bajo la nevada cascada de su pelo blanco, un par de gafas trifocales dividían los ojos de Norman en unas capas marrones apagadas que parecían capas de tierra cada vez más oscuras.

—Bienvenidos, hermanos.

Nadie se percató de la presencia de Norm hasta que Hal Stapleton lo vio por el rabillo del ojo.

—Sentaos, ¡el espectáculo está a punto de comenzar! —exclamó.

El grupo se sentó con una expectación mareante. Con las caras ensombrecidas por las luces del escenario, parecían los niños del coro en una misa de medianoche.

—Bienvenidos, hermanos —repitió Norman, acostumbrado a repetirse a sí mismo—. Sin más dilación, os presento a Herbert T. Mallory, ¡el inimitable Cartela!

Un hombre se materializó a través de los pliegues de una gruesa tela de terciopelo colgada detrás de la tarima. Una figura alta, hábil como un torero, de rasgos fuertes y angulosos y ojos de un inmaculado verde esmeralda. Llevaba el pelo peinado hacia atrás con brillantina, la cara afeitada excepto por una perfecta y mefistofélica barba estilo Van Dyke. Vestido con un esmoquin inmaculado y una faja con pliegues color oliva y bordes relucientes, abrió una maleta de piel de cocodrilo de la que sacó un disco plano negro que transformó en un sombrero con un movimiento rápido de la muñeca.

Sid Tuttle, algo más que achispado después de cuatro Harvey Wallbangers, dio con el codo en la amplia barriga de Hal.

—¿En qué se ha gastado nuestra cuota ese idiota cuatro ojos?

Dos figuras más pequeñas aparecieron a través del terciopelo, un niño y una niña. La niña, unos años mayor que el niño, cruzó la tarima dando pasos cortos y tambaleándose sobre los zapatos de tacón que llevaba. Su vestido de tafetán se sostenía gracias a unos finos tirantes y llevaba los brazos enfundados en guantes de noche que le colgaban de las puntas de los dedos como pétalos marchitos. El niño era una versión en miniatura del mago. Alto para su edad y delgado, vestía un esmoquin inmaculado con un fajín color oliva a juego. Su mentón lucía una barba estilo Van Dyke pintada con ceras. El niño se contoneaba con un aire que habría sido tachado de arrogante si tuviera unos años más. En su caso, resultaba simplemente precoz.

—¿Qué es todo esto?

Hal parecía confundido. El año anterior, cuando él estuvo a cargo del entretenimiento de la noche, trajo a una bailarina exótica, la Condesa Carissa, que salió de una caja vestida con pezoneras con borlas y una sonrisa. Daba vueltas a las borlas como las aspas de una avioneta, las giraba hacia un lado y después hacia el otro al ritmo de la música.

—¿Dónde está el entretenimiento de verdad?

—Ya sabes lo que dicen, Hal —murmuró Norman—. En la variedad está el gusto.

La verdad era ligeramente menos filosófica: la mujer de Norman, que se enteró de la actuación de la Condesa del año pasado, advirtió a su marido que si descubría que había organizado un entretenimiento de índole similar este año, bueno, ya podía

comprarse un gorro calentito, porque pasaría mucho frío durmiendo en el garaje.

—Esto es... ¡una farsa! —se quejó Sid Tuttle.

La mujer de Sid, una severa hermana Pythia, solo le dejaba salir de casa una o dos veces al mes. ¡Desperdiciar una noche preciosa con magia era un sacrilegio! Negó con la cabeza calva, que, brillante con planos extraños, reflejaba finos rayos de luz como las caras de una gema mal cortada.

—Venga ya, Norm.

Los dedos de Hal rodearon sus pezones con espirales concéntricas, un recordatorio de los considerables encantos de la Condesa.

—Es una noche de hombres, ¡no una fiesta de cumpleaños infantil!

—Sí —saltó una voz estridente—. ¡Si quiero magia, ya veré el *Circo de las estrellas*!

—¡Dios mío! —exclamó alguien más—. ¿Qué será lo próximo? ¿Una piñata? ¿Carreras de sacos?

—¡Será mejor que saque una mujer desnuda del sombrero!

—¿Dónde está mi abrigo? Me voy a casa.

—¡Silencio!

Los ayudantes del mago habían dispuesto algunos accesorios: dos sillas con una tabla de madera colocada sobre sus respaldos, tres cubos negros apilados uno encima del otro, una vieja y gran caja de té.

—Vuestro comportamiento común es grosero —dijo el mago—. ¿Qué os parecería si fuera a vuestros negocios y os ridiculizara? —Miró con odio a la muchedumbre gruñona—. Soy el inimitable Cartela. Durante la próxima hora, os deslumbraré con proezas que harán que no creáis lo que ven vuestros ojos.

Entre los Pythias se creó un estado de aceptación susurrante. Algunos incluso parecían un tanto emocionados.

—¿Qué tipo de trucos haces? —preguntó una voz desde el fondo.

—¡No hago ningún truco! Presenciaréis actos misteriosos y maravillosos que trastocarán las bases de vuestras creencias con respecto a las leyes de la naturaleza y del reino espiritual.

—Ah, bueno, eso está perfecto —chilló una voz.

Mientras los Pythias reñían, Cartela metió la mano izquierda a escondidas en el bolsillo y se frotó la palma y los dedos con permanganato de potasio. Después, colocó la mano derecha detrás de la espalda, donde el niño la roció con una fina película de glicerina de una botella que llevaba metida en la faja. Cuando el mago chocó las manos, las sustancias químicas reaccionaron y de las palmas surgieron dos conos gemelos de fuego rojo, mientras que lenguas más pequeñas salían de las puntas de los dedos.

—Eso ha estado bien —reconoció Sid Tuttle.

—Humo y espejos —murmuró Hal.

Cartela condujo a los Pythias a través de una serie de ilusiones típicas con el aire de un hombre que echa flores a los cerdos. Primero, hizo levitar al niño y pasó un aro por encima y por debajo de su cuerpo flotante; la mano del mago ocultaba el fragmento que le faltaba al aro y que le permitía pasar por el tubo de hierro que sujetaba la tabla. Después, realizó el *Zigzag*: tras encerrar a la niña en una caja vertical y rectangular con secciones cortadas para la cara, las manos y un pie, clavó planchas de metal a través de la caja. Al sacar la porción del medio, parecía que hubiera dividido a la niña en tres. Aunque estaba doblada casi por la mitad para crear la ilusión, la niña consiguió sonreír con ganas, movió los dedos del pie y los pañuelos de seda rojos que sujetaba en cada mano.

—Recibí este cofre —dijo Cartela señalando la caja de té— de un viejo *swami* en las montañas de Vindhya.

Este era un adorno considerable, pues había cambiado la caja por una radio de galena y un barco dentro de una botella en un mercadillo de Stittsville.

—Cualquiera que entre en él se verá transportado a una dimensión que es el polo opuesto de la nuestra, donde el negro es blanco y el calor es frío, donde los hombres trabajan duro bajo la luz de la luna llena y duermen durante el día, donde...

—Donde charlatanes aburridos se convierten en *strippers* de tetas grandes —terminó Hal.

—¡Silencio! —Cartela se arrodilló delante del niño—. Bien, hijo —le susurró—. ¿Crees que puedes hacerlo sin estropearlo?

El niño asintió sin mirar a su padre a los ojos.

—Muy bien —dijo Cartela—. Te paso las riendas.

La niña curioseó bajo la pesada tapa. Cartela entró dentro. La niña cerró el candado mientras el niño pasaba las manos por encima del cofre.

—Floobidaa, floobidoo, floobidee... —canturreó el niño.

La niña, a un lado, observaba y escuchaba atentamente. No oyó el suave clic que hizo el pestillo escondido al correrse, ni sintió el flujo de aire al abrirse la falsa pared posterior del cofre. Había observado a su hermano escapar de aquel cofre durante horas en el sótano, entre los palos de golf desaparejados y las cajas cubiertas de polvo apiladas hasta las vigas y, por mucho que lo repitiera, nunca conseguía escapar en silencio: el pestillo se abría con un golpe seco o no se abría, golpeaba la tapa con la cabeza o la parte de atrás golpeaba el suelo con un estruendo al caer. No vio al mago salir corriendo de la caja ni moverse las cortinas mínimamente cuando pasó.

El niño le dio tres golpes a la tapa.

—¡Te destierro de este reino!

Le hizo un gesto con la cabeza a la niña.

—Mi ayudante va a levantar la tapa.

Le dedicó a su hermano una mirada mordaz. Levantó la tapa. El cofre estaba vacío.

—Regalad vuestros ojos. ¡Desterrado!

—Ahora, lo traeremos de vuelta —dijo el niño blandiendo la varita como una espada de esgrima al darle tres golpes más al cofre—. ¡Vuelve a este reino!

Cuando la niña abrió la tapa, el cofre seguía vacío.

—Adiós, muy buenas —dijo Hal.

El niño miró a su hermana. La desesperación le retorció las facciones.

—Jess, ¿qué...?

La chica se deslizó detrás de la cortina. El mago no estaba por ninguna parte. Entró por una puerta oscilante a una cocina estrecha, odiaba el sonido torpe de sus pasos sobre las baldosas brillantes, y giró el pomo de otra puerta que daba a un callejón estrecho.

—¿Papá? —preguntó en voz baja—. ¿Papá?

La niña se quedó allí de pie, en la luz amarillenta que se proyectaba a través de la puerta de la cocina, la noche cálida y húmeda le presionaba las sienes. El Datsun de su padre seguía aparcado en la boca del callejón, junto a cuatro o cinco cubos de basura arrastrados hasta la acera para la recogida del día siguiente. Olió, o le pareció oler, el rastro persistente de su perfume, una marca extranjera que encargaba en lotes de diez.

Se había marchado. Había desaparecido.

De repente se levantó un gran clamor en la congregación de los Caballeros de Pythias. Corrió de vuelta a la puerta de la cocina y se coló entre las cortinas.

—Oh, no.

Su hermano había decidido continuar con el espectáculo. Había rebuscado en la maleta de su padre, donde guardaba las sustancias químicas y los polvos para sus ilusiones más emocionantes. Sin duda había intentado la *Orbe abrasadora*, en la que una bola de fuego dorada surge del pecho del mago hacia el público y se apaga a escasos centímetros de sus caras. Realizado con habilidad, el truco resulta apasionante: los espectadores experimentan un calor breve pero desconcertante mientras la bola de fuego se acerca a sus ojos. Pero el ilusionista novato no anticipó las importantes propiedades incendiarias del alcanfor en polvo.

La primera fila tenía un aspecto triste. Las caras de los hombres estaban totalmente rojas, con gotas de sudor en la frente. Inclinado ligeramente hacia adelante por la emoción, Sid Tuttle se llevó la peor parte: una llama dorada y feliz bailaba sobre la parte superior de su fez.

El niño miró a su hermana, a las caras rojas de los Pythias, otra vez a su hermana.

Luego se echó a llorar.

Farsa #59: *Señor toque dulce*. El practicante se acerca a su objetivo en una vía pública concurrida, idealmente en un café al aire libre. Antes de que el palurdo endulce su té, el estafador le coge la taza y le pregunta cuántas cucharaditas prefiere. Dependiendo de la respuesta, mete los dedos en la taza hasta cinco segundos (solo si se desea el té muy dulce). Cuando le pida que beba, descubrirá por arte de magia que el té está endulzado. Si se necesita una demostración mayor, el pillo tocará lo que sea, la mesa, la sombrilla, la piel de su objetivo, todo se volverá empalagoso. El engaño: el mago se lava las manos en una fuerte solución de sacarina, un compuesto quinientas veces más dulce que el azúcar. Durante horas después del lavado, todo lo que toque se endulzará. ¡Cuidado con el falso Midas y su toque dulce! ¡Cuidado! ¡Cuidado!

[2]

ST. CATHARINES, ONTARIO, 29 DE OCTUBRE DE 2003

Jessica Heinz miró los números rojos digitales del reloj de su mesita. Las once y cuarto. La luz del final de la mañana se filtraba a través de los brazos del arco del patio trasero, rayos finos que caían sobre las sábanas. Algunas ardillas corrían por los setos de uvero con los mofletes llenos de frutos secos. Su vecino quemaba hojas y el olor acre se colaba por la ventana abierta.

No parecía haber muchas razones para levantarse. La hora a la que uno se levanta la dicta en gran parte la cantidad de trabajo que se pretenda realizar durante el día. Cuantas menos tareas presente el día, menos razones para levantarse a una hora razonable. Hacía seis meses, Jess se habría levantado a las seis y media para contemplar la línea del horizonte que separaba la noche del día con sombras cada vez más claras, una fina banda dorada que acariciaba los tejados y los postes de teléfono. Ya se había acostumbrado a la posición del sol en su actual hora de despertarse, a su parte inferior apenas visible bajo los aleros.

En la mesa de la cocina, una nota con la apretada caligrafía de Ted decía: «El pasado no es más que el principio de un principio, y todo lo que es y ha sido es solo el crepúsculo del alba». Su marido le dejaba frases inspiradoras de ese estilo cada mañana, recortadas de revistas o copiadas de libros. A veces pensaba que su marido había dejado escapar su oportunidad de convertirse en un orador motivador.

Ted quería desesperadamente que su mujer fuera feliz de nuevo. Después del tiroteo («El incidente», como lo llamaban en el distrito), después de los programas de televisión y los artículos en los periódicos, después de que la Policía Provincial de Ontario la relegara a una suspensión voluntaria, Ted y ella se sentaban delante del fuego, hablaban de los lugares a los que irían o de qué harían. En la oscuridad, Ted

hablaba de un futuro que ella ya no lograba concebir, pensaba en los muebles de su nueva casa en una ciudad nueva, en las alfombras persas que comprarían, en las lámparas de latón y el sofá de piel, en los nombres exactos de los tonos de pintura, como Sopa de cangrejo, Cielo profundo o Verde postal. Aunque todo aquello era irreal e inalcanzable, él intentaba hacerlo posible. Lo que no entendía era que Jess ya no se sentía merecedora de aquella felicidad. Era como si ya no pudiera comprender la felicidad; su forma y su textura, una vez tan familiares, ahora tenían unos bordes rotos y espinosos, imposibles de asir. Se sentaba frente al fuego y escuchaba la voz de Ted, las palabras tranquilizadoras y decididas que la anegaban, la enterraban.

Jess se sentó en el sofá con un vaso de zumo de naranja aliñado con vodka Belvedere, observando la calle a través de una ventana panorámica. Dos codesos se despojaban de sus flores estropeadas en el patio de enfrente, los pétalos antes dorados ahora se veían marchitos y quebradizos. Al ver llegar el Chevy de Sam, cogió el vaso y se dirigió a la puerta.

—Dios santo, Jess, ¿te acabas de arrastrar fuera de la cama?

Sam Mallory se acercó hasta la puerta con su metro sesenta y cinco. El rasgo más llamativo de Sam era su espectacular capacidad para erizarse, tanto físicamente como en su comportamiento. Una mata de pelo enmarañada, espesa y abundante, le cubría la mayor parte de la cara, extendiéndose en todas direcciones como una peluca del revés. Nudillos, orejas y nariz, y lo mismo la V del cuello abierto de su camiseta, lucían igual de hirsutos. Su hermano lo llamaba «Hijo de Bigfoot». En los pocos lugares en los que su piel estaba calva, las palmas de las manos, la frente, debajo de los ojos, era fina como el papel y se pegaba al hueso como cuero gastado.

Miró el uniforme planchado de la Policía de Ontario colgado en el armario del pasillo, junto a los abrigo de invierno y las viejas decoraciones de Halloween.

—Si no te lo vas a poner, ¿por qué no lo subes al desván? Es como un sudario ahí colgado.

—¿Vas a entrar, Sam?

—Si me lo pides.

Se quitó las botas y metió la nariz en su vaso.

—Es un poco pronto para eso, ¿no?

—No me lo parece. ¿Quieres uno?

—Será mejor que no. Mi viejo hígado explotará como una granada de mano y no me puedo permitir un trasplante.

Sam la siguió hasta la cocina, donde le preparó una taza de té. Al verla coger una bolsita de té, las arrugas de la frente de Sam se acumularon.

—¿No tienes una bolsita usada?

—No.

—Es un desperdicio, porque lo tomo flojo. ¿Has tirado alguna últimamente? Me

la tomaré siempre y cuando esté encima del periódico de ayer.

—No sirvo bolsitas de té usadas. —Le guiñó un ojo—. Además, te lo mereces.

—Déjalo ya, anda.

Jess dejó la taza delante de él con un plato de galletas integrales.

—No tienes buen aspecto —dijo Sam—. Pareces... agotada.

—Menudo adulator estás hecho.

Sam Mallory era el tío de Jess, el hermano de su padre. Como ocurría con la mayoría de hermanos, ambos eran totalmente opuestos: Sam era cohibido, mientras que su padre era extravagante; sincero, cuando su padre se mostraba reservado; de raíces firmes, mientras que la vela de su padre se movía con cada viento que soplaba. Cuando su hermano desapareció en el interior de una caja de té hacía veinticinco años, Sam asumió la tutela de los niños. Su madre, Jeanne, murió al dar a luz al hermano de Jess. Sam, un hombre solitario y muy singular, no era el padre suplente perfecto, pero siempre se preocupó por su sobrina y su sobrino como lo haría un hombre con mucho amor que dar y nadie a quien colmar de él, de forma feroz y devota, aunque siempre con un pie fuera.

Lo que Sam sabía sobre criar niños cabría en la cabeza de un alfiler y aún dejaba suficiente espacio libre para uno o dos ángeles danzarines. Pero, a diferencia de su hermano, estaba dispuesto a aprender. Jess recordaba haber ido corriendo a la cocina una mañana y verlo inclinado sobre un bol, batiendo su contenido hasta crear espuma. Una triste masa deforme chisporroteaba en una plancha sobre el fuego.

—¿Qué es eso?

Jess se había despertado con la terrible certeza de que la casa estaba en llamas.

Sam cubrió el bol con su cuerpo, como haría una madre a la que sorprenden envolviendo los regalos de Navidad. Gotas de una mezcla amarillenta le colgaban de la barba enmarañada.

—¿No ves que es el desayuno?

Jess no recordaba que su padre hubiera preparado el desayuno jamás.

—Es la comida más importante del día, por si no lo sabías.

Su tío hablaba con un aire de erudito malhumorado, como si aquello fuera un dato que acababa de leer, seguramente en un libro grueso.

Jess se sentó a la mesa y Sam depositó un plato de forma brusca. La tortita era un disco chamuscado, un solo bocado contendría suficientes carcinógenos para despachar a un minero de carbón con un pulmón de acero.

—Devóralo —le dijo—. Es comida para el cerebro.

La pequeña lengua rosa de Sam rebuscaba ahora migas de galleta en los bosques erizados del bigote.

—He estado leyendo.

Jess miraba al patio trasero, donde un cuervo y una ardilla se peleaban por los

pedazos de pan que Ted había esparcido aquella mañana.

—¿Eh?

—He leído sobre algo llamado Acto de eliminación, Jess. Les pasa a los militares, cuando los soldados pierden el contacto con la realidad y ya nada les importa. Se ponen en peligro cuando no hay necesidad. Tratan de destrozarse por una ruta alternativa.

—¿Eso crees que estoy haciendo? ¿Eliminándome?

—Puede que sí. —Sam movió el té con un dedo—. No eliminándote, pero... aislándote. Mírate, Jess, estás medio borracha a mediodía. ¿Cuándo fue la última vez que saliste?

—Dramatizas en exceso.

Pero Sam no estaba del todo equivocado. Jess no sentía que se estuviera eliminando, pero sí sentía que algo crecía a su alrededor, como un caparazón. A veces pensaba en ello exactamente así: un caparazón que crecía alrededor de su cuerpo, duro y calcificado, rodeándole los brazos, las piernas. Con el paso del tiempo se volvía más impenetrable, las capas se amontonaban unas sobre otras de la misma forma que el nácar crea una perla a partir de una mota de arenilla. Muy pronto, todo lo vio a través de un aura vaporosa y translúcida, como si estuviera encerrada tras paneles de cristal combados y empañados. Últimamente, el mundo exterior, todas las cosas —su antiguo trabajo, sus amigos, Sam, su marido, el mismo incidente—, aparecían impregnadas de distancia y vacío, como si fueran personas y sucesos soñados hacía mucho tiempo.

—¿Qué pasa con Herbie y contigo? —preguntó Sam—. ¿Os escondéis del mundo?

Jess se acercó al armario y sacó una botella. Que se negara a enfrentarse al reto que le planteaba, su total falta de voluntad, eso era lo que más perturbaba a Sam.

—¿Has venido por algún motivo o solo para cuestionar mi estado mental? —le preguntó.

—Eso es muy injusto, Jess. Totalmente injusto.

Jess miró por la ventana de la cocina los fragmentos de césped marrón y sin vida junto a los muebles de jardín. Le recordaban el patio pequeño de una iglesia en alguna aldea por la que había pasado con su padre. Recordaba un cementerio arreglado y a su padre guiándolos entre las lápidas. El viento cortante soplaba a través de la llanura, los mástiles corroídos de las banderas y la calidez de la mano de su padre, las pequeñas flores rosas que brillaban entre la hierba marrón.

—He venido por una razón.

—Mmm. ¿Cuál?

—Ha llamado tu hermano. Quiere hablar contigo.

—Tiene teléfono.

—Ya conoces a Herbie.

—Ya conozco a Herbie.

En cuanto lo dijo, Jess se dio cuenta de la mentira. No había hablado con su hermano en casi dos años.

—¿Qué quiere?

Sam llevó la taza al fregadero y la aclaró. Levantó la vista y por un momento le vio algo en los ojos. Después la abrazó como imaginaba que un hombre atrapado en una trinchera asediada por fuego enemigo abrazaría al hombre que tuviera al lado, con un ardor crudo y avergonzado. No era capaz de recordar la última vez que había hecho algo así. ¿En su boda, tal vez? Se secó la nariz y avanzó hasta la puerta.

—Sam. Oye, Sam.

Lo alcanzó en el vestíbulo.

—Venga, lo siento.

—Es un momento difícil.

—Esa no es excusa para que me comporte como un oso.

—No pasa nada.

—Lo siento.

—Déjalo ya, ¿quieres?

Sam arrastró los pies por el camino de entrada y se subió a la camioneta. Tenía un aspecto cómico tras el volante: un oso pardo domado al que algún alma emprendedora había enseñado a conducir.

—¿Qué quería Herb?

—No me lo ha dicho exactamente —gritó Sam por la ventana abierta—. Quería que te pasaras a verlo, pero...

Farsa #6: *Electrocardiograma plano fraudulento*. Esta vieja treta viene de la India, donde «milagros» baratos similares bastan para conferir la santidad. El charlatán vestido con una toga (para esta farsa, cuanto más viejo y seco, mejor) se sienta con las piernas cruzadas en una esquina de una calle concurrida. Una vez se ha reunido un grupo de palurdos crédulos, se le pide a alguien que compruebe el pulso del charlatán. Es normal. Entonces, con las palmas hacia arriba, la boca cerrada y los ojos como los de un paciente de lobotomía, su cuerpo tiembla. Los más entusiastas echan

espuma blanca por las comisuras de los labios, que se consigue gracias a una pastilla de bicarbonato escondida entre el labio y la encía. El pulso del estafador se ralentiza, se ralentiza, ¡se para del todo! ¡Ha muerto ante sus propios ojos! Sí, pero en el momento justo, el granuja abre los ojos y su corazón late con fuerza una vez más. El engaño: al apretar suavemente una pequeña piedra en la axila, se aplica una presión a la arteria axiliar que detiene el flujo sanguíneo, y el pulso del hombre desaparece «por arte de magia».

[3]

La casa de Herbert T. Mallory Jr. ocupaba una parcela yerma a orillas del canal Welland. Una imponente monstruosidad gótica adornada con relieves y volutas, la baranda flanqueada por dos horribles gárgolas de granito, más un castillo que una casa. El patio estaba rodeado por un muro de ladrillos medio derrumbado, coronado por picas de hierro, y, al frente, una puerta gigantesca se cerraba en el centro para formar las letras HTM; la T se partía por la mitad al abrirse la puerta. La maraña de antenas parabólicas que rodeaba la baranda superior parecía un conjunto de hongos venenosos que crecían del muñón de un árbol. Se parecía mucho al tipo de lugar amenazante y terrorífico que a los niños les encantaría visitar en Halloween, pero, por desgracia, Halloween se encontraba entre las muchas festividades que Herbert se negaba a celebrar últimamente.

Jess aparcó su *jeep* TJ sobre la pizarra rugosa al otro lado de la puerta. A su izquierda, las esclusas del canal traqueteaban y crujían. ¿Cómo podía soportar Herbert aquel ruido?

La luz sonrosada del sol bañaba el césped dañado y marrón y rebotaba sobre el rojo cardenal del Jaguar X80 de Herbert, aunque, por lo que Jess sabía, su hermano no conducía. Un olmo infestado por la oruga malacosoma y cubierto desde el tronco hasta la rama más alta por una capa de telaraña gris daba sombra al coche. El árbol momificado le recordó a un capullo a punto de dar a luz a un gigantesco insecto prehistórico. La plaga llevaba años progresando, Herbert no movió un dedo para combatirla: el concepto de una gran entidad imperiosa destrozada por una multitud de entidades más pequeñas e implacables encajaba con sus inclinaciones socialistas.

Jess subió los desgastados escalones de piedra. Música a través de la puerta con mosquitera, un canto fúnebre sombrío.

—¿Quién es? —preguntó una voz cuando llamó.

—Jess.

—La puerta está abierta —respondió tras una pausa imponente.

Avanzó por el estrecho pasillo cubierto de fotografías de su hermano levitando con Doug Henning, doblando cucharas con Uri Geller, a horcajadas sobre uno de los

tigres de Bengala blancos de Siegfried y Roy. Entre las fotografías había pósteres que anunciaban las espectaculares hazañas de Herbert: el *Escape de la celda de tortura china*, la *Desaparición de la torre CN* y el funesto *Enterrado vivo*. La música procedía de todas partes y de ninguna a la vez. A juzgar por los afligidos aullidos, Jess imaginó que el compositor tenía propensión a sufrir episodios de depresión aguda.

La cocina era una sala de techos altos que olía a sopa instantánea Cup-a-Soup y a periódicos viejos. Papel pintado grasiento y molduras de madera apagadas transformaban cualquier rayo de luz en penumbra, y las altas y estrechas ventanas manchadas de negro por el humo no permitían que se filtrara demasiada claridad. El ambiente era húmedo, oscuro y ahumado de forma no natural, como si una máquina de humo hubiera estado bombeando en secreto. Una pirámide de televisores sintonizados en diferentes canales ocultaba la pared de la derecha.

—Buenas tardes, hermana.

Herbert estaba sentado a una mesa cubierta por montones de chucherías: moras, judías, látigos de regaliz, ositos. Su porte esbelto estaba envuelto en una bata con ribetes de piel; por el cuello abierto de la bata sobresalía una mata de pelo pajizo que combinaba con la revuelta pelambreira de su cabeza. Algunos mechones de pelo húmedos se le pegaban al cráneo, como si, al oír a Jess llamar, se hubiera dado prisa en parecer presentable. Las gafas de montura plateada le daban un aspecto antiguo que no encajaba con su edad, treinta y tres años. Miró a Jess con la expresión triste de un hombre que acaba de dejar la bebida recientemente y, con la existencia desprovista del falso placer que una vez disfrutó, ahora vive en un estado de pena perpetua.

Jess se sentó.

—Sam me dijo que querías hablar.

—Sí —dijo—. Sí, quiero hablar.

Herbert unió los dedos formando una especie de pirámide y se los llevó a los labios. Sus dedos eran largos y afilados, aunque nudosos, recordaban a las raíces trenzadas de los manglares. Estiró una mano y sacó una judía roja de un montón, le dio vueltas como un gemólogo inspeccionando un ópalo.

—¿Y...?

—Estoy en ello.

Jess sintió crecer en su interior un enfado conocido.

Ninguna criatura en el mundo está más ensimismada que un mago. Beneficiarios de fondos fiduciarios, princesas viudas, divas de todo tipo, no jugaban en la misma liga. Era una predisposición de por vida, la conmoción en el pecho de un niño al ser testigo de cómo le quitan la nariz de la cara y se mueve entre los dedos de alguien. Los niños que crecieron y se convirtieron en magos aprendieron el poder del misterio de forma muy temprana, se convirtieron en depositarios de una sabiduría secreta. El

problema era que tendían a dejarse llevar demasiado por este poder, lo que, en el caso de Jess, había dado lugar desde 1976 a una eterna procesión de escenas similares a esta:

—Pásame la pimienta, papá.

—¿Qué pimienta, cariño?

—La pimienta que estaba en la mesa hace un minuto.

—Ahora no está ahí, ¿verdad?

—La has escondido tú.

—¿Escondido? Mi pequeña, esconder es un truco descarado que utilizan los timadores callejeros.

—Vale. La has hecho desaparecer.

—Puede. Di la palabra mágica y haré que aparezca de nuevo.

—Por favor.

—El carnicero dice «por favor», cariño. El basurero dice «por favor».

—Ag. Floobidoo.

Momentos después sentía el peso repentino del molinillo de pimienta en su bolsillo. La primera vez resultaba divertido. La segunda, menos. De la tercera a la número tres mil eran un sufrimiento absoluto. Por eso, mientras su hermano exprimía el momento como su padre, Jess no aguantó más.

—Apaga esa música horrible.

—¿No te gusta?

—Un minuto más y me rebano el pescuezo.

Herbert rebuscó entre el montón de mandos a distancia que tenía junto al codo, encontró el adecuado y pulsó un botón.

—Ahora —continuó Jess—, dime. ¿Qué narices está pasando?

Herbert examinó una torcida torre de periódicos, ejemplares del *St. Catharines Standard*, *New York Post*, *Calgary Herald* y muchos más, y sacó una sección del *Sault Ste. Marie Star*.

—Mira.

El titular del periódico local decía: «Mago deslumbra a los pacientes del hospital». Una granulada foto en blanco y negro capturaba a un hombre vestido de esmoquin a mitad de una floritura en medio de los espectadores colocados en forma de U, vestidos con batas y sentados en sillas de ruedas. Entrecerró los ojos y estudió la fotografía con detenimiento hasta que la imagen se disolvió en los puntos blancos y negros que la componían.

—¿Y?

—¡¿Y?! ¡Es él! ¡El mago! ¡Papá!

—Ya lo veo.

—Ah, vale. No te importa. Es eso, ¿no?

¿Por qué debería importarle? Los había abandonado. Necesitaron dos años para convencer a Herbert de que no le había desterrado a algún universo paralelo horrible, dos años durante los cuales Herbert sufrió pesadillas en las que su desafortunado *pater* daba vueltas y gritaba en un vacío insondable. Jess desarrolló una perspectiva pragmática: algunos padres salían a comprar tabaco y nunca volvían, su padre se metió en una caja y desapareció. Aunque lo hubiera desarrollado con más gracia que la mayoría de abandonos, no dejaba de ser una acción cruda y cotidiana.

—Misma mierda, padre diferente —les decía a sus amigos.

—¿No tienes ganas de contactar con él? ¿Ninguna?

—No forma parte de mi vida. Nos abandonó.

—Tenía sus razones.

—No empieces otra vez con eso.

—Es verdad —insistió Herbert—. Los vengativos magos molestos con el libro le obligaron a desaparecer.

Ese maldito libro. La única fama que obtuvo Herbert T. Mallory Sr. le llegó con la publicación de *Brujos, charlatanes y milagrosos: Al descubierto*. Un compendio de «Farsas». El libro revela la ciencia y los engaños que hay detrás de las ilusiones realizadas por los timadores de los barrios pobres, los afamados hombres divinos de la India y los famosos magos de espectáculo. Lo compraron escépticos, estafadores y todo tipo de gente a la que le encanta deleitarse espiando a través de mirillas y leyendo diarios ajenos.

—¿De qué estás hablando? ¿Acaso alguien le hizo algo alguna vez?

—Bueno. —Herbert se quitó una pelusilla de la bata—. ¿Qué pasa con las bromas telefónicas? ¿Y cuando cubrieron nuestra casa de huevos?

Jess intentó imaginarse la ridícula escena: un coche lleno de magos dando vueltas a la manzana, engalanados con chalecos con imitaciones de piedras preciosas incrustadas, plumas de pavo real y brillantes turbantes de satén con gemas brillantes en el centro, derrapando al girar una curva muy cerrada, lanzando maldiciones y encantamientos mientras tiraban huevos a su ruinoso *bungalow*.

—Nos abandonó, Herbert. Es un cobarde.

—Cree lo que quieras —dijo, con la barbilla levantada en un gesto altanero—. Si no quieres saber nada de él, me parece bien, pero yo sí quiero.

—Pues ya puedes poner en marcha el coche y largarte.

—Ya sabes que no puedo.

Jess se encogió de hombros y fue al frigorífico. Estantes y bandejas estaban llenos de latas de una bebida llamada Sagiko Chrysanthemum.

—¿No tienes cerveza?

—Es coreano. Muy refrescante.

Jess abrió una lata y echó un trago.

—Delicioso.

Rascó con la uña uno de los cristales mugrientos y dejó entrar un pequeño rayo de luz en forma de hoz.

—Entonces, si no vas a salir de casa, ¿cómo...?

—Bueno, había pensado en que quizá podrías localizarlo...

—Claro, eso has pensado. La chica de los recados de Herbert.

—No es eso.

—No me importa si ese hombre vive o ha muerto.

—Joder, me quieres dejar...

—Si tantas ganas tienes de verlo, quítate esa bata ridícula y deja de ser un ermit...

—¡Mira quién fue a hablar!

—¡Al menos, yo salgo de casa!

Herbert empujó la silla, se levantó y se acercó a ella. Jess recordó los días en los que su hermano la tiraba al suelo, se sentaba a horcajadas sobre su pecho y le golpeaba el esternón hasta que nombraba diez chocolatinas, el temido «picoteo del gallo». Su única defensa era el terrible «retuercepezones» que le propinaba con el regocijo sádico del torturador de un gulag. Se preguntaba si aquello acabaría con ellos dos rodando por el suelo, picoteando y pellizcando.

Pero se detuvo en seco, con los ojos llenos de una mezcla molesta de pena y resentimiento. Le dio la vuelta a la mano bajo el débil rayo de luz.

Jess le miró los dedos largos y afilados, con las uñas mordidas hasta bien entradas en la carne. Había visto aquellos dedos hacer cosas que ningunos otros dedos del mundo podían hacer, hacer desaparecer y aparecer cartas, monedas y golondrinas egipcias con la rapidez parpadeante de la filmación fotograma a fotograma. Pero, sacados de su elemento y empleados en tareas mundanas, esos mismos dedos resultaban incapaces y torpes.

Tras la desaparición de su padre, Herbert se sumergió en la magia. Llevaba una baraja de cartas a todas partes, practicaba trucos en el patio del colegio, en el autobús, en la bañera. Se compró una camisa de fuerza en una tienda de equipamiento médico y aprendió a dislocarse los hombros. Jess recordaba gráficamente el toc carnoso que hacía la clavícula al salirse de su hueco. En seguida se puso a hacer desaparecer vasos y platos, incluso el guiso de encima de la mesa. Aunque Sam elogiaba las habilidades de Herbert porque creía que aquel era su papel, lo hacía con la sensación desconcertante que uno tiene al ver la historia repetirse.

A los dieciocho, Herbert se subió a un autobús en dirección a Toronto. Había buscado el nombre de un agente en la guía telefónica, caminó hasta la dirección de Bay Street, apartó a la secretaria de su camino hasta el despacho y realizó una serie de ilusiones con fuego que culminaron con la *Orbe abrasadora*. El agente, con la cara empapada en sudor por el calor persistente, firmó un contrato con Herbert allí

mismo.

—Lo siento —dijo Jess cuando su hermano giró la mano bajo la tenue luz que se filtraba por la ventana—. No debería haber dicho eso. —Dio un trago a su bebida de crisantemo—. Sabe mejor cuanto más bebas.

El ascenso de Herbert fue, en el lenguaje de la industria, meteórico. Se embarcó en una gira por todo Canadá. «Un Houdini moderno», dijo de él el *Toronto Star*; «Destinado a ser el mayor nombre de la magia», anunció el *Montreal Gazette*. Después llegó Europa. Herbert se subió a los mejores escenarios del Viejo Mundo, donde Robert-Houdin atrapó balas entre los dientes y provocó que los listones de madera del suelo sudaran sangre. A su regreso a Norteamérica, trajo consigo una auténtica oleada de fama y trabajó en recintos abarrotados como el Radio City Music Hall, el Emerson Majestic Theater y el Los Angeles Orpheum.

Pagó el billete de Jess y Sam para que asistieran a su actuación en Nueva York. Jess recordaba estar sentada en un palco con su tío, que parecía incómodo entre el terciopelo rojo y las siluetas oscuras de mujeres y hombres ricos.

Pero sobre todo se acordaba de Herbert.

Parecía muy pequeño bajo el brillo austero de los focos, un tramoyista sorprendido por el alzamiento del telón. Pero mientras realizaba su actuación, materializando cartas a montones y lanzándolas con tanta fuerza que rebotaban en las puertas del vestíbulo y en las barandillas de los palcos, Jess se dio cuenta de que veía a un hombre en su elemento. A veces respondía a los aplausos con una sonrisa indulgente, otras despreciaba por completo al público. Se le perdonaba aquel desdén tan descarado. El público se sentía privilegiado por poder ver a aquella nueva estrella al comienzo de su carrera.

Se emitieron especiales televisivos (*¡El cofre de las ilusiones de Herbert Mallory!*; *Boca abajo en la celda de tortura china*) y se forjó una cadena de relaciones con celebridades: estrellas emergentes, supermodelos y una actriz de películas porno. Se vio envuelto en peleas de borrachos a la salida de clubes nocturnos de Hollywood y en las refriegas inevitables con los *paparazzi*. Hubo grandes gestos, como el día que Jess encontró un Mercedes descapotable a la puerta de su casa. Desarrolló las formas de un príncipe entre plebeyos. Repartía favores como oro y esperaba la deferencia de todo el mundo en cada momento.

Su carrera terminó en directo en la televisión nacional, frente a una audiencia estimada de unos diecisiete millones de espectadores, en menos de cuatro minutos.

—No digo que no vaya a ir a buscarlo —dijo Jess—. Es solo que no iré sola. Tengo mis propios problemas.

Herbert señaló con la cabeza la pirámide de televisiones.

—Vi las noticias. No estuvo bien que te suspendieran.

—Yo pedí que me suspendieran.

—¿En serio?

—Ese no es mi sitio.

La hazaña, o el «desafío personal», como lo llamaba Herbert, consistía en una recreación del famoso *Enterrado vivo* de Houdini, en la que el mago, enfundado en una camisa de fuerza, se introducía en un cofre cerrado que a su vez se introducía en una cripta llena de arena. Escapar de ahí resultaba relativamente sencillo: tras retorcerse para salir de la camisa, Herbert solo tenía que deslizar un panel en la base del cofre y cavar treinta centímetros en la arena para llegar a una trampilla.

Jess estaba en casa cuando ocurrió, lo vio por televisión. Todo parecía muy extraño. Echaron la arena, pero la cripta no se llenó. Luego se oyó un crac ahogado, el sonido de un hueso al partirse bajo el agua. La superficie se movió ligeramente, el aire que contenía el cofre roto escapó en una serie de resoplidos polvorientos. Las cámaras se retiraron, como avergonzadas por la intensidad. Sentada frente al televisor, apretando la mano de Ted, parte de Jess odió a Herbert por la manipulación.

Uno de los productores subió al escenario, gritando.

—¡Sacadlo de ahí! ¡Sacadlo de ahí YA!

Operarios se apresuraron a trabajar con palancas y destornilladores, atacando las juntas del cofre. Las cámaras enfocaron más de cerca. Un miembro del público subió al escenario, metió la llave del coche en una junta e intentó moverla con la poca fuerza que consiguió reunir. Un técnico atacó el cofre con sus propias manos.

Tres minutos y treinta y siete segundos pasaron antes de que consiguieran abrir el cofre. El muro de contención cedió y dejó caer una ola de arena sobre la primera fila. Jess vio el brazo de Herbert girar y girar mientras su cuerpo caía por la pendiente de arena con la chaqueta del esmoquin (debió de escapar de la camisa de fuerza antes de que se rompiera el cofre) arrugada hasta el codo y los gemelos de oro brillando por encima. Su cuerpo rodó hasta que chocó contra las candilejas.

Los médicos lo sacaron de la arena y le aplicaron el boca a boca. Durante treinta segundos solo se vio su pecho moverse de forma artificial, como un fuelle frágil. Le quitaron un zapato, después el otro. Un agujero en el calcetín. La camisa quemada por las luces abrasadoras. Se sentó bruscamente, sacudió los brazos e intentó asir algo inexistente con los dedos, con los ojos abiertos de par en par y granos de arena pegados a las pestañas.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó el productor—. ¿Herbert? ¿Herbert?

—Ahí dentro es la eternidad —fue todo lo que dijo.

La cadena emitió una repetición.

Jess se sentó.

—Por lo que yo sé, nuestro padre nos abandonó. Pero si quieres buscarlo, me apunto. No quiero hablar con él, no quiero mirarlo. Pero te acompañaré.

Herbert se quedó mirando al mundo que había conocido durante los últimos dos

años, impreciso y filtrado, mantenido a raya gracias a los ladrillos, el mortero y los cristales sucios.

—¿Estás diciendo que tengo que ir?

—¿Sabes cómo llama Sam a este lugar? La fortaleza de la soledad.

Jess se llevó la lata de refresco a los labios, un tanto sorprendida al comprobar que estaba vacía.

—No sé qué pasó en el cofre. Nunca me lo contaste. No sé si se lo habrás contado a alguien. Imagino que fue horrible y sé que tienes dinero, el suficiente para construir este sitio, pagar el Jaguar y mantener el suministro de refrescos extranjeros durante el resto de tu vida. Pero necesitas salir.

Herbert la miró, fue una mirada extraña, desviada, que se apartó de ella como se aparta la vista de alguien que está enfermo.

—¿Sabes por qué nunca he hablado del tema? Porque nadie me ha preguntado. Mi agente, mi publicista, no paraban de decirme que lo superara, que lo olvidara, que era cosa del pasado. ¿De verdad lo quieres saber?

—¿De verdad me lo quieres contar?

Un momento después, habló.

—Estaba oscuro. Estaba oscuro y escuchaba crujir el cofre. La arena era importada de Egipto. Huesos pulverizados, sobre todo, de animales que murieron en el desierto, se supone que es más ligera. Sentía cómo aumentaba la presión mientras la vertían, me reventaron los oídos. Sabía que se rompería. Grité unas cuantas veces, grité muy fuerte. Cuatro toneladas de arena. Eso es como dos elefantes y medio.

Negó con la cabeza, perplejo, como si el peso, expresado en términos sencillos, le sorprendiera.

—Se combó. Un fragmento de madera me cortó la mejilla. Es todo lo que recuerdo, la verdad. Mi vida no me pasó por delante de los ojos. Lo único que recuerdo es oscuridad y presión. Una presión dura, constante.

Durante mucho tiempo, ninguno de los dos habló. Jess se preguntaba por qué alguien querría encerrarse después de algo como aquello. Ella no querría encerrarse nunca más, dormiría en un campo bajo las estrellas, sin paredes, sin techo. Sin presión.

—Había tenido mucha suerte en la vida hasta entonces. —Herbert se encogió de hombros—. La racha tenía que acabarse.

Por primera vez en muchos años, Jess pensó en cuando volvía caminando del colegio con él al atardecer, en invierno, con la piel de un color grisáceo en contraste con la nieve, Herbert animado sin ningún motivo, dando vueltas a su alrededor como un perro entusiasmado hasta que ella lo tiraba al suelo y le restregaba nieve por la cara, después los dos rodaban por la nieve como camisas en una secadora. No conseguía conectar el hombre sentado frente a ella con el niño que conoció hacía

años. De este ni siquiera quedaba un perfil difuso, una silueta.

—Vendré mañana a las nueve de la mañana —le dijo—. Sal por esa puerta y te llevaré adonde quieras.

—¿No me puedes dar unos días?

—¿Vas en serio con todo esto o no? El artículo es de ayer.

Herbert siguió a su hermana hasta la puerta. El sol neblinoso de otoño se filtraba a través de un banco de nubes. Al salir del sepulcro de la casa de su hermano, Jess no pudo evitar entrecerrar los ojos por la luz. Abrió la puerta del *jeep* y miró brevemente por encima del hombro. Herbert estaba en el vestíbulo, con la cara dividida en cuadrados de sombras que proyectaba la puerta mosquitera.

Esa noche, se sentó en el porche con su marido, con las manos entrelazadas bajo una manta. Desde que lo habían ascendido de la línea de producción, las manos se le suavizaron, se volvieron más cuidadosas y defensivas, como si, entumecidas tras años en la línea, hubieran recuperado el tacto. Un atardecer temprano colgaba suspendido sobre la silueta del centro de la ciudad, fragmentos de peltre ardían entre los edificios altos.

—¿Estás segura de que es tu padre el de la foto?

—Es él.

El padre de Ted era agente de seguros y su madre enfermera. La historia de su familia estaba marcada por la monotonía característica que daba lugar a una descendencia equilibrada, nada de líos extramatrimoniales, ni deudas aplastantes, ni parientes desquiciados, dominados por el hemisferio derecho. Como no había conocido nunca a gente como ellos, solo concebía al padre y al hermano de Jess como abstracciones difusas, excesivos personajes de cómic dotados de vida.

—¿Crees que Herb saldrá de casa?

—Depende de lo importante que esto sea para él. —Jess se tocó la nariz con el labio superior y tomó aire—. Creo que sí. Asuntos pendientes.

—¿Y tú?

—¿Con papá? Se acabó.

Más tarde, en la cama, observó la imagen de Ted reflejada en el espejo del baño al lavarse los dientes. Tenía el cuerpo de un atleta retirado venido ligeramente a menos. Una barriga recién adquirida sobresalía de la goma de los bóxers, aunque la llevaba bien, como algunos hombres son capaces de hacer. Se cepillaba con pasadas rápidas, como barriendo, como si fregara una olla incrustada. Espuma blanca se deslizaba por sus dedos y su muñeca.

«Es cierto —pensó—. Los hombres casi siempre resultan más atractivos cuando creen que nadie los mira.»

Farsa #22: *La pared sangrante*. Inventada por Robert-Houdin, abuelo de la magia moderna. Se realiza mejor en una plaza pública. El mago saca una pistola, apunta a una pared y dispara. Fragmentos de cal y yeso salen volando y del lugar donde golpea la bala mana sangre. El engaño: ese mismo día, unas horas antes, el mago perforó la pared por el otro lado y la llenó de una solución de cloruro de hierro. Cuando la bala, empapada en una solución de sulfocianuro de sodio, penetra en la pared, se produce una reacción química que da lugar a una sustancia viscosa de color rojo que se vierte por el agujero. Apunte interesante: Houdin en un principio utilizaba su propia sangre, pero, tras una racha de actuaciones diarias que le dejaron demacrado y exhausto, optó por el sustituto químico.

[4]

Era una mañana tranquila y fresca. Después de la tormenta de la noche anterior, el sol estaba medio tapado por una capa de nubes consumidas; se deslizaban por el cielo, difusas y harapientas, como una cascada helada. Jess bajó la ventana para dejar entrar el aire fresco impregnado de olor a creosota. Era el tipo de día que desearía poder congelar para repetirlo indefinidamente, llevaría ese día consigo el resto de su vida.

Paró el coche en el camino de entrada de la casa de Herbert. Su hermano estaba sentado sobre un baúl detrás de la puerta mosquitera.

—¿Vienes?

—Me lo estoy pensando.

La voz de Herbert sonó tan delicada como la hostia de la comunión.

Jess miró su reloj. Las 9:03.

—¿Voy a tener que atarte y sacarte a rastras?

—Por el amor de Dios, Jess, un minuto. ¿Vale?

Su hermano realizó una serie de respiraciones rápidas, como un halterófilo animándose para un levantamiento limpio con el que batirá un récord. Empujó la puerta mosquitera con la punta de sus mocasines y dio un tímido y corto paso de la oscuridad a la luz. Llevaba un traje de lana cruzado, de seis botones, con las rayas rectas como las de un uniforme militar. Su cara reflejaba la expresión cegada por la luz y ligeramente horrorizada de un niño obligado a salir del vientre de su madre de forma prematura. Bajó hasta el camino de entrada. Por lo que Jess sabía, era lo más lejos que había llegado desde hacía años.

—La parte difícil ya está.

—He salido un par de veces —dijo, a la defensiva.

—¿Sí?

—La primavera pasada. Un vagabundo se instaló en el cenador. —Inclinó la cara para recibir el sol—. Lo eché con un palo.

El siguiente obstáculo con el que se enfrentó Jess fue el equipaje de su hermano. Ella había preparado una mochila pequeña con una muda de recambio. El equipaje de Herbert lo formaban un baúl, un cofre más pequeño, dos maletas y un petate con el tamaño suficiente para pasar de contrabando a un par de contorsionistas.

—Nos espera un viaje en coche de ocho horas, no la vuelta al mundo en ochenta días.

Parecía herido.

—Lo necesito.

—Deja ya de ser tan divo. ¿Por qué?

—¿Cómo sabrá él si no que he tenido éxito?

—¿Qué? ¿Te llevas todos los premios y placas? Estoy segura de que lee el periódico.

Jess lo convenció para que se llevara solo el petate y una maleta. Cogió la segunda, tan pesada que podía contener lingotes de oro, y la llevó hasta el *jeep*.

—Me niego a ir en ese correccaminos —dijo Herbert—. Nos llevamos mi coche.

El cuerpo de Jess se mimetizó con el cuero oscuro de la tapicería del Jaguar como el agua en una esponja seca. Las elegantes esferas e indicadores europeos estaban bordeados de teca pulida. El cuentakilómetros marcaba 7,2, la distancia que sospechaba separaba el concesionario de la ermita de Herbert.

Tomó la entrada de Lake Street y se incorporó a la Queen Elizabeth Way. Pasaron el Henley Regatta, donde un remero solitario surcaba las tranquilas aguas marrones, y las laderas de St. David Bench, donde los trabajadores de los viñedos recogían las uvas Riesling de la última cosecha. En el límite de la ciudad, pasaron junto a una señal desconchada que decía: «Gracias por visitar St. Catharines, hogar de Herbert T. Mallory Jr., ¡el mejor mago del mundo!» junto a una ilustración de una mano sin cuerpo sacando un conejo de una chistera.

—Ojalá alguien quemara esa mierda —dijo Herbert.

Hurgó en su maleta y sacó la pipa que Jess había visto encajada en su cara durante innumerables apariciones en los medios. Una calabaza del estilo preferido por el famoso detective de *sir* Arthur Conan Doyle.

—¿Por qué fumas esa cosa?

—Porque soy sofisticado.

El tono de Herbert sugería que Jess no reconocería la sofisticación ni aunque la mordiera en el culo.

—Es un hábito estúpido y afectado. No te pega nada.

—Tú tienes tus vicios —dijo Herbert—. Yo tengo los míos.

En la zona norte de los pasos elevados de la Hamilton Skyway, el lago Ontario se extendía plano y de color esmeralda bajo los rayos del sol; al sur, las chimeneas de Stelco se elevaban como pilares plateados contra el lienzo azul del cielo. El tráfico

era sorprendentemente escaso y avanzaban con normalidad. El Jag susurraba a ciento diez kilómetros por hora, Jess apoyaba un par de dedos sobre el volante para mantenerlo firme. Tras cruzar Toronto, Jess bajó la ventana un par de centímetros y el aire con olor a excrementos que venía de los pastos se filtró dentro del coche. La pipa de Herbert olía como una olla llena de cerezas chamuscadas.

Recordaba haber conducido por aquella carretera con su padre y su hermano, hacia una fiesta de cumpleaños, una *bar mitzvah* o una feria campestre. Los dos hombres iban sentados delante, su padre instruyendo a Herbert sobre todo tipo de trucos e ilusiones, indicándole los engaños. Ella iba en el asiento de atrás. De vez en cuando, su padre estiraba la mano por entre los asientos delanteros, le daba un pellizco cariñoso en la rodilla y le preguntaba: «¿Estás prestando atención, cielo?». En esos momentos, Jess deseaba que su madre siguiera viva, o tener una hermana, cualquier amortiguador entre ella y los hombres de los asientos delanteros. Su padre no dejaba margen a la posibilidad de que tal vez ella no quisiera dedicar su vida a la magia, su dedicación era tan absorbente y había encontrado un acólito tan dispuesto en su hijo que le resultaba inconcebible que ella no quisiera compartir su obsesión. Pero, incluso a su tierna edad, Jess reconocía un camino sin salida cuando lo veía, ¿qué papel desempeñaban las mujeres en la magia? Distracciones con tops de lentejuelas. Un regalo para los ojos. Su padre no la utilizaba para otra cosa: «Quédate a un lado y sonríe, cielo. Deja que esos hoyuelos tan encantadores hagan todo el trabajo». Al echar la vista atrás, Jess se dio cuenta de que las decisiones más importantes de su vida habían estado motivadas por un deseo de rodearse de individuos e instituciones que fueran todo lo contrario a la fantasía, a la volubilidad, es decir, a lo que representaban la magia y su familia.

La carretera serpenteaba a lo largo de la costa de la bahía Georgian. Vista a través de los grupos de arces y abetos que punteaban la costa, el agua se extendía como un espejo oscuro y curvo, interrumpido solo por una cadena de islas adimensionales.

—Bueno —dijo Jess—. ¿Alguna vez has pensado en volver?

—¿A qué?

—A la magia. A la vida.

—Si te refieres a la clase de trucos con los que me ganaba la vida, no. —Abrió la ventana y lanzó la ceniza de la pipa al aire—. Me interesa la magia real.

—El libro de papá debería haberte convencido de que no existe tal cosa.

—No es cierto. Papá creía en la magia de verdad. ¿Por qué crees que llegó tan lejos para desacreditar a los estafadores?

Una sensación repentina y oculta como una trampa se abrió en el estómago de Jess. Ahí estaba, una cosa más que su padre le había mantenido en secreto. Se quedó mirando fijamente por la ventana una bandada de gansos migratorios que se movían justo al mismo ritmo que el coche, como congelados en el aire, como sujetos con

chinchetas al cielo.

—Hay magia real —continuó Herbert—. Un místico beduino encerrado en una cripta durante dos años aparece vivo y con buena salud. Un chamán navajo se convierte en un lobo gris ante una congregación de misioneros. Un santón hindú sube por una cuerda hasta las nubes y desaparece. Esas cosas han sucedido. Hechos comprobados. Transformación, telepatía, invisibilidad, se puede lograr.

—Déjalo ya.

—Hablo en serio. Dime una cosa, ¿alguna vez has oído hablar del *swami* Vindii Lagahoo?

—Él y yo jugamos al críquet todos los miércoles.

—Qué graciosa. Lagahoo vivió hace muchos años en Persia, donde fue consejero espiritual del príncipe. Lagahoo era conocido por ser un gran hechicero; vivió 127 años, según los registros de la época, y se le atribuyeron numerosos milagros: sacar ceniza sagrada de sus largas mangas, eliminar tumores cancerígenos a través de la piel de personas enfermas, levitación, transustanciación. Está escrito que una vez, en una reunión en palacio, le rebanó el pescuezo a un lechón que se estaba asando a la vista de todos los invitados y una bandada de palomas salió volando del corte. ¡Impresionante!

Jess dejó escapar un silbido sarcástico.

—Su hazaña más importante, la que he estado practicando, es volverse invisible a los ojos de los demás.

—Venga ya, Herbert.

—Lo digo en serio. No es ningún truco, es pura habilidad mental. Una cuestión de voluntad. Lagahoo se preparó durante años y finalmente consiguió alcanzar la invisibilidad durante horas. El esfuerzo lo volvió más loco que una cabra.

—¿Alguna vez se te ha ocurrido pensar que estaba loco desde el principio?

Jess escuchaba cada vez con más incredulidad mientras Herbert seguía describiendo cómo, durante los últimos seis meses, había permanecido cada día sentado en una habitación de su casa, con las piernas cruzadas en una postura de yoga sobre el suelo de madera desnudo, enseñándose a volverse invisible.

—... primero, hay que bloquear todas las distracciones exteriores. Hay que bloquear los sentidos básicos de la vista, el oído, el olfato y el tacto. No se debe sentir nada para sentirlo todo. Centra tu mente. Deja a un lado todos los pensamientos materiales. Concéntrate. No veas nada. No, ve blanco. Perfecto. Blancura infinita. Céntrate en ella. —Asintió para sí mismo—. Sí, es posible. Soy la prueba viva. —Añadió—: Totalmente autodidacta.

—Si lo estás haciendo tú solo, ¿cómo sabes que te has vuelto invisible?

Herbert suspiró como un profesor haría cuando topa con un estudiante particularmente lento.

—Simplemente lo sé, Jess. Lo siento. Supongo que se podría definir como una desconexión.

—Lo único que digo es que si algún tío entra en la comisaría hablando de *swamis* ancianos e invisibilidad, llamaría a los hombres de la camisa de fuerza.

—Cállate.

—Directo al manicomio. Por su propio bien.

—¿Crees que estoy loco? Para. —Herbert señaló con el dedo una tienda a la que se estaban acercando—. Te lo voy a enseñar, joder.

Jess salió de la carretera y entró en el aparcamiento del Autoservicio Gibson. Aparcó debajo de un cartel en el que se leía: «Restos de pavo 59 c/lb». Herbert se quitó la chaqueta y se remangó la camisa hasta los codos.

—Apaga el motor y guarda silencio —le dijo mientras se desabrochaba los botones hasta el ombligo—. Se necesita una concentración increíble.

Jess hizo el gesto de cerrarse la cremallera de los labios.

—Muy bien. —Herbert giró el cuello e hizo crujir los nudillos—. Ahora, observa.

Cerró los ojos. Poco después, su cuerpo temblaba, los dedos se le contraían en una serie de ataques, como si intentara sintonizar las emisoras de una radio complicada. Los párpados se le estremecían como si estuviera en la fase REM del sueño. Movía los labios en silencio, en una cadena de sílabas ininteligibles. Jess se acordó de una llamada al 911 que contestó ella hacía unos años, algún flipado que había traído de contrabando un sapo psicoactivo de Borneo. Su novia informó de que se había pasado toda la noche lamiendo el lomo de la pobre criatura. Jess encontró al tío tumbado en calzoncillos en el suelo de la cocina. La cabeza del sapo sobresalía por debajo del frigorífico, estudiando a su acosador con ojos saltones. El cuerpo del chico se estremecía ligeramente, como si le estuvieran aplicando una terapia de electrochoque ligera. El cuerpo de Herbert se sacudía de la misma forma.

Aquello duró cinco minutos. No desapareció en ningún momento.

—¿Aún me ves?

—Me temo que sí.

—¡Joder! —Abrió los ojos de golpe—. ¿Nada? ¿Se me ha puesto la piel opaca?

—Un poco ahumada tal vez —mintió.

—¡Ja! ¡Te lo había dicho!

Ver a Herbert sonreír era como ver la cabeza de una cerilla prenderse.

—Solo necesito practicar más.

Jess se incorporó de nuevo a la autopista, que viraba bruscamente hacia el oeste, por Sudbury. Conducían de frente al sol que se adentraba suavemente entre las colinas y enviaba largas brasas sobre el paisaje. De vez en cuando pasaban por delante de un motel o de algún establecimiento comercial o una tienda de cebo, pero, por lo demás, el paisaje se reducía a vastas extensiones de pinos, arces y álamos.

Herbert rebuscó en su maleta y puso un CD en la radio.

—Edith Piaf —dijo—. El pequeño gorrión. Una de las favoritas de papá.

Jess escuchó las letras en francés cantadas en un contralto áspero e intentó con todas sus fuerzas no odiar a Piaf solo porque a su padre le gustaba. Eran casi las cinco cuando llegaron a Sault Ste. Marie.

El Hospital Mental Sleighton estaba situado a las afueras de la ciudad, al oeste, rodeado de un espeso bosque en el que no habían entrado las empresas madereras. El recinto estaba salpicado de árboles altos de hoja caduca que se habían desprendido de todas las hojas, excepto de las más tozudas. Una verja de hierro forjado, con barrotes oxidados terminados en puntas decoradas, cerraba el recinto. Jess dejó el coche en el aparcamiento de visitantes.

—Acogedor —comentó Herbert.

Jess permaneció sentada tras el volante, escuchando cómo se enfriaba el motor. La última vez que había visto a su padre era una niña de once años. Ahora era una mujer de treinta y seis con una casa, un marido y veinticinco años de historia no compartida. Pensó en aquella noche de la actuación ante los Pythia, en cómo su padre no la miró a los ojos ni un solo momento; se limitó a meterse en el cofre, saludar con el sombrero y desaparecer. Se preguntaba si había sido algo premeditado o si simplemente se encontró al otro lado de la cortina y la idea apareció de repente en su cabeza: sal por la puerta de la cocina hasta el callejón, dobla la esquina hasta la calle y sigue caminando. Una decisión instantánea. Dos niños, una hipoteca, toda la responsabilidad, puf. Desaparecido. Por arte de magia.

—Tenemos que hacerlo, Jess.

—¿Quién lo dice? Nadie estipula estas cosas, no hay una guía de uso.

—¿Tengo que atarte y arrastrarte ahí dentro?

La fachada del edificio principal del hospital estaba desconchada y llena de manchas de humedad, trozos de argamasa se habían desprendido de los marcos de las ventanas circulares. La cara nada sonriente de la recepcionista estaba enmarcada en una abertura colocada en medio de una ventana de cristal esmerilado. El único medio de comunicación era a través de un disco de metal perforado, igual que en la taquilla de un cine.

—¿En qué puedo ayudarles? —dijo la voz de la recepcionista, vibrante.

Jess se acercó más al disco de metal.

—Organizaron un espectáculo de magia aquí hace unos días...

—Pabellón ocho, planta cuatro. Los ascensores están al final del pasillo, a la derecha.

La entrada al pabellón ocho: una puerta de acero pintada con un arcoíris descolorido; conejos, ardillas y otras criaturas del bosque jugueteaban bajo el arco de

colores. El cristal de la ventana estaba recubierto de tela metálica.

Un celador sentado detrás de una mesa leía *Archie's Digest*. El hombre llenaba el uniforme blanco hasta la última puntada, la tela se estiraba por la presión de su mole de carne. La piel de la cara parecía flotar sobre sus rasgos, algo suelta, como la capa que se forma sobre la sopa fría. La chapa de su nombre decía «LEE».

—Estamos aquí para ver al mago —le dijo Jess.

Sin levantar la vista del cómic, giró la muñeca para que Jess pudiera ver la lectura digital de su reloj.

—Las horas de visita terminan a las cinco.

—No hemos venido a visitar a ningún...

—Son más de las cinco, cariño.

Jess sacó su placa, que aún llevaba consigo. Como estaba suspendida, carecía de valor, pero el celador no lo sabía. La colocó sobre el cómic y la dejó colgando.

—¿Qué necesita del mago, agente?

—Tenemos razones para sospechar que está involucrado en un robo —dijo Herbert—. El hombre es un conocido estafador. Tenemos informes de testigos y algunas... pruebas que lo confirman.

—No veo cómo puede ser posible —dijo Lee.

—Mire, solo queremos hacerle algunas preguntas —dijo Jess.

—Bueno, entonces supongo que iré a buscar al mago.

El celador salió de detrás de la mesa y caminó balanceándose por la planta, con el aire de un hombre que una vez fue delgado y cuyo cuerpo se había hinchado hasta alcanzar proporciones ingobernables. Herbert miró angustiado a su hermana. ¿Su padre era un paciente? Voluble, recalcitrante, ignorante de las responsabilidades sociales, Dios mío, ¡encajaba en el perfil! Quizá lo recogieron hacía años, deambulando por la calle con harapos sucios, indigente y trastornado. Quizá llevaba allí décadas y cada varios meses le reducían la medicación para que pudiera vestirse y organizar un espectáculo para sus amigos chiflados. Herbert no podía soportar ver a su padre vestido con una bata andrajosa y unas zapatillas llenas de pelusa, arrastrando los pies como un zombi.

—¿Me engañan mis ojos?

Se dieron la vuelta y vieron a un hombre que salía de una oficina con paredes de cristal situada detrás de la mesa de Lee. De piel morena y arreglado, con un bigote fino al estilo que predominaba en los setenta entre los actores de películas porno, de cuerpo delgado que casi se perdía dentro de la ondeante bata de laboratorio.

—¡Es él! —exclamó al detenerse junto a Herbert—. Señor Mallory, solo puedo decir que es un gran honor tenerlo aquí. Imagínese, ¡el gran mago en nuestro pabellón!

Herbert retrocedió y se puso detrás de su hermana, ignorando la mano que le

tendía.

—¿Hay algún problema? —El hombre hablaba con un delicado acento indio—. ¿Le he ofendido?

—Está bien. —Jess le estrechó la mano—. Es solo que, después del accidente...

—¡Oh! ¡Cierto! —Negó con la cabeza—. Un accidente terrible. Terrible, terrible. Lo vi por televisión. —Dio un paso atrás, avergonzado por su proximidad—. Doctor Venky Iyer.

—Jessica Heinz.

—Mil disculpas, doctor —saludó Herbert—. Le había confundido con uno de los pacientes.

—¡Ja! —se rio el doctor Iyer—. Hay que ser muy cuidadoso. Bueno, ¿qué les trae por aquí?

—Se realizó un espectáculo de magia hace unos días...

—Muy bien, estuvo muy bien —dijo el doctor Iyer—. Sin duda alegró el día de todos.

Jess miró a su alrededor pensando que el pabellón necesitaría algo más de alegría. La sala común estaba cubierta con baldosas de color verde oliva y tiras de espuma acolchada a la altura de las caderas. La luz que se filtraba a través de las ventanas se atenuaba por las gruesas pantallas de malla.

—Entonces, ¿el señor Mallory nos deleitará con una actuación? —dijo el doctor Iyer con las cejas arqueadas.

Parecía haber confundido a Jess con la agente de Herbert.

—Lo siento, pero no. —Le mostró la placa—. Estamos buscando información sobre el hombre que realizó...

—Aquí está nuestro mago.

El celador traía cogido a un tipo flacucho por el codo. Tenía una densa mata de pelo rizada y pelirroja, con los labios tan delgados que parecían dos galletitas saladas colocadas una encima de la otra. Una cabeza semejante a una calabaza descansaba sobre un cuello delgado como un eje, igual que una manzana sobre un palito de pan. A su lado estaba una mujer sorprendentemente grande, de unos sesenta años; con grumos de rímel emborronándole la cara y una mata de pelo negro encrespado, se parecía a un deshollinador después de un día de duro trabajo.

—¿Este es el mago...? —consiguió decir Jess.

—¿Quién, Oogie? Por supuesto que no —se rio el doctor.

—Bueno, lleva practicando trucos todo el día —dijo Lee—. Pensaba que...

El doctor Iyer negó con la cabeza.

—La agente busca al hombre que Oogie ha estado imitando últimamente.

—Estuve fuera la semana pasada —dijo Lee, a la defensiva.

—Yo soy el hombre que están buscando —dijo el hombre escuálido con una voz

chillona como un flautín—. ¡Tengo una magia que no han visto nunca!

—Para el carro —le advirtió Lee.

Oogie cogió la mano de Jess y le dio un beso pomposo.

—Sí, *milady*, sus ojos no la engañan. Soy yo, Oogie Dellanthorpe.

Su tono sugería que el nombre corría en labios de la gente con bastante frecuencia.

—O, como mis legiones de fans me conocen, el Misterioso Oogie.

—Delira, pero es inofensivo —dijo el doctor Iyer—. Un caso fascinante.

—Estoy aquí escondido con mi robusta ayudante, Rhonda McMurphy. —Oogie señaló con la cabeza a su acompañante femenina—. La presión de la fama. Pero no os preocupéis, pronto volveré a sorprender al público de nuevo. Puedo marcharme cuando quiera.

—Eso no es del todo cierto —le susurró el doctor Iyer a Jess.

Los ojos de Oogie se posaron en Herbert.

—¿Es...? ¿Es posible?

Herbert realizó una reverencia.

—No depende de mí.

—Doctor Iyer, sobre el otro mago...

—Por supuesto, agente. Tengo su dirección en los archivos.

El doctor Iyer condujo a Jess a su oficina y cerró la puerta, dejando a Herbert arreglárselas solo con Oogie. La oficina era pequeña y estaba atestada de estanterías llenas de textos médicos pasados de fecha. En una esquina, un pequeño calentador chisporroteaba al calentarse y expandirse.

—Un hombre interesante —dijo el doctor Iyer refiriéndose a su padre—. Viene cada año alrededor de Halloween. El señor Dellanthorpe se quedó tan fascinado que ha adoptado una personalidad totalmente nueva.

El doctor Iyer le pasó una hoja de papel con una dirección en Thessalon, una ciudad a dos horas hacia el este.

—Ni siquiera sé el nombre del tipo. Insiste en utilizar su nombre artístico, el Inimitable Cartela.

Cuando salieron de la oficina, el brazo de Oogie rodeaba amigablemente los hombros de Herbert.

—Eres un buen tipo —le dijo—. Me gusta tu porte.

Jess tiró de su hermano para marcharse de allí.

—Bueno, muchas gracias por todo.

—¡No!

Oogie no quería renunciar al cuello de Herbert.

—Yo... estoy organizando un espectáculo de magia. Sí, es cierto, el Misterioso Oogie actuará esta noche.

—Debería ayudarnos —susurró el doctor Iyer—. De lo contrario, se quejará toda la noche.

Accedieron a quedarse. Lee guió a Jess y a Herbert hasta un sofá. Su presencia despertaba mucha curiosidad; los pacientes salieron de sus habitaciones y se dirigieron hacia la sala común.

Oogie reapareció con una sábana turquesa enganchada a los hombros de su bata y una chistera de papel sobre la cabeza, colocada de forma despreocupada. Rhonda vestía un top de lentejuelas y un cancan.

—Señoras y señores —dijo Oogie—, esta noche os sorprenderé con ilusiones que seguro que os harán cuestionaros vuestra cordura.

—Uo, uo, uo, señor Dellanthorpe —dijo el doctor Iyer con voz cantarina—. Tenemos que elegir nuestras palabras con un poco más de... —Unió el pulgar y el índice, como si estrujara el zumo de una uva invisible—. Con un poco más de prudencia, ¿sí?

—Utiliza el sentido común que el señor te ha dado —dijo Lee—. O te partiré la crisma.

—No hacemos eso con nuestros pacientes, agente —le dijo el doctor Iyer a Jess con una sonrisa nerviosa—. De hecho, tenemos una política muy estricta sobre no partirles la crisma a nuestros pacientes.

Oogie barajó unas cartas. Se acercó a una mujer que parecía una muñeca con cabeza de manzana arrugada y abrió la baraja en forma de abanico.

—Bien, para despejar cualquier duda sobre algún engaño, *milady*, ¿nos hemos visto antes?

—Soy Marla —gruñó la anciana—. Tu habitación está al lado de la mía. Me tienes toda la noche despierta con tus gemidos de autosatisfacción.

—Me refiero a si somos compinches.

—No me compincharía contigo ni por toda la seda de Siam.

—Maravilloso. Por favor, escoja una carta.

Marla cogió una carta. Oogie apartó las cartas y las barajó de nuevo. Marla tendió la mano. Oogie alejó las cartas otra vez, se metió la mitad en el bolsillo y le ofreció las que quedaban. Marla tendió la mano, Oogie las apartó. Rhonda realizó una serie de piruetas.

—¡Mis formidables poderes mentales son inútiles! —Oogie estaba confuso y consternado—. La resistencia de esta mujer es de otro mundo. Dime, vieja bruja, ¿tienes alguna placa de metal en el cráneo?

Marla se había quedado dormida.

Herbert observaba con una inquietud creciente.

—¿Le importa si lo intento?

—Sí, inténtelo —dijo el doctor Iyer.

Oogie se sentó junto a Jess, sereno a pesar de su fracaso.

—Estoy aprendiendo a bailar con zuecos —le dijo—. He pedido unos zapatos especiales a Escandinavia.

Herbert formó un abanico con las cartas de Oogie y se arrodilló junto a Marla, quien se despertó entre ronquidos. Herbert le pidió que cogiera una carta y se la enseñara a todo el mundo excepto a él. Después de que Marla lo hiciera, Herbert barajó las cartas restantes y le dijo a Marla que introdujera su carta en la baraja.

—Cuando le dé un golpecito a la baraja, tu carta subirá arriba. —Golpecito—. Coge la carta, por favor.

La cara de Marla se iluminó.

—El cuatro de tréboles. ¡Lo habéis visto!

—La suerte del principiante —bufó Oogie.

Durante la siguiente media hora, Herbert realizó una serie de trucos con las cartas: la *Baraja encantada*, *Cortar el as*, la *Carta teletransportada*, la *Carta ascensor*. Los que se habían quedado más apartados al principio se acercaron. Todos se inclinaron hacia adelante, con las cabezas ligeramente levantadas y los cuerpos inclinados sobre Herbert, como limaduras de hierro bajo la atracción débil pero constante de un imán. Después de cada truco, la sala estallaba en carcajadas asombradas seguidas de la pregunta incrédula: «¿Cómo lo ha hecho?». Jess observó cómo le cambiaba la cara a su hermano. Algo se despegó de ella, una capa incrustada tan profundamente que no se había percatado hasta que desapareció. Sus rasgos se relajaron, las arrugas se suavizaron. Vio rastros del chico que recordaba.

—Debo aislarme para preparar mi truco final —dijo—. Hay que atenuar las luces. Todo el mundo debe permanecer en absoluto silencio. Cualquier molestia estropeará mi concentración.

—Herbert, ¿estás seguro...?

—Silencio, hermana incrédula.

Herbert entró en una sala situada al final del pabellón. Tras su salida, la sala común se llenó de susurros emocionados, como una jaula de pájaros. Lee se acercó sigilosamente al interruptor y atenuó las luces hasta alcanzar una suave oscuridad.

—¡Contemplad! —gritó Herbert unos minutos después, y todo el mundo estiró el cuello para ver al magnífico mago avanzar por el pasillo...

... totalmente desnudo.

Herbert creía que la única manera real de volverse invisible requería quitarse toda la ropa. Aunque él aún podía ver su cuerpo, la piel pálida y la mata de pelo negro y rizado, la marca de nacimiento en forma de taza de té de la cadera, Herbert estaba totalmente seguro de que nadie más podía.

—Estoy ente vosotros —gritó, triunfal—. Pero no podéis verme, ¡jo, jo, jo!

Una oleada palpable de malestar se extendió entre el grupo. La mayoría de la

gente apartó la vista, escandalizada y profundamente avergonzada. Aquello afianzó la convicción de Herbert.

—¿Este comportamiento es normal? —preguntó el doctor Iyer a Jess.

Herbert se pavoneó entre la gente. Agitó un mechón del pelo de Rhonda.

—¿Qué ha sido eso? ¿El viento? No, señora, ¡he sido yo!

—Está dotado como un zorro —comentó Marla a nadie en particular.

Herbert se detuvo frente a un hombre negro con una chistera de media copa.

—Dime, amigo —preguntó—. Estoy frente a ti, ¿qué ves?

—¡Veo a un estúpido!

—Herbert —le dijo Jess con delicadeza—. Podemos verte.

—Mientes.

—Todo el mundo, por favor, señalad a mi hermano.

Veinte dedos le señalaron.

—Ya veo. —Herbert estaba más aturdido que enfadado—. Pues qué extraño...

Herbert se retiró por el pasillo, con el cuerpo pálido reflejando la luz nocturna. Al pasar junto a las ventanas, con la luz naranja quemada de la luna llena que se colaba inclinada a través del cristal, Jess se dio cuenta de algo extraño: la luna no tocaba la curvatura de sus brazos y hombros, no tocaba su piel en absoluto. Parecía atravesarle.

Farsa #77: *La manzana poseída*. Esta estratagema se practicó por primera vez en época medieval. Un granuja oportunista colocó una manzana sobre los adoquines de la plaza del pueblo y afirmó que poseía la habilidad de moverla únicamente con los poderes de su mente. Al cernirse sobre la manzana con una expresión de concentración feroz, la manzana comenzaba a moverse sobre las piedras. La treta: el hombre sacó el corazón de la manzana y metió dentro un escarabajo grande, después tapó los dos agujeros con los trozos de la manzana que había quitado y pegamento de alfarería. El insecto alterado daba vueltas como loco dentro de su celda harinosa, provocando que la manzana se moviera. Apunte humorístico: algunos practicantes, al realizar esta proeza en comunidades apartadas, supersticiosas y míseras, fueron calificados de hechiceros y quemados en la hoguera.

[5]

Eran casi las ocho cuando se marcharon de Sleighton. El doctor Iyer les dio indicaciones para llegar al Regal Lodge, que en realidad consistía en cinco o seis casitas cubiertas de moho verde y agrupadas en un promontorio rocoso que se proyectaba sobre Whitefish Bay. Su cabaña tenía dos camas plegables y una chimenea de piedra. Las paredes estaban cubiertas de lubinas disecadas, con los ojos incoloros y vidriosos.

Jess se sentó en el porche, bajo un toldo de tela asfáltica, a observar la bahía. La luna y las estrellas estaban colocadas exactamente sobre sus reflejos en la superficie oscurecida por la noche. Un pez saltó en el centro de la luna, su reflejo se rizó, se emborronó y se formó de nuevo. Apenas podía distinguir las chozas de madera en medio del grupo de pinos al otro lado del canal.

Herbert se unió a ella en las escaleras. Permanecieron sentados en silencio durante un rato, escuchando los lengüetazos de las olas contra los pilotes del puerto. El aire era limpio y puro y les dejaba el sabor del invierno en la garganta.

—¿Qué pretendes conseguir con todo esto?

—¿Con todo qué?

—No seas tonto —dijo Jess—. ¿Qué quieres preguntar? ¿Qué quieres que diga?

—Volví una vez a la casa. Antes de que la vendieran y se llevaran los muebles. Di vueltas por allí, mirando. Todo esto ocurrió cuando aún creía que... Ya sabes.

—¿Que desterraste a papá a una dimensión alternativa?

—Eso. Estaba en cada rincón de la casa. Estaba en el armario del baño, en sus cuchillas y en la espuma de afeitar y en lo que fuera aquello, esa cera que usaba para alisarse el pelo. Su ropa estaba por ahí tirada, olía a él, a su perfume. Estaba en las fotos de las paredes y en la comida del frigorífico, en el paquete de semillas de flores de la mesa. Había pelo pegado a una pastilla de jabón. Por todas partes.

Una mancha de oscuridad en forma de bala se abrió paso a través del reflejo de la luna, el rugido de un motor fuera borda se acercó y se alejó.

—Le hice un folleto en una ocasión. Cartulina y papel de colores atados con hilo. Escribí algunos de los trucos que me enseñó. Es una tontería que hice. Algo infantil, no fue nada. Pero recuerdo que dijo que lo llevaría siempre con él.

Herbert miró al cielo, a la veta en la que la oscuridad y la luna nadaban juntas.

—Seguía en su mesita de noche. Había algunas fotos viejas, pedazos de uñas del pie, el folleto. ¿Por qué no se lo llevó con él si significaba tanto?

Se quedaron en silencio. Jess miraba a la bahía, a la luz de las estrellas curvada sobre la superficie del agua. Un viento frío surcó por encima del agua, impregnado ligeramente por el olor a azufre de las fábricas de papel. Tres o cuatro ánades reales

se habían congregado en el varadero, iluminados por una bombilla exterior; Jess tardó un momento en darse cuenta de que eran señuelos.

—¿Por qué has venido? —preguntó Herbert—. No quieres verle.

—Exacto.

—Entonces, ¿solo para salir unos días de la ciudad? ¿Lejos de... todo aquello?

—Supongo.

—No fue culpa tuya.

—Herbert, vamos a dejarlo, ¿vale?

—Deberías hablar del tema con alguien. Estoy seguro de que lo hablaste con Ted.

Hizo una pausa y se fijó en las sombras blancas y ondulantes que dejaron sus palabras.

—Escucha, cuando te conté lo del cofre, me ayudó. No creía que fuera posible.

No había hablado del tema, ni con Ted, ni con Sam, ni con el psicólogo del departamento. Era una herida demasiado dolorosa para vendarla, los bordes seguían en carne viva y sangraban, seguía pensando que si trataba el dolor como algo intocable y más allá de su control acabaría por curarse solo. Pero eso no había ocurrido, y ahora, por todas partes, en los árboles, en el agua, en el cielo, sentía que la tristeza la ahogaba. Y aunque a veces el dolor remitía arrastrado por una ola de posibilidades potenciales, siempre volvía más insoportable tras la breve ausencia.

—¿Quieres escuchar la historia?

¿Qué pregunta era esa?

—Solo si tú quieres.

Esto es lo que le contó:

Recibieron una llamada rutinaria de un 412: «Comportamiento sospechoso o manifiesto en un domicilio cercano». Normalmente eran disputas domésticas, gritos, acusaciones, vajillas rotas. Jess odiaba los 412, las mujeres con ojos hinchados que se negaban a presentar cargos, el mismo minué deprimente semana tras semana. La llamada procedía de Grapeview Estates, un complejo rico cerca de Port Dalhousie. Paró en Sarah Court poco después de las nueve de la noche del 27 de febrero.

La persona que llamó era un hombre de unos cincuenta años que acunaba en brazos a un terrier blanco. Señaló una casa a medio construir al otro lado de la calle. «Vio a gente moviéndose por allí de noche. Pirómanos. Encendieron un fuego. Podían haber quemado todo el bloque.»

El edificio se cernía sobre el aparcamiento con un gran charco de oscuridad. Las vigas cubiertas de nieve de los tejados sobresalían y perforaban el cielo como costillas rotas, con carámbanos colgando de cada ángulo no acabado. Jess caminó bajo el cono de luz que proyectaba una farola de cuello de cisne mientras caía la nieve, los copos se posaban en su cara y pelo. Los incendios provocados eran crímenes de verano, cuando el aire era caliente y la hierba estaba seca. Aquellos

seguramente serían vagabundos en busca de cobijo.

La linterna proyectaba una luz decolorada sobre la madera sin tratar. Cables eléctricos serpenteaban por agujeros del techo y se enrollaban alrededor de las vigas expuestas. El suelo estaba cubierto de nieve recién caída, sin huellas de pisadas.

«Agente Heinz —dijo—. Policía».

Apuntó con la linterna al sótano por el hueco de la escalera; bloques rotos, cartones de comida rápida aplanados, cemento gris brillando helado. El olor a ceniza, eléctrico, de un fuego extinguido. Los pasos de Jess resonaban en el vacío al bajar. La radio chisporroteaba en su cadera, una mezcla de números y códigos. Se dijo que era un vagabundo, un pobre diablo pálido que no suponía ninguna amenaza. Pero había oído historias de encuentros bajo los puentes de las vías del tren o en oscuros pasos elevados de las carreteras, hombres con pocas esperanzas o cordura que atacaban con crueldad. Su mano derecha se cerró con fuerza alrededor de su revólver de servicio del calibre 38.

Una sombra pasó corriendo por delante del haz de la linterna. Iluminados por el crudo cono blanco de luz, los ojos se veían vidriosos y salvajes, la mano sujetaba algo pequeño y plateado.

Jess levantó la pistola en un movimiento casi despreocupado. La comprensión de que era un niño le llegó una décima de segundo demasiado tarde para detener la flexión de sus dedos ante la presunción de peligro.

El fogonazo iluminó la cara del niño. Se retorció, como avergonzado. La fuerza del impacto derribó su cuerpo, sus pies se despegaron del suelo, voló, cayó. Dio contra el suelo y resbaló.

La linterna se le cayó de las manos e iluminó el costado izquierdo del niño. Vestía un abrigo hinchado y blanco, vaqueros, un reloj Timex. La mano derecha estaba enfundada en una manopla, la izquierda sujetaba un Zippo plateado. Uno de los zapatos se le cayó por la fuerza del disparo. Había un agujero en el talón del calcetín. Jess vio todo aquello. Su cara estaba blanca, los ojos verdes dilatados, el párpado izquierdo aleteaba. Tenía la boca abierta y había algo de sangre dentro, poco espesa y brillante. Respiraba de forma entrecortada, como si tuviera hipo. Tenía las mejillas suaves, imberbes, con pecas, el pelo con la raya a la izquierda. Había un pequeño agujero en su abrigo, con los bordes quemados. El agujero estaba situado en algún lugar entre el hombro y el corazón. Pequeñas gotas de sangre por todo el abrigo blanco; bajo la luz vacilante parecían moverse por su pecho como pulgones.

Había otro niño en un rincón. El cemento bajo sus pies estaba chamuscado. Una pila de ramas, una manopla medio quemada, una botella de refresco derretida hasta adquirir una forma extraña. Dos niños jugando con fuego en una casa abandonada. La ciudad crecía muy rápido, las zonas verdes se cubrían de asfalto y se convertían en aparcamientos. ¿Adónde podían ir los niños a hacer las cosas que hacen los niños?

Dos niños jugando con cerillas, asustados de que les pillaran. Uno de ellos intentó escapar.

—Vete —le dijo al otro niño, que ya subía por las escaleras—. Busca ayuda. Busca... ayuda.

Se arrodilló junto al niño herido y le presionó el pecho con las manos. La sangre roja se colaba entre sus dedos, los calentaba. ¿Cuántos años tenía? Doce, quizá menos. Informó de la situación. «Disparos. Civil herido.» El chico tosió sangre. Tenía los dedos largos y bien formados, afeminados. Se lo colocó en el regazo y le inclinó la cabeza, le sacó sangre de la boca con los dedos. Tenía la nariz ligeramente respingona, la palabra «travieso» le pasó por la mente. Una mancha de ceniza en la barbilla. Los ojos abiertos de par en par, vidriosos, mirando a la oscuridad. Ojos tranquilos, redondos, muy abiertos.

—Por favor —dijo—. Por favor.

En ese momento, vio el entierro del niño. Un pequeño grupo reunido en una colina cubierta de hierba, la luz clara del sol de invierno bañando las lápidas cubiertas de nieve. Vio el ataúd, pequeño, estrecho, pulido para conseguir el máximo brillo. Vio una fotografía ampliada apoyada en un caballete, una foto del niño como nunca lo vería ella, la cara amplia, sonriente. Vio al padre del niño llorando de la manera sentimentaloides y espantosa con que lloran algunos hombres, alto, jadeante.

—¿Por qué has corrido? —susurró—. No era para tanto. Un poco de fuego. No pasaba nada. No era para tanto.

Ambulancia, bomberos, policía, protocolo estándar del 911. Los médicos le quitaron al niño de encima, le inyectaron un coagulante de acción rápida en el cuello, se lo llevaron. Alguien colocó una manta sobre los hombros de Jess. La acompañaron hasta un coche de policía y la llevaron a casa.

Mariposas nocturnas de color verde chocaban contra la puerta de malla, bañadas brevemente por la luz del porche antes de volar hacia la oscuridad. Nada había cambiado físicamente, la luna seguía reflejando su imagen temblorosa sobre la bahía, el agua seguía lamiendo los pilones, pero, aun así, las cosas se habían alterado incondicionalmente.

—Fue un accidente —dijo Herbert—. Un accidente terrible. Pero el niño se recuperó. Está bien, leí un artículo sobre el tema.

—Se llama David Hickey. Once años. La bala pasó a cuatro centímetros de su corazón. —Separó el dedo índice y el pulgar a la distancia aproximada—. Fracciones, ¿sabes? Cuatro centímetros... Incrementos.

No le contó a Herbert, ni a nadie, que al día siguiente fue al hospital. Se quedó fuera de la UCI, mirando a través de la ventana de observación al niño tumbado en una cama de hospital. Sus padres estaban sentados al lado de la cama, vigilando las subidas arrítmicas del monitor del electrocardiograma. Quería acercarse a ellos,

pedirles perdón y coger al niño de la mano. Pero el miedo la paralizaba, el miedo a lo que había ocurrido, a lo que podía haber ocurrido. Por primera vez, que pudiera recordar, le rezó a Dios, rezó para que el niño se recuperara. Rezó por el niño, pero también (después se dio cuenta que de forma egoísta) por ella. Rezó por la salud del niño para que ella pudiera seguir viviendo como hasta entonces, con un buen trabajo, un marido que la quería y la felicidad cotidiana de que disfrutaba. Su futuro dependía del niño, así que rezó por él, y por ella.

—No creo que consiga escapar jamás —dijo ella—. Quiero decir que a veces desaparece esa sensación, pero vuelve. Así que siempre me pregunto si es posible escapar.

Herbert no respondió. Jess sintió un vacío que crecía en su interior y fluía por sus venas, desagradable y resbaladizo como el aceite negro y denso en la bandeja recolectora de aceite. Bajó del porche y caminó por la suave pendiente que se alejaba de la casa, hacia la costa.

—¿Jess? Oye. ¿Jess?

No corrió, no había prisa. Se quitó los zapatos en la estrecha franja de tierra que formaba la orilla y se adentró en la bahía. El agua helada le puso todo el cuerpo de piel de gallina. Nubes de vapor se elevaron de la superficie del agua y sintió el fondo blando entre los dedos de los pies. La superficie plana del agua era una plancha de cristal tintado que atravesaba despacio, el frío había desaparecido ya, sentía el agua cálida, a la temperatura de la sangre. Se dejó ir, no buceando, sino hundiéndose. La boca se le llenó del sabor de los sedimentos y las algas removidas; el peso del agua la obligó a sacar el aire de los pulmones. Imágenes inconexas le cruzaron por la mente: el tejado de un granero inverosímil, el hueco entre cada listón exactamente de cuatro centímetros, los rayos de sol que se filtraban entre ellos en barras de luz perfectas e iguales; un campo de batalla de la Segunda Guerra Mundial, barro, sangre y mierda, está cargando contra un puesto de ametralladoras vestida con un uniforme limpio y perfectamente planchado de la Policía de Ontario, gritando y riéndose a la vez; un campo en un día de verano de hace mucho tiempo atrás, la tierra seca y el olor a heno, rodando entre la alta hierba, agarrándose a alguien cuya cara no puede distinguir. Fracciones, bordes, incrementos, distancias mínimas, líneas, momentos: vio todo eso. Las corrientes submarinas la zarandearon, tiraron de ella. Mechones de pelo flotaban en suaves arcos por delante de su cara. Sus pies se separaron del suelo y salió flotando hasta la gravedad incierta de la bahía.

Unas manos le rodearon la cintura. Su cabeza salió a la superficie y vio las estrellas blancas alineadas en la bóveda celeste. Los brazos de su hermano la sujetaban con fuerza por las axilas, los pies pateaban entre sus piernas. Herbert chapoteó hasta la zona menos profunda y rodó a un lado.

—Joder —jadeó—. ¿Estás loca?

—No lo sé.

Temblaba, le costaba construir la respuesta apropiada.

—Ya no veo mi camino con claridad. Las cosas que creía posibles ya no lo son, y nunca lo serán. Lo siento, pero, no sé, sentirlo ya no basta. Ya no basta...

Herbert se quitó la camisa y la tiró sobre el césped. Tenía el pecho pálido y hundido, con una punta de flecha de pelo que le señalaba la barbilla. Columnas de vapor se elevaban de sus hombros y se trenzaban alrededor de la cabeza.

—No creo que debamos esperar una posibilidad de escape —dijo—. Hay quien lo tiene peor que nosotros, no podemos hacernos ilusiones de lo contrario. Sigues. Agachas la cabeza y vas adelante con todo. —Le mostró las palmas—. ¿Qué más puedes hacer? Encuentra algo que llene ese vacío en tu interior. Para mí, es la magia. Hay algo tranquilo en ella, relajante y que me centra. Me da control. Creo que de eso se trata, no de escapar, sino de recuperar el control.

Recuperar el control. Sonaba sencillo, un asunto de aplicación mecánica: gira el volante en la dirección del patinazo, pisa el freno de forma constante. Ocúpate de tus cosas. Jess no estaba segura de si sería capaz. Su carácter no era débil o resignado pero controlar los términos de su encierro no tenía ningún atractivo.

—Vamos a ponernos algo de ropa seca —dijo—. Cogerás una pulmonía. ¿En qué estabas pensando, en nadar con el frío que hace?

—Parecía que era la actividad del momento.

Esa noche, Jess llamó a casa. Ted contestó al sexto telefonazo.

—Soy yo.

—Eres tú.

Su voz sonaba torpe, como si tuviera la boca llena de lana empapada de sirope.

—¿Has encontrado a tu hombre?

—No. Mañana.

Cuando empezaron a salir juntos, Ted no sabía bailar. A Jess le encantaba bailar, el ambiente de las discotecas, la forma en la que la cogía una pareja que sí sabía. Aunque atlético y cómodo consigo mismo, Ted no era un bailarín. Una noche le hizo un comentario sin importancia: «Voy a tener que buscarme a alguien a quien le guste bailar», el tipo de comentario que haría una mujer en las primeras etapas de una relación cuando la amenaza de otras opciones tiene peso. Sin que ella lo supiera, Ted empezó a recibir clases. Se reunía con una profesora viuda, Cora, los martes y jueves. Practicaban pasos de fox, trot y giros inversos en su amplio salón, el *Paseo con golpe* y *El ocho*. La noche de fin de año, la llevó al Blue Mermaid, donde, al dar la medianoche, desplegó sus habilidades con un vals. Seguía siendo pésimo, con dos pies izquierdos, pero eso no importó.

—Te echo de menos —le dijo—. Echo de menos tu olor.

—¿Mi olor?

—Hueles muy bien. Sigue aquí, en las sábanas, pero no es lo mismo.

—¿Será suficiente hasta que vuelva?

—Supongo que tendrá que serlo. No puedo abrazar ni besar las sábanas.

—Podrías...

—Pero sería raro.

—Un poco.

Un momento después.

—¿Estás bien?

—Sí —respondió—. Solo quería...

—Escuchar mi preciosa voz. No te culpo, las mujeres me llaman a todas horas para escuchar mi sedosa voz de barítono, nena. ¿Qué llevas puesto?

Jess se rio un poco.

—Ted, qué mente más sucia.

—Dios mío —se quejó Herbert—. Búscate una cabina o algo, ¿quieres?

Farsa #44: *Serpiente palo*. Uno de los trucos de magia más antiguos juega con la naturaleza y el instinto de la serpiente. Primero, se enfría a la serpiente en un cubo con hielo durante varias horas para ralentizarla. Después, se le sujeta la cabeza entre los dedos pulgar e índice y se aplica una presión igual y constante. Eso la aturde y cree que la está atacando una bestia enorme. Incapaz de defenderse, entra en *shock* y pone el cuerpo rígido como un palo. Al final, se deja a la serpiente aturdida en el suelo. En unos minutos, se alejará deslizándose, ilesa.

[6]

El cielo matutino era triste, los árboles hacia el oeste tenían el color de la plata sucia. Una capa de niebla permanecía suspendida en la bahía, moviéndose baja y espesa sobre el agua.

Jess condujo por el camino de grava que llevaba a la carretera principal. La niebla planeaba entre robles y arces esqueléticos. Al tomar una curva ciega, Jess vio la

forma amenazante y clavó el pie en el freno. La parte trasera del coche culeó sobre la pizarra.

—Cáspita —dijo Herbert con voz infantil.

El alce macho mediría fácilmente tres metros. La mitad delantera de su cuerpo bloqueaba la carretera y los cuartos traseros permanecían atascados en la cuneta. Visto de perfil, su cabeza era una cuña larga y oscura de fina curva, un elegante arco invertido que conectaba sus labios con el pelaje húmedo de su papada, que oscilaba en crestas como aletas. La cornamenta se había desprendido casi por completo de su capa veraniega, aunque algunos pedazos de la muda aún le colgaban de algún extremo; elevándose en ambos lados del cráneo, con las puntas manchadas de savia de los pinos, parecían las alas de una mariposa albina.

—Toca la bocina.

Herbert recordaba historias de vehículos chocando con aquellos animales, carrocerías abolladas y metal roto mientras el animal se alejaba, aturdido pero ileso.

—Asústalo.

—No pasa nada —dijo Jess—. Hay sitio por nuestro lado.

Avanzó despacio, rodeando la masa del alce. La enorme cabeza del animal se giró, con los ojos oscuros fijos en el vehículo. La rueda delantera resbaló por la empinada pendiente de la cuneta. Las ramas arañaron el parachoques y las ventanas.

—Dios, Jess. Vamos a volcar.

El corazón le latía a mil por hora, se sentía muy bien.

—No pasa nada.

Avanzó lentamente, pisó un poco el acelerador. La cabeza del alce se inclinó y pegó la nariz a la ventana del conductor. La cara de Jess se encontraba a centímetros de la del animal, separada de ella solo por un cristal. Gotas de humedad rodeaban las fosas de una nariz muy inclinada, los dientes eran del color de un hueso viejo y una corona de tábanos zumbaba alrededor de la cabeza. Sintió afinidad con el animal, una afinidad ilusoria, del tipo que a veces se produce cuando dos extraños se miran a los ojos en coches que se dirigen en direcciones opuestas. La criatura expulsaba columnas de vaho de los orificios nasales, del tamaño de tazas de té. Salpicaduras de mocos mancharon la ventana. Su lengua, negra, de treinta centímetros de longitud, dio un lametón en diagonal al cristal empañado, como si quisiera saber más de aquella criatura extraña y brillante por su sabor.

Jess metió el coche de nuevo en la carretera. Observaron por el retrovisor cómo el alce sacudía los enormes pabellones de sus orejas correosas para espantar a los insectos exasperantes.

—Ese es su propio tipo de magia —dijo Herbert en voz baja.

Llegaron a Thessalon poco después del mediodía. La calle principal se adaptaba a un modelo arcaico, con tiendas borradas de la topografía metropolitana hacía mucho

tiempo (Woolco, Stedman's, Saan) y que aguantaban gracias a los tozudos consumidores pueblerinos. Las calles, los árboles y las tiendas estaban descoloridos, el pueblo se ahogaba en medio de una capa de nubes bajas y oscuras.

La casa de su padre se encontraba al final de una manzana sombreada por las ramas entrelazadas de arces y nogales. La casa achaparrada de una planta era totalmente anodina, bordeando lo miserable. Jess había conocido a vagabundos que decoraban su refugio de cartón con más gracia. Pensó en los lugares exóticos a los que podía haber escapado su padre: las playas de arena blanca de Pago Pago, el altiplano sudafricano, la caldera de un volcán inactivo. Pero no, los abandonó por aquella caja de zapatos a menos de quinientos kilómetros.

Subieron los escalones resquebrajados y Herbert tocó el timbre. Jess miró a través de las cortinas rajadas: un equipo de música antiguo con dos reproductores de casete y un vinilo, un sofá hundido, una pila de periódicos sobre los que descansaba un cenicero a rebosar. Motas de polvo suspendidas en el aire que se movían sin descanso.

—No está en casa —dijo la voz de una mujer a través de las persianas de la casa de al lado.

—¿Sabe dónde puede estar?

—Probad en la bolera.

—¿Está segura?

—¡Claro que estoy segura!

Cerró las persianas de golpe.

El Parkway Bowl-A-Drome era un edificio de metal ondulado con forma de un hangar antiguo que sobresalía de la parte de atrás del Hotel Leonard. Las dos estructuras se fundían en una unidad horripilante. Tierras de cultivo se extendían a lo largo de kilómetros detrás del callejón.

Al entrar por la puerta principal, a Jess le asaltó el peculiar olor de las boleras: una amalgama de humo de cigarrillos, grasa, desodorante de zapatos y el producto que utilizan para pulir las calles. Herbert recorrió de arriba abajo con la mirada el animado suelo de madera, las bolas moteadas de mica escupidas de vuelta, los llamativos zapatos rojos y blancos encajados en casilleros, el zumbido de insecto de la máquina de pulir bolas, pensando que su padre no pisaría un lugar como aquel ni por una apuesta.

El hombre tras el mostrador intentó adivinar la talla de Jess.

—Treinta y ocho.

—No hemos venido a jugar a los bolos, pero sí.

Jess desplegó el recorte de periódico con la foto de su padre.

—Buscamos a este hombre. ¿Lo conoces?

—¿Quién pregunta?

Jess le enseñó la placa. El hombre sonrió con prudencia, como si no le sorprendiera que las fechorías de su padre por fin hubieran sido descubiertas.

—Calle dieciocho, agente.

El hombre pulsó un pequeño botón blanco en el centro del sistema de devolución de bolas y colocó las manos encima del secador. Sobre el marcador inclinado había un trozo de resina sólida, talco, un paquete de cigarrillos Players y un vaso de poliestireno de café. El hombre hundió tres dedos en una bola negra, dio dos zancadas y la lanzó en una espiral apretada; flirteó con el canal antes de girar y tirar el único bolo. Lo anotó en su marcador, sacó un cigarrillo del paquete y se lo colocó en la boca.

—Así que me habéis encontrado —dijo.

Herbert y Jess estaban sentados en una herradura de mohosos asientos de fibra de vidrio que rodeaban la pista. Su padre vestía pantalones marrones y una sudadera *beige*. Su pelo oscuro escaseaba y se había vuelto gris; un pico de viuda en el cabello le daba a la cara un aspecto alargado y equino. Aunque la edad y el desgaste habían mitigado lo afilado de sus rasgos, sus ojos esmeralda aún brillaban.

—Así que ahora juegas a los bolos —dijo Herbert un momento después.

—Los bolos son maravillosos. Alegran el corazón.

Miró a sus hijos de arriba abajo. Se llevó los dedos a la cara, recorrió los labios y las mejillas como si buscara correspondencias.

—Ha sido el artículo en el periódico, ¿verdad? Le dije al maldito periodista que no hiciera fotos.

Jess no se podía creer su falta de emoción. Parte de ella, una gran parte al parecer, esperaba que se acobardara como un criminal de guerra nazi llevado ante la justicia. Pero no había vergüenza, ni arrepentimiento. Era como si hubiera tropezado con un par de viejos conocidos, no especialmente cercanos, y le costara entablar una conversación educada.

—¿No tienes nada que decir? ¿No te sientes nada culpable?

—Jess, por favor...

—Soy demasiado viejo para sentir culpa y, además, es una emoción excesiva. Si me habéis buscado por eso, ya os podéis marchar. Perdonadme un momento.

Lanzó una bola y consiguió un *strike*, después se giró hacia su hijo y le sacó de la manga el lápiz con el que apuntaba el resultado.

—Aún conservo las facultades, ¿eh?

Herbert se sacó una moneda del bolsillo, jugó con ella entre los nudillos y la hizo desaparecer con una hábil precisión. Abrió la boca para mostrar la moneda brillando en su lengua.

—Te he visto metértela en la boca —le dijo su padre—. Bueno, pero no perfecto.

Herbert no dijo nada. No importaba que su padre se equivocara, ya que Herbert se había metido la moneda en la boca antes, anticipando la oportunidad; tampoco importaba que fuera infinitamente más hábil que él, que sus movimientos fueran limpios mientras que los de su padre resultaban cómicos; la fama, las mujeres, la riqueza, nada de eso importaba. En ese momento volvía a ser un niño, el muchacho que siempre intentaba agradar pero que siempre se quedaba corto, avergonzado y confundido ante su padre.

—¿Por qué lo hiciste?

Jess recorrió el lugar con la mirada de forma manifiesta, los carriles rayados, la vitrina de cristal llena de trofeos cubiertos de telarañas, todo amenazado por una neblina de humo azulado.

—¿Mereció la pena? ¿Por todo este... esplendor?

—Siempre tuviste una lengua inteligente, Jessica. Sabía que Sam se haría cargo de vosotros, lo hablamos indirectamente y era lo mejor para todos.

Una ola de leve orgullo se escondía bajo aquel pragmatismo. A Jess le dio la sensación de que de algún modo se consideraba hercúleo al aguantar tanto tiempo.

—Vuestra madre quería niños. Nunca fue mi objetivo. Enviaba dinero cuando podía. ¿No os lo dijo Sam?

—Nos abandonaste.

—No os eché a los lobos, cariño.

Jess se dio cuenta de que, con los años, su padre había perfeccionado la ilusión más brillante: se convenció de que lo que había hecho estaba justificado. Siempre lo había considerado un hombre confuso que tomó la decisión incorrecta, y quizás hacía media vida ese había sido el caso. Pero el hombre al que se enfrentaba ahora estaba totalmente desprovisto de remordimientos. No era una actuación o una cortina de humo, aquello era autoengaño destilado hasta su más pura esencia.

—Fueron los otros magos, ¿verdad? —preguntó Herbert—. Consecuencias del libro.

—No debería haber escrito esa cosa. La gente me confió sus secretos y yo los vendí. Fue una estupidez, pero tenía algo que demostrar.

—¿Fue la magia, entonces? ¿La búsqueda de la magia real?

Jess se percató de la desesperación en la voz de Herbert. Para él, todo dependía de una justificación: la idea de que su padre los había abandonado para perseguir un objetivo era algo con lo que podía vivir.

—¿Magia real? No existe tal cosa. Por favor, no me digas que todas esas tonterías de las que hablamos cuando eras niño se te quedaron grabadas. No eran más que bobadas. Te estaba entreteniendo, eran historias agradables, cuentos de hadas. —Apretó el bote de talco, nervioso—. Nunca te dije que el ratoncito Pérez no existía, pero no me sentí mal por ello. Imaginé que te darías cuenta de la verdad antes o

después.

—La verdad. Claro. Por supuesto.

Herbert temblaba. ¿De verdad había creído que todo aquello terminaría en abrazos, besos y promesas de comer juntos los domingos? ¿Veinticinco años borrados de un plumazo y todo volvería a ser como antes, padre e hijo conduciendo juntos hasta algún pueblo polvoriento en un atardecer de verano y hablando de magia?

—Él ha tenido el valor y la capacidad de ser todo lo que tú no fuiste —dijo Jess—. Eso sí lo ves, ¿no?

La mirada de su padre se estrechó y después saltó por la superficie de las pistas.

—Todo el mundo puede alcanzar el éxito si su pasión se convierte en obsesión. Si te centras en una única tarea en la vida, ¿cómo no vas a alcanzar el éxito?

—Pero, ¿no es eso lo que hiciste? ¿No nos abandonaste para perseguir... esto?

Jess escuchó la desesperación apoderarse de su voz.

—Joder, ¿de verdad era tan horrible?

—Era deprimente.

Nunca llegaría a saber por qué se marchó su padre. El único poder que él aún poseía era un conocimiento secreto, y renunciar a eso significaba rendir todo el dominio, por mínimo que fuera, que aún ejercía sobre ellos. Quería decirle que no importaba, que podía llevarse sus secretos patéticos a la tumba... Pero sí le importaba y, por un momento, se vio como una niña bajo aquella luz sucia del callejón, forzando la vista al mirar hacia la oscuridad, preguntándose qué habían hecho mal.

—¿No crees en la magia? —preguntó Herbert—. Ven afuera, entonces. Te lo voy a enseñar.

—Herbert, no lo hagas, por favor.

—Deja de decir tonterías. No quiero ver cómo haces el ridículo.

La mano de Herbert cogió la sudadera de su padre.

—Te lo voy a enseñar, joder. ¡No son tonterías!

Jess cogió a Herbert por la muñeca, intentando que soltara la sudadera. Su padre le golpeó el brazo al intentar soltar la manga. Aunque Jess nunca había compartido la visión de Herbert de que pudieran alcanzar una resolución feliz, tampoco había previsto un tira y afloja en una bolera.

—Maldita sea, ¡suéltame!

—¡Es real! Te lo puedo enseñar. ¡Real!

—¡Parad ya, vosotros! —gritó el encargado.

—Déjalos —dijo un jugador de bolos con un bigote como el de una morsa—. Ya era hora de que alguien se las tuviera con ese viejo cabrón.

Herbert dio un último tirón enfurecido, le rasgó la sudadera y cayó al suelo con un jirón de angora en la mano. Herbert Sr. trastabilló hacia atrás y su espalda huesuda chocó contra una silla de fibra de vidrio. Su hijo se puso de pie con cuidado.

—Sé lo que es real —dijo en voz baja pero con total convicción—. Que tú lo creas o no, no cambia las cosas.

Herbert se marchó de la pista. Su padre se quedó despatarrado en la silla, jadeante. La manga rasgada de la sudadera colgaba entre sus piernas, casi rozando el suelo. El cuello se había estirado y deformado y dejaba a la vista una clavícula pálida.

—No... mentía —dijo jadeando—. Eran solo... fantasías.

Al verlo así, un hombre alto y frágil con una sudadera rasgada, con la luz cruel de la mesa resaltando lo mucho que se le habían hundido los ojos, Jess se dio cuenta de que aquel era un hombre que jamás había salido realmente del cofre de té en el que se metió hacía años. Físicamente, sí, abrió el cerrojo escondido y desapareció, pero la forma en que se encorvaba, el aire de derrota de esos hombros, era la misma postura que había visto en los hombres esposados en el asiento trasero de su coche patrulla. Un aspecto encarcelado.

El cielo era un tazón oscuro que se estremecía y estallaba surcado por truenos. Jess barrió el aparcamiento con la mirada y se dirigió al coche. Diluviaba con tanta fuerza que picaba sobre la piel. Miró por la ventana, pero no estaba dentro. Lo llamó por su nombre, pero el viento le arrancó la palabra de la boca.

Forzó la vista para ver algo a través de la lluvia y lo divisó parado junto a la valla que rodeaba los campos; los postes estaban oscuros por el alquitrán y el óxido del alambre espinoso. Sin camisa, con los pantalones pegados a las piernas y el pelo aplastado sobre el cráneo. Los ojos cerrados. Se balanceaba lentamente.

Jess se quedó clavada en el aparcamiento, con un pie atascado en un bache que se llenaba rápidamente de agua de lluvia. Un rayo partió el cielo y bañó los campos con su luz blanca y ondulada. La lluvia se deslizaba por sus mejillas. Herbert se balanceaba de un lado a otro. Tenía la expresión serena. Se le veía muy joven, casi un niño. Jess se rio ante la locura de todo aquello, la belleza de aquella situación absurda.

—¡Estás loco! —le gritó, y se rio con más ganas.

Vio una silueta detrás del cristal ahumado de la bolera. Herbert se balanceaba, sus oídos habían sintonizado una armonía silenciosa, el ritmo de la lluvia, el viento, el cielo. Extendió las manos, con las palmas hacia el suelo, como si buscara un equilibrio que se le escapaba. Los rayos rompían el cielo y le bañaban el cuerpo de blanco.

Contuvo la respiración.

Durante el resto de su vida, siempre se preguntaría si había ocurrido. Quizá fue un efecto de la luz, una confusión momentánea. Más tarde pensaría que su mente le había jugado una mala pasada, quería que ocurriera con tantas ganas que convenció a sus ojos de que lo creyeran por un momento. Nunca hablaría de ello, pero una noche,

muchos años después, se despertaría de un sueño sobre aquella noche tan lejana, con el viento, la lluvia y la sensación de que había algo en el aire, una presión que le hacía vibrar los oídos, un sabor extraño debajo de la lengua. No era magia, nunca se permitiría admitir algo tan directo. Algo plumoso y vivo que tantos años después le parecía muy irreal, pero, aun así, la visión permanece sin difuminarse por el tiempo, una visión tan fresca como la sintió durante aquellos momentos fugaces en los que pasó; y se sentará muy erguida mientras una brisa fresca se colará por la ventana abierta y la luz de las estrellas se curvará sobre los botones de metal de su uniforme de policía que cuelga del armario del dormitorio y, en una voz baja y temblorosa para no despertar a su marido, susurrará: «desapareció».

La piel del pecho, los brazos y la cabeza de Herbert se volvió opaca cuando una esencia casi incolora, humo o niebla, se elevó de su cuerpo. Por un momento, Jess pudo ver la estructura básica de su esqueleto, los huesos de sus brazos y sus costillas, el cráneo dorado por la luz de los rayos; después, solo arterias y venas bombeando sangre. Cuando eso también se desvaneció, solo quedaron los pantalones sin cuerpo, de pie, y el campo que se extendía más allá. Jess nunca olvidaría ese Rolex flotando en el aire cargado, el destello del tamaño de una moneda al reflejar los rayos.

El cuerpo de Herbert se formó de repente, los átomos desaparecidos volvieron y se unieron. Cayó sobre el barro. Jess corrió hacia él.

—¿Lo has visto?

Tenía los ojos vivos, en llamas.

—¿Lo has visto?

—No sé lo que he visto.

Lo ayudó a levantarse, sorprendida por lo ligero que lo notaba. Se le había pegado un olor extraño, una mezcla de tierra chamuscada y ozono. Le rodeó los hombros con un brazo y lo llevó por el aparcamiento. Cuando lo colocó en el asiento delantero, ya estaba dormido.

Miró a la ventana de la bolera. La silueta había desaparecido.

Reconoce que lo que venden como verdad es en realidad ficción. Mira más allá del escenario, del engaño y de los trucos y siempre encontrarás la verdad, que es simplemente esta: no hay verdad. Todo es una mentira. Elaborada y escondida de

forma brillante, pero una mentira. Nunca confíes en tus ojos. Sé escéptico siempre. Aprende a detectar los trucos que he esbozado y juntos desenmascaramos a esos «magos» y los mostraremos como lo que son en realidad: ¡farsantes, estafadores y maleantes!

[7]

Herbert durmió durante todo el trayecto de vuelta. En un momento dado, se puso a temblar con violencia y Jess lo cubrió con jerséis y puso la calefacción hasta que sus dientes dejaron de castañetear. La lluvia amainó y dejó tras de sí una claridad prístina.

Llegó a casa de Herbert poco después de las nueve. El cálido sol del sur estaba impregnado del olor del plancton del canal. Jess despertó a Herbert y lo ayudó a cargar el equipaje hasta el porche. Miró al árbol dañado de su jardín.

—Deberías hacer algo con ese pobre árbol, ¿no? Quémalo. Acaba con su sufrimiento.

—Quizá lo haga. Plantaré otro en su lugar. Lo regaré y lo podaré, lo cuidaré.

Se metió la mano en el bolsillo del pantalón y sacó un pequeño folleto, una creación de papel viejo, de color verde, atado con hilo azul deshilachado, recortado con torpeza y escrito con una tipografía puntiaguda. Por un momento, parecía que fuera a arrugarlo, pero lo estiró y volvió a metérselo en el bolsillo.

—No creo que sea mala persona, creo que solo es... Que ha perdido el control. Podría pasarle a cualquiera, ¿no crees? No es un mal hombre.

Jess envidiaba su ingenua capacidad para perdonar. Quizá nunca creciera, siempre sería un hombre niño perdido en un mundo de espejos y humo de colores brillantes. No se enfadó, cuando antes sí lo habría hecho. Herbert se acercó a ella con una torpe embestida y la abrazó. Jess sintió su contorno, los huesos y los ángulos rígidos, el cuerpo de un niño que aún no se ha llenado de carne para convertirse en adulto. Se acordó de una noche, cuando eran pequeños, en la que Herbert se despertó de una pesadilla y se metió debajo de las mantas de su cama; su cuerpo era todo codos y rótulas. No había cambiado nada con los años, seguía siendo huesudo y larguirucho, aferrándose a las creencias que otros habían descartado hacía mucho tiempo.

«Mi hermano —pensó—. Príncipe heredero de Nunca Jamás.»

—Bueno.

—Bueno. Sam prepara la cena para Ted y para mí los domingos. Deberías venir.

—Pero, Jess, Sam cocina fatal.

—Ven de todas formas. Ven cuando quieras.

Jess se dirigió a su *jeep*. Al alejarse, vio a Herbert junto al olmo cubierto de su capa blanca, posó las manos en el tronco, acarició la corteza negra que se desconchaba.

Condujo a través de calles húmedas tras una breve lluvia nocturna, de vecindarios en silencio y oscuros, con sus jardines limpios, casas de suelo bajo, de dos niveles, modernas. La radio sintonizada en una emisora local, Chrissie Hynde cantando sobre una foto tuya. Llegó al campo, el frescor nocturno de los campos de la península, viñedos y cerezales, luces solitarias de caseríos y acequias llenas de agua con la luna reflejada. Se acordó del verano en el que recogió fruta con un grupo de trabajadores caribeños ambulantes. Les pagaban por cesta; un pequeño hombre jamaicano con la piel tan oscura que le dolían los ojos al mirarlo le enseñó cómo coger las fresas para no dañar la fruta. Los jamaicanos compartían dos viejas bicicletas de diez marchas y, después de pasar todo el día recogiendo fruta, pedaleaban hasta la tienda más cercana con un montón de monedas, llamaban a sus mujeres desde cabinas y hablaban del dinero que iban a ganar y en qué lo iban a gastar.

Era casi medianoche cuando llegó a su casa. La camioneta de Sam estaba aparcada junto al bordillo. La luz del salón estaba encendida. Vio siluetas a través de las cortinas, una en el sofá, otra en una silla.

Se sentó en las escaleras de la entrada. El olor neutro del final del otoño, halos de luz amarillenta y nebulosa que creaban un nimbo alrededor de cada farola. Al oeste, a varios kilómetros de distancia, una fina columna de humo se elevaba hacia el cielo. Procedía de la parte de la ciudad donde vivía su hermano; se preguntó si habría prendido fuego al pobre árbol. Esperaba que sí y deseó que un ascua errante se posara en el tejado de su casa y la quemara hasta los cimientos. Su familia tenía tendencia a esconderse del mundo, a arrastrarse hasta lugares oscuros y desaparecer. Si no se les obligaba a salir de la oscuridad hacia la luz, existía la posibilidad de que desaparecieran para siempre.

Las hojas resbalaban por la calle empujadas por el viento revuelto. Se quedó mirando al cielo, cada estrella un punto brillante, cada una revelándole una verdad precisa. «El pasado no es más que el principio de un principio, y todo lo que es y ha sido es solo el crepúsculo del alba».

Jess pensó en el uniforme que colgaba en el armario del pasillo. Mañana lo descolgaría y tomaría una decisión: quemarlo o ponérselo. Cualquiera de las dos era un comienzo. Estaba lista para un nuevo comienzo.

Escuchó carcajadas dentro. Una silueta echó la cabeza hacia atrás, la otra se dio un golpecito en la rodilla. Ted y Sam y, al otro lado de la ciudad, Herbert arrasando su jardín delantero.

Los hombres de su vida.

Jess frotó las botas en el felpudo y entró.

Has de saber esto: sí hay magia. Existe. Mi intención no es enseñarte el arte de la magia verdadera, sino abrirte los ojos ante su presencia en el mundo, en nuestras vidas. La magia está en el aire, en el cielo, está a nuestro alrededor, en objetos bellos y feos. Quizá todo esto suene a locura, quizá pienses que soy un iluso. Lo único que puedo decir es que sé que es real. Mis convicciones son inquebrantables. Mi única esperanza es que, incluso si nunca logras la magia real o si nunca la ves con tus propios ojos, sigas creyendo, al menos, en la posibilidad de que existe. Estoy convencido de que el mundo es un lugar mucho más brillante para los que creen.

Extracto del: *Manual del aprendiz del mago moderno*

HERBERT T. MALLORY JR.



CRAIG DAVIDSON (nació en Toronto, Ontario y creció en Calgary y St. Catharines). Es un autor canadiense de novelas y relatos que ha sido comparado con Chuck Palahniuk.

Su novela de relatos cortos *De óxido y hueso* ha sido adaptada al cine con gran éxito, mientras que su novela *Cataract City* ha sido nominada como finalista para el premio Scotiabank Giller Prize de 2013.

Además ha publicado varias obras literarias de horror bajo el pseudónimo de Patrick Lestewka.

Notas

[1] Hombre que cuida y repara las heridas de los boxeadores en su rincón del *ring*, entre asalto y asalto. <<

[2] *Prime Time Player*. Término que utiliza Dick Vitale, famoso locutor de baloncesto.

<<

[3] Célebre activista norteamericana, que era sorda y ciega. <<

[4] UnLIMBited Potential es un grupo de apoyo estadounidense integrado por personas que han sufrido amputación de algún miembro o parte del cuerpo. <<

[5] **Boxeo tailandés.** <<